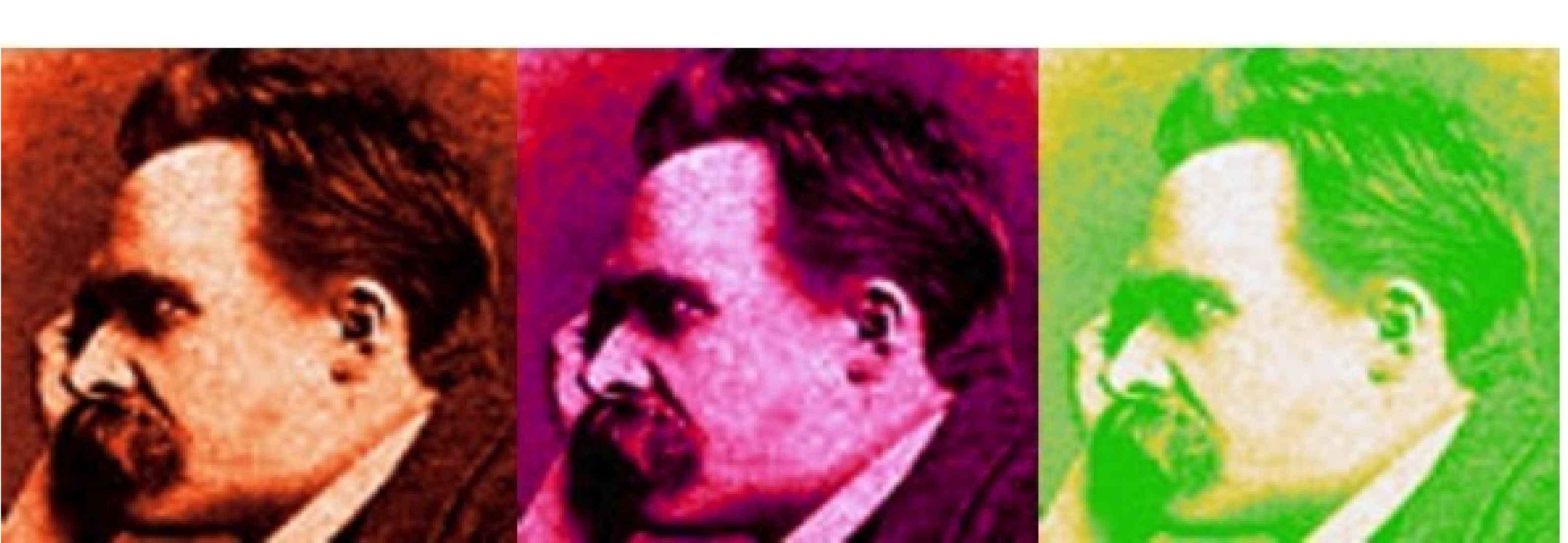
La gaya ciencia

Friedrich Wilhelm Nietzsche



La Gaya Ciencia

Friedrich Wilhelm Nietzsche

Índice de contenido

PRÓLOGO

I

Este libro necesitaría, sin duda, algo más que un prólogo; a fin de cuentas, siempre quedará la duda de si, por no haber vivido nada parecido, alguien puede llegar a familiarizarse mediante prólogos con la experiencia que precede a este libro. Parece escrito en el lenguaje de un viento de deshielo. Todo es aquí arrogancia, inquietud, contradicción, como un tiempo de abril, que hace recordar constantemente tanto al invierno demasiado reciente aún, como a la victoria obtenida sobre el invierno, esa victoria que viene, que debe venir, que tal vez haya venido... La gratitud fluye en él a oleadas, como si acabara de ocurrir el acontecimiento más inesperado, la gratitud de un convaleciente -pues la curación era ese acontecimiento más inesperado-. La "Gaya Ciencia": he aquí lo que anuncia las Saturnales de un espíritu que ha resistido pacientemente a una prolongada y terrible presión -paciente, rigurosa, fríamente, sin someterse, pero también sin esperanza-, y que de pronto se ve asaltado por la esperanza, por la esperanza de la salud, por la embriaguez de la curación. ¿Es de extrañar que en este estado salgan a la luz muchas cosas insensatas y locas, mucha ternura arrogante despilfarrada en problemas que tienen la piel erizada de espinas y que no se dejan acariciar ni seducir de ningún modo?

Todo este libro no es efectivamente más que una necesidad de gozar tras un largo período de privación y de impotencia, el estremecimiento de alegría de las fuerzas recuperadas, la fe nuevamente despierta en un mañana y en un pasado mañana, el sentimiento y el presentimiento repentinos del futuro, de nuevas aventuras, de mares nuevamente abiertos, de metas nuevamente accesibles, nuevamente dignas de fe. ¡Y cuántas cosas no dejo atrás de ahora en adelante! Ese trozo de desierto, de agotamiento, de incredulidad, de helada en plena juventud, esa sensibilidad introducida donde no le corresponde, esa tiranía del dolor sólo superada por la tiranía del orgullo, que rechazaba las consecuencias del dolor -pues las consecuencias son consuelos-, ese aislamiento radical como defensa desesperada contra lo que había convertido en una misantropía de mórbida lucidez, esa profunda limitación a la amargura, a la aspereza, al aspecto lacerante del conocimiento, del modo como lo prescribía el hastío poco a poco desarrollado, merced a una imprudente dieta espiritual, verdadera golosina del espíritu -llaman a eso romanticismo-, ¡oh!, ¿quién podría experimentar eso jamás? Mas quien podría hacerlo sabrá sin duda perdonarme mejor un poco de locura, de exuberancia, de "gaya ciencia" -por ejemplo, ese puñado de cantos que en esta ocasión se han añadido al libro, en los que un poeta se burla de todos los poetas de un modo difícilmente perdonable-. ¡Ah! Este resucitado no sólo siente ganas de ejercer su malicia frente a los poetas y sus bellos "sentimientos líricos"; ¿quién sabe la clase de víctima que elegirá, qué monstruoso tema de parodia le excitará dentro de poco? Incipit tragoedia -está escrito al final de este libro de inquietante desenvoltura-. ¡Cuidado! Algo esencialmente siniestro y mordaz se

prepara: incipit parodia, de eso no hay duda...

II

Pero dejemos ya al señor Nietzsche; ¿qué nos importa que el señor Nietzsche haya recuperado la salud? Pocas cuestiones resultan tan seductoras a un psicólogo como la de la relación entre la salud y la filosofía y, en el caso de que él mismo cayese enfermo, penetraría en su mal con toda su curiosidad científica. En efecto, si se es una persona, cada cual tiene necesariamente la filosofía de su propia persona; no obstante, hay aquí una notable diferencia. En uno, son sus carencias quienes se ponen a filosofar, en otro sus riquezas y sus fuerzas. Para el primero, su filosofía es una necesidad, en tanto que sostén, calmante, medicamento, entrega, elevación, alejamiento de sí mismo; para el segundo, no es más que un hermoso lujo, en el mejor de los casos, la voluptuosidad de un reconocimiento triunfante que para completarse debe aún inscribirse con letras mayúsculas en el firmamento de las ideas. En el otro caso más corriente, cuando es la miseria quien hace filosofía como en todos los pensadores enfermos -y tal vez son los pensadores enfermos los que más abundan en la historia de la filosofía-, ¿qué será del pensamiento sometido a la presión de la enfermedad? Ésta es la cuestión que interesa al psicólogo, y aquí es posible la experiencia. No de otro modo obraría un viajero que decide despertarse a una hora determinada y que luego se entrega tranquilamente al sueño; del mismo modo nosotros, los filósofos, si caemos enfermos, nos entregamos en cuerpo y alma a la enfermedad -cerramos los ojos, por así decirlo, ante nosotros mismos-. Y del mismo modo que el viajero sabe que algo en él no duerme, que cuenta las horas y que sabrá despertarle a la hora requerida, también nosotros sabemos que el instante decisivo nos hallará despiertos, y que entonces surgirá algo que sorprenderá al espíritu el flagrante delito, es decir, a punto de debilitarse o de retroceder, de rendirse o de resistir, de entristecerse o de caer en quién sabe qué estados mórbidos del espíritu, que en los días de buena salud tienen en contra suya el orgullo del espíritu (pues según el viejo dicho: "El espíritu orgulloso, el pavo real y el caballo son los tres animales más orgullosos de la tierra"). Tras interrogarnos y tentarnos así a nosotros mismos, se aprende a reconsiderar con una mirada más aguda todo lo que se ha filosofado hasta ese momento; se adivinan mejor que antes los extravíos, los rodeos, las formas de retirarse al campo, los rincones de sol del pensamiento a los que, en contra de su voluntad, los pensadores no se dejaron conducir y seducir sino porque sufrían; en lo sucesivo se sabe hacia dónde, hacia qué, el cuerpo enfermo, necesaria e inconscientemente, arrastra, empuja, atrae al espíritu -hacia el sol, la calma, la dulzura, la paciencia, el remedio, el consuelo en todos los sentidos-. Toda filosofa que asigna a la paz un lugar más elevado que a la guerra; toda ética que desarrolla una noción negativa de la felicidad; toda metafísica y toda física que pretende conocer un final, un estado definitivo cualquiera; toda aspiración, principalmente estética o religiosa, a un más allá, a un afuera, a un por encima autorizan a preguntarse si no era la enfermedad lo que inspiraba al filósofo. El enmascaramiento inconsciente de necesidades fisiológicas bajo las máscaras de la

objetividad, de la idea, de la intelectualidad pura, es capaz de cobrar proporciones asombrosas; y con frecuencia me he preguntado si, a fin de cuentas, la filosofía no habrá sido hasta hoy únicamente una exégesis del cuerpo y un malentendido con relación al cuerpo. Tras los juicios supremos de valor por los que se ha guiado la historia del pensamiento hasta ahora, se esconden malentendidos en materia de constitución física, ya sea por parte de individuos aislados, ya sea por parte de clases sociales o de razas enteras. Es legítimo considerar las audaces locuras de la metafísica y en particular las respuestas que da a la cuestión del valor de la existencia como síntomas de constituciones corporales propias de ciertos individuos; y si semejantes valoraciones positivas o negativas del mundo no contienen, desde el punto de vista científico, ni el menor ápice de realidad, ello no quiere decir que no proporcionen al historiador y al psicólogo preciados indicios, en tanto que síntomas, como antes decía, de la constitución viable o malograda, de su abundancia y de su potencia vitales, de su soberanía en la historia, o, por el contrario, de sus enfermedades, de sus agotamientos, de sus empobrecimientos, de su presentimiento del fin, de su voluntad de acabamiento. Aún espero la llegada de un filósofo médico, en el sentido excepcional de la palabra -cuya tarea consistiría en estudiar el problema de la salud global de un pueblo, de una época, de una raza, de la humanidad- que tenga un día el valor de llevar mi sospecha hasta sus últimas consecuencias y que se atreva a formular esta tesis: en toda actividad filosófica emprendida hasta hoy no se ha tratado de descubrir la "verdad", sino de algo totalmente distinto, llamémosle salud, futuro, creencia, poder, vida..,

III

Ya se puede suponer que no quisiera abandonar ese período de peligrosa debilidad, cuyo beneficio para mí dista hoy mucho de haberse agotado; como soy bastante consciente de todas las ventajas que precisamente las variaciones infinitas de mi salud me reportan sobre cualquier otro tosco representante del espíritu. Un filósofo que ha atravesado y no deja de atravesar muchos estados de salud, ha pasado por otras tantas filosofías, no podrá hacer otra cosa que transfigurar cada uno de sus estados en la forma y el horizonte más espirituales; la filosofía es este arte de la transfiguración. No nos corresponde a los filósofos separar el alma del cuerpo, como hace el vulgo, y menos aún separar el alma del espíritu. No somos ranas pensantes, ni aparatos de objetivación y de registro sin entrañas; hemos de parir continuamente nuestros pensamientos desde el fondo de nuestros dolores y proporcionarles maternalmente todo lo que hay en nuestra sangre, corazón, deseo, pasión, tormento, conciencia, destino, fatalidad. Para nosotros vivir significa estar constantemente convirtiendo en luz y en llama todo lo que somos, e igualmente todo lo que nos afecta; no podríamos en modo alguno hacer otra cosa. Y en lo tocante a la enfermedad, estaríamos tentados a preguntamos si es totalmente posible prescindir de ella. Sólo el gran dolor es el libertador último del espíritu, el pedagogo de la gran sospecha que de toda U hace una

X, una X verdadera y auténtica, es decir, la penúltima letra que precede a la última... Sólo el gran dolor, ese dolor prolongado y lento que se lleva su tiempo y en el que, por así decirlo, nos consumimos como leña verde, nos obliga a los filósofos a descender a nuestro último abismo, a despojarnos de toda confianza, de toda benevolencia, de todo ocultamiento, de toda suavidad, de toda solución a medias, donde quizás habíamos colocado antes nuestra humanidad. Dudo que semejante dolor nos "mejore" -pero sé que nos hace más profundos-. Desde entonces, bien porque aprendemos a oponerle nuestro orgullo, nuestra ironía, nuestra fuerza de voluntad, como el indio que resiste el peor de los suplicios a base de injuriar a su verdugo; o bien porque nos replegamos a esa nada oriental -el nirvana-, en el mutismo, el letargo, la sordera del abandono, del olvido y de la extinción de nosotros mismos; lo cierto es que estos largos y peligrosos ejercicios de autodominio nos convierten en otro hombre con algunos interrogantes más y, sobre todo, con la voluntad de cuestionar en lo sucesivo poniendo en ello más insistencia, profundidad, rigor, dureza, malicia y serenidad que hasta el momento. Ya no existe la confianza en la vida; la vida misma se ha convertido en un problema ¡Pero no crean que esto nos vuelve necesariamente sombríos! Incluso entonces sigue siendo posible el amor a la vida -aunque en adelante se la ama de otra manera-. Es el amor por una mujer que despierta recelos... Bajo el encanto de todo lo problemático, el gozo ante la incógnita X que experimentan esos hombres más espirituales, más espiritualizados, es demasiado grande para que su luminoso ardor no transfigure sin cesar toda la miseria de lo problemático, todo el riesgo de la inseguridad, e incluso los celos del amante. Conocemos una nueva felicidad...

IV

Para acabar, no he de dejar de decir lo esencial: de semejantes abismos, de semejante enfermedad grave, como también de la enfermedad de la sospecha grave, se vuelve regenerado, con una piel nueva, más delicada, más maliciosa; con un gusto más refinado para la alegría; con un paladar más delicado para todo Yo bueno; con unos sentidos más gozosos; con una segunda y más peligrosa inocencia en el goce, más ingenua a la vez y cien veces más refinada de lo que nunca lo había sido antes. ¡Oh, qué repugnante, tosco, insípido y apagado nos resulta ahora el goce tal como lo entienden los vividores, nuestras "gentes cultivadas", nuestros ricos, y nuestros gobernantes! ¡Con qué malicia presenciamos en lo sucesivo el bullicio de feria donde el "hombre cultivado", el ciudadano, se deja hoy violentar por el arte, los libros y la música para experimentar "goces espirituales", ayudándose de brebajes espiritosos! ¡Cómo nos rompe los oídos el grito teatral de la pasión! ¡Qué distinta se vuelve a nuestro gusto toda esa confusión de los sentidos que aprecia el populacho cultivado con todas sus aspiraciones a lo inefable, a la exaltación a lo rebuscado! ¡No! Si los convalecientes seguimos necesitando un arte, será un arte totalmente diferente -un arte irónico, ligero, fugitivo, divinamente desenvuelto, divinamente artificial que,

como una brillante llama, resplandezca en un cielo sin nubes! Sobre todo, un arte para artistas, ¡sólo para artistas! Respecto a ello sabemos mejor qué es, ante todo, indispensable en ese arte: ¡la alegría, toda clase de alegría, amigos míos!, incluso como artistas-; me gustaría probarlo. Los hombres conscientes sabemos en adelante demasiado bien ciertas cosas; ¡oh!, ¡qué bien aprendemos en lo sucesivo a olvidar, a no saber en cuanto artistas! Y en lo tocante a nuestro futuro, difícilmente se nos verá tras las huellas de esos jóvenes egipcios que turban durante la noche el orden de los templos, que se abrazan a las estatuas y que se empeñan por encima de todo en devolver, en descubrir, en sacar a la luz del día lo que por buenas razones se mantiene en secreto. No, de ahora en adelante nos horroriza ese mal gusto, esa voluntad de verdad, de "la verdad a cualquier precio", ese delirio juvenil en el amor de la verdad; somos demasiado aguerridos, demasiado graves, demasiado alegres, demasiado probados por el fuego, demasiado profundos para ello... Ya no creemos que la verdad siga siendo tal una vez que sede ha despojado de su velo; hemos vivido demasiado para creer en eso. Hoy en día es para nosotros una cuestión de decencia no poder verlo todo al desnudo, ni asistir a toda operación, ni querer comprenderlo y "saberlo" todo. "¿Es cierto que Dios nuestro Señor está en todas partes? -preguntaba una niña pequeña a su madre-, porque a mí eso me parece indecente." ¡Buena lección para los filósofos! Deberíamos respetar más el pudor con el que la naturaleza se oculta tras enigmas e incertidumbres abigarradas. ¿No será la verdad una mujer cuya razón de ser consiste en no dejar ver sus razones? ¿Sería Baubó su nombre, por decirlo en griego?... ¡Oh, aquellos griegos! Sabían lo que es vivir; lo cuál exige quedarse valientemente en la superficie, en la epidermis; la adoración de la apariencia, la creencia en las formas, en los sonidos, en las palabras, ¡en todo el Olimpo de la apariencia! Aquellos griegos eran superficiales... ¡por profundidad! ¿Y no volvemos precisamente a eso, nosotros, los espíritus audaces, que hemos escalado la cumbre más elevada y peligrosa del pensamiento contemporáneo y que, desde arriba, hemos inspeccionado el horizonte, habiendo mirado hacia abajo desde esa altura? ¿No somos en eso... griegos? ¿Adoradores de formas, de sonidos, de palabras y, por consiguiente, artistas?

En camino, cerca de Génova, otoño de 1886.

LIBRO PRIMERO

1. Los doctrinarios del fin de la existencia.

Por más que reflexione acerca de los hombres, acerca de todos y de cada uno en particular, no los veo nunca más que ocupados en una tarea, en hacer lo que beneficia a la conservación de la especie. Y ello no por un sentimiento de amor a esta especie, sino sencillamente porque no hay nada tan inveterado, poderoso, inexorable, e irreductible que este instinto, porque este instinto es precisamente la esencia de la especie gregaria que somos. Si, con la miopía habitual, uno se pone a clasificar a sus semejantes como se suele hacer, en hombres útiles y nocivos, y en buenos y malos, a fin de cuentas, tras una madura reflexión sobre el conjunto de la operación, se acaba desconfiando de esa forma de depuración y de encasillamiento y se renuncia a ella. El hombre, incluso el más nocivo, es quizás también el más útil desde el punto de vista de la conservación de la especie, pues conserva en sí mismo, o por su influencia en otros, impulsos sin los cuales la humanidad se habría debilitado y corrompido desde mucho tiempo atrás. El odio, el placer de destruir, el deseo de rapiña y de dominación y todo lo que en general se considera malvado pertenece a la asombrosa economía de la especie, a una economía indudablemente costosa, derrochadora y, por línea general, prodigiosamente insensata; pero que puede probarse que ha conservado a nuestra especie hasta hoy. Yo no sé, mi semejante y querido prójimo, si ni siquiera puedes vivir en detrimento de la especie, es decir, de una forma "irracional", "malvada"; lo que hubiera podido dañar a la especie tal vez desapareció hace muchos siglos y hoy pertenece al orden de cosas que ni Dios podría concebir. Si obedeces a tus tendencias mejores o peores -y, sobre todo, si caminas hacia tu perdición-, en cualquier caso, serás sin duda alguna un promotor, un benefactor de la humanidad y por este título tendrás derecho a que te alaben... y por ende, a que te ataquen quienes te desprecian. Pero nunca encontrarás a alguien que sepa burlarse de ti, individuo particular, ni siquiera de lo mejor que hay en ti, y que te haga sentir, como lo exigiría la verdad, ¡tu miseria de mosca y de renacuajo! Efectivamente, para saber reírse de uno mismo, como habríamos de reírnos, de un modo que saliera del fondo de la verdad plena, -los mejores espíritus no han tenido hasta hoy el suficiente sentido de la verdad, ni los más dotados el genio necesario-. ¡Quizás la risa tiene también un futuro! Y será cuando la tesis "la especie lo es todo, lo particular no es nada" se haya encarnado en la humanidad y todos tengan acceso en cualquier momento a esta liberación última, a esta irresponsabilidad última. Es posible que entonces la risa vaya unida a la sabiduría, es posible que entonces no haya más ciencia que "la gaya ciencia". Pero por el momento las cosas siguen siendo de otro modo, la comedia de la existencia no ha tomado aún "conciencia de sí misma", y todavía estamos en la época de la tragedia, en la época de las morales y de las religiones. ¿Qué significa la constante aparición de

esos fundadores de morales y de religiones, de esos instigadores a la lucha por el triunfo de criterios morales, de esos maestros de casos de conciencia y de guerras de religiones? ¿Qué significan esos héroes en este escenario? Porque hasta ahora han sido los héroes de este escenario; y todo lo demás que, por algún tiempo, era lo único visible e inmediato para nosotros, no ha servido nunca sino para la preparación de esos héroes, ya sea como tramoya y decorado, ya sea para representar los papeles de confidentes y ayudantes de orquesta (los poetas, por ejemplo, han sido siempre los ayudantes de orquesta de alguna moral). Ni que decir tiene que esos trágicos trabajan igualmente en interés de la especie, aunque puedan pensar que trabajan en interés de Dios y como enviados suyos. También ellos favorecen la vida de la especie, favoreciendo la creencia en la vida. "Vale la pena vivir -proclaman todos ellos-, esta vida tiene un significado, ¡fíjense que hay algo detrás de ella y debajo de ella!" Ese instinto que actúa de un modo regular, tanto en el hombre más iluminado como en el más vulgar, ese instinto de conservación de la especie, surge en diferentes intervalos bajo la forma de la razón y de la pasión del espíritu, encontrándose entonces acompañado de brillantes motivos y tendiendo a hacer olvidar con todas sus fuerzas que en realidad no es más que impulso, instinto, locura, falta de fundamento. La vida debe ser amada, ¡en efecto! El hombre debe favorecerse a sí mismo y favorecer a su prójimo, ¡en efecto! Cualquiera que sean las definiciones presentes y futuras de todos esos "debe", de todos esos "en efecto". Y entonces, para que lo que se produce necesariamente y por sí mismo siempre, y sin ningún fin, parezca de ahora en más que tiende a una meta determinada y adquiera para el hombre la evidencia de una razón y de una ley última, entra en escena el maestro de la moral, con su doctrina del "fin de la existencia"; para ello inventa otra segunda existencia y por medio de su nueva mecánica saca a la vieja existencia ordinaria de sus antiguos y normales goznes. ¡Indudablemente! No quiere de ninguna manera que nos riamos de la existencia, ni de nosotros mismos y... menos aún de él; para el individuo es siempre un individuo, algo primero y último, además de inmenso; para él no hay especie, ni sumas, ni ceros. Por más locas y delirantes que sean sus invenciones y sus valoraciones, por más que desconozca la marcha de la naturaleza y niegue sus condiciones -y todas las éticas han sido siempre insensatas y contrarias a la naturaleza, en un grado tal que cada una de ellas hubiese podido arruinar a la humanidad en el caso de que se hubiese adueñado de ella-, siempre que "el héroe" entraba en escena se conseguía algo nuevo: la horrible contrapartida de la risa, la honda conmoción de muchos individuos ante el pensamiento siguiente: "Sí, ¡vale la pena vivir!; sí, ¡merezco vivir!".

La vida, yo mismo, tú y todos en general nos hemos vuelto interesantes los unos para los otros, durante algún tiempo. Es innegable que a la larga y hasta nueva orden la risa, la razón y la naturaleza han acabado dominando a todos estos doctrinarios de la "finalidad"; la breve tragedia ha acabado convirtiéndose siempre en la eterna comedia de la existencia y, necesariamente, "las olas de innumerables carcajadas" -por decirlo con palabras de Esquilo- terminan batiendo también a los mayores de estos trágicos. Pero en conjunto, a pesar de toda esta risa cuya virtud radica en corregir, la

continua reaparición de estos doctrinarios de la finalidad de la existencia no ha podido menos que modificar la naturaleza humana. Y esta naturaleza tiene en adelante una necesidad más: precisamente la necesidad de la constante reaparición de tales doctrinarios, de tales doctrinas de la "finalidad". El hombre se ha ido convirtiendo poco a poco en un animal extravagante que, más que ningún otro animal, piensa que satisface una necesidad vital: es necesario que de vez en cuando el hombre crea saber por qué existe, ¡su especie no podría prosperar sin una confianza periódica en la vida!, ¡sin creer que existe una razón en el seno de la vida! Y, periódicamente, el género humano no dejará de proclamar: "¡Hay algo de lo que no nos está permitido reírnos de ninguna manera!". Y el amante más prudente del género humano añadirá: "¡No sólo la risa y la alegre sabiduría forman parte de los medios y de las necesidades de la conservación de la especie, sino también el carácter trágico con toda su inefable insensatez!" Y ¡por consiguiente! ¡Por consiguiente! ¡Por consiguiente! Pero, ¿comprenden lo que quiero decir, hermanos míos? ¿Entienden esta nueva ley del flujo y del reflujo? También a nosotros nos llegará nuestra hora.

2. La conciencia intelectual.

Constantemente tengo la misma sensación y constantemente me resisto a su evidencia, no quiero creerla aunque el hecho sea palpable para mí: "la mayor parte de los hombres carece de conciencia intelectual". A menudo me ha parecido que quien exige semejante conciencia se ve obligado a vivir, en la más poblada de las ciudades, tan solitario como en un desierto. Todos te miran con ojos atónitos y siguen manejando su vehículo, llamando bueno a esto y malo a aquello; nadie se pone colorado de vergüenza si le haces ver que esas pesas no tienen el peso requerido -lo que, por otra parte, tampoco ocasiona indignación alguna contra ti; tal vez se rían de tus dudas-. Quiero decir que la mayoría no considera despreciable creer en esto o en aquello y adecuar a ello su forma de vida, sin haber tomado conciencia antes de las razones últimas y más ciertas a favor y en contra, sin preocuparse siquiera de dar posteriormente semejantes razones; y los hombres más dotados, las mujeres más nobles, pertenecen también a esta categoría de la "mayoría". Pero ¿qué importancia tienen el buen corazón, la sutileza y el carácter, si el hombre que ostenta semejantes virtudes tiene sentimientos débiles respecto a su creencia y a su juicio, si el deseo de certeza no ofrece a sus ojos el valor del anhelo más íntimo y de la más profunda necesidad, siendo esto lo que separa a los hombres superiores de los inferiores? He descubierto en algunas personas piadosas un odio hacia la razón, que he sabido agradecerles, ¡pues al menos desvelaban una mala conciencia intelectual! Pero estar en medio de esta rerum concordia discors, de toda la admirable incertidumbre y pluralidad de la existencia y no interrogar ni temblar de ansia y de deseo de interrogar, no odiar siquiera al interrogador, burlarse quizás hasta el hartazgo de sus preguntas: eso es lo que me parece despreciable, y este sentimiento es lo que busco antes que nada en todo hombre. No sé qué locura me convence siempre de que todo individuo, en tanto hombre, experimenta este sentimiento. Es mi forma de ser injusto.

3. Noble y vulgar.

A las personas vulgares todos los sentimientos nobles y generosos les parecen faltos de utilidad práctica y, por lo tanto, totalmente sospechosos. Cuando oyen hablar de ellos, guiñan los ojos como si dijeran: "alguna ventaja tendrán, pero no se La ve por ninguna parte". Están llenos de desconfianza contra el hombre noble, de quien sospechan que busca su provecho por caminos desviados. Aun si llegan a quedar realmente convencidos de que no existen intereses ni ganancias personales, el hombre noble aparecerá ante sus ojos como una especie de loco: desprecian su alegría y se burlan del brillo de sus ojos. "¿Cómo puede uno alegrarse cuando sufre un perjuicio? ¿Cómo exponerse aun sabiendo que va a recibirlo? No hay más remedio que pensar que el noble afecto se debe a una enfermedad de la razón". Así piensan y observan con un aire de desprecio, con ese desprecio que sienten hacia la alegría que el loco experimenta con su idea fija. En este sentido, la persona vulgar se caracteriza por no perder nunca de vista su beneficio y por el hecho de que este pensamiento utilitario y provechoso es más fuerte que los mayores impulsos; no se deja engañar en modo; alguno a causa de sus impulsos realizando actos inútiles y es en esto que consiste su sabiduría y su amor propio. En comparación con ella, la persona superior es más irracional, pues el ser noble y generoso, al sacrificarse a sí mismo, sucumbe en realidad a sus propios impulsos y, en sus mejores momentos, deja su razón en suspenso. Un animal que arriesga su vida para proteger a sus crías o que, en época de celo, sigue a la hembra hasta la muerte, deja también su razón en suspenso, pues está totalmente dominado por el goce que le producen sus crías o la hembra y por el temor de verse privado de ese goce, convirtiéndose en más estúpido de lo que es comúnmente, igual que le sucede al ser noble y generoso. Este último experimenta intensamente ciertos sentimientos de goce o de repulsión, de forma tal que el intelecto queda reducido al silencio, o se coloca al servicio de ellos; en ese ser el corazón ocupa entonces el lugar de la cabeza y desde ese momento sólo puede hablarse de "pasión" (a veces también se produce, sin duda, el fenómeno contrario, una especie de "retroceso de la pasión", por ejemplo, en el caso de Fontenelle, a quien alguien le dijo poniéndole la mano en el corazón: "Lo que usted tiene aquí, amigo mío, es también cerebro"). La sinrazón o la razón pervertida de la pasión es lo que el vulgo desprecia en el ser noble, debido a que dicha pasión se dirige a objetos cuyos valores aparecen como absolutamente quiméricos y arbitrarios. Aunque le moleste ver que alguien sucumbe a la pasión del estómago, entiende plenamente la tiranía de este tipo de placer; por el contrario, no llega a comprender, por ejemplo, que alguien pueda arriesgar su salud y su honor por un amor apasionado hacia el conocimiento. El gusto de las naturalezas superiores se dirige a las excepciones, a objetos que por lo general permanecen indiferentes y parecen insulsos; la naturaleza superior tiene un juicio de valor singular. Pero, corrientemente, dada la idiosincrasia de su gusto, la naturaleza superior no cree que está juzgando según un criterio singular, sino que más bien establece sus propios valores y contravalores como si tuvieran un sentido absoluto,, por lo que cae en lo incomprensible y lo irrealizable. Es sumamente raro que una

naturaleza superior tenga la suficiente razón como para entender y tratar a las personas comunes en tanto tales; lo más frecuente es que crea que su pasión es la pasión secreta de todos, y esta creencia es precisamente lo que la llena de ardor y de elocuencia. Si semejantes hombres excepcionales no se consideran a sí mismos como tales, ¿cómo podrían entender los caracteres vulgares y apreciar equitativamente la regla? De este modo, también ellos hablan de la locura de la inconveniencia y de los sueños fantásticos de la humanidad, llenándose de admiración ante el rumbo insensato de este mundo y ante su renuncia a aceptar "lo único necesario". En esto radica la eterna injusticia de los nobles.

4. Lo que conserva la especie.

Lo espíritus más fuertes y malvados son los que hasta ahora han contribuido en mayor medida al progreso de la humanidad; nunca dejaron de inflamar una y otra vez las pasiones adormecidas -pues toda sociedad ordenada adormece las pasiones-, ni cesaron de despertar siempre el espíritu de comparación y de contradicción, el gusto por la novedad, por las tentativas audaces, por lo nunca experimentado; ellos fueron quienes forzaron a los hombres a contraponer una opinión a otra, un modelo a otro. Agitaron armas, derribaron límites fronterizos, vulneraron el espíritu de piedad; ¡pero crearon también religiones y morales nuevas! La misma "maldad" -que desacredita a un conquistador- se da en todo maestro y predicador de lo nuevo, aunque se manifieste de un modo tan sutil que no ponga al punto los músculos en movimiento, ni provoque semejante descrédito precisamente por dicha sutileza. Pero lo nuevo es siempre el Mal, pues únicamente quiere conquistar, pisotear los antiguos límites fronterizos y las antiguas piedades; ¡y sólo lo antiguo constituye el Bien! Los buenos de todas las épocas son los que cultivan a fondo los pensamientos antiguos y los aprovechan. Aunque al final este ejercicio ya no resulte y entonces sea necesario que el arado del Mal venga de nuevo a remover lo cultivado. Hay ahora una herejía fundamental de la mora, preconizada particularmente en Inglaterra, según la cual los juicios sobre lo que es "bueno" y lo que es "malo" traducirían la suma de experiencias de lo "útil" y de lo "inútil"; se llama bueno a todo lo que conserva a la especie y malo a todo lo que le es perjudicial. No obstante, a decir verdad, los impulsos malvados son tan útiles, indispensables y convenientes para la conservación de la especie como los buenos impulsos; únicamente cumplen, una función distinta.

5. Los deberes absolutos.

Aquellos hombres que necesitan de las palabras y de las entonaciones más enérgicas, de los gestos y de las actitudes más elocuentes para realizar una acción de una manera general, y me refiero a los revolucionarios, a los socialistas, a los predicadores (sean cristianos o no) y a quienes no soportarían un éxito a medias; todos esos hombres, digo, hablan de "deberes" y siempre de deberes que tienen un carácter absoluto, sopena de no legitimar el gran pathos que los agita, lo saben muy bien. De este modo, recurren a las filosofías orales que predican cualquier imperativo

categórico, o bien se apropian de una parte de una religión, como hizo, por ejemplo, Mazzini. Puesto que pretenden que se confíe en ellos de una manera absoluta, necesitan antes confiar en sí mismos también de una manera absoluta, en virtud de alguna ley suprema, indiscutible e inefable en sí, de la que se sienten servidores o instrumentos y haciéndose pasar por tales. Aquí se incluyen los adversarios más naturales e influyentes de la emancipación y del escepticismo respecto al orden moral, si bien estos son escasos. Por el contrario, encontramos un tipo de adversarios muy amplio y extendido por todas partes, a quienes les interesa someterse aunque la reputación y el honor exijan lo opuesto. Cualquiera que se sienta deshonrado ante la idea de ser el instrumento de un príncipe, de un partido, de una secta, o incluso de un poder económico -como el que desciende de una familia de antiguo estirpe, por ejemplo-, pero que no quiere ser menos o se ve forzado a ser semejante instrumento, necesita, ame sus ojos y ante la opinión, patéticos principios que pueda formular en todo momento; principios de un deber absoluto a los que sea legítimo someterse y mostrarse sometido sin pudor alguno. Las formas más sutiles de servilismo se hallan adheridas al imperativo categórico, siendo así el enemigo mortal de quienes quieren despojar al deber de su carácter absoluto. Por eso les exige decoro y no sólo decoro.

6. Pérdida de dignidad.

La meditación ha perdido toda la dignidad de la forma; el rito, la actitud solemne del reflexivo, se ha convertido en motivo de risa, y ya no seríamos capaces de soportar a un sabio al estilo antiguo. Pensamos demasiado rápido y sobre la marcha, en medio de problemas de todo tipo, aunque se trate de las cosas más serias; necesitamos poca preparación, incluso poco silencio; ocurre como si lleváramos en la cabeza una máquina constantemente en movimiento, que hasta en las condiciones menos favorables no deja de actuar. Antiguamente se observaba en el aspecto de cualquiera cuándo necesitaba un momento para reflexionar -¡pero eso era algo excepcional!-. Si a partir de un determinado momento alguien quería adquirir más sabiduría y esperaba que le llegase una idea, entonces ponía una cara como si estuviera rezando y se detenía; cuando le "llegaba" la idea, permanecía horas inmóvil en la calle, sobre un pie o sobre los dos. ¡Todo "se merecía esa idea"!

7. Notas para los laboriosos.

Quien quiera estudiar de ahora en más las cuestiones morales tendrá ante sí un inmenso campo de trabajo. Hay toda una serie de pasiones que deben ser meditadas por separado, observadas aisladamente a través de las épocas y de los pueblos, en los individuos grandes y pequeños; ¡hay que sacar a la luz su forma de razonar, su forma de apreciar los valores y de aclarar las cosas! Hasta hoy nada de lo que le da color a la existencia ha tenido todavía su historia, pues ¿cuándo se ha llevado a cabo una historia del amor, de la codicia, de la envidia, de la conciencia, de la piedad, de la crueldad? Apenas se ha logrado totalmente realizar una historia del derecho o de los castigos. ¿Se ha pensado alguna vez en convertir en materia de estudio las diferentes divisiones de la jornada, las consecuencias de una fijación regular del trabajo, de las

fiestas y de los días de descanso? ¿Se conocen los efectos morales de los alimentos? ¿Existe una filosofía de la nutrición? (¡Nada prueba mejor la inexistencia de tal filosofía que la agitación que constantemente estalla a favor y en contra del vegetarianismo!) ¿Se han recopilado alguna vez las experiencias de la vida en comunidad, por ejemplo, o de la vida eclesiástica? ¿Se ha expuesto la dialéctica de la vida conyugal o de la amistad? ¿Han encontrado los teóricos las distintas costumbres de los sabios, de los comerciantes, de los artistas, de los artesanos? ¿Tan difícil resulta pensar en eso? Todo lo que los hombres han considerado hasta hoy como sus "necesidades vitales", toda la razón, la pasión y la superstición que han supuesto por tales, ¿se han investigado a fondo alguna vez? La simple observación de las diversas formas de crecimiento que los impulsos humanos han adoptado y que podrían adoptar como consecuencia de los diferentes climas morales supone ya un trabajo inabarcable hasta para el más laborioso. Se necesitarán generaciones enteras de sabios colaborando metódicamente para agotar los puntos de vista y la materia de este campo. Lo mismo cabe decir respecto de la demostración de las razones que determinan la diferencia de climas morales (" ,por qué brilla en tal zona el sol de un determinado juicio moral, de un criterio de valor y aquel en otra?"). Este nuevo trabajo consistiría también en determinar el carácter erróneo de todas estas razones y la naturaleza misma del juicio moral que ha prevalecido hasta hoy. Suponiendo que se realicen todas estas tareas, pasaría a primer plano la cuestión más espinosa: ¿estaría la ciencia en condiciones de fijar objetivos a la acción, tras haberse mostrado capaz de abolir y de aniquilar semejantes objetivos? Empezaría entonces una experimentación susceptible de satisfacer a toda clase de heroísmos, una experimentación que duraría varios siglos, capaz de eclipsar a todos los grandes trabajos y a todos los sacrificios que se han dado en la historia. La ciencia no ha levantado aún sus ciclópeos edificios; también llegará el momento de hacerlo.

8. Virtudes inconscientes.

Todas aquellas cualidades de las que tiene conciencia un hombre -sobre todo cuando presupone que son también visibles y evidentes a los de su entorno- se hallan sometidas a unas leyes de la evolución totalmente distintas a las cualidades que ignora o que desconoce y que escapan, incluso, a los ojos del observador más riguroso, en virtud de su estrechez, pudiendo quedar disimuladas como si no existieran. Lo mismo sucede con las finas "esculturas" que hay en las escamas de los reptiles; sería un error tomarlas por un adorno o un arma -pues no se las distingue más que por el microscopio, es decir, mediante una agudeza artificial que no poseen los animales de la misma especie, para quienes serían un adorno o un arma-. Nuestras cualidades morales visibles, más aún, las que creemos visibles, siguen su camino, mientras que las cualidades invisibles de igual denominación y que, respecto a las otras, no son para nosotros ni adorno ni arma, siguen también su camino; un camino totalmente diferente, con líneas, matices y contornos que tal vez harían las delicias de un dios que dispusiera de un microscopio divino. Poseemos, por ejemplo, celo, ambición, perspicacia... Eso todo el mundo lo sabe. Pero, además, es probable que tengamos

nuestro celo, nuestra ambición, nuestra perspicacia y sucede que para distinguir unas escamas de reptil como las nuestras, no se ha inventado aún el microscopio. Aquí los partidarios de la moral instintiva dirán: "¡Bravo! Por lo menos se acepta la posibilidad de que tengamos virtudes inconscientes, ¡con eso basta!" Qué modestos son.

9. Nuestras erupciones.

Innumerables aptitudes que han sido apropiadas por la humanidad en épocas anteriores, pero que son aún tan débiles y embrionarias que nadie percibiría su incorporación, salen bruscamente a la luz mucho después de su adquisición, incluso siglos más tarde; en el intervalo se han fortalecido, han madurado. Parece que faltase tal talento y virtud en determinadas épocas, en determinados hombres. Sin embargo, basta con esperar a los nietos y a los hijos de estos últimos; si se tiene tiempo de esperar, ellos sacarán a plena luz del día la interioridad de sus abuelos, esa interioridad de la que éstos no tenían la menor sospecha. Con frecuencia es el hijo quien revela el secreto del padre, por eso este último se comprende mejor a sí mismo cuando tiene un hijo. Todos llevamos en nosotros plantaciones y jardines secretos; y todos somos volcanes en actividad que aguardan el momento de su erupción. Nadie, ni el propio Dios, sabe con seguridad si ese momento está próximo o lejano.

10. Una especie de atavismo.

Me gusta considerar a los hombres extraños de una época como brotes tardíos de civilizaciones acabadas, nacidos de sus fuerzas y surgidos bruscamente, como el atavismo de un pueblo y de sus costumbres, por así decirlo; de esa forma, efectivamente, queda aún algo por comprender en esos hombres. Hoy parecen extraños, raros, extraordinarios y quien experimente en, sí mismo la presencia de tales fuerzas tiene el deber de cultivarlas, de defenderlas, de honrarlas, de educarlas frente a un mundo distinto y refractario. Así, se convierte en un gran hombre o en un individuo desquiciado y raro, siempre y cuando no fallezca en el intento. En otro tiempo, esas cualidades excepcionales eran comunes y por consiguiente pasaban por vulgares, no jerarquizaban. A lo mejor eran requeridas, presupuestas; era imposible lograr grandeza con ellas porque no implicaban el riesgo de que llevaran a la locura o a la soledad. Estos rebrotes de impulsos antiguos se producen singularmente en las familias y en las castas conservadoras (erhaltend) de un pueblo, en tanto que hay pocas oportunidades de que esta especie de atavismo se dé donde las razas, las costumbres o los criterios de valor cambien demasiado rápidamente. Respecto a las fuerzas de la evolución de los pueblos, el movimiento tiene la misma importancia que en la música; en el caso al que me refiero es absolutamente necesario que el movimiento de la evolución sea un andante, pues éste es el movimiento de un espíritu apasionado y lento -y en este sentido actúa el espíritu de las familias conservadoras (conservativ).

11. La conciencia.

La conciencia es la última y más tardía evolución de la vida orgánica y, por consiguiente, lo más inacabado y frágil que hay en ella. De la vida consciente proceden innumerables errores que hacen que un animal o un ser humano perezcan antes de lo que hubiera sido necesario -"a pesar del destino", como dijo Homero-. De no existir el vínculo conservador de los instintos, que es infinitamente más fuerte, y la virtud reguladora que ejerce en el conjunto, la humanidad tendría que haber fallecido a causa de sus juicios pervertidos, de sus delirios en estado de vigilia, de su falta de fundamento, de su credulidad; en suma, de su vida consciente. Aunque para ser más claro, diría que sin todos esos fenómenos la humanidad habría perecido hace mucho. Antes de que una función se desarrolle y madure, constituye un peligro para el organismo, por eso ¡tanto mejor si durante ese tiempo es duramente tiranizada! Así se ve esclavizada la conciencia, e indudablemente no es su propio orgullo lo menos tiránico. ¡Se cree que aquí está el núcleo, lo que tiene de permanente, de eterno, de último, de más original el ser humano!. ¡Se considera a la conciencia como una cantidad estable y determinada! ¡Se niega su crecimiento, su intermitencia! ¡Se la concibe como "unidad del organismo"! Esta sobrestimación y este desconocimiento ridículos de la conciencia han tenido la consecuencia feliz de impedir su elaboración demasiado rápida. Los hombres creían estar ya en posesión de la conciencia, por eso se han preocupado poco en adquirirla, ¡y aún hoy apenas han cambiado las cosas! Asimilar el saber, hacerlo instintivo representa una tarea totalmente nueva, apenas perceptible, de la que la mirada humana simplemente vislumbra el resplandor. O sea, constituye una tarea que sólo resulta pertinente a los ojos de quienes han comprendido que hasta ahora sólo habíamos asimilado nuestros errores y que toda nuestra conciencia no se refiere más que a ellos.

12. Los objetivos de la ciencia.

¿Tenemos que aceptar que la finalidad de la ciencia sea procurar al hombre el mayor número de placeres posible y el menor desencanto posible? Pero, ¿cómo hacerlo, si el placer y el desencanto se encuentran tan unidos que quien quisiera tener el mayor número de placeres posible debe sufrir, al menos, la misma cantidad de desencanto; que quien quisiera aprender a "dar saltos de alegría" debe prepararse para "estar triste hasta la muerte"? Tal vez así suceda. Al menos eso creían los estoicos, consecuentes en la medida en que deseaban el menor placer posible para conseguir de la vida el menor desencanto que se pueda (la sentencia que tenían constantemente en la boca, "el virtuoso es el más feliz", podía servir tanto de enseñanza de escuela dirigida a la gran masa, como de casuística sutil para los refinados). Hoy seguimos ante la misma elección; o el menor desencanto posible, realizado en la ausencia de dolor-y en el fondo los socialistas y los políticos de cualquier partido no deberían honradamente prometer más a sus gentes-, o el mayor desencanto posible al precio de una superabundancia creciente de goce y de placeres refinados. Si la decisión pasa por el primer aspecto con la intención de disminuir y reducir la propensión de los hombres

al dolor, habrá que disminuir y reducir también su propensión al goce. En realidad, con ayuda de la ciencia, se puede lograr tanto lo uno como lo otro. Quizás la ciencia sea más conocida hoy por los poderosos medios que tiene de privar al hombre de sus alegrías, de hacerlo más frío, más parecido a una estatua, más estoico. ¡Pero puede llegar un día en que la ciencia aparezca como la gran suministradora de dolor! ¡Y tal vez entonces se descubra, a la vez, su fuerza contraria, su inmenso poder para hacer brillar nuevas estrellas de goce!

13. Para la doctrina del sentimiento de poder.

Cuando hacemos bien o mal a otros, ejercemos sobre ellos nuestro poder, sin desear otra cosa. Haciéndoles mal, lo ejercemos sobre aquellos a quienes necesitamos antes que nada hacérselo experimentar; para este fin; el dolor es un medio mucho más sensible que el placer, pues el dolor pregunta siempre las razones, mientras que el placer se inclina a no considerarse más que a sí mismo sin mirar más allá. Haciendo y queriendo bien, ejercemos nuestro poder sobre quienes ya dependen de nosotros de alguna forma (porque tienen la costumbre de pensar en nosotros como en sus razones); de este modo, queremos aumentar su propio poder porque así aumentamos el nuestro, o bien queremos mostrarles las ventajas que obtienen dependiendo de nosotros. Así se sentirán más satisfechos de su condición y más hostiles, más combativos respecto de los enemigos de nuestro propio poder. Los sacrificios que suframos al hacer bien o mal no cambian en nada el valor último de nuestros actos; aunque pongamos en juego nuestra vida como el mártir lo hace por su Iglesia, siempre es un sacrificio que hacemos en aras de nuestra sed de poder, o para conservar al menos el sentimiento que tenemos de él. ¡Cuántas posesiones no abandona quien quiere salvaguardar el sentimiento de "estar en posesión de la verdad"!

¡Cuántas cosas no arroja por la borda para mantenerse en "las alturas", es decir, por encima de quienes no tienen la verdad! Sin dudarlo, el estado en el cual hacemos el mal raras veces es tan agradable y tan puro como el estado en el que hacemos el bien -esto es señal de que aún nos falta poder, o una muestra de la contrariedad que supone esta insuficiencia, y de que la necesidad que tenemos de obrar así entraña nuevos riesgos y nuevas incertidumbres respecto al poder que ya poseemos y oscurece nuestro horizonte con la amenaza de venganzas, de burlas, de castigos, de fracasos-. Sólo los hombres más exasperados y ávidos de sentimiento de poder pueden experimentar más deleite marcando con su sello a quienes se les resisten, puesto que les resulta cargante y aburrido contemplar a quien ya está sometido (en cuanto que es objeto de su benevolencia). Todo depende de la forma habitual en que cada uno condimenta su vida; es más gustoso preferir un crecimiento lento de poder que otro brusco, uno más seguro que otro arriesgado o temerario, eligiéndose tal o cual especie según el temperamento de cada cual. Una presa fácil es algo despreciable para las naturalezas altivas, quienes no se sienten bien sino ante hombres a quienes nada ha podido doblegar y que podrían serles hostiles; sólo son atraídas por la visión de posesiones difícilmente accesibles; semejantes naturalezas se muestran a menudo duras con quien sufre, pues éste les

parece indigno de su orgullo y de su esfuerzo. Por el contrario, esos hombres se muestran tanto más corteses con sus iguales, con quienes el combate y la lucha serían honrosos si alguna vez se presentara la ocasión. El sentimiento de bienestar que va unido a esa forma de vivir se refleja en la costumbre que han tenido los caballeros en sus combates de testimoniarse una cortesía exquisita. La compasión es siempre el sentimiento más agradable que experimentan los menos orgullosos, quienes no ambicionan grandes conquistas; para ellos una presa fácil -como lo es todo el que sufre- les resulta algo encantador. Se elogia la compasión como virtud, que es más bien de mujeres de vida alegre.

14. Todo lo que llaman amor.

Codicia y amor, ¡qué sentimientos y cuántas diferencias nos sugieren cada uno de estos términos! Y, sin embargo, podría ocurrir que se tratara del mismo impulso, pero designado de dos modos distintos; o bien de forma calumniosa desde el punto de vista de los saciados, para quienes este impulso ha tenido ya alguna satisfacción y que temen perder lo que "tienen"; o bien desde la perspectiva de los insatisfechos, de los ávidos, que glorifican consiguientemente dicho impulso porque lo consideran "bueno". ¿No es nuestro amor al prójimo un impulso a adquirir una nueva propiedad? ¿No sucede lo mismo con nuestro amor al conocimiento, a la verdad y, por lo general, con todo impulso hacia nuevas realidades? Cansados poco a poco de lo antiguo, de lo que poseemos con seguridad, extendemos las manos para recibir lo nuevo; ni siquiera el paisaje más hermoso en el que acabamos de pasar tres meses está completamente seguro de nuestro amor, pues un horizonte más lejano excita nuestras ansias. Es que generalmente despreciamos el bien poseído por el hecho mismo de la posesión.

Nuestra auto satisfacción trata de ser tan intensa que continuamente está convirtiendo cualquier cosa nueva en parte de nosotros mismos -y en esto consiste la posesión-. Estar harto de una posesión equivale a estar harto de uno mismo (se puede sufrir también por estar demasiado lleno; es el deseo de rechazar, de compartir, que puede encubrirse con el nombre honorable de "amor"). Cuando vemos sufrir a alguien, comprendemos gustosamente que se nos ofrece la oportunidad de apoderarnos de él; es lo que hace, por ejemplo, él hombre caritativo y compasivo, que también llama "amor" al deseo de una nueva posesión, encontrando placer en ello tanto como con la llamada a una nueva conquista. Pero donde se revela más claramente que el amor constituye un impulso que incita a apropiarnos de un bien es en el amor sexual; el amante quiere poseer en exclusiva a la persona que desea, quiere ejercer un poder exclusivo tanto sobre su alma como sobre su cuerpo, quiere ser amado por esa persona con exclusión de cualquier otra, permanecer en ese alma y dominarla como si esto fuera para dicha persona su más supremo y deseable bien. Si consideramos que todo esto representa nada menos que privar al resto del mundo del regocijo de un bien y de una felicidad preciosa, que el amante trata de reducir al empobrecimiento y a la privación a todos los demás contendientes y que sólo aspira a convertirse en el dragón de su tesoro, en el "conquistador", en el explotador más egoísta y carente de escrúpulos y que, a sus

propios ojos, el mundo entero resulta indiferente, descolorido y sin valor, estando dispuesto a sacrificarlo todo, a alterar no importa qué orden, a pisotear cualquier otro interés, nos asombraremos, entonces, de que esta avidez y esta injusticia salvaje del amor sexual hayan podido ser ensalzadas y divinizadas hasta ese punto en todas las épocas; nos asombraremos de que de esta clase de amor se haya llegado a extraer incluso el concepto de amor como lo contrario al egoísmo, cuando de lo que se trata es de la manifestación más desenfrenada de este último. Parece que quienes han creado las expresiones usuales del lenguaje en este terreno han sido los no poseedores, los insaciables -que sin duda constituyeron siempre un grupo demasiado numeroso-. Respecto a quienes la suerte había reservado, en este campo, mucha posesión y satisfacción, han dejado escapar indudablemente aquí y allá alguna palabra contra este "demonio furioso", como es el caso de Sófocles, el más amable y amado de los atenienses. Con todo, Eros se ha burlado siempre de estos blasfemos -que fueron precisamente sus mayores favoritos-. Ahora bien, podemos encontrar sin duda en la tierra una especie de prolongación del amor en el curso del cual esta codicia ávida y recíproca entre dos personas ha retrocedido ante un ansia nueva, un anhelo nuevo, una sed superior y común de un ideal que los supera; pero, ¿quién conoce este amor?, ¿quién lo ha experimentado? Su verdadero nombre es amistad.

15. Visto a distancia.

Este monte constituye todo el encanto del paisaje que domina, lo cual le da prestigio; al haberlo verificado cientos de veces, nos encontramos en un estado de ánimo tan poco razonable, y a la vez tan lleno de agradecimiento hacia el monte que ejerce esa seducción, que lo estimamos el elemento más seductor del paisaje -de este modo, lo escalamos y quedamos decepcionados-. De repente, tanto el monte como todo el paisaje que lo rodea por debajo de nosotros parecen perder su encanto; habíamos olvidado que muchas grandezas y muchas bondades pedían que se las mirase a distancia y, sobre todo, desde abajo, no desde lo alto. Únicamente así producen efecto. Tal vez conozcas a personas de tu entorno que no pueden considerarse a sí mismas más que a cierta distancia para sentirse simplemente aceptadas, atractivas o capaces de dar fuerzas; hay que desaconsejarles que se conozcan a sí mismas.

16. Atravesar la pasarela.

En la relación con personas que reservan con pudor sus sentimientos, hay que saber disimular, pues son capaces de odiar de repente a quien sorprende en ellas un sentimiento delicado, entusiasta o sublime, como si hubiesen visto sus intimidades. Si tratamos de serles agradables en esos momentos, hay que hacerlas reír o bromearlas finamente; entonces se helará su emoción y enseguida volverán a ser dueñas de sí mismas. Pero estoy diciendo la moraleja antes de contar la historia. Estábamos un día tan cerca el uno del otro que parecía que nada perturbaría nuestra amistad y nuestra fraternidad; sólo nos separaba aún el espacio de una pasarela. Cuando ibas a atravesarla, te pregunté: "¿Quieres reunirte conmigo a través de esta pasarela?", pero tú ya no querías y no respondiste a mis súplicas insistentes. Desde entonces se han

interpuesto entre nosotros montañas e impetuosos torrentes y todo lo que separa a un ser de otro y los hace extraños entre sí; en consecuencia, aunque quisiéramos reunirnos ya no podríamos. Pero cuando ahora piensas en aquella pasarela, te quedas sin palabras, sólo te sorprendes y sollozas.

17. Explicar su pobreza.

Indudablemente no hay ardid alguno que nos permita convertir una virtud pobre en una virtud rica y próspera; en cambio, podemos interpretar con elegancia esa pobreza dándole el sentido de la necesidad, de forma que deje de apenarnos su aspecto y no le pongamos mala cara al destino. Así actúa el jardinero sabio que confía el escaso chorrito de agua de su jardín a los brazos de una ninfa de las fuentes, y de este modo explica la pobreza. Yo me pregunto: ¿quién no tiene, como él, necesidad de tales ninfas?

18. Orgullo antiguo.

Nos falta el matiz de la distinción antigua, porque no tenemos la experiencia de lo que era el esclavo en la antigüedad. Un griego de origen noble descubría tantos grados intermedios y tanta distancia entre la altura de su rango y ese avasallamiento último, que apenas notaba al esclavo; ni siquiera Platón lo notó totalmente. Las cosas son de otro modo para nosotros, quienes no estamos habituados a la igualdad misma, sino a la doctrina de la igualdad de los hombres. Un ser humano que no puede disponer de sí mismo y que carece de ocio es algo que no resulta en absoluto despreciable a nuestros ojos; quizá las condiciones de actividad de nuestro orden social, profundamente distintas de las de los antiguos, hacen que en cada uno de nosotros haya demasiado de ese género de esclavitud. El filósofo griego vivía con el sentimiento íntimo de que había muchos más esclavos de lo que se suponía, puesto que quien no era filósofo era esclavo; lo desbordaba el orgullo ante la idea de que incluso los más poderosos de la tierra se encontraban entre sus esclavos. También este orgullo nos resulta extraño e inconcebible, dado que hasta simbólicamente la palabra "esclavo" ha perdido para nosotros todo su sentido.

19. El Mal.

Se deben examinar la vida de los hombres y de los mejores y más fértiles pueblos y observar si a un árbol que crece orgulloso hacia lo alto se le pueden evitar las tormentas y el estar a la intemperie. La adversidad y los obstáculos externos, los odios, las envidias, la obstinación, la desconfianza, la dureza, la codicia y la violencia de cualquier tipo no constituyen las condiciones más favorables sin las cuales apenas podemos concebir un gran crecimiento, incluso en el terreno de la virtud. El veneno que mata a una naturaleza débil constituye un tónico para el fuerte -éste ni siquiera lo llama veneno-.

20. Dignidad de la locura.

¡Unos miles de años más en la vía del siglo pasado y en todo lo que haga el hombre se manifestará una cordura extrema! No obstante lo cual, la cordura habrá perdido toda su dignidad. Sin duda será necesario obrar con cordura, pero esto será también algo tan ordinario, que un gusto más noble experimentará esa necesidad como una vulgaridad. Y del mismo modo que una tiranía de la verdad y de la ciencia podría elevar la valoración de la mentira, una tiranía de la cordura sería capaz de producir una nueva forma de nobleza. Ser noble podría significar entonces sufrir locuras en la cabeza.

21. A los doctrinarios del desinterés.

Se califica como buenas las virtudes de un hombre teniendo en cuenta no los efectos que en él ejercen, sino los que creemos que ejercerán sin sorpresas en nosotros y en la sociedad. Desde siempre se ha sido en esto muy poco "desinteresado", muy poco "altruista". Es que de otro modo se hubiese debido ver que las virtudes (el cuidado, la obediencia, la castidad, la piedad, la justicia) son la mayoría de las veces perjudiciales para quienes las detentan, en cuanto impulsos que rigen con violencia y un ansia excesivos, que no permiten de ninguna manera que la razón los equilibre respecto a los demás impulsos. Si tienes una virtud entera y verdadera (no sólo un veleidoso impulso hacia una virtud), ¡entonces eres víctima suya! ¡Precisamente por eso alaba tu vecino tu virtud! Se alaba al comedido aunque su precaución perjudique la facultad visual de sus ojos o la espontaneidad y frescura de su espíritu; se honra y se compadece al joven que "se ha matado trabajando", porque se lo juzga de la manera siguiente: "Para la grandeza de la sociedad en conjunto, la pérdida del mejor de los individuos no es más que un sacrificio sin importancia. Es lamentable que se necesite este sacrificio. ¡Pero sería indudablemente peor que el individuo pensara de forma diferente y concediese más importancia a su conservación y a su evolución que a su labor a favor de la sociedad!" Por eso no se maldice la pérdida de este adolescente por ser una persona en sí mismo, sino más bien porque su muerte ha privado a la sociedad de un instrumento entregado y despreocupado de sí mismo -es decir, de lo que se llama un "valiente"-. Quizás se pregunte también si a favor de la sociedad no habría sido más útil que se hubiese administrado mejor el trabajo con la finalidad de conservar más tiempo, llegándose incluso a reconocer el beneficio que se hubiera podido extraer de ello. Pero se considera que la otra ventaja es más elevada y duradera debido a que se ha consumado un sacrificio y a que se ha confirmado una vez más de modo manifiesto el sentimiento de víctima del animal destinado al sacrificio. Por ende, lo que se elogia cuando se alaban las virtudes es, por una parte, su carácter funcional; y por otra, el impulso ciego en medio de cada virtud que no se deja reducir al interés integral del individuo. En resumen, lo que se está alabando es la sinrazón misma de la virtud, mediante la cual el individuo se pliega a cumplir una función dentro del todo. La alabanza de las virtudes exalta algo que perjudica a la vida privada, fomenta impulsos que privan al hombre de su más noble sentimiento de sí mismo y de su fuerza suprema

para resguardarse. Bien es cierto que, con vistas a la educación y a la asimilación de hábitos virtuosos, se resalta una serie de efectos de la virtud que hacen que ésta parezca mutuamente solidaria del interés privado (¡y existe efectivamente esa solidaridad!). Por ejemplo, se presenta el furor ciego de la laboriosidad, la virtud característica de una naturaleza instrumental, como la vía que conduce a la riqueza y al honor, como el veneno más eficaz para matar el tedio y las pasiones, pero se silencia su carácter excesivamente peligroso. En cualquier caso, la educación procede de la siguiente manera: mediante un conjunto de estímulos y de ventajas trata de inculcar en el individuo una forma de pensar y de actuar que, una vez convertida en hábito, impulso y pasión, se hace dueña de él en detrimento de su ventaja última, o sea, en favor del "máximo interés común". Demasiadas veces he comprobado que el furor ciego de la laboriosidad, que sin duda proporciona riquezas y honores, le impide a los órganos la delicadeza que permitiría gozar realmente de esas riquezas y honores, hasta el punto de que ese remedio principal contra el tedio y contra las pasiones embota los sentidos y hace al espíritu reacio a nuevos atractivos (la época más laboriosa de todas -la nuestra- no sabe qué hacer con toda su laboriosidad, con todo su dinero, a no ser más laboriosidad y más dinero aún; ¡pues se requiere más temperamento para gastar que para adquirir! ¡Muy bien!, esperemos entonces a nuestros "nietos"). Si la educación tiene éxito, todas las virtudes de los individuos representarán una utilidad colectiva y una desventaja personal respecto al objetivo supremo de la vida privada, así como un cierto debilitamiento de los sentidos espirituales o incluso un declive prematuro. Hay que valorar desde este punto de vista cada una de estas virtudes, la obediencia, la castidad, la piedad, la justicia. La alabanza del desinteresado, del que se sacrifica voluntariamente, del virtuoso -es decir, de quien no emplea toda su fuerza y toda su razón para la conservación, el desarrollo, la elevación, las exigencias y el aumento de poder de su propia vida, sino que respecto a sí mismo vive de una forma modesta y despreocupada, acaso de un modo indiferente o irónico incluso- esa alabanza, digo, ¡no ha nacido en modo alguno del espíritu de desinterés! Nuestro "prójimo" alaba nuestro desinterés ¡porque esto lo beneficia. Si el "prójimo" pensara de una forma "desinteresada", rechazaría este desprecio de fuerza, este daño sufrido en favor suyo, se opondría al desarrollo de tales inclinaciones, ¡y sobre todo expresaría su desinterés negándole a todo esto el carácter de bondad! La honda contradicción que afecta a esta moral tan elogiada hoy en día consiste precisamente en que los motivos de dicha moral están en contra de sus principios. ¡Aquello a lo que recurre esta moral para establecer sus pruebas, lo rechaza al mismo tiempo por su criterio de moralidad! La frase que sentencia "debes negarte a ti mismo y sacrificarte", para no ir en contra de su propia moral, debería ser decretada sólo por una naturaleza que de hecho renunciase a su propio beneficio y provocase, tal vez, su propia auto destrucción por el sacrificio exigido a los individuos. Pero tan pronto como el prójimo (o la sociedad) recomiende el altruismo con fines utilitarios, practicará precisamente la máxima opuesta: "Debes buscar tu beneficio, incluso a expensas de todos los demás", por lo que se estará predicando sin interrupción un "debes" y un "no debes".

22. El orden del día del rey.

Empieza el día. Empecemos a ordenar, entonces, los asuntos y los placeres de nuestro agraciado monarca que, a estas horas, todavía está durmiendo. Su Majestad encontrará hoy mal tiempo; pero no estamos hablando del clima, sino que hoy le daremos a los asuntos un poco más de solemnidad y al placer un poco más de suntuosidad que de otro modo no sería necesario. Tal vez Su Majestad se encuentra enfermo; a la hora del desayuno, entonces, le daremos la última buena nueva de la noche de ayer, la llegada del señor de Fontaigne, que con tanta gracia sabe bromear sobre su enfermedad - padece de cálculos-. Recibiremos a algunas personas (y me pregunto qué diría al oír este calificativo la vieja y obesa niñera que se encuentre entre ellas. "¡No soy una persona -diría-, soy la cosa en sí!") y la recepción será más larga de lo que convenga a cada uno, lo que dará pie para hablar de aquel poeta que inscribió sobre su puerta: "Quien entre me honrará; quien no entre... me dará una satisfacción". ¡Qué manera más cortés de decir una impertinencia! Pero, tal vez, dicho poeta tenga toda la razón para ser descortés; se dice que sus versos son mejores que los de tal versificador. ¡Pues bien!, que haga muchos otros y se retire lo que más pueda del mundo, ¿no es éste el sentido de su pertinente impertinencia? Un príncipe, en cambio, es siempre más valioso que sus versos, aunque... Pero, ¿qué hacemos? Hablamos de cosas frívolas y toda la corte se imagina que estamos trabajando y rompiéndonos la cabeza; ¡no se ve otra luz del día que la que ilumina en nuestra ventana! ¡Atención! ¿No era eso la campana? ¡Al diablo! Empieza el día y la danza, y no sabemos nada de sus vueltas. De modo que habrá que improvisar -¡todo el mundo improvisa su jornada! ¡Hagamos, entonces, hoy, lo que hacen todos!-. Y al llegar a este punto se desvaneció mi extraño sueño matinal, probablemente a causa de las fuertes campanadas del reloj de la torre que, con toda la gravedad que lo caracteriza, señalaba las cinco. Me parece que esta vez el dios de los sueños ha querido burlarse de mis hábitos. Tengo efectivamente la costumbre de empezar el día haciéndome un listado de cosas para buscar la forma de que me resulte soportable, y es probable que a menudo lo haga de una manera demasiado formal y demasiado principesca.

23. Los síntomas de la corrupción.

Detengámonos a observar en el interior de las condiciones sociales, necesarias en algunas ocasiones, los síntomas que son calificados de "corrupción". Desde que de algún modo se introduce la corrupción, comienza a predominar una superstición de diversos aspectos, mientras que se degrada y se vuelve impotente la creencia que hasta entonces profesaba un pueblo en su totalidad: la superstición es efectivamente un librepensamiento de segundo orden, quien se entrega a ella opta por un determinado número de formas y de fórmulas que le convienen, concediéndose a sí mismo el derecho a elegir. En comparación con el individuo religioso, el supersticioso es mucho más "personal". Una sociedad supersticiosa contará con muchos individuos y en ella se manifestará un anhelo de individualidad. Desde esta perspectiva, la superstición

aparece siempre como un progreso frente a la creencia y como una señal de que el intelecto se ha vuelto más independiente y quiere afirmar su derecho. Es entonces cuando se quejan de la corrupción los adoradores de la antigua religión, los defensores de la religiosidad, cuando hasta ese momento eran ellos quienes habían creado la terminología usual y desacreditado la superstición, incluso entre los espíritus más libres. Tengamos en cuenta que la superstición es un síntoma de la ilustración (aufkärung). En segundo lugar, se acusa de relajamiento a la sociedad en la cual la corrupción gana terreno; y es evidente que en ella disminuyen el aprecio de la guerra y la afición a ésta, mientras que de ahora en más se aspira a las comodidades de la vida con el mismo fervor con el que antes se aspiraba a los honores gimnásticos y guerreros. Pero, habitualmente, no se tiene en cuenta el hecho de que las viejas energías, las viejas pasiones del pueblo, cuyas maravillosas expresiones eran la guerra y los torneos, son ahora menos palpables por haberse convertido desde ese momento en innumerables pasiones de la vida privada. Hasta es probable que en una situación de "corrupción", el poder y la violencia de la energía que despliega un pueblo sean en ese momento mayores que nunca, y que el individuo derroche entonces esa energía de un modo que no hubiese podido hacerlo antes, porque no era lo suficientemente rico como para hacerlo. Precisamente, en épocas de "relajamiento", la tragedia frecuenta las casas y recorre las calles, surgen grandes amores y grandes odios y asciende fulgoroso al cielo el fuego del saber. En tercer lugar, se tiende a considerar, para compensar de algún modo los inconvenientes de la superstición y del relajamiento, que en estas épocas de corrupción existe una mayor dulzura que en las precedentes y que, en comparación con las épocas más creyentes y fuertes, la crueldad ha retrocedido considerablemente. Pero yo no podría sumarme a esta forma de alabanza, como tampoco podría hacerlo a censuras semejantes; sólo aceptaré que ahora la crueldad se hace más sofisticada y que en adelante sus formas más antiguas atentan contra el buen gusto, aunque en épocas de corrupción las heridas y torturas mediante palabras y miradas alcanzan su pleno desarrollo; asimismo, en tales épocas se crean tanto la maldad como el placer por la maldad. Los hombres de la corrupción son muy ingeniosos y agresivos; saben que existen otras maneras de matar diferentes a las causadas por un puñal y un golpe de mano, y no desconocen que todo lo que se dice bien goza de credibilidad. En cuarto lugar, desde que "se corrompen las costumbres" surgen sobre todo esos seres reconocidos como tiranos; son los precursores, las primicias de los individuos. Un poco más de tiempo y aparece en el árbol de un pueblo esta fruta madura y dorada, pues este árbol existía sólo para producir semejantes frutas. Cuando la descomposición alcanza el mayor grado, justo como la lucha entre tiranos de todo tipo, surge entonces el César, el tirano definitivo, que pone fin al conflicto agotado por el dominio exclusivo de uno solo, dejando que el cansancio actúe por su cuenta. A su llegada, el individuo está ya en plena madurez y, por consiguiente, la "cultura" ha alcanzado su más grande estado de fecundidad (si bien no a causa de él ni por él, aunque a los hombres sumamente cultos les gusta adularla haciéndose pasar por obra suya). Pero lo cierto es que necesitan paz exterior, pues llevan en sí su inquietud y su trabajo. En tales tiempos, la venialidad y la traición están muy

arraigadas, pues el amor al ego que recién se descubre es mucho más peligroso en este momento que el amor a la "patria" vieja, gastada y muerta a fuerza de palabras. Y la necesidad de asegurarse contra los terribles vaivenes de la suerte hace que hasta las manos más nobles se ofrezcan en cuanto un hombre poderoso se muestre dispuesto a derramar en ellas su oro. En ese instante se descubre una gran incertidumbre respecto del futuro que se vive para el presente; es un estado anímico en relación con el cual todos los seductores disponen de buenas oportunidades de juego, en tanto que la seducción y la corrupción se dejan para "el presente", ¡reservándose el futuro y la virtud! Los individuos, esos auténticos "en sí" y "para sí", se preocupan del momento más de lo que lo hacen sus oponentes, los hombres gregarios, pues se consideran a sí mismos tan imprevisibles como el futuro. De esta manera, se unen con gusto a los violentos, pues se sienten capaces de actuar y disponen de recursos que la masa no comprendería ni perdonaría, mientras que, por otro lado, descubren que el César extiende el concepto de derecho del individuo hasta incluir también sus transgresiones, y que le interesa convertirse en el intérprete de una moral privada más audaz. El tirano piensa de sí mismo, y quiere también que los demás piensen, lo que a su modo dijo Napoleón de una manera totalmente clásica: "Tengo el derecho a contestar todas las quejas que me hagan con un eterno 'yo soy el que soy'. Yo estoy al margen de todos, no acepto condiciones de nadie. Deben someterse a todos mis caprichos y estimar como absolutamente natural que me entregue a tales o cuales distracciones". Así le aseveró Napoleón a su esposa, un día que ella puso en duda, no sin fundamento, la fidelidad conyugal de su marido.

En las épocas de corrupción caen los frutos del árbol; me refiero a los individuos, portadores de las semillas del futuro, instigadores de la colonización espiritual y de la formación de nuevos órganos del Estado y de la sociedad. La palabra corrupción no es sino un término despectivo para hacer referencia a las épocas otoñales de un pueblo.

24. Diferentes descontentos.

Los débiles y los afeminados que existen entre los descontentos son naturalezas sensibles a la belleza y a la profundización de la vida; los fuertes, continuando con la misma metáfora, representan el elemento viril que hay entre ellos, quieren la mejoría y la seguridad de la vida. Los primeros muestran su debilidad y su femineidad cuando por un tiempo permiten que se abuse de ellos y se inclinan a la embriaguez y al entusiasmo, aunque en realidad no se sientan jamás satisfechos y padezcan una insatisfacción incurable; además, favorecen a todos los que se dedican a fabricar sedantes y consoladores narcóticos, y dado que sienten aversión hacia quienes sitúan al médico por encima del sacerdote, ¡ayudan a perpetuar las calamidades reales! Si no hubiese habido en Europa, desde la época medieval, una cantidad innumerable de insatisfechos de este tipo, tal vez no se hubiera desarrollado nunca la famosa capacidad europea de estar continuamente cambiando, pues las exigencias de los descontentos viriles son demasiado burdas y en el fondo demasiado modestas para que no puedan satisfacerse definitivamente. China ofrece el ejemplo de un país en donde la

insatisfacción de gran envergadura y la capacidad para el cambio se extinguieron hace siglos. Y los socialistas y los idólatras del Estado en Europa, con sus medidas para mejorar la vida y hacerla más segura, podrían conducirnos a la situación de China, a una "felicidad" china, dado que exterminan de antemano esa insatisfacción y ese romanticismo tan morbosos, delicados y afeminados que, por el momento, siguen existiendo bajo múltiples aspectos. Europa es una enferma que debería estar sumamente agradecida a su incurabilidad y al eterno cambio de su sufrimiento; estas situaciones, estos peligros, estos dolores y estos recursos, al estar renovándose continuamente, han acabado por provocar esa irritabilidad intelectual que casi equivale al genio y que, en todo caso, es la madre de todo genio.

25. No predestinado al conocimiento.

Hay una forma estúpida y bastante frecuente de humildad, de la que basta que se esté afectado para ser definitivamente inepto para aprehender el conocimiento. En el momento en que un hombre de esta clase percibe algo sorprendente, da media vuelta diciéndose: "Es un error. ¿Dónde tenía puestos mis sentidos? ¡Esto no puede ser verdad!". Y desde ese instante, en lugar de volver a mirar al objeto más de cerca y de escuchar con mayor detenimiento, escapa como intimidado por el objeto insólito y trata de desechar sus pensamientos. Pues persiste en él una ley interior que le hace decir: "No quiero ver nada que esté en contra del sentido común. ¿Estoy hecho yo para descubrir nuevas verdades? Demasiadas antiguas existen ya".

26. ¿Qué significa vivir?

Vivir quiere decir arrojar constantemente lejos de uno aquello que tiende a morir; vivir quiere decir ser cruel e inmisericordioso con todo lo que hay de débil y de reprimido en nosotros, y no sólo en nosotros. ¿Sería, entonces, vivir, ser despiadado con los que agonizan, los miserables y los viejos?, ¿ser constantemente un asesino? Y, sin embargo, el viejo Moisés dijo: "¡No matarás!".

27. El que renuncia.

¿Qué hace el que renuncia? Aspira a un mundo superior, quiere proseguir su vuelo más alto y más lejos que el de todos los que se afirman. Se desprende de muchas cosas que entorpecerían su accionar, pese a que más de una resulta valiosa y deseada a sus ojos. No importa, las sacrifica a su anhelo de altura. Esta forma de sacrificio, de arrojar por la borda, constituye el único aspecto visible de su persona; por este aspecto suyo se dice que renuncia y por eso se nos presenta vestido de tela, como el espíritu mismo de la mortificación. Es evidente que lo satisface el efecto que causa; quiere esconder su ambición, su orgullo, su intención de alejarse volando por encima de nosotros. No caben dudas de que es más astuto de lo que pensamos, ¡y se muestra tan cortés con nosotros... este sujeto firme! Pues esto es realmente, a pesar de su renuncia.

28. Hacer daño con lo mejor que se tiene.

Nuestras fuerzas nos impulsan a veces tan lejos que no podemos soportar nuestras debilidades y morimos, a pesar de que lo prevemos con claridad, sin desear ningún otro final. Por eso nos endurecemos con respecto a aquellas pertenencias que más bien deberían ser atendidas, y es que nuestra grandeza consiste en esta falta de misericordia. Semejante experiencia que acabamos pagando con nuestra vida es un símbolo de la influencia general que los grandes hombres ejercen en otros y en su época; precisamente con lo mejor que tienen, con lo que sólo ellos son capaces de hacer, arruinan a muchos seres débiles, inseguros, en pleno aflorar de la vida y llenos de voluntad. Por eso son perjudiciales tales hombres. Porque llegado el momento no van a hacer otra cosa, ya que lo mejor que tienen es recibido y, por así decirlo, absorbido únicamente por quienes pierden con ello la razón y la auto conciencia, como si estuvieran bajo el efecto de una bebida demasiado fuerte. Estos son quienes, de tan borrachos, no pueden hacer sino romperse los miembros en todas las pistas falsas a las que los arrastra su embriaguez.

29. Mentiras retrospectivas.

Cuando en Francia se empezaron a combatir las tres unidades de Aristóteles, y por consiguiente también a defenderlas, se pudo volver a ver algo a menudo verificable, aunque con malestar; se inventaron razones a partir de las cuales se debían mantener dichas leyes, para no reconocer sencillamente que se estaba habituado a su imposición y que ya no se quería cambiarlas. Lo mismo sucede desde siempre en el seno de toda moral y de toda religión imperantes; las razones y las intenciones que estarían detrás de un hábito no son atribuidas sino por una mentira retrospectiva, desde el momento en que algunos empiezan a criticar un hábito y a interrogarse sobre sus intenciones y sus razones. En esto consiste la enorme falta de probidad de los conservadores de todos los tiempos; son mentirosos retrospectivos.

30. La comedia de los hombres célebres.

Los hombres célebres que necesitan su gloria, como los políticos, no eligen a sus aliados y a sus amigos desprovistos de segundas intenciones; de los unos quieren una parte del esplendor y del reflejo de su virtud; de los otros, el aspecto terrible que ofrecen determinadas particularidades inquietantes que todos les reconocen; al mismo tiempo, copiarán a un tercero por ser holgazán y por tomar sol, porque les interesa que alternativamente se los tenga por despreocupados y perezosos. Así podrán disimular que están al acecho. A veces, los hombres célebres necesitan de la cercanía del caprichoso; otras, del experto; otras, del buscador inquieto; otras, del pedante; como así también de la presencia del propio yo, por así decirlo, ¡aunque suceda también que pasan perfectamente sin ellos! De este modo, su entorno y sus aspectos externos están constantemente desapareciendo, mientras parece que todo se empuja hacia ese entorno y que tiende a convertirse en su "carácter"; en eso se parecen a las grandes ciudades. Tanto su reputación como su carácter están cambiando continuamente, pues

sus medios variables exigen estas modificaciones y exhiben una u otra cualidad real o ficticia para hacer que entren en escena. Sus amigos y aliados contribuyen, como he señalado, a estas cualidades escénicas. Por el contrario, es preciso que lo que quieren permanezca firme, con una firmeza de bronce, y con un esplendor duradero -y eso necesita también, a veces, de comedias y de juegos escénicos-.

31. Comercio y aristocracia.

La compra y la venta son consideradas actividades tan ordinarias como los actos de lectura y de escritura. Todos son prácticos para ellas, aun sin ser comerciantes, y se perfeccionarán cada día más en este género de técnica. Pasa exactamente como antes, en los tiempos de la humanidad primitiva, cuando todos eran cazadores y se ejercitaban diariamente en los secretos de la caza. En aquella época, la caza era algo corriente, pero había acabado siendo un privilegio de los poderosos y de los nobles, perdiendo así su carácter ordinario y cotidiano, por el hecho de que dejaba de ser una necesidad para convertirse en un asunto de capricho y de lujo. Es así como podría suceder que en cualquier época ocurriese lo mismo con el hecho de comprar y vender. Es factible concebir unas condiciones sociales en las que no se compre ni se venda y en las que vaya desapareciendo paulatinamente esa técnica; tal vez entonces algunos individuos, no tan sometidos a la ley de las condiciones comunes, se permitan el acto de comprar y de vender como un lujo de la sensibilidad. Sólo a partir de ese momento adquiriría distinción el comercio y, tal vez entonces, se dedicaran los aristócratas al comercio con tanto gusto como antes practicaron la guerra y la política. Por el contrario, podría suceder que de aquí a ese tiempo la política se encontrara totalmente desacreditada, dejando de ser un oficio de nobles, y cabría la posibilidad de que un día se la considerase tan abyecta que fuera calificada de "prostitución del espíritu", como la literatura de los partidos políticos y de los periódicos.

32. Discípulos indeseables.

¿Qué voy a hacer con estos dos jóvenes?, escribía malhumorado un filósofo que "corrompía" a la juventud como lo supo hacer Sócrates en su momento, "para mí son discípulos indeseables". Aquel no sabe decir no y éste dice en todo momento: "en cierto modo". Suponiendo que captasen mi doctrina, el primero sufriría demasiado, pues mi forma de pensar exige un alma belicosa, una voluntad de hacer sufrir, un placer en decir no, una piel dura; sucumbiría a sus heridas visibles e internas. Y en cuanto al segundo, se las arreglará para convertir en algo mediocre toda causa que sostenga, convirtiéndola en un compromiso. ¡Un discípulo así le deseo a mi enemigo!

33. Fuera de la sala de conferencias.

"Para demostrarles que el hombre pertenece en definitiva a la especie de los animales benignos, les recordaré toda la credulidad que ha demostrado desde tanto tiempo atrás. Recién ahora, demasiado tarde, y tras inauditos esfuerzos por vencerse a sí mismo, se ha convertido en un animal desconfiado -¡sí!, el hombre es ahora más malvado que nunca-. Lo que no entiendo es una cosa: ¿por qué el hombre sería ahora

más desconfiado y más malvado? Porque desde ahora posee una ciencia, ¡porque la necesita!"

34. Historia escondida.

Todo gran hombre ejerce una fuerza retroactiva. Por ello se reconsidera toda la historia y miles de secretos del pasado salen deslizándose de sus escondites y quedan expuestos... a su sol. No es posible prever todo lo que será, un día, la historia. ¡Puede que el pasado siga aún esencialmente velado! ¡Se precisan todavía tantas fuerzas retroactivas!

35. Herejía y brujería.

Pensar de forma distinta a la habitual no es obra tanto de una inteligencia superior, sino de impulsos poderosos y malvados; de impulsos que separan y que aislan; de impulsos arrogantes y pérfidos, que llevan a gozar del sufrimiento ajeno. La herejía es la compañera de la brujería, por lo tanto, algo que es también poco inofensivo, poco venerable en sí. Los herejes y las brujas constituyen dos tipos de seres malvados; tienen en común no sólo que ambos experimentan el mismo sentimiento de su propia maldad, sino que una necesidad irresistible los lleva a ser nocivos para lo que dominan (ya sean hombres u opiniones). La Reforma, que fue una especie de redoblamiento del espíritu medieval en una época en que dicho espíritu ya no tenía buena conciencia de sí mismo, suscitó un buen número de unos y de otras.

36. Últimas palabras.

Recordaremos cómo el emperador Augusto, aquel hombre terrible que sabía violentarse y callarse como todo Sócrates sabio, se mostró indiscreto respecto a sí mismo en sus últimas palabras, cuando por primera vez dejó caer su máscara al dar a entender que había llevado una y que había representado una comedia; había representado el papel de padre de la patria y el de sabio en un trono, hasta sufrir él mismo esa ilusión. ¡Plaudite, amici, comoedia finita est! El pensamiento de Nerón al morir: ¡qualis artifex pereo! fue el mismo que el de Augusto en el momento de su muerte; ¡vanidad de actor! ¡Palabrería de actor! ¡Contrapartida perfecta de Sócrates al morir! Pero Tiberio, el más atormentado de quienes han sido verdugos de sí mismos, murió desconsolado, ¡él sí que fue auténtico, no un actor! ¿Qué pudo pasarle por la cabeza al exhalar su último suspiro? Tal vez esto: "¡La vida no es sino una larga muerte! ¡Qué infeliz he sido por haber acabado con la vida de tantos!" Tendría que haberles concedido una vida eterna, así hubiese podido verlos morir eternamente. Para eso tenía tan buena vista; ¡qualis spectator pereo! Cuando, tras una larga agonía, parecía que recobraba fuerzas, se consideró apropiado asfixiarlo con una almohada. Murió, así, dos veces.

37. En virtud de tres errores.

Durante los últimos siglos se fomentó el desarrollo de las ciencias en base a tres supuestos: porque con ellas y por ellas se esperaba comprender mejor la bondad y la sabiduría de Dios -motivo capital del alma de los grandes ingleses (como Newton)-; porque se creía en la necesidad absoluta del conocimiento, sobre todo en la más íntima relación entre la moral, la ciencia y la felicidad -motivo capital del alma de los grandes franceses (como Voltaire)-; porque en la ciencia se pretendía poseer y amar algo desinteresado, inofensivo, autosuficiente, verdaderamente inocente, en el cual no intervenían en modo alguno los impulsos malos del hombre -motivo capital del alma de Spinoza que, como conocedor, se sentía divino-. ¡En conclusión, se ha fomentado el desarrollo de las ciencias en virtud de tres errores!

38. Las naturalezas explosivas.

Si se tiene en cuenta que la fuerza de los jóvenes es proclive a explotar, no nos asombrará verlos decidirse por determinadas causas con tan poco tacto y discernimiento en su elección. Lo que excita a los jóvenes es la efervescencia que suscita una causa. Ver, por así decirlo, la mecha encendida; no la causa en sí. De este modo, los seductores más sutiles procuran prometerles la explosión y no se preocupan de legitimar su causa; ¡no se gana a semejantes barriles de pólvora con legitimaciones!

39. Cambio de gusto.

El cambio general del gusto es más importante que el de las opiniones, ya que con todas sus pruebas, sus refutaciones y su fachada intelectual, las opiniones no son sino los síntomas del gusto que cambia y no las causas de ese cambio, como se sigue creyendo tan a menudo. ¿Cómo se modifica el gusto general? Pregunta atinada porque individuos aislados, poderosos o influyentes, expresan sin rubor su hoc est ridiculum, hoc est absurdum, es decir, el juicio de sus gustos y disgustos y los imponen de forma tiránica afirmándolos. De esta manera, hacen sufrir a varios una coacción, que va convirtiéndose paulatinamente en costumbre de un número mayor de individuos hasta acabar siendo una necesidad de todos. Pero el hecho de que estos individuos aislados sientan y "saboreen" de un modo diferente se debe habitualmente a una singularidad en su forma de vivir, de alimentarse, de digerir, a una dosis más o menos considerable de sales inorgánicas en su sangre y en su cerebro, en su fisis; no obstante, tienen la valentía de apelar a su fisis y de estar atento a sus exigencias hasta en sus notas más sutiles; sus juicios estéticos y morales responden a semejantes "notas sutiles" de la fisis.

40. Sobre la falta de una forma distinguida.

Los soldados y los jefes tienen siempre un comportamiento recíproco muy superior al que existe entre obreros y patronos. Hasta hoy, al menos, toda auténtica civilización militar sigue estando muy por encima de la llamada civilización industrial; esta última, en su forma actual, es en líneas generales el modo de vida más vulgar que se ha visto hasta el momento. Lo que aquí actúa es sencillamente la ley de la miseria, pues para vivir hay que venderse, pero se desprecia a quien explota esa miseria y compra al obrero. Es curioso que la sumisión a personas poderosas que inspiran miedo y hasta terror, la sumisión a tiranos y a jefes militares no resulte tan penosa como la sumisión a personas desconocidas y tan poco interesantes como son los hombres eminentes de la industria; por lo general el obrero no ve en la persona del empresario sino un ser perruno, astuto, opresor, que especula con toda miseria y cuyo nombre, fisonomía, moralidad y reputación le son indiferentes. Es probable que a los industriales y a los grandes jefes de empresas les falte en buena medida lo que constituye y caracteriza a una raza superior y que hace interesantes a las personas; si hubiesen tenido en su mirada y en sus gestos la distinción que da la nobleza de nacimiento, tal vez no habría aparecido el socialismo en las masas. Pues éstas se encuentran sumamente dispuestas a aceptar cualquier esclavitud, siempre y cuando el individuo que es superior a ellas se legitime continuamente como más elevado, como nacido para mandar ¡mediante la distinción de su estilo! Hasta el hombre más vulgar capta que la distinción no se improvisa y que ésta es venerable en tanto producto de largos siglos, mientras que la falta de distinción y la desacreditada grosería del industrial de manos gruesas y coloradas le hacen pensar que quien ha puesto a uno por encima de otro no ha sido más que el azar y la suerte. ¡Tanto mejor!, se dice; ¡tentemos nosotros también al azar y a la suerte! ¡Echemos los dados! Y empieza el socialismo.

41. Contra el arrepentimiento.

El pensador ve en sus propios actos tentativas e interrogantes encaminados a obtener aclaraciones sobre algo. El éxito y el fracaso son, para él, antes que nada, respuestas. Irritarse o arrepentirse por un fracaso es algo que el pensador deja a quienes obran únicamente cuando son compelidos a ello, esperando ser apaleados por su gracioso amo cuando no le agrada el resultado.

42. Trabajo y tedio.

En los países civilizados casi todos los hombres son iguales en el hecho de buscar trabajo con el objeto de ganar un salario. Para ellos, el trabajo es sólo un medio, no el fin en sí; por eso son poco exigentes al elegir trabajo, el cual sólo les importa por la promesa de la ganancia, siempre que ésta sea considerable. Sin embargo, existen unas pocas personas que prefieren morir antes que dedicarse a trabajar a disgusto; son naturalezas que tienden a elegir y difíciles de satisfacer, pues no se contentan con una apreciable ganancia, si el trabajo en sí no constituye la ganancia de todas las

ganancias. A esta clase de hombres pertenecen los artistas y los contemplativos de todo tipo, así como esos ociosos que se pasan la vida cazando, viajando o dedicándose a intrigas y aventuras amorosas. Todos éstos quieren el trabajo y la penuria con tal que esté unido al placer, incluyendo el trabajo más duro y penoso si fuera necesario. Por lo demás, muestran una pereza decidida, aunque ésta produzca pobreza, deshonor y ponga en peligro su salud y su vida. Temen más al aburrimiento que trabajar disconformes. Hasta necesitan aburrirse mucho si quieren tener éxito en su propio trabajo. Para el pensador, como para todo espíritu sensible, el tedio es esa desagradable "calma chicha" del alma que antecede a la navegación feliz y a los vientos alegres; por eso prefieren soportarlo, esperar el efecto. Esto es precisamente lo que las naturalezas más débiles no pueden obtener de sí mismas de ninguna manera. Ahuyentar de sí mismas el tedio por cualquier medio es tan vulgar como el hecho de trabajar a disgusto. Tal vez sea esto lo que distinga a los asiáticos de los europeos; en tanto seres más capaces de estar en profunda calma durante largo tiempo; incluso sus estupefacientes actúan lentamente y requieren paciencia, al contrario de la repugnante rapidez de ese veneno europeo que es el alcohol.

43. Lo que revelan las leyes.

Estudiar las leyes penales de un pueblo como expresión de su carácter supone incurrir en un grave error. Las leyes no revelan la naturaleza de un pueblo, sino lo quede resulta extraño, singular, monstruoso, todo lo externo a él. Las leyes se refieren a las excepciones de la moral de las buenas costumbres y las penas más duras castigan lo mismo que se ajusta a las costumbres de un pueblo vecino. Así, entre los wahabitas [1] no hay más que dos casos en los que se aplica la pena capital: adorar a un dios distinto al de los wahabitas y fumar (designado como "forma vergonzosa de beber"). "Pero, ¿qué es del asesino y del adúltero?", preguntó un inglés asombrado al oír tales cosas. "Bueno, ¡Dios está lleno de gracia y de misericordia!", le respondió el viejo jefe de la tribu. Asimismo, entre los antiguos romanos, se pensaba que una mujer sólo podía ser culpable de pecado mortal en dos casos: por cometer adulterio y... por beber vino. El viejo Catón argumentaba que se había instaurado la costumbre de besarse entre los parientes tan sólo para controlar a las mujeres en ese aspecto. Un beso indagaba: ¿huele a vino esta mujer? Efectivamente, se castigó con la muerte a mujeres que fueron sorprendidas bebiendo vino, no sólo porque las mujeres pierden toda capacidad de resistencia bajo la influencia del vino; en una época en que era aún reciente el uso del vino en Europa, las mujeres del sur de Europa eran afectadas de vez en cuando por el fenómeno orgiástico y dionisiaco al que los romanos temían más que a nada, caracterizándola como una monstruosidad extranjera que sacudía los fundamentos de la sensibilidad romana. Para ellos era como una traición a Roma, como una invasión de lo extranjero.

[1] *Los wahabitas son los partidarios del reformador Mohamed lbn Abd el Wahab (1703-92) que se opuso a todas las prácticas que no hubieran sido prescritas en el Corán; los wahabitas formaron un esto en Arabia que fue suprimido violentamante en 1818, que resurgió de nuevo en 1821, y fue consolidado más tarde por lbn Saud, son los más consevadores de los mahometanos.*

44. Los motivos en los que se cree.

Por importante que pueda ser el conocimiento de los motivos reales según los cuales ha obrado la humanidad hasta ahora, queda todavía la creencia en tal o cual motivo, pues lo que la humanidad se ha imaginado hasta ahora que era la palanca propiamente dicha de sus actos constituye quizá algo más esencial aún para el conocimiento. Efectivamente, los hombres se han sentido ellos mismos felices o miserables según hayan creído o no en tal o cual motivo, ¡pero no en virtud del motivo real! Todo lo que afecta a este último tiene un interés secundario.

45. Epi curo.

Sí, me siento orgulloso de captar el carácter de Epi curo de modo diferente a como lo haría cualquier otro y de gozar de la felicidad vespertina de la antigüedad en todo cuanto oigo o leo de él. Veo sus ojos contemplando un extenso y plateado mar, por encima de los acantilados de la orilla en los que se posa el sol, mientras pequeños y grandes animales retozan a su luz, tan seguros y serenos como esa luz y esa mirada. Sólo quien sufre permanentemente ha podido inventar semejante felicidad, la felicidad de una mirada ante la cual se ha apaciguado el mar de la existencia y que nunca se cansa de contemplar esa superficie, esa piel multicolor del océano delicada y estremecida. Nunca hubo antes una voluptuosidad tan modesta.

46. Nuestro asombro.

El hecho de que la ciencia descubra cosas que resisten a la prueba y que dejan paso continuamente a nuevos descubrimientos produce una felicidad profunda y radical; ¡no podría ser de otro modo! Sí, estarnos convencidos tanto de la sensación de incertidumbre y de toda la evanescencia de nuestros juicios tanto como del cambio eterno de las leyes y de los conceptos humanos, ¡es asombroso ver la estabilidad de los resultados de la ciencia! Antiguamente no se sabía nada de esta vicisitud de lo humano, puesto que la costumbre moral sostenía la creencia de que toda la vida interior del hombre estaba sujeta con uñas y dientes eternas a una necesidad cobriza; a lo mejor se sentía entonces un asombro agradable similar al escuchar leyendas y cuentos de hadas. Lo maravilloso debía suponer un gran descanso para aquellos hombres, agotados a veces por la regla y la eternidad. ¡No tocar el suelo alguna vez!, ¡volar!, ¡andar sin rumbo!, ¡estar loco! eran cosas que antes correspondían al paraíso y que eran objeto de deleite; mientras que nuestra beatitud es semejante a la de un náufrago que ha llegado a tierra, que pone los pies en la vieja y firme tierra, asombrado de que ésta no oscile.

47. Sobre la represión de las pasiones.

Si se reprime la expresión de las pasiones y se las señala como algo que hay que dejar a las naturalezas "vulgares" y más groseras, a las naturalezas burguesas y campesinas, es decir, si no se reprimen las pasiones en sí, sino sólo su lenguaje y sus gestos, se consigue igualmente lo mismo que se pretendía: la represión de las pasiones,

o al menos su debilitamiento, su modificación (así lo vivió con aleccionador ejemplo la corte de Luis XIV y todo lo que dependía de ella). La sociedad del siglo siguiente, modelada en la censura de su expresión, ya no tenía realmente pasiones, sólo una naturaleza agradable, superficial, jovial, como afectada por la incapacidad de ser descortés; incluso una ofensa ya no se recibía ni se devolvía más que con palabras corteses. Tal vez nuestro tiempo ofrezca la más singular contrapartida: por todas partes veo, en la vida, en el teatro y en todo lo que se escribe, el deleite que conllevan las más groseras explosiones y conductas apasionadas. Hoy en día se exige una especie de costumbrismo en lo pasional, ¡aunque sin admitir la pasión a secas! Pero a pesar de este sesgo se llegará también a ella y nuestros descendientes tendrán un salvajismo auténtico y no sólo el salvajismo y la incultura de las formas.

48. Conocimiento de la miseria.

Es posible que nada diferencie más a los hombres y a las épocas que el distinto grado de conocimiento que tienen de la miseria, miseria tanto del alma como del cuerpo. Respecto a esta última, los hombres actuales, pese a nuestras enfermedades y fragilidades, somos probablemente sin excepción ignorantes y descuidados porque nos falta una rica experiencia de nosotros mismos, en comparación con la época del miedo —la más larga de todas— en la que el individuo había de protegerse con sus propios medios contra la violencia, lo que lo obligaba a ser violento también. En épocas pasadas, el hombre asistía a una escuela plagada de torturas 'y de privaciones corporales y consideraba como un medio de supervivencia tener incluso una cierta crueldad consigo mismo, provocándose voluntariamente dolor; en esa época se enseñaba a los semejantes a soportar el dolor, se hacía sufrir voluntariamente y se presenciaban los más atroces sufrimientos de otros, sin otro sentimiento que el de la propia seguridad. Pero en lo que respecta a la miseria del alma, examino actualmente a todo individuo para ver si la conoce por experiencia o por simple descripción; si considera necesario fingir ese conocimiento para dar la apariencia de una cultura erudita; o bien si no cree en el fondo de su alma en la realidad de los grandes dolores del espíritu y, cuando oye hablar de ellos, como cuando oye nombrar grandes pruebas físicas, no se le ocurre más que pensar en sus dolores de muelas o de estómago. De la falta general de experiencias en este doble aspecto y del hecho de que hay pocas posibilidades de ver sufrir, deriva una consecuencia importante: hoy se detesta el dolor mucho más de lo que lo hacían los hombres de otrora, sedo degrada más que nunca, la sola presencia del dolor como objeto de reflexión apenas se juzga tolerable y se considera con tanto rigor a la existencia en conjunto que hasta se hace de ella un caso de conciencia. El surgimiento de filosofías pesimistas no es ni mucho menos el síntoma de grandes y espantosas desgracias, sino que el cuestionamiento del valor de toda vida se observa en épocas en que el refinamiento y las facilidades de la existencia inducen a pensar que las picaduras de mosquito que sufre inevitablemente el alma y el cuerpo resultan demasiado sangrientas y demasiado crueles; son épocas en las que la carencia de experiencias dolorosas reales hace que se dé crédito comúnmente a tormentos imaginarios como sufrimientos elevados. Pero hay un buen remedio contra las

filosofías pesimistas, contra la hipersensibilidad, a la que considero la verdadera "miseria de hoy". Tal vez ese remedio suene demasiado cruel a los oídos y se lo incluya entre los indicios que sugieren actualmente que "la existencia es un mal". El remedio contra la "miseria" imaginaria no es otro que la miseria real.

49. La generosidad y sus afines.

Esas expresiones paradójicas que constituyen la frialdad repentina en el comportamiento del hombre afectuoso, el humor satírico del melancólico y, principalmente, la magnanimidad que rechaza la venganza y la satisfacción de la envidia se producen en hombres influidos por una poderosa fuerza derrochadora a causa de que se sienten saciados y se hastían enseguida. Sus satisfacciones son tan efímeras y tan profundas que inmediatamente desembocan en el aburrimiento, en la repugnancia y en una desesperada huida hacia el gusto contrario. En esta oposición se resuelve la crisis de la sensibilidad: en uno mediante una frialdad repentina, en otro mediante la risa, en un tercero mediante las lágrimas y la autoinmolación. Considero al generoso -al menos a esa clase de generosos que siempre ha causado una gran impresión- como a un hombre sediento de venganza a más no poder, a quien se le ofrece la posibilidad de satisfacer su deseo, saboreado con la imaginación y apurado tan abundante y profundamente, que a este brusco delirio lo aplaca debido a una formidable y rápida aversión -entonces se eleva "por encima de sí", como suele decirse, perdona a su enemigo y luego lo bendice y lo honra-. Con esta violencia que se produce a sí mismo, con esta forma de ridiculizar su impulso de venganza, tan poderoso incluso momentos antes, no hace sino ceder al nuevo impulso (la aversión) que a su vez le domina ahora, y lo hace con la misma impaciencia y el mismo delirio con que antes anticipaba con la imaginación el placer de vengarse, hasta agotarlo. Existe en la generosidad el mismo grado de egoísmo que en la venganza, pero es un egoísmo cualitativamente distinto.

50. El argumento del aislamiento.

El reproche de la conciencia, aun el más escrupuloso, resulta débil en comparación con la idea de que "esto o aquello va en contra de las buenas costumbres de la sociedad a la que pertenecemos". Incluso al más fuerte lo asusta la mirada fría, el gesto hosco de aquellos entre los cuales y para los cuales ha sido educado. ¿Qué teme, a fin de cuentas? ¡El aislamiento! Argumento que destruye hasta los mejores argumentos en pro de una persona o de una causa. Así se expresa a través de nosotros el instinto gregario.

51. Sentido de la verdad.

Aplaudo todo escepticismo al que se me permita responder: "¡probémoslo!" Pero que no me hablen de cosas ni de cuestiones que no admitan la experimentación. Éste es el límite de mi "sentido de la verdad"; pues más allá de aquí, la audacia ha perdido sus derechos.

52. Lo que otros saben de nosotros.

Lo que sabemos de nosotros y lo guardamos en la memoria no es tan decisivo como se cree para que vivamos felices. Llega un día en que se nos viene encima lo que otros saben de nosotros (o pretenden saber), y sólo desde ese momento reconocemos que esto es realmente lo que nos afecta. Soportamos más fácilmente la mala conciencia que la mala reputación.

53. ¿Dónde comienza el bien?

Cuando la débil visión del ojo no alcanza a discernir la naturaleza perversa de un impulso, a causa de la sutileza de éste, el hombre cree estar en el reino del bien y, a partir de ese instante, ese sentimiento transmite su agitación a todos los impulsos que la mala conciencia había amenazado y reprimido, como los sentimientos de seguridad, de consuelo, de benevolencia. De este modo, cuanto más se desdibuja la visión, más parece extenderse el terreno del bien. ¡De ahí la eterna alegría del pueblo y de los niños! ¡De ahí el carácter sombrío y la aflicción de los grandes pensadores que conservan la mala conciencia!

54. La conciencia de la apariencia.

¡Qué maravillosa y nueva, y a la vez qué horrible e irónica es la postura que me hace adoptar mi conocimiento frente a la existencia! Por mí mismo descubrí que la antigua animalidad del hombre, incluyendo la totalidad de la época originaria y del pasado de todo ser sensible, continuaba dentro de mí poetizando, amando, odiando, extrayendo conclusiones. Me desperté de pronto en medio de mi sueño, pero sólo para tomar conciencia de que estaba soñando y de que necesitaba seguir haciéndolo para no morir, de la misma forma que el sonámbulo precisa seguir soñando para no caerse. ¿Qué es para mí la "apariencia"? Por supuesto que nada distinto a cualquier ser; entonces, ¿qué puedo decir de cualquier ser excepto enunciar los atributos de su apariencia? ¡Ésta no es, ciertamente, una máscara inerte que se pueda poner y también quitar a cualquier desconocido! Para mí, la apariencia es la viva realidad misma actuando que, irónica consigo misma, había llegado a hacerme creer que aquí no hay más que apariencia, fuegos fatuos, danzas de duendes y nada más, así como que entre todos esos soñadores también yo, atravesando un "trance de conocer", bailo mi propia danza. El que está "en trance de conocer" no es sino un medio para prolongar la danza terrenal y, en este sentido, figura entre los maestros de ceremonia de las fiestas de la existencia, ya que la consecuencia y el vínculo primordiales de todos los conocimientos constituyen y constituirán, tal vez, el medio supremo de asegurar la universalidad del sueño y la comprensión mutua de todos estos soñadores y, por consiguiente, de prolongar la duración del sueño.

55. El sentido supremo de la nobleza.

¿Qué es lo que conforma "la nobleza" de un ser? Está claro que no será el hecho de hacer sacrificios, pues hasta el desordenado libertino los hace. Tampoco consistirá en ceder a una pasión; hay pasiones despreciables. Y menos aún hacer algo por otro y sin egoísmo, puesto que quizá sea el egoísmo el consecuente máximo en los más nobles. Lo que conforma la nobleza de un ser es que cualquiera sea la pasión que lo afecte tenga un carácter singular, sin que él mismo se dé cuenta; es el uso de un criterio raro y singular, casi una locura; sentir calor en cosas que resultan frías a los demás; ofrecer un sacrificio en el altar de un dios desconocido; ser valiente sin aguardar honores; sentirse satisfecho de uno mismo y con abundantes recursos para enriquecer a hombres y a cosas. Hasta ahora, entonces, lo que constituía la nobleza de un ser era la rareza y la ignorancia de esa rareza. Consideremos, no obstante, que semejante norma supone un juicio inofensivo sobre todo lo habitual, inmediato e indispensable; en definitiva, sobre todo lo que más ha contribuido a la conservación de la especie, y de una manera absoluta sobre la regla misma de la humanidad hasta ese momento, a lo que se calumnia en aras de las excepciones. Convertirse en abogado de la regla podría ser la forma suprema y más sutil de revelarse en la tierra el sentido de la nobleza.

56. El deseo de sufrir.

Cuando pienso en ese deseo de sufrir que excita y estimula continuamente a millones de jóvenes europeos, ninguno de los cuales soporta el aburrimiento ni se soporta a sí mismo, concluyo que ese deseo emana con el objeto de obtener una razón convincente para obrar y para justificar su acción. ¡Las situaciones violentas son necesarias! Por eso se explica la algarabía de los políticos, las pretendidas "crisis sociales" de todo tipo, tan numerosas como falsas, imaginarias, exageradas, y todo ese ciego apuro por creer en ellas. Lo que pretende esta joven generación es que sea la desgracia, y no la felicidad, lo que le caiga y se le manifieste desde el exterior; y su imaginación se esfuerza por forjar un monstruo para tener, acto seguido, alguien a quien combatir. Si, deseosos como están de situaciones violentas, se sintiesen con fuerzas para hacerse bien a sí mismos interiormente, con fuerzas para violentarse a sí mismos, sabrían también crearse interiormente situaciones de conflicto propias y singulares. Sus invenciones serían entonces más finas, y sus satisfacciones resonarían como música selecta. Mientras, hoy el mundo resuena con sus gritos de angustia, ¡y con extrema frecuencia no lo llenan más que de sentimientos de angustia! No saben qué hacer con su existencia y por eso proclaman la desgracia de otros. ¡Tienen necesidad de los otros! ¡Y de unos otros distintos cada vez! Perdónenme, entonces, si me he atrevido a proclamar mi felicidad.

LIBRO SEGUNDO

57. A los realistas.

Ustedes, sobrios, que se sienten inmunes a la pasión y al delirio y que harían gustosos de su propio vacío un motivo de orgullo y de gala, se denominan realistas y pretenden que el mundo sea como se les ocurra, pues consideran que sólo a ustedes se les revela la realidad, y que tal vez son lo mejor de ella; ¡oh, amadas imágenes de Sais! Pero, en la desnuda condición en la que se hallan, ¿no son ustedes, en cualquier caso, naturalezas sumamente apasionadas comparados con los peces, e incluso parecidos a un artista enamorado? y, además, ¿qué es la "realidad" para un artista enamorado? ¡No dejan de llevar dentro de ustedes una forma de apreciar las cosas que tiene su origen en pasiones y amores de pasados siglos! ¡Esa propia sobriedad sigue impregnada aún de una embriaguez secreta e inextinguible! El amor que profesan a la "realidad", por ejemplo, no es sino un "amor" antiguo, ¡tan antiguo! En toda sensación, en toda impresión sensible reside una parte de ese antiguo amor, ya que han sido elaboradas, entremezclándose con ellas, por una cierta dosis de fantasía, de prejuicios, de irracionalidad y de no sé cuántas cosas más. ¡Miren esa montaña! ¡Observen esa nube! ¿Qué hay de "real" en ellas? ¡Hagan abstracción, hombres sobrios, de la visión quimérica y de toda aportación humana! ¡Si pudieran al menos olvidar su propio origen, su propio pasado, su formación anterior, toda la humanidad y la animalidad! Para nosotros no hay "realidad" —ni tampoco para ustedes, sobrios—. Estamos lejos de ser tan extraños los unos a los otros como procuran, y hasta quizás nuestra buena voluntad de salir de la embriaguez sea tan respetable como la creencia suya de que ni siquiera son capaces de emborracharse.

58. ¡Sólo en cuanto creadores!

Hay algo que me cuesta, que no deja de requerir de mí siempre los mayores esfuerzos: comprender que es muchísimo más importante saber cómo se llaman las cosas, que lo que las cosas son. La creencia en la reputación, el nombre, la apariencia, el valor, el peso y la medida habituales de una cosa –que en un principio fueron algo erróneo y arbitrario que cubrió a la cosa como tina capa totalmente extraña a su naturaleza e incluso a su epidermis–, la creencia en todo esto, digo, transmitida de generación en generación, se fue convirtiendo en el cuerpo de esa cosa en solidaridad de algún modo con su crecimiento más íntimo; ¡la apariencia primitiva acaba siempre convirtiéndose en la esencia y actuando como tal! ¡Qué locura supone pretender que bastaría denunciar ese origen, ese velo nebuloso de la ilusión para aniquilar ese mundo que consideramos esencial y al que llamamos "realidad"! ¡Sólo podemos aniquilar siendo creadores! Pero no olvidemos tampoco esto: que basta crear nuevos nombres, nuevas valoraciones y verosimilitudes para crear, a la larga, "cosas" nuevas.

59. Nosotros, los artistas.

Cuando amamos a una mujer, odiamos con facilidad a la naturaleza por los repugnantes fenómenos naturales a los que se encuentra sometida toda hembra, por eso simplemente los apartamos gustosos de nuestros pensamientos. Pero si nuestra alma roza apenas esas cosas, se estremece de impaciencia y mira, como sostengo, a la naturaleza con un aire de desprecio; la naturaleza, que parece violar el bien que poseemos, nos ofende con manos profanas era extremo. Cerramos los oídos a todo término fisiológico y decimos por nuestra parte: "¡No quiero saber nada con el hecho de que el hombre es algo más que alma y forma!". "Lo que hay bajo la epidermis humana" es algo horrible, algo que ningún amante puede concebir, una ofensa a Dios y al amor. Ahora bien, lo que continuamente siente todo amante de la naturaleza, y sus fenómenos, es lo que experimentaba antaño todo el que adoraba a Dios y a su "omnipotencia"; en todo lo que decían de la naturaleza los astrónomos, los físicos y los médicos, veía una intromisión en su terreno personal más preciado y, en consecuencia, una agresión, además de una falta de pudor por parte de tal agresor. Las "leyes de la naturaleza" le sonaban tan vial como un insulto, y en el fondo hubiese querido reducir toda esa mecánica a actos voluntarios y arbitrarios. Pero como nadie podía prestarle ese servicio, se ocultaba a sí mismo lo que podía la naturaleza y su mecánica y vivía como en un sueño. ¡Qué bien sabían soñar esos hombres en tiempos lejanos sin tener para ello que dormirse! Y nosotros, los hombres de hoy, seguimos sabiendo mucho de eso, ¡a pesar de toda nuestra buena voluntad de estar despiertos y en pleno día! Basta amar, odiar, anhelar, o simplemente sentir, para que enseguida nos sobrevengan el espíritu y la fuerza del sueño y subamos por los más peligrosos caminos. Con los ojos abiertos, insensibles a todo riesgo por encima de los tejados y de las torres de la fantasía, sin el menor vértigo, ¡sonámbulos como somos del día nacidos para escalar! ¡Nosotros, artistas! ¡ Nosotros, encubridores de la naturaleza! ¡Nosotros, lunáticos y buscadores de Dios! ¡Nosotros, viajeros en un silencio de muerte, viajeros incansables por alturas que no percibimos como tales, sino a las que consideramos nuestras llanuras, nuestras certezas!

60. Las mujeres y su acción a distancia.

¿Sigo teniendo oídos? ¿Soy oídos y nada más? En medio del ardor del oleaje marino espumoso y centelleante que alcanza mis pies, sólo me llegan aullidos, amenazas, gritos estridentes; mientras que en su antro más hondo, el antiguo sacudir de la tierra canta ronco su melodía como un rugiente toro. Al hacerlo, va siguiendo el compás con el pie con que sacude de una manera tal que hace temblar el corazón de los demonios de estas rocas desmoronadas. Entonces, como surgido de la nada, en las puertas de este laberinto infernal, a sólo unas millas de distancia, aparece un gran velero que pasa como un fantasma deslizándose en silencio. ¡Oh, fantasmal belleza! ¡Qué encanto ejerce sobre mí! ¿Llevará ese barco todo el reposo taciturno del mundo? ¿Mi propia felicidad, mi yo más dichoso, mi segundo yo eternizado, no se habrá sentado ahí, en ese lugar tranquilo, no muerto aún, pero ya no con vida, deslizándose y

flotando, como un ser intermedio, espectral, silencioso y visionario, semejante al navío que con sus velas blancas se cierne por encima del mar como una mariposa gigantesca? ¡Ah! ¡Volar por encima de la existencia! ¡Eso, eso es lo que habría que hacer!... ¿Me ha convertido, entonces, todo ese tumulto en un extravagante ser? Toda gran agitación nos lleva a situar imaginariamente la felicidad en la calma y en la lejanía. Cuando un hombre es presa de su propio tumulto, se encuentra en medio de la marea de sus impulsos y proyectos; sin duda que entonces ve ante él deslizarse también a unos seres encantadores y silenciosos, cuya felicidad y retiro envidia... Esos seres son las mujeres. Le encanta creer que allí, entre las mujeres, tal vez habite lo mejor de su yo; que en esos lugares tranquilos, hasta el más violento tumulto se serenaría en un silencio de muerte y que la vida se convertiría en el sueño de la vida misma. ¡Sin embargo! ¡Sin embargo! Noble exaltado, hasta en los más bellos veleros persiste el mismo rumor y griterío y, por desgracia, ¡qué lamentable griterío! El encanto y la acción más poderosa de las mujeres es, hablando en términos filosóficos, una actio distans, una acción a distancia, aunque para ello sea necesario sobre todo... ¡distancia!

61. En honor de la amistad.

El sentimiento de la amistad era considerado en la antigüedad el sentimiento supremo, más elevado incluso que el alabadísimo orgullo de los sabios y de los que se bastaban a sí mismos. Sentimiento único, el más sagrado, estaría emparentado con el orgullo; de este modo se explica muy bien la historia de aquel rey de Macedonia que, habiendo regalado un talento a un filósofo de Atenas, vio que éste se lo devolvía como muestra de su desprecio por el mundo. "¿Cómo? –dijo el rey– ¿no tiene ningún amigo?" Lo que equivalía a decir: "Honro su orgullo de sabio y de independiente; pero hubiera honrado más su humanidad, si en él el sentimiento de amistad hubiese superado a su orgullo. El filósofo se ha desacreditado ante mis ojos al manifestar que desconoce uno de los sentimientos sublimes... ¡y precisamente el más elevado!"

62. Amor.

El amor perdona a la persona amada, incluso su ambición.

63. La mujer en la música.

¿Por qué que los vientos calientes y lluviosos producen un estado de ánimo musical tato como un humor proclive a inventar melodías? ¿No son esos mismos vientos los que llenan las iglesias y los que inspiran pensamientos de amor a las mujeres?

64. Escépticas.

Pienso que, al envejecer, las mujeres se vuelven, en el rincón más íntimo de sus corazones, más escépticas que todos los hombres; creen que la banalidad de la existencia constituye su verdadera esencia, y toda virtud y profundidad no es, a sus

ojos, sino encubrimiento de esta "verdad", encubrimiento sumamente deseable de un pudendum y, por ende, nada más que una cuestión de decoro y de decencia.

65. Entrega.

Hay mujeres nobles pero en cierto modo pobres de espíritu porque no saben expresar su entrega más profunda de otra manera que no sea ofreciendo su virtud y su pudor, es decir, lo mejor que tienen. A menudo, quienes aceptan ese regalo se comprometen mucho menos profundamente de lo que suponen las donantes; ¡es una historia muy triste!

66. La fuerza de los débiles.

Todas las mujeres se muestran muy sutiles a la hora de exagerar sus debilidades; incluso se ingenian para inventarlas, para parecer tan frágiles como adornos a quienes dañaría incluso una pizca de polvo. Su existencia debe lograr que el hombre tome conciencia de su torpeza y se sienta culpable de ella. Así se defienden ellas de los fuertes y del "derecho del más fuerte".

67. Fingir su propio carácter.

Ella ya lo ama, y desde ese momento mira a su alrededor con la estúpida confianza de una vaca. ¡Ay! Ella lo había fascinado por su carácter completamente cambiante e inasequible, ¡harto como él estaba de su propio carácter inamovible! ¿No habría sido mejor fingir su antiguo carácter, simular falta de amor? ¿No es eso lo que aconseja... el amor? ¡Vivat comoedia!

68. Voluntad y sumisión.

Llevaron a un joven ante un sabio, a quien dijeron: "Aquí tienes a uno que se deja pervertir por las mujeres". El sabio, meneando la cabeza, sonrió: "Son los hombres quienes pervierten a las mujeres; toda falta que cometan las mujeres ha de ser purgada y reparada por los hombres, pues el hombre se forma una imagen de la mujer, y la mujer se hace según esa imagen". "Eres demasiado caritativo con las mujeres, dijo uno de los asistentes, ¡no las conoces!". El sabio replicó: "El carácter distintivo del hombre es la voluntad, el de la mujer, la sumisión. ¡Esa es la verdadera ley de los sexos! ¡Dura ley para la mujer! Todos los seres humanos son inocentes de su existencia, pero las mujeres lo son doblemente; ¿quién podría tener con ellas la suficiente piedad y caridad?" ¡Piedad! ¡Caridad! ¿Qué quieres decir con eso? –exclamó uno entre la multitud–. "¡La cuestión está en educar mejor a las mujeres!" "La cuestión está en educar mejor a los hombres", dijo el sabio, e hizo al joven una señal para que lo siguiera, aunque éste no lo hizo.

69. Aptitud para la venganza.

El no poder defenderse como, asimismo, el no querer hacerlo, no serían motivo de vergüenza ante nuestros ojos; pero despreciamos a quien no posee ni la facultad ni la voluntad de vengarse, independientemente de que se trate de un hombre o de una mujer. ¿Sería capaz de retenernos (o, como se dice, de "encadenarnos") una mujer si imaginásemos que, llegado el caso, podría manejar contra nosotros el puñal (no importa qué clase de puñal)? ¿Y si lo dirigiera contra ella misma? En ese caso, sería una venganza más sensible, la venganza china.

70. Dominadoras de amos.

Al oír, a veces, en un teatro una voz profunda y potente de contralto nos parece que se nos desvelan posibilidades en las que no creemos habitualmente; así es como de pronto pensamos que en algún lugar del mundo podrían existir mujeres de almas sublimes, heroicas, majestuosas, aptas y dispuestas a recurrir a réplicas, decisiones y sacrificios grandiosos, o a dominar a los hombres, porque lo mejor que hay en el varón parece haberse convertido en ellas —más allá de la diferencia de los sexos— en la encarnación del ideal. La intención del dramaturgo no es por supuesto ofrecer semejante concepción de la mujer mediante este tipo de voz, pues generalmente deben representar al amante masculino ideal, como Romeo; pero a juzgar por mi experiencia, el dramaturgo y el músico que esperan que este tipo de voz produzca dicho efecto, por lo regular se equivocan. No creemos en semejantes amantes; esas voces tienen siempre un matiz de carácter maternal que es también característico del ama de casa, máxime cuando hay amor en su entonación.

71. Sobre la castidad femenina.

Acaso lo más paradójico que exista sea lo que de monstruoso y sorprendente existe en la educación de las mujeres distinguidas. Todo el mundo coincide en que se las debe educar con la mayor ignorancia posible respecto de las cuestiones eróticas, para inculcar en sus almas un profundo pudor respecto a esta materia así como una impaciencia extrema y una especie de necesidad de huir en cuanto se haga alusión a semejante tema. Está tan en juego aquí el "honor" de las mujeres,¡que no se les perdonaría que obrasen de otro modo! En otros aspectos no se las educa mal, pero en este asunto se las mantiene ignorantes hasta en lo más íntimo de su corazón; no deben tener ojos ni oídos, ni palabras, ni pensamientos respecto a lo que sería su "mal". El simple hecho de saber es ya el mal propiamente dicho. Pero luego, en el momento del matrimonio, son arrojadas como por un rayo horrible a la realidad y a la conciencia de la realidad, encima, por aquel a quien aman y respetan. Por lo tanto, la cuestión está en saber captar de pronto la contradicción que existe entre el amor y el pudor, en verse obligadas a experimentar, al mismo tiempo, arrebato, autosacrificio, deber, piedad, el miedo que causa la inconcebible vecindad que hay entre Dios y el animal, ¡y no sé cuántas cosas más! ¿Se ha hecho alguna vez un nudo más inextricable en el alma de quien busca a su semejante? Ni la curiosidad compasiva del más sabio conocedor del

corazón humano bastaría para adivinar la situación en que se encuentra tal o cual mujer en esta solución del enigma y ante el enigma de esta solución; ¡y qué horribles y múltiples sospechas se agitarán en esa pobre alma desquiciada, hasta el punto de que en esta cuestión se desarrolla toda la filosofía y todo el escepticismo de la mujer! Tras esto vendrá el mismo silencio profundo de antes y, a menudo, un silencio para consigo misma y un cerrar de ojos frente a lo que ocurre en su interior. Las jóvenes se esfuerzan por mostrarse superficiales e irreflexivas; las más perspicaces fingen cierta insolencia. Las mujeres tienden fácilmente a considerar a sus maridos como interrogantes acerca de su honor y a sus hijos como una apología o una penitencia. Necesitan hijos, y los desean en un sentido completamente distinto al hombre. En definitiva, ¡no se sabría ser lo bastante tierno con las mujeres!

72. Las madres.

Los animales no consideran a las hembras como los hombres a sus mujeres; para aquellos, el valor de la hembra reside en su función productiva. No existe en ellos el amor paterno, sino algo parecido al amor que el hombre siente hacia los hijos de alguien estimado, a los que uno se ha habituado. Las hembras encuentran en sus crías la satisfacción de su necesidad de dominar una propiedad, una ocupación, alguien a quien entienden muy bien, con quien pueden charlar. Todo eso constituye el amor materno, un amor comparable al que siente el artista por su obra. El embarazo vuelve a las mujeres más tiernas, más sensibles, más medrosas, disponiéndolas mejor para la sumisión. Del mismo modo, el embarazo espiritual configura el carácter de los contemplativos, que son madres masculinas. Los animales consideran que el masculino es el sexo bello.

73. Santa crueldad.

Un santo vio acercarse a él a un hombre que llevaba a un niño recién nacido. "¿Qué voy a hacer con este niño? –preguntó este último–, es raquítico, nació prematuramente y no tiene fuerzas ni para morirse". "¡Mátalo! –exclamó el santo con una voz terrible–; mátalo y sostenlo en brazos tres días y tres noches para que te acuerdes de ello, así sólo concebirás hijos en el momento oportuno". Cuando el hombre oyó estas palabras, se fue decepcionado, y muchos criticaron al santo por haber aconsejado una acción tan cruel como matar a un niño. "Pero, ¿no es más cruel dejarlo vivir?", replicó el santo.

74. Las que no tienen éxito.

Nunca tienen éxito esas pobres mujeres que se muestran ansiosas e inseguras y que hablan demasiado delante de quien aman, pues lo que verdaderamente seduce a los hombres es una ternura íntima y flemática.

75. El tercer sexo.

"Un hombre de baja estatura es una paradoja, pero no deja de ser un hombre; en cambio, en comparación con las mujeres altas, las bajas me parece que pertenecen a otro sexo", decía un viejo maestro de baile. Una mujer de baja estatura no es nunca hermosa, decía el viejo Aristóteles.

76. El mayor peligro.

La humanidad habría desaparecido hace tiempo de no existir siempre una gran cantidad de hombres que considerara a la disciplina de su cerebro (es decir, a su racionalidad) un motivo de orgullo, una virtud y un deber y que, dotados del "buen sentido común", se hayan considerado humillados y ofendidos ante cualquier delirio o desliz del pensamiento. Es que por sobre la cabeza de esta humanidad ha acechado en todo momento, como su mayor peligro, la locura dispuesta a irrumpir, es decir, la irrupción de lo arbitrario en la sensación, la vista, el oído, el goce de la anarquía cerebral, el placer en el sin sentido, en la irracionalidad humana. Ni la verdad ni la certeza constituyen la contrapartida del mundo de la locura, pero ambos son la universalidad y la obligación universal de una creencia; en pocas palabras, el no ser arbitrarios al juzgar. Y la mayor labor de los hombres hasta ahora ha consistido en lograr un acuerdo mutuo sobre un gran número de cosas y en consensuar una ley de la unanimidad, independientemente de que dichas cosas fueran verdaderas o falsas. Así es la disciplina cerebral que ha conservado a la humanidad, sin que deba desecharse el que los impulsos contrarios tienen todavía una fuerza tal que, en el fondo, apenas se puede hablar con confianza del futuro de la humanidad. La imagen de las cosas continuamente se mueve y se desplaza, y es factible que a partir de ahora lo haga más rápidamente que nunca; permanentemente los espíritus más selectos, en particular, se alzan contra esta obligación universal –¡yendo a la cabeza los exploradores de la verdad!–. Sin cesar, esta creencia, como creencia de todos, inspira aversión y nuevos deseos insatisfechos a los espíritus más cultos; y el ritmo lento que la misma exige para todos los procesos espirituales, esta imitación de la tortuga que aquí se reconoce como norma, permite a los poetas y a los artistas hacer el papel de tránsfugas. En estos espíritus impacientes irrumpe una auténtica ansia de locura, porque ¡qué ritmo alegre que tiene! Se precisan, entonces, intelectuales virtuosos –¡ah!, he de decirlo sin el menor equívoco–, se precisa una virtuosa estupidez, se precisan directores de orquesta imperturbables, capaces de ajustarse al ritmo lento del espíritu para que los fieles de la creencia final continúen reunidos y bailando su danza; quién exige y quién manda eso es una necesidad de primer orden. Nosotros somos la excepción y el peligro –¡tenemos la necesidad de estar continuamente defendiéndonos!–. Pero puede decirse algo en favor de la excepción, siempre y cuando no quiera convertirse nunca en regla.

77. La buena conciencia animal.

No se me escapa cuánto hay de vulgar en todo lo que gusta en la Europa meridional, ya se trate de la ópera italiana (por ejemplo, de Rossini y de Bellini) o de la novela picaresca española (que nos es más accesible en el disfraz francés de Gil Blas), pero no me enfada más que la vulgaridad que encuentro, ya sea dando un paseo por Pompeya o leyendo cualquier libro de la Antigüedad. ¿A qué se debe esto? A que aquí no hay pudor y a que toda vulgaridad se manifiesta con tanta seguridad y certeza como cuanto de noble, amable y apasionado pueda existir en la música y en la novela del mismo género. "El animal tiene derechos como el hombre, por eso puede moverse tan libremente como tú, ¡mi querido semejante!, dado que, pese a todo, no eres menos que ese animal".

Creo que ésta es la moral y la particularidad de la humanidad meridional. El mal gusto tiene tanto derecho como el bueno, y respecto a éste último ostenta incluso un privilegio en la medida en que expresa la gran necesidad y la satisfacción cierta, tanto como en que constituye, por así decirlo, un lenguaje universal, una máscara y una actitud inmediatamente comprensibles. Por el contrario, el buen gusto, habida cuenta de lo que tiene de escogido, testimonia siempre una búsqueda, una improvisación, una ambigüedad en cuanto a su comprensibilidad. Por ello no es ni ha sido nunca popular. ¡No hay nada más popular que la máscara! ¡Que se emplee, así, toda esa mascarada en las melodías y en las cadencias, en el ritmo saltarín y burlón de esas óperas! ¡En toda la vida de la antigüedad! ¿Quién puede entender esto si no capta el placer y la buena conciencia de toda mascarada? En esto se bañaba y se reconfortaba el espíritu antiguo, donde este baño era más necesario para las naturalezas raras y nobles que para las naturalezas vulgares. En cambio, me molesta extraordinariamente un giro vulgar en las obras nórdicas, por ejemplo, en la música alemana. Aquí se ha mezclado el pudor, el artista se ha degradado a sus ojos y ni siquiera ha podido dejar de ruborizarse; nosotros nos avergonzamos con él y nos ofende sentir que el artista creía que debía degradarse por causa de nosotros.

78. Nuestras razones para estar agradecidos.

Los artistas, fundamentalmente los teatrales, han sido los primeros en dotar a los hombres de ojos y oídos para ver y oír con cierto placer lo que cada uno es, lo que cada uno experimenta, lo que cada uno quiere. Ellos fueron los primeros en enseñarnos a estimar al héroe que hay oculto en todo hombre corriente; los que nos enseñaron a considerarnos héroes, a vernos desde lejos y, por decirlo de alguna manera, transfigurados –el arte de "ponemos en escena" ante nosotros mismos–. ¡Sólo así podemos pasar por alto algunos viles detalles nuestros! Sin ese arte no seríamos más que un "primer plano", y no haríamos más que vivir enteramente bajo el ángulo de esa óptica que agranda monstruosamente lo que hay de inmediato y de vulgar, dándole de este modo la apariencia de la realidad en sí.

Tal vez tenga un mérito análogo esa religión que mandaba examinar en detalle

el carácter pecador de todo hombre y que convertía al pecador en un criminal inmortal, pues al mostrar en torno a él perspectivas eternas, enseñaba al hombre a considerarse desde lejos, como algo acabado y total.

79. Atractivo de la imperfección.

Veo aquí a un poeta que, como más de un hombre, ejerce un atractivo mayor por sus imperfecciones que por todo lo que sale redondo y elaborado de sus manos. Así es, consigue más provecho y más gloria por su incapacidad que por su fuerza abundante. Su obra no expresa nunca plenamente lo que en suma quisiera expresar, lo que le gustaría haber visto. Parece que hubiese presentido una visión, si bien nunca la visión misma, pero en su alma permanece una sed inmensa de esa visión, y de ella extrae su elocuencia no menos inmensa, nacida del deseo y de la ambición. Mediante ella, eleva a quien lo escucha por encima de su obra y de todas las "obras", y le da alas para elevarse a una altura tal que nunca alcanzarían los oyentes. Y así, convertidos ellos mismos en poetas y en videntes, le manifiestan al autor de su felicidad tanta admiración como si los hubiese conducido a la visión de sus realidades más sagradas y como si él hubiese visto realmente y comunicado su visión. Su gloria se beneficia del hecho de no haber alcanzado realmente su meta.

80. Arte y naturaleza.

A los griegos (o al menos a los atenienses) les gustaba oír hablar bien, destacándose por poseer una ávida inclinación a ello que los distinguía más que ninguna otra cosa de quienes no eran griegos. Así, exigían que hasta la pasión hablara bien en el escenario y se dejaban llevar con gusto por el ritmo artificial de los versos dramáticos, ¡con lo sobria en palabras, muda y apocada que es la pasión en la vida real, o con lo turbada, irracional y avergonzada que resulta cuando llega a expresarse! Sin embargo, gracias a los griegos, nos hemos acostumbrado a esta falta de naturalidad en la escena, así cómo a esa otra falta de naturalidad que es la pasión cantante que soportamos, gustosamente por cierto, gracias a los italianos. Ha nacido en nosotros una necesidad que no podríamos satisfacer en la realidad: oír hablar bien y con detenimiento a hombres que se encuentran en las más graves situaciones; ahora nos encanta que el héroe trágico se muestre aún capaz de elegir las palabras, de encontrar razones, de adoptar actitudes elocuentes y, en definitiva, de mostrar una inteligencia lúcida en el momento en que su vida se acerca al abismo cuando, por lo general, el hombre real pierde la cabeza y normalmente el lenguaje noble. Esta especie de separación de la naturaleza es quizás lo que más agradablemente alimenta el orgullo humano; en cualquier caso, gracias a ella se ama al arte como expresión de una antinaturaleza y de una convención superiores y heroicas. Se censura, con razón, a un poeta dramático si no consigue transformar completamente su argumento en razón y palabras, y si se reserva cosas en el tintero dejando períodos de silencio; del mismo modo, nos decepciona el compositor de ópera que, para dotar de intensidad a la pasión, no sabe hacer nada mejor que sustituir la melodía por balbuceos y gritos patéticamente "naturales". Y, en realidad, aquí precisamente hay que contradecir a la

naturaleza. Aquí es cuando el encanto vulgar debe ceder paso a un encanto superior. En este aspecto los griegos llegaron muy lejos... ¡espantosamente lejos! Del mismo modo que supieron construir el escenario más angosto posible, prohibiéndose todo efecto que haya surgido de un telón de fondo que diese profundidad, y del mismo modo que convirtieron al actor de la mímica y de los gestos fáciles en una máscara, congelando de igual manera su actitud solemne y sus rasgos. Asimismo, privaron a la pasión de la profundidad de su propio telón de fondo, dictándole a cambio la ley del discurso bello y recurriendo a todo lo que suprimiera el efecto básico de unas imágenes capaces de generar temor y piedad. Porque no pretendían en modo alguno suscitar temor ni piedad, como muy bien dice Aristóteles, a quien hay que rendirle los máximos honores por su acierto al apuntar esto, si bien cuando habla del fin último de la tragedia griega no supo dar en el clavo, ni mucho menos. Si pensamos en los trágicos griegos, veremos que lo que más suscita su entusiasmo, su ingenio y su emulación no es precisamente sacudir a los espectadores con pasiones. El ateniense iba al teatro para oír discursos bellos. ¡Sófocles se preocupaba de hacer discursos bellos! –y discúlpenme esta herejía-.Una cosa muy distinta es lo que sucede en la ópera seria, en donde todos sus maestros tratan de impedir que se entienda a sus personajes. Una palabra captada al vuelo viene a veces en ayuda del oyente distraído pero, en la totalidad, lo necesario es que la situación se explique por sí misma, sin importar la forma del discurso. Así piensan todos y así se han tomado en broma las palabras. Tal vez les haya faltado audacia para expresar su desprecio radical por la palabra; un poco más de impertinencia en Rossini, y no hubiese hecho cantar más que la la la desde principio hasta el final, y con razón. El hecho es que a los personajes de una ópera no se les debe creer "por sus palabras", sino por su tono. ¡Esta es la diferencia, ésta es la hermosa antinaturaleza por la que vamos a la ópera! Incluso el mero recitado no debe entenderse en última instancia como texto y palabra, pues esta especie de semi-música está más bien destinada a conceder cierto reposo al oído musical (el reposo que conviene después de la melodía como goce sublime y, por consiguiente, ¡como lo más agotador de este arte!) cumpliendo, también, otra función: la de hacer que nazca una impaciencia creciente, una repugnancia progresiva, un deseo nuevo de música total, de melodía. ¿Qué es el arte de Richard Wagner desde este punto de vista? ¿Acaso algo distinto? A menudo he tenido la impresión de que hubiese sido preciso saberse de memoria la letra y la música de sus obras antes de asistir a su representación, sin lo cual se corre el riesgo de, me ha parecido, no entender la letra, y ni siquiera la música.

81. El gusto griego.

"¿Qué tiene esto de bello? —preguntaba un agrimensor después de una representación de Ifigenia--, ¡no demuestra absolutamente nada!" ¿Estaban los griegos tan alejados de este gusto? En Sófocles, al ,menos, "todo está demostrado".

82. El "esprit" no es griego.

Los griegos fueron inconmensurablemente lógicos y simples en toda su forma de pensar, y no se cansaron de serlo durante su mejor período; a diferencia de lo que les

ocurre frecuentemente a los franceses, quienes, en ocasiones, dan un salto con excesiva complacencia al campo contrario. Estos sólo soportan el espíritu de la lógica cuando manifiesta, mediante numerosos saltitos al campo contrario, su sociabilidad, su sociable negación de sí. La lógica les resulta tan indispensable como el pan y el agua, al igual que estos alimentos son vitales para los presos, por cuanto constituye la única comida que, además, ha de tomarse a solas. En la buena sociedad no hay que querer ser el único que tenga toda la razón, como lo pretende la lógica pura. De ahí la pequeña dosis de sinrazón que hay en todo esprit francés. ,a sociabilidad de los griegos distaba mucho de estar tan se desarrollada como lo está, y lo estuvo, la de los franceses; por ello se explica el poco esprit que había en sus hombres más espirituales, las pocas chanzas que se permitían sus bromistas, el poco crédito que darían a mis frases, ¡y cuántas otras del mismo género tengo en el corazón! Est res magna tacere, dijo Marcial, como todos los charlatanes.

83. Traducciones.

Es legítimo juzgar el grado de sentido histórico que tiene una época por la forma en que traduce y trata de asimilar las épocas y los libros del pasado. Los franceses de Corneille y hasta los de la Revolución se apropiaron de la Antigüedad romana de un modo en el que hoy ya no seríamos capaces, dado nuestro sentido histórico superior. Y en cuanto a la propia Antigüedad romana, no se puede negar que metió la mano con violencia e ingenuidad en lo más destacado y sobresaliente de la alta Antigüedad griega. ¡Con qué deleite y falta de escrúpulos quitaron el polvo a las alas de esa mariposa que es el instante! Así, Horacio tradujo de un lado y del otro a Alceo y a Arquíloco; Propercio a Calímaco y a Filetes (poetas del mismo valor que Teócrito, si se nos permite juzgar),. ¡Qué les importaba que el creador en cuestión hubiese vivido aquí o allá y que esto hubiese dejado huellas en su poema! Como poetas, apenas disponían de olfato para captar ese sentido arqueológico que es previo al sentido histórico; como poetas, descuidaban los detalles más personales, los nombres y todo lo que caracteriza a una chi- dad, a una costa, a un siglo, con su ropa típica y su fachada, para sustituirlo incontinentemente por su propia actualidad romana. Parece que nos preguntaran: "¿No, tuvimos razón al renovar lo antiguo para nosotros y reconocerlo como propio, al infundir un alma en ese cuerpo sin ida? Porque lo cierto era que estaba bien muerto, y ¡que feo resulta todo lo que ha muerto!" Ignoraban el goce. El sentido histórico; les resultaba penosa la realidad pasada o extraña y en ellos, romanos, se despertaba el ansia característica de conquista. Efectivamente, en aquel tiempo traducir era sinónimo de conquistar, no sólo por. e se eliminaba el elemento histórico, sino porque se añadía también la alusión a la actualidad, suprimiendo primero el nombre del poeta para colocar el propio en su lugar. Y no con el sentimiento de haber cometido un robo, sino con la completa buena conciencia del imperio romano.

84. Sobre el origen de la poesía.

Los amantes de lo fantástico en el hombre, que son los mismos que defienden la doctrina de la moral instintiva, razonan de la siguiente forma: "Si admitimos que en toda época se ha honrado lo útil como divinidad suprema, ¿de dónde ha surgido entonces la poesía, ese ritmo de la palabra, que dificulta en lugar de facilitar la comunicación y que se ha extendido y aún extiende por todos los rincones de la tierra, como desafío a toda utilidad? Pues esa bella y agreste sinrazón de la poesía los refuta, utilitaristas. Lo que precisamente ha elevado al hombre ha sido tratar de liberarse de lo útil, y lo que le ha sido inspirado por la moral y el arte". Sin embargo, será necesario, en alguna medida, darle la razón a los utilitaristas –¡ y es que tan pocas veces la tienen que inspiran lástima!–. En los tiempos antiguos en los que nació la poesía, se consideraba que tenía una gran utilidad, una utilidad supersticiosa, desde que se permitió que en el discurso penetrara el ritmo, esa violencia que renueva el orden de todos los átomos de la frase, que impone elegir palabras y pinta los pensamientos con colores nuevos, haciéndolos más sombríos, más extraños, más lejanos. Se trataba de inculcar más profundamente en los dioses, merced al ritmo, una simpatía hacia los hombres, una vez comprobado que la memoria del hombre retiene mejor un verso que un discurso espontáneo; asimismo, se vio que mediante la cadencia rítmica era posible hacerse oír desde lejos, a mayores distancias, y se creyó que la oración en rima llegaba mejor a los oídos de los dioses. Pero antes se trató de sacar provecho del dominio elemental que sufre el hombre cuando oye música; el ritmo es una coacción, genera un ansia irresistible de ceder, de colocarse al unísono; y no son sólo los pies, sino también el alma quien sigue el compás. Se llegó a pensar que el alma de los dioses hacía lo mismo. Por eso se intentó sujetarlos mediante el ritmo, ejerciendo fuerza sobre ellos, arrojando alrededor de su cuello la poesía como un mágico nudo corredizo.

Existió una representación más admirable aún que quizás haya contribuido poderosamente a la formación de la poesía. En los pitagóricos, surge como doctrina filosófica y como medio del arte de la pedagogía; pero por el ritmo armónico, mucho antes de que existiesen filósofos, se reconoció a la música la virtud de descargar las pasiones, de purificar el alma, de atenuar la ferocidad del ánimo. La receta de esta cura del alma era que cuando se pierden la tensión y la armonía precisas, no hay más que danzar siguiendo el compás del cantante. Con esta fórmula, Terpandro calmó un motín, Empédocles amansó a un loco furioso y Damón purificó a un joven que languidecía de amor; esta misma cura del alma se aplicó también a los dioses que repentinamente se volvían desafiantes y vengativos; primero, llevando hasta el límite el delirio y la explosión de sus pasiones, es decir, enloqueciendo al dios enfurecido y alterando la represalia del dios vengativo. Todos los cultos orgiásticos tratan de descargar de golpe la ferocidad de una divinidad y convertirla en orgía, para que se sienta inmediatamente más libre y apaciguada y deje a los hombres en paz. Según la raíz del término, melos significa un medio de apaciguar, no porque el canto sea apacible en sí, sino porque su acción de fondo es aplacar. Y no sólo el canto de los

cultos, sino también el canto profano de los tiempos más remotos presupone que el movimiento rítmico, al sacar agua o remar, ejerce un poder mágico. El canto hechiza a los demonios que se cree que actúan aquí, los vuelve serviciales, los encadena y los convierte en instrumentos de los hombres. Cada vez que se va a hacer algo, se tiene un motivo para cantar; toda acción está ligada a la asistencia de los espíritus; parece que la forma original de la poesía fue el encantamiento y el conjuro mágico. Cuando se recurrió también al verso para formular un oráculo —los griegos decían que el hexámetro había sido inventado en Delfos—, el ritmo debía también ser impuesto. Profetizar algo significa (según la etimología del término griego que considero verosímil) hacer que ese algo quede determinado; se cree poder obligar al futuro por el hecho de haberse ganado a Apolo, quien, según la representación más antigua, es mucho más que un dios que prevé el futuro. Tal y como se pronuncia la fórmula en su exactitud literal y rítmica, así queda encadenado el futuro, aunque aquella sea una invención de un Apolo que, como dios de los ritmos, puede también obligar a las diosas del destino. Así, entonces, considerándolo todo, ¿había para la antigua humanidad supersticiosa algo más útil que el ritmo? Permitía hacerlo todo: facilitar mágicamente un trabajo; obligar a un dios a aparecerse, a acercarse, a escuchar; hacer que el futuro correspondiese a lo que esperaba la voluntad; descargar el alma del individuo de cualquier desmesura (de la angustia, de la manía, de la necesidad de vengarse), y no sólo el alma del individuo, sino también la del demonio más perverso. Sin el ritmo no se era nada, por el ritmo se convertía uno casi en un dios. Un sentimiento tan arraigado no puede extirparse totalmente; todavía hoy, pese a los esfuerzos milenarios que se han hecho por combatir esta superstición, el más sensato de nosotros se convierte en un frenético del ritmo, ¡aunque sólo sea porque ha comprobado que un pensamiento resulta más verdadero en cuanto adopta una forma métrica y se manifiesta con un estremecimiento (¿por qué no decirlo?) divino! ¿Hay algo más divertido que ver a los filósofos más serios, comúnmente tan rigurosos en materia de certeza, referirse siempre a las sentencias de los poetas, para dar fuerza y credibilidad a sus pensamientos? Y, sin embargo, ¿no es más comprometedor para una verdad que le dé su asentimiento un poeta, en lugar de contradecirla? Pues como dijo Homero: "Los poetas mienten mucho".

85. Lo bueno y lo bello.

Los artistas están continuamente transfigurando –no hacen otra cosa– aquellas situaciones y cosas que, en concreto, se estima que proporcionan al hombre el medio de sentirse bueno o grande, ebrio o feliz, sano y sabio. Estas cosas y estas situaciones escogidas, cuyo valor para la felicidad humana se calcula seguro e incontestable, constituyen la materia de los artistas; éstos están siempre al acecho para descubrirlas y llevarlas al terreno del arte. Creo que sin ser ellos mismos los tasadores de la felicidad y del hombre feliz, se encuentran siempre en el entorno de los tasadores propiamente dichos, con la mayor curiosidad, el mayor deseo de sacar partido pronto a sus estimaciones. De esta suerte, como además de impaciencia, tienen el gran aliento de los heraldos y la rapidez de los mensajeros, serán siempre también los primeros en

glorificar el nuevo Bien y, a menudo, parecerá que son ellos los primeros en calificarlo de bueno, en valuarlo como bueno. Pero, como he dicho, eso es un error en tanto sólo habrán sido más rápidos y habrán hablado más fuerte que los tasadores auténticos. Pero, ¿quiénes son éstos últimos? Los ricos y los ociosos.

86. Sobre el teatro.

Un día más he experimentado sentimientos poderosos y sublimes, y si para acabar el día pudiera disponer de música y de arte, sé muy bien con qué clase de música y de arte no querría contar: con ninguna música que tratara de embriagar a sus oyentes, procurando un instante de exaltación fuerte y sublime a esos hombres de vida anímica banal que, al final del día, no parecen vencedores en sus paseos triunfales, sino mulas embrutecidas por los latigazos demasiado frecuentes de la vida. Y, además, ¿qué podría saber esa gente de "estados anímicos superiores" si no dispusieran de excitantes capaces de embriagar y de latigazos ideales? De este modo, tienen "cosas para entusiasmarse", como tienen vinos. Pero, ¿qué me importan a mí sus brebajes y sus borracheras? ¿Acaso necesita vino quien está entusiasmado? Ese tal mira con cierto asco los excitadores llamados a producir aquí un efecto sin razón suficiente, ¡ridícula imitación de la marea alta del alma! Pues, ¿qué? ¿Se le dan alas al topo y altivas ilusiones antes de irse a dormir, antes de introducirse en su madriguera?, ¿se envía al teatro y se ponen cristales de aumento en sus ojos ciegos y cansados a esos hombres para quienes la vida no es una "acción", sino un negocio, que se sientan delante de un escenario a contemplar a seres que les son extraños y para quienes la vida es algo más que un negocio? "¡Esto es decente –dicen–, resulta distraído, lo exige la cultura!" Pues bien, pensaré que no tengo la suficiente cultura en este aspecto, pues semejante espectáculo me asquea demasiado a menudo. Quien cree tener en sí la suficiente tragedia y la suficiente comedia prefiere mantenerse alejado del teatro; o bien, como algo excepcional, asiste al mismo y entonces el conjunto del proceso –teatro, público y poeta–exclusivamente son para él el espectáculo trágico y cómico propiamente dicho, en relación con el cual la obra que se represente le interesa poco. A quien tiene el temple de un Fausto o de un Manfredo no le dicen nada los Faustos y los Manfredos del teatro, y encontrará sumamente cuestionable que alguien se atreva a llevar a un escenario a semejantes personajes. ¡Mostrar los pensamientos y las pasiones más fuertes ante quienes no son capaces de pensamientos ni de pasión, sino sólo de emborracharse! ¡Servirse de aquellos como un medio para producir ese estado! ¡Hacer del teatro y de la música el hachís y el opio de los europeos! ¿Quién nos contará alguna vez la historia de los narcóticos, que es casi la historia de la "cultura", de la denominada cultura superior?

87. Sobre la vanidad de los artistas.

Creo que los artistas ignoran sus mejores virtudes a causa de su excesiva vanidad; su espíritu apunta hacia algo más soberbio de lo que parecen ser esas plantitas nuevas, raras y bellas capaces de crecer en su suelo y de alcanzar una verdadera plenitud. No aprecian sino superficialmente la última producción de su

propio jardín, de su propia viña; su comprensión no es de la misma clase que su amor. He aquí un músico cuya mayor virtud consiste en acertar los acentos característicos de las almas dolientes, oprimidas, martirizadas y hasta en hacer que hablen animales mudos. Nadie es comparable a él en cuanto a expresar los matices del otoño avanzado, la felicidad indescriptible de un goce definitivo y fugaz; conoce el peculiar sonido de la singularidad íntima del alma que se halla en plena medianoche, cuando parecen disociarse la causa y el efecto mientras que en cualquier instante puede surgir algo "de la nada"; con mayor fortuna que nadie bebe del manantial subterráneo de la felicidad humana y, por así decirlo, de la copa vacía de esa felicidad en la que las gotas más agrias y amargas acaban mezclándose con las más dulces; conoce ese cansancio que arrastra el alma cuando ya no acierta a saltar ni a volar, ni siquiera a andar; tiene la mirada temerosa del dolor oculto, de la comprensión que no consuela, de la despedida sin palabras; al igual que Orfeo en toda desgracia íntima, es mayor que ningún otro y, a grandes rasgos, ha enriquecido el arte con muchas cosas que hasta entonces parecían inexpresables e incluso indignas de ese arte, que no se podían expresar con palabras, realidades del alma que eran inasibles, ínfimas y microscópicas. Efectivamente, es el maestro de las realidades ínfimas. Aunque se niegue a serlo. Su carácter prefiere los grandes murales y las pinturas sagaces. No se da cuenta de que su espíritu tiene otro gusto y otra inclinación y que prefiere habitar en las casas destruidas; allí, escondido de todos, hasta de sí mismo, pinta sus obras maestras propiamente dichas, que son muy breves, que a menudo no duran más que un paso de baile, pero que es tal vez el único lugar donde se muestra grande y perfecto. ¡Sin embargo, lo ignora! Es demasiado vanidoso como para caer en la cuenta.

88. Seriedad con la verdad.

¡Seriedad con la verdad! ¡Qué diferentes sentidos otorgan los hombres a estas palabras! Sin embargo, las mismas opiniones, las mismas clases de pruebas y de análisis que un pensador considera una banalidad a la que, para vergüenza suya, ha sucumbido en tal o cual momento; esas mismas opiniones, digo, pueden dar a un artista que las descubre y que vive durante un tiempo con ellas, la conciencia de que desde ese momento ha sido sorprendido por la más profunda seriedad con la verdad, y que es digno de admiración por el hecho de que, aunque sea un artista, muestra el más considerado deseo por lo opuesto a la apariencia. De este modo, es posible que por su propio pathos de seriedad, cualquiera descubra la forma superficial y acotada con que su espíritu había actuado hasta entonces en el terreno del conocimiento. ¿No nos traiciona aquello a lo que damos mucha importancia? Esto muestra dónde se encuentra nuestro peso y en qué carecemos de peso.

89. Ahora y antes.

¿Para qué nos sirve todo el arte de nuestras obras artísticas si hemos perdido ese arte superior que es el arte de las fiestas? Antes todas las obras de arte se alzaban en la gran avenida de las fiestas de la humanidad, como signos y movimientos conmemorativos de sus instantes de máxima felicidad. Ahora se recurre a las obras de

arte para alejar de la gran avenida de los dolores humanos a los pobres seres agotados y enfermos, con el fin de darles un breve instante de deleite que les produzca placer y locura.

90. Luces y sombras.

Los libros y la redacción de sus líneas son cosas distintas en diferentes pensadores; unos han concentrado en su libro las luces que supieron robarle rápidamente a los rayos de un conocimiento cuyo resplandor lució en ellos y que lograron asimilar; otros no ofrecen más que sombras, imágenes reflejadas de colores grises y negras, de los que la víspera edificó en su alma.

91. Precaución.

Como todos saben, Alfieri dijo muchas mentiras cuando les contó la historia de su vida a sus asombrados contemporáneos. Mentía en virtud de ese despotismo aplicado a sí mismo del que es un signo, por ejemplo, su forma de forjarse un lenguaje propio y de tiranizarse hasta convertirse en poeta; acabó dando con una forma severa de estilo sublime que imprimió a su vida y a su memoria, lo que debió costarle mucho tormento. No concederé más crédito a una autobiografía de Platón, que el que le otorgo a Rousseau o a la Vita nuova del Dante.

92. Prosa y poesía.

Notamos que los grandes maestros de la prosa han sido casi siempre también poetas, ya sea públicamente, o bien sólo en secreto y en su "fuero íntimo", ¡pues la buena prosa se escribe mejor pensando en la poesía! Pues la prosa no es otra cosa que una guerra ininterrumpida con la forma poética; todo su encanto radica en eludir continuamente la poesía y en contradecirla. Se pretende que toda noción abstracta sea como una travesura antipoética expresada en un tono jocoso; toda sequedad, toda frialdad trata de sumir a la amable diosa en una cordial desesperación. Habitualmente se producen acercamientos, reconciliaciones pasajeras, luego seguidas de rápidas huidas y de bruscas carcajadas; con frecuencia se alza la cortina y penetra una luz muy intensa en el instante mismo en que la diosa disfruta de sus penumbras y de sus pálidos colores; a menudo se le quita la palabra de los labios para cantarla con una melodía que hace que dirija sus suaves manos a sus delicados oídos y, así, esta guerra conoce mil diversiones que ignoran totalmente los hombres no poéticos, los llamados prosaicos. ¡Claro está que éstos sólo escriben y hablan en una mala prosa! Si la guerra es la madre de todo lo bueno, el combate es también el padre de la buena prosa. A lo largo de este siglo se han destacado cuatro hombres muy singulares, y verdaderamente poéticos, que han llegado a ser maestros de la prosa, para la cual, por otra parte, no está hecho este siglo. A excepción de Goethe, reivindicado por el siglo que lo formó con justeza como hijo suyo, no veo a nadie que pueda ser designado como maestro de la prosa, a excepción hecha de Giacomo Leopardi, Prosper Merimée, Ralph Waldo Emerson y Walter Savage Landor, el autor de Imaginary Conversations.

93. Pero, ¿por qué escribes?

A: —No soy de los que piensan con el bolígrafo en la mano; menos aún de los que se sientan delante del tintero, concentran la vista en el papel y se dejan llevar por sus pasiones. Me molesta y me avergüenza todo lo que supone escribir, porque escribir es para mí una necesidad y me repugna hablar de ello hasta metafóricamente.

B:—Pero, entonces, ¿por qué escribes?

A:—Bueno, amigo mío, voy a confesarte algo. Hasta ahora no he encontrado otro medio de desembarazarme de mis pensamientos.

B: —¿Y por qué quieres desembarazarte de ellos?

A: —¿Que por qué lo quiero? ¿Es que yo lo quiero? ¡Es que lo necesito!

B: —¡Basta, basta!

C:

94. Crecimiento póstumo.

Las pequeñas y audaces agudezas acerca de cuestiones morales que Fontenelle incluyó en sus inmortales Diálogos de los Muertos pasaron en su época por paradojas y por juegos de una travesura sospechosa; hasta los jueces supremos del gusto y del espíritu no vieron en ellas nada más, incluyendo quizás al propio Fontenelle. Sin embargo, hoy ha ocurrido algo increíble: ¡esos pensamientos se han convertido en • verdades! ¡La ciencia los demuestra! ¡El juego se torna • algo serio! Y leemos esos Diálogos con un sentimiento distinto al de Voltaire y al de Helvetius, elevando involuntariamente a su autor a otra clase de espíritus mucho más alta de lo que aquellos imaginaron, equivocadamente o con razón.

95. Chamfort.

Conocedor de los hombres y de las masas, Chamfort se puso de parte de éstas últimas manteniéndose apartado en actitud filosófica de reacción y de renuncia; esto se puede explicar sólo si tenemos en cuenta que había en él un instinto más fuerte que su sabiduría, que nunca había sido satisfecho el odio hacia todo aristócrata de nacimiento. Viejo odio explicable a partir del resentimiento de su madre, ya que su amor por ella lo había concebido como sagrado; se explica así un instinto de venganza que procedía de sus años infantiles, que esperaba el momento de vengar a la madre. Sin embargo, tanto su vida como su temperamento y, más fuertemente sin duda la sangre paterna que corría por sus venas, lo sedujeron e impulsaron a integrarse precisamente en esa aristocracia, y a ponerse en pie de igualdad con ella ¡durante numerosos años! A pesar de ello, no soportó su aspecto, el aspecto del "hombre viejo" del Antiguo Régimen, por lo que fue presa de una violenta pasión de arrepentimiento, y esa pasión lo llevó a adoptar la ropa del populacho, ¡como una especie de suplicio predestinado! Su mala conciencia se debía a no haber llevado a cabo su venganza. Si Chamfort se hubiera mantenido entonces en un nivel más filosófico, la Revolución

hubiera perdido a su trágico mordaz y hubiera quedado privada de su más afilado aguijón; habría sido considerada como un acontecimiento mucho más estúpido y no ejercería en los espíritus semejante seducción. Pero el odio y la venganza de Chamfort formaron el alma de toda una generación y los hombres más ilustres pasaron por esta escuela. Recordemos que Mirabeau dirigía sus ojos a Chamfort como si fuese su yo superior y más maduro, de quien esperaba y aceptaba impulsos, avisos y decisiones –y eso que Mirabeau pertenecía a un nivel de grandeza muy distinto del de los primeros grandes hombres de Estado de ayer y de hoy–. Es curioso que, a pesar de semejante amigo y de semejante abogado –se conservan, efectivamente, las cartas de Mirabeau a Chamfort–, el más maligno de todos los moralistas haya permanecido extraño a los franceses, al igual que sucede con Stendhal que, de todos los franceses de este siglo, es tal vez quien ha tenido unos ojos y unos oídos más ricos en pensamientos. ¿Sería que éste último tenía en el fondo demasiado de alemán y de inglés para que lo pudieran soportar los parisienses? Chamfort, en cambio, hombre rico en profundidades y en trasfondos del alma, sombrío, doliente, ardoroso –pensador que consideraba la risa como un remedio necesario contra la vida y que creía prácticamente perdido el día que no se había reído–, ¡parece un italiano, un pariente de Dante y de Leopardi, mucho más que un francés! Se conocen las últimas palabras de Chamfort: "Ah, amigo mío –le dijo a Sieyes–, me voy al fin de este mundo donde es preciso que el corazón se rompa o se vuelva de bronce". Palabras que no son, verdaderamente, propias de un francés moribundo.

96. Dos oradores.

Si hay dos oradores, para que uno alcance a expresar la razón de su causa debe darle lugar a la pasión, pues sólo ésta hace que actúen sobre su cerebro la sangre y el calor necesarios como para forzar a su elevada inteligencia a manifestarse. El otro trata de hacer, por su parte, lo mismo de vez en cuando; con ayuda de la pasión intenta defender su causa de forma sonora, enérgica y atractiva, aunque con muy poco éxito por lo general. Su discurso se vuelve oscuro y confuso, lleno de exageraciones y de lagunas, lo que hace que resulte sospechosa la razón de su causa; hasta él mismo acaba desconfiando de ella, lo que lo lleva a utilizar los tonos más fríos y desagradables que obligan al auditorio a dudar de la autenticidad de su naturaleza apasionada. En él la pasión ahoga siempre al ingenio, pues es un orador en el que la pasión se impone. Pero se pone a la altura de su fuerza cuando resiste a los impetuosos asaltos de su sensibilidad y llega a burlarse de ella, por así decirlo; sólo entonces su ingenio sale totalmente de su escondite, apareciendo como un ingenio lógico, burlón, jovial y terrible.

97. Sobre la palabrería de los escritores.

Hay una palabrería airada, frecuente en Lutero, incluso en Schopenhauer. Una palabrería alimentada por una gran provisión de fórmulas conceptuales, como en Kant. Una palabrería que se regocija continuamente en variaciones sobre el mismo tema, como en Montaigne. Una palabrería de naturalezas perversas. Quien lea las

obras de nuestro tiempo recordará, en este aspecto, a dos escritores. Goethe, cuya prosa es ducha en palabras apropiadas y en formas retóricas; y Carlyle, experto en palabrerías por el puro placer del ruido y de la confusión de sentimientos.

98. En honor a Shakespeare.

Creo que lo más hermoso que se puede decir en honor a Shakespeare, en honor al hombre, es que creyó en Bruto, ¡y no quiso empañar su forma de virtud con la más mínima desconfianza! A él le dedicó su mejor tragedia –que se sigue citando aún con un título falso–, a él y al más terrible contenido de una elevada moral. ¡De lo que trata en ella es de la independencia del alma! Ningún sacrificio resulta excesivo en este caso; hay que saber sacrificar al amigo más querido, aunque sea el hombre más sublime, el adorno del universo, el genio incomparable –desde el momento en que se convierte en un peligro para esa libertad que se ama como libertad de las almas grandes–; ¡éste es el tipo de sentimiento que debió experimentar Shakespeare! La altura en que sitúa a César constituye el mayor honor que podía rendir a Bruto; a partir de ahí eleva el problema de este último a un nivel monstruoso, ¡al igual que la fuerza de ánimo capaz de cortar semejante nudo! ¿Fue realmente la libertad política lo que impulsó a este poeta a compartir la pasión y la culpabilidad de Bruto, o bien la libertad política no era sino el símbolo de algo inexpresable? ¿Estamos ante un oscuro suceso, una oscura aventura del alma del poeta, de la que sólo quiso hablar con signos? ¿Qué es toda la melancolía de Hamlet comparada con la melancolía de Bruto? ¡Tal vez conocía Shakespeare por experiencia una y otra! Pero cualquiera sean las semejanzas y las correspondencias secretas, Shakespeare se humilló ante el elevado carácter y la virtud de Bruto con un sentimiento de indignidad y de elogio, su tragedia da prueba de esto. En dos ocasiones hace salir a escena a un poeta, y las dos veces lo cubre de un supremo desprecio con una impaciencia tal que se cree estar oyendo un grito, el grito del desprecio de uno mismo. El propio Bruto pierde la paciencia cuando ve entrar al poeta en escena, fatuo, patético, inoportuno como suelen serlo los poetas, seres que parecen estar repletos de presuntas grandezas, incluso de grandeza moral, pero que en la filosofía de la acción y de la vida apenas alcanzan un nivel de probidad totalmente vulgar. "Si él conoce su momento, yo conozco su talante, ¡aparten al bufón!", exclama Bruto. Apliquemos esto al alma del poeta que lo concibió.

99. Los discípulos de Schopenhauer.

Lo que se observa en el contacto entre pueblos civilizados y bárbaros es que, por lo general, la civilización inferior empieza tomando de la civilización superior los vicios, las debilidades y los excesos de ésta última, sintiendo a partir de ese instante que se está ejerciendo sobre ella un atractivo; finalmente, merced a los vicios y debilidades que ha asimilado, deja que se despliegue en ella una parte de la valiosa fuerza de la civilización superior. Esto mismo lo podemos notar en nuestro entorno cercano de una forma por supuesto menos tangible, más sutil y sublimada, sin haber ido a explorar los pueblos primitivos. En efecto, ¿qué es lo primero que suelen tomar de su maestro los discípulos de Schopenhauer en Alemania? Discípulos que, como tales,

comparados con la cultura superior de aquel, deben sentirse lo suficientemente bárbaros como para ser fascinados y seducidos por él, también, de una forma bárbara. ¿Es su duro sentido de la realidad, su buena disposición a ser claro y racional lo que con frecuencia hace que Schopenhauer parezca tan inglés y tan poco alemán? ¿O bien es la fuerza de su conciencia intelectual que mantuvo durante toda su vida una contradicción entre el ser y el querer, y que lo obligó a contradecirse continuamente y en casi todos los puntos también de sus escritos? ¿O acaso su limpieza en las cuestiones relativas a la Iglesia y al Dios cristiano? –pues en este punto se mostró limpio como ningún otro filósofo alemán hasta entonces, si bien vivió y murió "como un voltariano"–. ¿O bien son sus inmortales doctrinas sobre la intelectualidad de la intuición, sobre el apriorismo del principio de causalidad, sobre la naturaleza instrumental del intelecto y sobre la falta de libertad de la voluntad? No, todo esto ni fascina ni se experimenta como algo encantador, sino que son las confusiones y los subterfugios místicos propios de Schopenhauer acerca de las cuestiones en las que el pensador realista se deja seducir y corromper por la vana ambición de ser él quien resuelva el enigma del universo; la indemostrable doctrina de una voluntad única ("todas las causas no son sino causas ocasionales de la manifestación de la voluntad en este tiempo y lugar", "la voluntad de vivir está presente en todo ser e, incluso, en el menor de los seres, plena e indivisible, de un modo tan total como en todos los que existieron, existen y existirán, considerados en conjunto"); es la negación del individuo ("todos los leones no son en definitiva más que un solo león", "la pluralidad de individuos no es más que apariencia", como asimismo la evolución no es más que apariencia; Schopenhauer califica al pensamiento de Lamarck como "error genial y absurdo"); es la exaltación entusiasta del genio ("en la intuición estética el individuo no es ya individuo, sino sujeto puro del conocimiento, sujeto atemporal, sin voluntad ni dolor"; "el sujeto al disolverse totalmente en el objeto de su intuición se convierte él mismo en ese objeto"); es su absurdo concepto de la compasión y de la violación que ésta hace posible del principio de individuación, como fuente de toda moral, incluyendo afirmaciones tales como las siguientes: "morir es, en definitiva, la finalidad de la existencia", "no se puede negar a priori la posibilidad de que un muerto no ejerza un efecto mágico".

Divagaciones y vicios de este tipo y otros parecidos del filósofo en cuestión son siempre los primeros en adoptarse, elevándolos a la categoría de artículos de fe, pues son más fáciles de imitar y no requieren un largo aprendizaje. Pero hablemos del más célebre de los schopenhauerianos que quedan en vida, Richard Wagner. Le sucedió lo mismo que a más de un artista; se equivocó en la interpretación de los personajes que creó e ignoró la filosofía que estaba implícita en su arte más personal. Hasta la mitad de su vida, Richard Wagner se dejó extraviar por Hegel; cometió el mismo error cuando más tarde creyó descifrar en sus personajes la doctrina schopenhaueriana y empezó a definirse él mismo mediante los conceptos de "voluntad", "genio" y "compasión". Sin embargo, lo cierto es que no hay nada tan antitético al espíritu de Schopenhauer que lo que tienen de propiamente wagneriano los héroes de Wagner. Me refiero a la inocencia

del ansia suprema de sí, a la creencia en la gran pasión como el Bien en sí, en pocas palabras, al carácter sigfridiano de la fisonomía de sus héroes. "Todo esto tiene un tufillo spinoziano, y no mío", podría decir Schopenhauer. Wagner tendría, de este modo, excelentes razones para referirse a otros filósofos, en lugar de referirse sólo a Schopenhauer. El encanto que éste le produjo lo cegó no sólo para los demás filósofos, sino también para la propia ciencia; con más y más énfasis insiste en que todo su arte sea una contrapartida y un complemento de la filosofía de Schopenhauer, renunciando ya prácticamente de manera explícita a la ambición superior de llegar a ser, sobre todo, la contrapartida y el complemento del conocimiento y de la ciencia humanos. Y no es sólo toda la suntuosidad misteriosa de esta filosofía lo que le encanta a Wagner y lo que hubiese encantado también a un Cagliostro, porque las actitudes y las afecciones particulares de los filósofos también ejercieron siempre su seducción.

Schopenhaueriano es en Wagner, por ejemplo, su afán por denunciar la corrupción de la lengua alemana, pero aunque se aceptara que en esto hace bien en imitar al filosofía, no se podría silenciar el hecho de que el propio estilo de Wagner se ve afectado por esa ampulosidad y esos accesos que tanto irritaban a Schopenhauer; lo mismo que no se podría olvidar que respecto a los wagnerianos que escriben en alemán, la wagneromanía está empezando a resultar más peligrosa de lo que lo fuera nunca cualquier hegelomanía. Schopenhaueriano es en Wagner su odio a los judíos, a los que no sabe hacer justicia ni siquiera en cuanto a su mayor acción, pues, ¿no son efectivamente los judíos los inventores del cristianismo? Schopenhaueriano es el intento de Wagner de considerar al cristianismo como una semilla que el budismo echó al viento, y de preparar para Europa una época budista, mediante una aproximación temporal a fórmulas y sentimientos cristianocatólos. Schopenhaueriana es la prédica de Wagner respecto 'de la caridad hacia los animales; en lo que Voltaire fue, como es sabido, un precursor de Schopenhauer en la medida en que, como sus sucesores, supo convertir en caridad para con los animales su odio hacia ciertas cosas y hacia ciertas personas. Al menos el odio de Wagner a la ciencia, que resalta en sus sentencias, no está inspirado por el espíritu de misericordia y de bondad –y ni siquiera, como es evidente, por el espíritu en un sentido absoluto–. En última instancia, la filosofía de un artista importa poco, pues no es más que algo secundario que no perjudica a su arte. No hay que enfadarse demasiado con un artista porque alguna vez se meta en terreno ajeno, a lo mejor demasiado pretencioso; no olvidemos que todos nuestros queridos artistas son más o menos comediantes, que deben serlo, y que sin farsa difícilmente soportarían la vida a la larga. Seamos fieles a Wagner en lo que tiene de auténtico y de original, como nosotros, sus discípulos, somos fieles a lo que tenemos de auténtico y de original. Dejémosle sus humores y sus crispaciones intelectuales, y valoremos más bien con equidad qué clase de alimentos y, de necesidades tiene derecho a exigir un arte como el suyo para poder vivir y desarrollarse. Poco importa que, como pensador, se equivoque tan a menudo; ni la justicia ni la paciencia son asunto suyo. Alcanza con que su vida sea razonable y resulte razonable a sus ojos; esa vida que nos grita a cada uno de nosotros: "¡Sé hombre y no me sigas, sé tú mismo!, ¡tú mismo!" ¡Nuestra propia vida ha de resultar también razonable a nuestros ojos!

¡También nosotros debemos crecer y florecer, libres y sin miedo, en la inocencia de nuestro yo! Y así, al pensar en dicho hombre, siguen hoy resonando como otrora estas palabra en mis oídos: "La pasión es mejor que el estoicismo y la hipocresía; la sinceridad hasta en el mal es mejor que la pérdida de sí en la moral tradicional; el hombre/ libre puede ser bueno o malo, pero el hombre servil es una vergüenza para la naturaleza y no participa de ningún consuelo celestial o terrenal; por último, quien quiera ser libre ha de serlo por sí mismo, pues a nadie le cae la libertad del cielo como un don milagroso". (Richard Wagner en Bayreuth, 1, 431)

100. Aprender a rendir homenaje.

Los hombres aprenden a rendir homenaje del mismo modo que aprenden a despreciar. Aquel que se aventura por nuevos caminos y conduce por ellos a muchos hombres descubre con asombro qué torpes y miserables se muestran éstos en la expresión de su agradecimiento, qué raro es incluso que llegue a expresarse simplemente esa gratitud. Como si algo la ahogara al momento de hacerse oír; entonces no puede hacer otra cosa que toser, y sus palabras se pierden en su tos. Las circunstancias en las que un pensador llega a experimentar la acción transformadora y trastornadora de sus pensamientos adquieren el carácter de una comedia. En ocasiones, parece que quienes han sufrido esa acción se sienten ofendidos y que, temiendo perder su independencia, no saben manifestarla más que con impertinencias de todo tipo. Hay que esperar más de una generación para que se invente una convención cortés de la gratitud, para que el agradecimiento se vea penetrado de cierto espíritu y genialidad. En ese momento suele encontrarse también a alguien que está destinado a ser el gran recolector de gratitudes, no sólo por lo bueno que haya podido hacer él, sino más bien por lo que sus predecesores pudieron ir amasando poco a poco como un tesoro de todo lo que hay de sublime y de excelente.

101. Voltaire.

Donde quiera que haya habido una vida cortesana, se ha impuesto la ley del lenguaje noble y con ello también la ley del estilo para todos los que escribían. Pero el lenguaje de corte es el del cortesano, que no tiene especialidad alguna y que, incluso en las conversaciones sobre temas científicos, evita las cómodas expresiones técnicas en tanto recuerdan demasiado a la profesión correspondiente; por eso, en todos los países donde ha reinado una cultura de corte, el uso de expresiones técnicas y de todo lo que delata al especialista ha constituido una ofensa al estilo. Hoy, que todas las cortes no son más que caricaturas de lo que fueron antiguamente y hasta hace poco, incluso asombra que Voltaire sea tan puntilloso y tan arduo en este aspecto (por ejemplo, en el juicio que formula sobre estilistas como Fontenelle y Montesquieu); el hecho es que todos nos hemos liberado del gusto cortesano, ¡mientras que Voltaire lo llevó a la perfección!

102. Dos palabras para los filólogos.

La razón de ser de la filología no es otra que reafirmar continuamente la creencia de que hay libros tan preciados y tan majestuosos a punto tal que generaciones enteras de sabios sienten que sus vidas han tenido sentido, dado que gracias a sus esfuerzos esos libros se conservaron entera e inteligiblemente; se trata, sin duda, de personas que hacen y saben hacer libros así. Con esto quiero decir que la filología supone una noble creencia; que en beneficio de unos pocos hombres que siempre "van a venir" y que nunca están ahí, hay que llevar a cabo previamente una gran cantidad de trabajo penoso e incluso sucio. Todo esto constituye una tarea "para ser realizada por delfines".

103. Sobre la música alemana.

La música alemana es, desde ahora, la música europea propiamente dicha, pues ha expresado la conmoción que Europa ha sufrido con la Revolución más que ninguna otra. Sólo los compositores alemanes saben expresar la agitación de las masas populares mediante esa formidable marisma artificial que ni siquiera necesita ser demasiado fuerte para producir efecto –mientras que la ópera allana, por ejemplo, no conoce más que coros de criados y de soldados, pero no de "pueblo"–. Hay que agregar que en toda la música alemana se percibe una profunda envidia contra la nobleza, bajo el aspecto del sprit y de la elegancia como expresión de una sociedad segura de sí misma por su antigua tradición cortesana y caballeresca. No es ésta una música como la del cantor delante de la puerta, de Goethe, que la sociedad "en el salón" y particularmente el rey escuchan con agrado; ya no se trata de caballeros que miraban con atrevimiento el corazón de la belleza. En la música alemana hasta la propia gracia no aparece sin implicar remordimiento; sólo cuando provoca deleite, rústico hermano de la gracia, el alemán empieza a sentirse cada vez más moral, llegando hasta la cima de su "sublimidad" exaltada, docta y a menudo huraña, la sublimidad de Beethoven. Si tratamos de representarnos al hombre que encarna esa música, pensaremos inmediatamente en Beethoven tal como aparece junto a Goethe, por ejemplo, en su encuentro en Teplitz; tal como la semibarbarie surge junto a la cultura; como el pueblo hace lo propio junto a la nobleza; como el hombre con una bondad natural se presenta junto al hombre que es más que "bueno"; como el personaje singular aparece junto al artista; como el hombre que necesita consuelo se une al consolado; como el "exagerador" y sospechoso se muestra junto al equitativo; como el escrupuloso y verdugo de sí mismo; como el loco extasiado; el serenamente desdichado; el hombre plenamente fiel; el arrogante y el tosco; en definitiva, como el "hombre sin domar", que fue como lo vio y lo definió el propio Goethe, ¡el alemán excepcional para el que todavía no se ha encontrado una música digna de él! A modo de conclusión, preguntémonos si el desprecio hacia la melodía y el deterioro del sentido melódico, cada vez más extendidos entre los alemanes, no serán una especie de tosquedad democrática, sucesivos a la revolución. Efectivamente, la melodía revela un placer tan manifiesto por el imperio de la ley y una repugnancia por todo lo que está en devenir, por lo

informe y arbitrario, que percibimos en ella como una resonancia del orden antiguo de la realidad europea y como una seductora invitación a volver a ese orden.

104. Sobre la entonación del idioma alemán.

Sabemos de dónde procede el alemán que desde hace siglos constituye el idioma escrito. Los alemanes, con su respeto hacia todo lo que procedía de la corte, se esforzaron en tomar como modelo el estilo de las cancillerías, todo lo que se escribía en éstas, especialmente cartas, actas, testamentos y escritos de este género. Escribir con el estilo de las cancillerías equivalía a escribir conforme al espíritu de la corte y del gobierno, había en ello algo distinguido en relación con el alemán vulgar que se hablaba en la ciudad donde se habitaba. Poco a poco se acabó hablando, en consecuencia, del mismo modo como se escribía y, así, se fueron dando muestras de mayor distinción en la formación y en la elección de los vocablos y de los giros de las frases, para terminar copiando también la entonación afectada de la corte, convirtiéndose ésta en algo natural. Quizás no se haya producido algo totalmente idéntico en ningún otro lugar: el predominio del estilo sobre el lenguaje hablado y la inclinación de todo un pueblo a los floreos y a la afectación como base de una lengua común, excluidos los matices dialectales. Creo que la lengua alemana de la época medieval, y sobre todo de finales de la Edad Media, tenía un acento sumamente aldeano y vulgar; en el curso de los últimos siglos se ennobleció un poco, debido principalmente al hecho de que se vio obligada a imitar un gran número de sonidos franceses, italianos y españoles, en especial las noblezas alemanas y austríacas, a tal extremo que no podía contentarse de ninguna manera con el idioma materno. Pero a pesar de esta forma de ejercicio, el alemán mantuvo un acento insoportablemente vulgar a los oídos de Montaigne y aun de Racine; e incluso, en boca de viajeros alemanes. En medio del populacho italiano, esta- lengua sigue sonando de una forma basta y ronca que evoca al hombre de los bosques, las cabañas ahumadas y las marcas incultas. Sin embargo, noto que hoy se aprecia de nuevo entre los antiguos admiradores de las cancillerías una inclinación similar a la entonación distinguida, y que los alemanes empiezan a sensibilizarse al "encanto" de un acento completamente extraño que a la larga podría llegar a ser un auténtico peligro para su idioma, pues es imposible encontrar en Europa un sonido más detestable. Lo que ahora les parece "distinguido" a los alemanes es una entonación de voz desdeñosa, fría, indiferente y abúlica, y yo percibo celo por esta forma de distinción en las voces de los funcionarios, de los maestros de escuela, de las mujeres y de los comerciantes de la generación joven; incluso las niñas imitan ese "alemán de oficial". Pues el inventor de esa entonación es el oficial prusiano; ese mismo oficial que, como militar y hombre de carrera, da muestras de un tacto y de una modestia dignos de admiración que todos los alemanes deberían tomar como ejemplo (¡incluyendo los profesores y los músicos alemanes!). Pero en cuanto habla y gesticula es el personaje más soberbio y carente de gusto de la vieja Europa, sin tener conciencia de ello, por supuesto. Como tampoco tienen conciencia de esto los alemanes buenos, ante cuyos ojos pasa por ser el hombre de la más distinguida sociedad, y de quien aceptan gustosos que "les dé el tono". ¡Y vaya si lo

hace!, empezando por los sargentos y los suboficiales que lo imitan burdamente. Basta prestar atención a las órdenes vociferadas que rodean positivamente a las ciudades alemanas, ahora que los ejercicios militares se hacen a las puertas de todos los centros urbanos; ¡qué arrogancia, qué sentimiento frenético de autoridad, qué sarcástica frialdad se deja oír en esos aullidos! ¿Serán realmente los alemanes un pueblo musical? Lo cierto es que hoy están militarizando el sonido de su idioma; es probable que una vez que aprendan a hablar militarmente, acaben escribiendo igual. Pues el hábito de ciertos sonidos penetra profundamente en el carácter; pronto se adquirirán las palabras, los giros y los pensamientos propios de esa entonación. Tal vez se escribe ya con esa entonación "de oficial", tal vez; yo leo muy poco lo que ahora se escribe en Alemania. Pero estoy totalmente seguro de una cosa: las manifestaciones públicas alemanas que penetran también en el extranjero no se inspiran en la música alemana, sino en esa nueva entonación arrogante opositora al buen gusto. En casi todos los discursos del primer hombre de Estado alemán hay un acento que, incluso cuando se deja oír por su imperial portavoz, hiere los oídos de un extranjero, que lo rechaza con repulsión. Aunque los alemanes lo soportan, tolerándose a sí mismos.

105. Los alemanes como artistas.

Cuando el alemán es realmente presa de la pasión y, no sólo, como es costumbre, de la buena voluntad de apasionarse, se comporta como hay que comportarse, sin preocuparse por su conducta. La verdad es que en ese instante se maneja con tanta torpeza y fealdad, como si no tuviese ritmo ni melodía, y los espectadores se sienten molestos o conmovidos, pero nada más –a menos que se eleve a esa sublimidad y a ese encanto que pueden revestir muchas pasiones–. ¡Entonces hasta el alemán llega a ser hermoso! La facultad de presentir desde qué altura empieza la belleza a derramar sus encantos, incluso sobre los alemanes, lleva a sus artistas a la altura, e incluso a los excesos de la pasión, como una aspiración real y profunda a superar la fealdad y la torpeza, o al menos a contemplar por encima de éstas un mundo mejor, más ligero, más meridional, más soleado. Así, sus calambres a menudo no revelan sino la necesidad de bailar; pobres osos en quienes se agitan ocultos encantos y dioses de los bosques, ¡y a veces también divinidades más elevadas!

106. La música como Mediadora.

"Ansío tener un maestro en el arte de los sonidos –decía un innovador a su discípulo–, que sepa tomar de mí los pensamientos para expresarlos luego en su lenguaje, de modo tal de llegar mejor a los oídos y al corazón de los hombres. Los sonidos permiten persuadirlos tanto de todo error como de toda verdad; ¿quién puede refutar un sonido?" "¿Así que quieres pasar por irrefutable?", preguntó el discípulo. Replicó el innovador: "Me gustaría ver la semilla convertirse en árbol. Para que una doctrina se convierta en árbol, es necesario que antes crea en ella, que pase por irrefutable. La tempestad, las dudas, los gusanos, la maldad ponen a prueba al árbol para que se manifieste el género y la fuerza de la semilla; ¡y se quiebra si no es demasiado fuerte! Pero la semilla no puede ser nunca aniquilada, ni refutada". Cuando

hubo dicho esto, exclamó el discípulo impetuosamente: "¡Pues yo, que creo en tu causa, la considero tan fuerte, que me atrevo a decir todo lo que tengo en el corazón contra ella!" El innovador se rió para sus adentros y amenazándolo con el dedo le contestó: "No podría tener un discípulo mejor, pero esta clase de discípulos es la más peligrosa, y muchas doctrinas no los soportan".

107. Nuestro agradecimiento último al arte.

Si no hubiésemos admitido las artes e inventado esa especie de culto a lo no verdadero no podríamos soportar la capacidad que nos proporciona ahora la ciencia de entender el espíritu universal de la no verdad y de la mentira. La probidad tendría como consecuencia el asco y el suicidio, pero ocurre que nuestra probidad dispone de un poderoso recurso para evitar esa consecuencia: el arte como aceptación de la apariencia. No siempre impedimos que nuestra mirada redondee y complete lo que imaginamos. Entonces, no es ya la eterna imperfección lo que llevamos por encima del río del devenir, sino que creemos llevar a una diosa y nos mostramos orgullosos e infantiles rindiéndole este servicio. Como fenómeno estético la existencia nos resulta siempre soportable, y en virtud del arte nos han sido dados los ojos, las manos y, sobre todo, la buena conciencia para poder transformarnos en semejante fenómeno. Es necesario que alternativamente descansemos de nosotros mismos a favor del arte que nos permite considerarnos a distancia y, desde arriba, reírnos de nosotros mismos o llorar sobre nosotros. Es preciso descubrir tanto al héroe como al payaso que se ocultan en nuestra pasión por el conocimiento, así como gozar siempre que podamos de nuestra locura, para seguir gozando de nuestra sabiduría. Como en el fondo somos precisamente espíritus graves y tenemos más la gravedad del peso que la de los hombres, nada podría hacernos tanto bien como el gorro de loco, lo necesitamos como un remedio contra nosotros mismos; necesitamos un arte petulante, flotante, bailarín, burlón, infantil y sereno, para no perder nada de esa libertad por encima de las cosas que espera de nosotros nuestro ideal. Sería para nosotros una recaída caer en la moral pues, a causa de nuestra irascible probidad y teniendo que satisfacer excesivas exigencias, acabaríamos convirtiéndonos en virtuosos monstruos y bestias. Debemos ser capaces también de mantenernos por encima de la moral, no sólo de mantenernos con la tensión ansiosa de quien teme constantemente resbalarse y caer, sino también de volar y jugar por encima de ella. ¿Cómo privarnos, entonces, del arte?, ¿cómo privarnos del loco? ¡Si todavía se avergüenzan de ustedes mismos, no son de los nuestros!

LIBRO TERCERO

108. Nuevas luchas.

Después de muerto Buda, su sombra —enorme y espantosa— siguió proyectándose durante siglos en una cueva. Dios ha muerto, pero los hombres son de tal naturaleza que, tal vez durante milenios, habrá cuevas donde seguirá proyectándose su sombra. Y respecto a nosotros... ¡habremos de vencer también a su sombra!

109. Puesta en guardia.

Dejemos de pensar que el mundo es un ser viviente. ¿Hacia dónde iba a extenderse? ¿De qué se iba a alimentar? ¿Cómo iba a crecer y a multiplicarse? Por otra parte, sabemos qué es lo orgánico; ¿cómo íbamos a interpretar en términos esenciales, universales y eternos, al igual que los que llaman organismo al todo, aquello que percibimos de infinitamente derivado, tardío, raro, fortuito en la corteza terrestre? Esto me repugna. Dejemos por lo pronto de creer que el todo es una máquina. Desde luego no ha sido construido con vistas a un fin, y le hacemos demasiado honor llamándolo "máquina". Dejemos de presuponer que algo tan perfecto como los movimientos cíclicos de los astros cercanos a nosotros se da de una forma absoluta y en todo lugar imaginable; sólo una mirada a la Vía Láctea nos hace dudar de ello, sugiriéndonos movimientos mucho más bruscos y contradictorios, así como astros que se precipitan en una caída eternamente rectilínea y otras cosas así. El orden astral en el que vivimos es una excepción; este orden y la duración relativa que determina han hecho de nuevo posible la excepción de las excepciones, la formación de lo orgánico. Por el contrario, el carácter del conjunto del mundo es desde toda la eternidad el del caos, en razón no de la ausencia de necesidad, sino de la falta de orden, de articulación, de forma, de belleza, de sabiduría y cualesquiera que sean nuestras categorías estéticas humanas. Desde el punto de vista de nuestra razón, los lances desafortunados representan, a lo sumo, la regla; las excepciones no responden a un fin secreto y la totalidad del mecanismo repite eternamente su retorno sin que pueda merecer nunca el nombre de melodía, –y para acabar, la propia expresión de "lance afortunado" no es sino una humanización que implica una censura–. Pero, ¡cómo nos íbamos a atrever a criticar o a alabar al todo! Librémonos de reprocharle falta de corazón o de racionalidad, o lo contrario a esto, pues no es ni perfecto, ni bello, ni noble, ¡y no quiere serlo, ni aspira de ningún modo a imitar al hombre! ¡No lo afectan ninguno de nuestros juicios estéticos o morales! No tiene instinto de conservación ni ningún otro impulso, desconoce toda clase de ley. Dejemos de afirmar que hay leyes en la naturaleza. No hay más que necesidades; en ella nadie manda, nadie obedece, nadie transgrede. Si saben que no hay ningún fin, saben también que no hay azar. Pues la palabra azar sólo tiene sentido en un inundo de fines. Dejemos de decir que la muerte es lo opuesto a la vida.

El ser vivo no es sino un género de lo muerto, y un género muy raro. Dejemos de pensar que el mundo está creando eternamente algo nuevo. No hay sustancias que duren eternamente; la materia es un error como el Dios de los eleatas. ¿Cuándo acabarán, entonces, nuestra preocupación y nuestros cuidados? ¿Cuándo dejarán de oscurecernos todas esas sombras de Dios? ¿Cuándo dejaremos de atribuir a la naturaleza un carácter divino? ¿Cuándo nos será permitido a los hombres volvernos naturales, reencontramos con la naturaleza pura, nuevamente descubierta, nuevamente liberada?

110. Origen del conocimiento.

Durante mucho tiempo el intelecto no ha producido más que errores. Algunos de ellos resultaron útiles y acertados para la conservación de la especie, pues quien los adoptaba o los heredaba podía luchar con más ventaja por sí mismo y sus descendientes. Tales errores, que al igual que tantos artículos de fe no dejaron de transmitirse por herencia, hasta llegar a ser el fondo común de la especie humana, son, por ejemplo, los siguientes: hay cosas duraderas, cosas idénticas; existen efectivamente objetos, materias, cuerpos, las cosas son lo que parecen ser; nuestro querer es libre, lo que es bueno para mí tiene también una bondad intrínseca. Sólo muy tarde aparecieron quienes desmintieron y pusieron en duda semejantes opiniones; sólo muy tarde la verdad se reveló como la forma menos apremiante del conocimiento. Pareció que no se podía vivir con ella y que nuestro organismo estaba constituido para contradecirla, ya que todas sus funciones superiores, las percepciones sensibles y todo tipo de sensación en general actuaban con estos vetustos errores fundamentales desde los orígenes. Aún más, estas proposiciones, incluso en el interior del conocimiento, se habían convertido en normas a partir de las cuales se determinaba qué era lo "verdadero' y lo "no verdadero", incluso hasta en las regiones más alejadas de la lógica pura. De este modo, la fuerza de los conocimientos no reside en su grado de verdad, sino en su antigüedad, en su grado de asimilación, en su carácter de condición vital. Cuando parecían entrar en contradicción la vida y el conocimiento, no se libraba nunca una lucha seria; la negación y la duda se consideraban entonces una locura. Unos pensadores excepcionales como los eleatas, aunque establecieron y defendieron las antinomias de los errores naturales, creyeron que era posible vivir también esta antinomia; así, inventaron al sabio como al hombre de la inmutabilidad, de la impersonalidad, de la universalidad de la intuición, a la vez como uno y todo, y dotado de una particular facultad para ese conocimiento invertido. Creyeron, de esta forma, que su conocimiento era a la vez el principio de la vida. Pero para poder afirmar todo eso, fue preciso que se engañaran sobre su propia condición y que se atribuyeran impersonalidad y duración sin cambio alguno, ignorando la naturaleza del sujeto cognoscente, negando la violencia de los impulsos en el conocimiento, concibiendo de forma absoluta la razón como actividad perfectamente libre y engendradora de ella misma, y cerrando los ojos ante el hecho de que no habían llegado a sus tesis sino contradiciendo lo válido, aspirando al reposo, a la propiedad exclusiva, al dominio. El desarrollo más sutil de la probidad y del escepticismo hizo

imposibles a tales hombres; se puso de manifiesto que sus vida y sus juicios dependían de unos impulsos y unos errores fundamentales que desde los orígenes afectan a toda existencia sensible. Esta probidad y este escepticismo más sutiles se desarrollaron siempre que dos proposiciones contradictorias parecían aplicables a la vida, puesto que ambas eran compatibles con los errores fundamentales, cuando era posible discutir sobre el grado de utilidad mayor o menor parada vida; lo mismo sucedía cuando se formulaban nuevas proposiciones que, sin ser útiles para la vida, tampoco perjudicaban a ésta, como expresión de un instinto de juego intelectual que revelaba el carácter al mismo tiempo inocente y feliz de todo juego. Poco a poco se fue llenando el cerebro humano de convicciones y juicios de este tipo, y esta masa en fermentación engendró la lucha y el ansia de poder. Toda clase de impulsos, y no sólo el sentido de la utilidad y el placer, participaron y tomaron partido en la lucha por la "verdad"; la lucha intelectual se convirtió en ocupación, deleite, profesión, deber, dignidad; el acto de conocer y la aspiración a lo verdadero acabaron siendo una necesidad entre otras. A partir de aquí no sólo la creencia y la convicción, sino también el examen, la negación, la desconfianza y la contradicción constituyeron un poder; todos los "malos" instintos quedaron subordinados al conocimiento y puestos a su servicio, y adquirieron el prestigio de lo lícito, de lo venerado, de lo útil y, por último, el aspecto y la inocencia del Bien. El conocimiento llegó, entonces, a ser parte integrante de la propia vida y, como vida, fue adquiriendo un poder continuamente creciente, hasta que los conocimientos y aquellos antiguos errores fundamentales acabaron chocando entre sí, los unos con los otros, como vida y poder que eran, en el seno del mismo individuo. El pensador es ahora el ser en el que el impulso de aspiración a la verdad se ha revelado a su vez como poder que conserva la vida. En comparación con la gravedad de esta lucha, todo lo demás resulta indiferente. Lo que aquí se plantea es la cuestión última respecto a la condición vital y el primer intento a realizar para responder experimentalmente a esta, pregunta: ¿en qué medida la verdad tolera ser asimilada? Esta es la pregunta, ésta es la experiencia por realizar.

111. Origen de la lógica.

¿De dónde surgió la lógica en la cabeza de los hombres? Sin dudas de algo ilógico, cuyo campo debió ser inmenso en los orígenes. Pero desaparecieron innumerables seres que transitaban de un modo diferente a como lo hacemos ahora; ¡puede que esto sea más cierto de lo que se cree! Quien, por ejemplo, no sabía discernir con bastante frecuencia lo "idéntico" respecto a la alimentación o a los animales que eran peligrosos para él; quien, por lo tanto, era demasiado lento para clasificar o demasiado minucioso en la clasificación tenía menos oportunidades de sobrevivir que quien captaba inmediatamente lo idéntico entre todas las clases de realidades semejantes. Pero la tendencia predominante a considerar la semejanza como lo idéntico –tendencia ilógica, pues no hay nada que sea idéntico en sí–, esa tendencia, digo, creó el fundamento mismo de la lógica. Del mismo modo, para que pudiera desarrollarse la noción de sustancia, que es indispensable en lógica aunque no se corresponde con nada real, fue preciso que durante mucho tiempo no se advirtiese ni

se captara la mutabilidad de las cosas; los seres no dotados de una visión precisa tenían ventaja sobre quienes percibían todas las cosas inmersas "en un flujo perpetuo". Toda precaución extrema a la hora de sacar conclusiones, toda tendencia escéptica constituyen por sí solas un gran peligro para la vida. Ningún ser vivo podría conservarse si no hubiere sido estimulada de forma extraordinariamente fuerte la tendencia contraria a afirmar y no suspender el juicio, a errar y a imaginar y no a esperar, a aprobar y no a negar, a juzgar y no a ser equitativo. El proceso de pensamientos y de conclusiones lógicas que se da en nuestro cerebro actual corresponde a un proceso y a una lucha de impulsos que en sí mismos son sumamente ilógicos e inofensivos; en la actualidad, el antiguo mecanismo funciona en nosotros de forma tan rápida y tan callada que sólo percibimos el resultado de la lucha.

112. Causa y efecto.

Hablamos de "explicación"; pero el hecho que nos distingue respecto a los grados antiguos del conocimiento y de la ciencia es una "descripción". Describimos mejor, pero explicamos tan poco como nuestros predecesores. Donde el buscador ingenuo de las civilizaciones antiguas no veía sino dos cosas, la "causa" y el "efecto", como se decía, nosotros hemos descubierto una sucesión múltiple; hemos perfeccionado la imagen del devenir, pero apenas hemos ido más allá de esa imagen ni la hemos dejado atrás. En todo caso, la serie de "causas" resulta más completa a nuestros ojos, y concluimos que tal cosa debe producirse primero para que continúe tal otra. En cualquier proceso químico, la cualidad sigue pareciendo, al igual que antes, un "milagro", tal como todo movimiento continuo; nadie ha "explicado" el golpe. Por otra parte, ¿cómo íbamos a explicarlo? Operamos mediante cantidades de cosas inexistentes, líneas, superficies, cuerpos, átomos, tiempos, espacios divisibles. ¿Cómo podríamos explicar, si hacemos de todo una representación, nuestra representación? Basta considerar a la ciencia como una humanización relativa de las cosas; aprendemos a describirnos a nosotros mismos de una forma cada vez más justa, al describir las cosas y su sucesión. Probablemente la dualidad de la causa y el efecto no da nunca; en realidad, estamos ante un continuo del que aislamos algunos fragmentos, del mismo modo que no percibimos nunca sino puntos aislados en un movimiento que no vemos en su conjunto, contentándonos con suponerlo. Nos induce a error la forma repentina con la que un gran número de efectos se suceden unos a otros, –pero esto no es para nosotros más que algo repentino–. Una infinita multitud de procesos en este súbito segundo se nos escapa. Un intelecto que fuera capaz de ver la causa y el efecto, no de nuestra forma, es decir, como el ser dividido y fraccionado arbitrariamente, sino como un continuo, que pudiera, así, ver la corriente de acontecimientos, rechazaría la noción de causa y de efecto, y negaría toda condicionalidad.

113. Para la ciencia de los venenos.

Es necesario aglutinar demasiadas fuerzas para que nazca un pensamiento científico y a cada una hay que inventarla, ejercerla y cultivarla aisladamente. Si bien en su aislamiento estas fuerzas han ejercido frecuentemente un efecto distinto al que

ejercen ahora, es en el interior del pensamiento científico donde se limitan y disciplinan mutuamente. Así, han actuado como veneno el impulso a dudar, el impulso a negar, el impulso a mantenerse a la expectativa, el impulso a coleccionar, el impulso a disolver. ¡Se ha necesitado del sacrificio de muchos hombres antes de que tales impulsos aprendiesen a comprender su coexistencia y a considerarse como funciones de un poder organizador en el seno de un mismo individuo! Y aún estamos lejos de que a su vez se unan al pensamiento científico las fuerzas artísticas y la sabiduría práctica de la vida, y de que se forme un sistema orgánico superior respecto al cual el sabio, el médico, el artista y el legislador, como ahora los conocemos, parezcan miserables reliquias.

114. Amplitud del elemento moral.

La imagen que vemos por primera vez es construida con ayuda de todas nuestras experiencias antiguas, según el grado de probidad y de equidad que tenemos cada vez. Hasta en el campo de la percepción sensible no hay más experiencias vividas que las morales.

115. Los cuatro errores.

El hombre ha sido educado por sus errores. En primer lugar, sólo se ha visto imperfecto; en segundo lugar, se ha atribuido cualidades imaginarias; en tercer lugar, ha sentido que ocupaba en la jerarquía de los seres un rango falso entre el animal y la naturaleza; en cuarto lugar, ha inventado continuamente nuevas escalas de valores que, por algún tiempo, consideraba eternas y absolutas, de forma tal que determinado impulso o estado humano se encontraban, cuando les llegaba el turno, enaltecidos por toda estimación. Si hacemos abstracción del efecto de estos cuatro errores, habremos hecho abstracción de las nociones de humanidad, de sentimientos humanos y de "dignidad humana".

116. El instinto gregario.

Donde exista una moral encontraremos una valoración y una jerarquía de los impulsos y de los actos humanos. Tales valoraciones y jerarquías son siempre la expresión de las necesidades de una comunidad, de una masa gregaria; lo que le es provechoso en primer lugar –y en segundo, y en tercero- constituye también el criterio supremo para valorar a cada individuo. Por la moral se ve arrastrado a ser función del rebaño y a no atribuirse valor más que a título de función. Como las condiciones de conservación de una comunidad eran muy diferentes de las de otra, hubo morales muy distintas; y considerando las refundiciones esenciales que sufrirán en el futuro las masas gregarias y las comunidades, los Estados y las sociedades, cabe profetizar el advenimiento de morales muy divergentes. La moral no es más que el instinto gregario que se da en el individuo.

117. Remordimiento gregario.

Durante los períodos más remotos y extensos de la humanidad, se daba un tipo de remordimientos totalmente distintos a los de hoy. Actualmente, uno no se siente responsable más que de lo que quiere y de lo que hace, y no se siente orgulloso sino de lo que se tiene; de hecho, todos nuestros juristas parten de ese sentimiento de placer y de satisfacción que el individuo encuentra en sí mismo como si estuviera ahí desde siempre la fuente del derecho. Pero durante el período más largo de la historia de la humanidad, no hubo nada más espantoso que sentirse un individuo aislado. Estar solo, tener una forma particular de sentir, no obedecer ni dominar, figurar como individuo no era antiguamente un placer sino un castigo; se lo condenaba a uno a "ser individuo". La libertad de pensar era considerada la enfermedad en sí. Mientras que nosotros percibimos la ley como imposición y privación, entonces se veía al egoísmo como algo penoso, como una auténtica desgracia. En esa época iba en contra del gusto ser uno mismo, valorarse a sí mismo según pesos y medidas propios. Tender a esto hubiese sido considerado como una locura, pues el hecho de estar solo implicaba todas las miserias, todos los temores. En aquel tiempo, el "libre arbitrio" llevaba emparejada la mala conciencia; cuanto menos libremente se actuaba, cuanto más se expresaba en el acto el instinto gregario y no el sentido personal, más moral se consideraba uno. Todo lo que perjudicaba al rebaño, independientemente de que el individuo lo quisiera o no, procuraba en tiempos pasados remordimientos no sólo al individuo mismo, sino a su prójimo, ¡es decir, a todo el rebaño! En esto es en lo que más hemos modificado nuestro juicio.

118. Benevolencia.

¿Qué tiene de virtuoso el que una célula se transforme en función de otra más fuerte? Esta no puede obrar de otro modo. Y ¿qué tiene de malo que la más fuerte asimile a la más débil? Tampoco ésta puede hacer otra cosa. De este modo, para ella es una necesidad, pues aspira a una compensación abundante y trata de regenerarse. De acuerdo con eso, cabe distinguir en la benevolencia el impulso a la asimilación y el impulso a la sumisión (a dejarse asimilar), según sea el más fuerte o el más débil quien sienta la benevolencia. Placer y codicia se confunden en el más fuerte, que trata de convertir algo en su función propia; placer y voluntad de ser codiciado se identifican en el más débil, que desea convertirse en función. La compasión, a la vista del más débil, es esencialmente la primera de esas emociones, agradablemente sentida del impulso de asimilación. No hay que olvidar tampoco que las nociones de "débil" y de "fuerte" son relativas.

119. ¡Nada de altruismo!

Compruebo en muchas personas un excedente de fuerza y de placer que las inclina a convertirse en función; tienen un fino olfato para todos los puestos en que éstas pueden cumplir tina función y se apresuran a ocuparlos. En esta categoría figuran las mujeres que se convierten en la función de un hombre en quien esta

función está débilmente desarrollada; de esta manera, aquellas llegan a ser el bolsillo, la política o la sociabilidad de dicho hombre. Tales seres se conservan mejor integrándose en un organismo extraño; si no pueden conseguirlo, se amargan, se irritan y se devoran a sí mismos.

120. Salud del alma.

Para que la fórmula predilecta de la terapia moral, cuyo autor fue Aristón de Chíos y según la cual "la virtud es la salud del alma", fuera aplicable, debería cambiarse en este sentido: "Tu virtud es la salud de tu alma". Pues no existe la virtud en sí, y todos los intentos por definirla de este modo han fracasado, lamentablemente. Lo que aquí importa es tu objetivo, tu horizonte, tus fuerzas, tus impulsos, tus errores y principalmente los ideales y los fantasmas de tu alma, lo que constituye un estado de salud, incluso para tu cuerpo. Así, hay incontables clases de salud del cuerpo; y cuanto más se permita al individuo particular e incomparable levantar la cabeza, más se olvidará el dogma de la "igualdad de los hombres", y más deberán desechar nuestros médicos la noción de salud normal, al igual que la de dieta normal y la de proceso normal de la enfermedad. Entonces llegaría el momento de reflexionar sobre la salud y la enfermedad del alma y de identificar la salud, propia de cada cual, con su salud personal. En última instancia, quedaría la gran cuestión de saber si podemos prescindir totalmente de la enfermedad, incluso para el desarrollo de nuestra virtud, y si en especial nuestra sed de conocimiento y de autoconocimiento no necesita tanto del alma enferma como del alma sana; en definitiva, si la voluntad de salud exclusivamente no es un prejuicio, una cobardía y quizás un resto de la barbarie y del estado retrógrado más sutiles.

121. La vida no es un argumento.

Hemos construido un mundo en el podemos vivir suponiendo cuerpos, líneas, superficies, causas y efectos, movimiento y reposo, forma y contenido; sin esos artículos de fe, ¡nadie soportaría vivir hoy! Pero no por ello están más demostrados. La vida no es un argumento; entre las condiciones de la vida podría figurar el error.

122. El escepticismo moral en el cristianismo.

El cristianismo ha contribuido también en buena medida a la Ilustración, en tanto ha enseñado el escepticismo moral de una forma muy penetrante y eficaz, a fuerza de acusar y de irritar, pero con una paciencia y una sutileza incansables. Ha destruido en cada hombre concreto la creencia en sus "virtudes" propias; ha hecho desaparecer para siempre aquellas grandes figuras virtuosas que tanto abundaba en la Antigüedad, aquellos hombres populares imbuidos de su perfección que se paseaban con aspecto de torero. Cuando nosotros, formados en la escuela cristiana del escepticismo, leemos hoy las obras morales de los antiguos, como las de Séneca y Epicteto, no dejamos de experimentar interiormente una superioridad momentánea y estamos llenos de comprensión y de captación íntimas; al leerlos nos parece oír hablar a un niño ante un anciano o a una muchacha hermosa y entusiasta ante La

Rochefoucauld; ¡nosotros sabemos mejor en qué consiste la virtud! Pero, por último, hemos aplicado ese mismo escepticismo a todos los estados y procesos religiosos, como el pecado, los remordimientos, la gracia, la santificación y hemos dejado roer tan bien al gusano que cuando ahora leemos cualquier libro cristiano sentimos la misma superioridad y la misma perspicacia sutiles; ¡también sabemos mejor en qué consisten los sentimientos religiosos! Y es hora de conocerlos bien y de describirlos bien, ya que, asimismo, van a desaparecer los hombres piadosos de la antigua fe; ¡salvemos, por lo menos, su imagen y su tipo para el conocimiento!

123. El conocimiento es más que un medio.

El progreso de la ciencia se vería favorecido sin esta nueva pasión por el conocimiento. Es más, hasta ahora ha podido desarrollarse y crecer sin dicha pasión. La buena fe en la ciencia, el prejuicio que la favorece y que domina ahora en nuestros Estados (como antes dominó incluso en la Iglesia) se funda básicamente en el hecho de que esta tendencia absoluta e irresistible se ha manifestado muy raras veces en la ciencia y que la ciencia no pasa por ser precisamente una pasión, sino un estado, un ethos. A menudo basta el amor-placer del conocimiento (la curiosidad), basta el amor-vanidad, el hábito de la actividad científica, con la segunda intención de los honores y de la seguridad material, basta incluso para muchos que no sepan hacer otra cosa con su abundante ocio sino leer, coleccionar, clasificar, observar, y seguir relatando, pues su "impulso científico" es su aburrimiento. El papa León X (en el Breve a Beroaldo) cantó las alabanzas de la ciencia, calificándola como el más bello adorno, el mayor motivo de orgullo de nuestra vida, de noble ocupación en la felicidad y en la desgracia; "sin ella -dice finalmente–ninguna empresa humana tendría un punto sólido de apoyo, y aún con ella tales empresas quedan confiadas a una suerte demasiado cambiante e insegura". Pero este Papa suficientemente escéptico sabe silenciar, como los demás eclesiásticos que han alabado la ciencia, su forma sincera de juzgarla. Cabe entrever en sus palabras que sitúa a la ciencia por encima del arte, lo que es bastante singular en un amigo de las musas como él; a fin de cuentas, sólo por pura cortesía, no habla de lo que a su vez coloca por encima de toda ciencia: la "verdad revelada" y la "salvación eterna del alma"; a su lado, ¿qué son el adorno, el orgullo, el entretenimiento, la seguridad de la vida? La ciencia no es más que algo secundario, no es ni lo último ni lo absoluto, no es nada que sea digno de la pasión. Este juicio quedó oculto en el alma de León, ¡pero es el juicio que, a fin de cuentas, le merece la ciencia al cristianismo! En la Antigüedad, la dignidad y la consideración de la ciencia se hallaban disminuidas hasta el punto de que sus más celosos discípulos daban prioridad a la aspiración a la virtud y de que se creía que tributaban el mayor elogio al conocimiento cuando lo encomiaban como el mejor medió de la virtud. Pues bien, lo históricamente nuevo es que el conocimiento pretenda ser algo más que un medio.

124. En el horizonte de lo infinito.

Hemos dejado tierra, ¡nos hemos embarcado! Hemos cortado los puentes, o más aún, ¡hemos dejado la tierra atrás! Desde ahora, ¡ten cuidado, barcaza! A tu lado se

extiende el océano; por supuesto, no siempre brama y a veces se despliega como seda y oro y como un ensueño de la bondad. Pero llegan horas en que reconocerás que no tiene límite y que no hay nada más espantoso que el infinito. ¡Pobre pájaro que te sentiste libre y que ahora chocas con los barrotes de semejante jaula! ¡Desgraciado de ti si te asalta la nostalgia de la tierra, como si en ella hubiese habido más libertad, ahora que ya no hay "tierras!

125. El loco.

¿No han oído hablar de aquel loco que, con una linterna encendida en pleno día, corría por la plaza y exclamaba continuamente: "¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!"? Como justamente se habían juntado allí muchos que no creían en Dios, provocó gran diversión. ¿Se te ha perdido?, dijo uno. ¿Se ha extraviado como un niño?, dijo otro. ¿No será que se ha escondido en algún sitio? ¿Nos tiene miedo? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado? Así gritaban y se reían al mismo tiempo. El loco se lanzó en medio de ellos y los fulminó con la mirada.

—¿Dónde está Dios?—, exclamó, ¡se los voy a decir! ¡Nosotros lo hemos matado, ustedes y yo! ¡Todos somos unos asesinos! Pero, ¿cómo lo hemos hecho? ¿Cómo hemos podido vaciar el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar completamente el horizonte? ¿Qué hemos hecho para desencadenar a esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde rueda ésta ahora? ¿Hacia qué nos lleva su movimiento? ¿Lejos de todo sol? ¿No nos precipitamos en una constante caída, hacia atrás, de costado, hacia delante, en todas direcciones? ¿Sigue habiendo un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No sentimos el aliento del vacío? ¿No hace ya frío? ¿No anochece continuamente y se hace cada vez más oscuro? ¿No hay que encender las linternas desde la mañana? ¿No seguimos oyendo el ruido de los sepultureros que han enterrado a Dios? ¿No seguimos oliendo la putrefacción divina? ¡Los dioses también se corrompen! ¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto! ¡Y lo hemos matado nosotros! ¿Cómo vamos a consolamos los asesinos de los asesinos? Lo que en el mundo había hasta ahora de más sagrado y más poderoso ha perdido su sangre bajo nuestros cuchillos, y ¿quién nos quitará esta sangre de las manos? ¿Qué agua podrá purificamos? ¿Qué solemnes expiaciones, qué juegos sagrados habremos de inventar? ¿No es demasiado grande para nosotros la magnitud de este hecho? ¿No tendríamos que convertimos en dioses para resultar dignos de semejante acción? Nunca hubo un hecho mayor, ¡y todo el que nazca después de nosotros pertenecerá, en virtud de esta acción, a una historia superior a todo lo que la historia ha sido hasta ahora! Al llegar aquí, el loco se calló y observó de nuevo a sus oyentes, quienes también se habían callado y lo miraban perplejos. Por último, tiró la linterna al suelo, que se rompió y se apagó. "Llego demasiado pronto, dijo luego, mi tiempo no ha llegado aún. Este formidable acontecimiento está todavía en camino, avanza, pero aún no ha llegado a los oídos de los hombres. Para ser vistos y oídos, los actos necesitan tiempo después de su realización, como lo necesitan el relámpago y el trueno, y la luz de los astros. Esa acción es para ellos más lejana que los astros más distantes, ¡aunque son ellos quienes

la han realizado!" Cuentan también que ese mismo día el loco entró en varias iglesias en las que entonó su Requiem aeternam Deo. Cuando lo echaban de ellas y le pedían que aclarara sus dichos, no dejaba de repetir: "¿Qué son estas iglesias sino las tumbas y los monumentos funerarios de Dios?"

126. Explicación mística.

Las explicaciones místicas son consideradas profundas. La verdad es que no son ni siquiera superficiales.

127. El efecto ulterior de la religiosidad más antigua.

El irreflexivo se imagina que la voluntad es la única realidad que actúa; que querer es algo simple, puramente dado, no deducible, comprensible en sí. Está convencido de que cuando hace algo, como, por ejemplo, dar un golpe, es él quien golpea y que ha golpeado porque quería hacerlo. No aprecia nada del carácter problemático del fenómeno, sino que le basta el sentimiento de la voluntad, no sólo para aceptar la realidad de la causa y del efecto, sino también para creer que entiende su relación. No sabe nada del mecanismo del acontecimiento, ni del sutil trabajo con diversos matices que ha de efectuarse para llegar a golpear, ni tampoco de la incapacidad que posee la voluntad en sí misma para realizar lo que no sería sino la menor fracción de dicho trabajo. Para él la voluntad es una fuerza que actúa de una forma mágica, ya que creer que la voluntad es causa de efectos equivale a creer en fuerzas que actúan de un modo mágico. Pues primitivamente, siempre que el hombre veía que se producía un acontecimiento, creía en la existencia de una voluntad como causa de aquel, así como en la de seres que actuaban personalmente en un segundo plano. La idea de la mecánica le resultaba totalmente extraña. Pero como durante períodos extraordinariamente largos el hombre no creyó más que en la existencia de personas (y no en la de materias, fuerzas, cosas, etc.), la creencia en la realidad de la causa y del efecto llegó a ser para él una creencia fundamental, ahora aplicada siempre a cualquier acontecimiento de una forma instintiva, por una especie de semejanza de origen remoto. Las tesis: "no hay efecto sin causa", "todo efecto es una nueva causa" aparecen como generalizaciones de tesis mucho más limitadas, como "cuanto se ha actuado, se ha querido", "sólo se puede actuar sobre seres que quieren", "no se da nunca un sufrimiento puro y que no sea consecuencia de una acción, sino que todo sufrimiento es una emoción de la voluntad" (voluntad de actuar, de vengarse, de defenderse, de calumniar). Sin embargo, en los tiempos primitivos de la humanidad, las dos clases de tesis eran idénticas, no siendo las primeras la generalización de las segundas, sino éstas la aclaración de aquéllas. Al aceptar Schopenhauer que todo lo existente está dotado de voluntad, introduce una de las mitologías más arcaicas, porque parece que nunca intentó analizar la voluntad, como todos, sino que creía en la simplicidad y en la inmediatez de todo querer. Y el querer no es sino un mecanismo tan bien montado que casi escapa a la mirada del observador. Yo opongo a Schopenhauer las siguientes tesis: primera, para que surja la voluntad se necesita una representación del placer y del dolor; segunda, que una excitación violenta pueda ser

sentida como placer o dolor depende de una interpretación del intelecto que, indudablemente, en la mayoría de los casos, actúa aquí de forma inconsciente. La misma excitación puede ser interpretada como placer o como dolor. Tercera tesis, sólo se produce el placer, el dolor y la voluntad en los seres inteligentes; la inmensa mayoría de los organismos no tiene nada de eso.

128. Valor de la oración.

La oración fue inventada para esa clase de individuos que son incapaces de pensar alguna vez por sí mismos, que ignoran la santidad del alma o no sienten su desarrollo. ¿Qué deben hacer tales personas en los lugares santos y en todas las situaciones graves de la vida, que exigen reposo y una cierta dignidad? Para que por lo menos no molesten, la sabiduría de todos los fundadores de religiones, pequeños y grandes, se ha prescrito la fórmula de la oración, como un trabajo largo y mecánico de los labios, unido al esfuerzo de la memoria, con una actitud igualmente prescrita de las manos, los pies y los ojos. Según eso, poco importa que, como los tibetanos, rumien innumerables veces su om mane padme hum, o que, como en Benarés, cuenten con los dedos de la mano el nombre del dios Ram-Ram-Ram (y así sucesivamente, con más o menos gracia) o que veneren a Vichnú o a Alá, invocando al primero con sus mil nombres y al segundo con sus noventa y nueve; o que se sirvan de racimos de oraciones o de rosarios. Lo esencial es que este tipo de trabajo los retiene durante algún tiempo y les confiere un aspecto soportable; su forma de rezar ha sido inventada para beneficiar a los hombres piadosos que experimentan íntimamente pensamientos y elevaciones. E incluso éstos conocen momentos de cansancio en los que no dejan de experimentar la acción benefactora de una mecánica piadosa formada de series de palabras y de sonidos venerables. Pero si bien es cierto que estos hombres raros –en toda religión el hombre religioso es una excepción– saben valerse por sí mismos, los pobres de espíritu no sabrían hacerlo, y prohibirles que reciten oraciones supondría privarles de su religión, como está demostrando cada vez más el protestantismo. La religión sólo pide a éstos que permanezcan quietos con los ojos, las manos, las piernas y los órganos de todas clases; sólo así tienen la oportunidad de parecer temporalmente embellecidos y... ¡más semejantes al hombre!

129. Las condiciones de Dios.

"Ni el propio Dios podría subsistir sin hombres sensatos", dijo acertadamente Lutero. Pero lo que no dijo el bueno de Lutero es que menos podría subsistir sin los insensatos.

130. Una decisión peligrosa.

La decisión cristiana de considerar que el mundo es feo y malo ha hecho que el mundo sea feo y malo.

131. Cristianismo y suicidio.

El cristianismo convirtió al inmenso deseo de suicidarse que imperaba en la época de su nacimiento en la palanca misma de su poder; a la vez que prohibió de forma terrible las demás formas de suicidio, dejó sólo dos y las cubrió de la mayor dignidad, justificándolas con supremas esperanzas: el martirio y el suicidio lento del asceta.

132. Contra el cristianismo.

Desde ahora no son ya nuestros argumentos los que se pronuncian contra el cristianismo, sino nuestro gusto.

133. Principio.

Una hipótesis inevitable, a la que debe volver continuamente la humanidad, a la larga se revela más poderosa que la fe más persistente en algo no verdadero, como la fe cristiana. A la larga, es decir, después de cien mil años.

134. Los pesimistas como víctimas.

Donde empieza a extenderse un asco profundo hacia la existencia, aparecen los efectos residuales de una grave falta alimenticia en la que ha incurrido un gran pueblo. Así, la propagación del budismo (no su nacimiento) se debió en buena parte al consumo excesivo y casi exclusivo de arroz entre los hindúes, y al entusiasmo general resultante de ello. Tal vez convendría examinar la insatisfacción europea de los tiempos modernos teniendo en cuenta que nuestros antepasados, sobre todo los de la Edad Media, por influencia de las inclinaciones germánicas se entregaron a la bebida. La Edad Media significó la intoxicación. alcohólica de Europa. El asco alemán hacia la vida es una pura decadencia invernal, sin olvidar los efectos del aire de cueva y las emanaciones de estufa, propios de las habitaciones alemanas.

135. Origen del pecado.

El pecado, tal como se experimenta ahora donde impera o donde imperó el cristianismo, es un sentimiento judío, una invención judía, y respecto a este trasfondo de toda moral cristiana, el cristianismo se propuso de hecho "judaizar" el mundo. La forma más sutil de comprobar hasta qué punto lo consiguió en Europa consiste en considerar lo ajena que resulta a nuestra sensibilidad la Antigüedad griega –inundo desprovisto del sentimiento de pecado–, pese a toda la buena voluntad de acercamiento y de asimilación de la que no dejaron de dar pruebas generaciones enteras, así como excelentes individuos. La frase: "Dios no te será propicio, si no te arrepientes" sería para un griego motivo de burla y de escándalo; respondería: "así lo 'suponen los esclavos". Efectivamente, aquí se está presuponiendo a un ser poderoso, omnipotente y, sin embargo, vengativo, pues su poder es tan grande que no puede afectarlo daño alguno de no ser en su honor. Todo pecado es una ofensa al respeto, un crimen de lesa majestad divina, ¡nada más! La primera y última condición de la que se hace depender

su perdón es contrición, avasallamiento, humillación; por consiguiente, ¡reparación de su honor divino! A este celeste oriental celoso de su honor le resulta indiferente saber si el pecado causa otros prejuicios, si implanta un mal profundo y creciente que, como una enfermedad, se propaga entre los hombres, asaltándolos y matándolos uno tras otro; ¡el pecado es un crimen contra él, no contra la humanidad! A quien concede el don de su gracia, le dona también su indiferencia hacia las consecuencias naturales del pecado. Tan separados y opuestos están aquí Dios y la humanidad que en el fondo no puede cometerse en modo alguno un pecado contra los hombres. El sentimiento judío, para quien todo lo natural constituye lo indigno en sí, pretende que todo acto sólo sea juzgado en relación con sus consecuencias sobrenaturales y no con las naturales. Por el contrario, los griegos estaban más cerca de pensar que el sacrilegio podía tener también dignidad –incluyendo el robo, como en el caso de Prometeo, o el degollar al ganado en manifestación de unos celos delirantes, como en el caso de Ajas–. En su necesidad de conferir y asimilar la dignidad al sacrilegio, inventaron la tragedia, un arte, un gusto que ha permanecido extraño al judío, a lo más profundo de su naturaleza, pese a todos sus dones poéticos, a toda su inclinación a lo sublime.

136. El pueblo elegido.

Los judíos, que se consideran el pueblo elegido entre los demás pueblos, en especial porque representan el genio moral entre los pueblos (merced a la capacidad que han tenido de despreciar al hombre más profundamente de lo que jamás lo hiciera pueblo alguno), los judíos, digo, experimentan, frente a su monarca santo y divino, un gozo análogo al de la aristocracia francesa respecto a Luis XIV. Esta aristocracia se había vuelto despreciable por haberse dejado arrebatar su poder y su soberanía; para no percibir esto, para poder olvidarlo, necesitaba un esplendor, una autoridad, un poder pleno sin igual al que sólo tuviese acceso la aristocracia. En la medida en que, según este privilegio, se elevaba a la altura de la corte, desde donde lo consideraba todo por debajo de sí con desprecio, eliminaba la irritación de su conciencia. De este modo, la torre del poder real se fue alzando intencionadamente, hasta las nubes y se aportaron para ello las últimas piedras del poder personal.

137. En parábola.

Un ser como Jesucristo sólo podía ser concebido en un paisaje como el de Judea, quiero decir, en un paisaje sobre el que sobrevolaba constantemente el sombrío y sublime nubarrón de la ira de Jehová. Sólo aquí se consideró que el resplandor raro y repentino de un rayo de sol, a través de la horrible e invariable opacidad de la noche diurna, era una especie de milagro del "amor", el rayo de la "gracia" más inmerecida. Sólo aquí podía soñar Cristo con su arco iris y su escala celestial por la que Dios bajaba hasta los hombres. Por lo demás, en el resto de los lugares, el buen tiempo y el sol constituían una regla y una banalidad demasiado cotidianas.

138. El error de Cristo.

El fundador del cristianismo consideraba que nada hace sufrir tanto a los hombres como sus pecados. Pues éste fue su error, el error de quien se sentía sin pecado, ¡y a quien le faltaba la experiencia de éste! Así, su alma irradiaba esa admirable y fantástica misericordia hacia una desgracia que su propio pueblo, inventor del pecado, raras veces experimentaba como una gran desgracia. Pero los cristianos supieron hacer justicia posteriormente a su maestro, y consagraron su error como "verdad".

139. El color de las pasiones.

Las naturalezas como las del apóstol Pablo sólo miran las pasiones con "malos ojos"; no llegan a conocer de éstas más que lo que mancha, deforma, rompe el corazón. Su aspiración ideal se encamina, de este modo, a destruir las pasiones, en tanto no se sienten totalmente purificados de las pasiones más que en lo divino. A diferencia de Pablo y de los judíos, los griegos dedicaron su aspiración ideal precisamente a las pasiones, a las que quisieron, exaltaron, adoraron y divinizaron. Evidentemente, no sólo se sentían más felices cuando estaban apasionados, sino también más puros y divinos que habitualmente. ¿Y los cristianos? ¿Quisieron ser como los judíos en esto? ¿Se volvieron así quizás?

140. Demasiado judío.

Si Dios quería ser objeto de amor, tendría que haber abandonado antes su papel de juez y de administrador de justicia; pues un juez, incluso un juez piadoso, no es objeto de amor. El fundador del cristianismo, como judío, no fue lo suficientemente sutil como para darse cuenta de esto.

141. Demasiado oriental.

¿Cómo? ¡Un dios que sólo ama a los hombres sólo si creen en él, y que lanza miradas y amenazas espantosas contra quien no cree en ese amor! ¿Cómo? ¡Un amor contractual sentido por un dios todopoderoso! ¡Un amor que ni siquiera ha sido capaz de superar el sentimiento del honor ni el espíritu irascible de vengarse! ¡Qué oriental es todo esto! La frase: "qué te importa que te ame" sería ya una crítica suficiente a todo el cristianismo.

142. Incensadas.

"No halagues a tu protector",- dijo Buda. Si se repite esta frase en una iglesia cristiana, de inmediato quedará el aire purificado de todo lo que hay en ella de cristiano.

143. Sobre la mayor utilidad del politeísmo.

Que el individuo pueda determinar su propio ideal, deduciendo de él sus leyes, sus alegrías y sus derechos, era algo que hasta ahora se consideraba sin dudas la

aberración humana más espantosa, la idolatría en sí; de hecho los pocos hombres que se atrevieron a obrar así necesitaron siempre ante sus ojos una apología cuyo sentido solía ser: "¡No soy yo, no soy yo, sino un dios quien interviene a través de mí!". Ese impulso, que en su origen era vulgar e inapreciable y se confundía con el egoísmo, la desobediencia y la envidia, pudo descargarse, purificándose, perfeccionándose y enalteciéndose, merced al arte y a la fuerza admirables de crear dioses –el politeísmo-. Luchar contra ese impulso hacia un ideal propio fue antiguamente la ley de toda moral. Sólo había en aquellos tiempos una norma: "el hombre", y cada pueblo creía poseer la forma única y definitiva de éste. Pero estaba permitido imaginar una pluralidad de normas por encima de uno mismo, en el exterior, en un lejano más allá; ¡un dios no negaba a otro dios ni blasfemaba contra él! De este modo se atrevió la imaginación, por primera vez, a considerar la existencia de individuos y a respetar los derechos de éstos. La invención de dioses, de héroes, de toda clase de seres sobrehumanos, al margen o por debajo de lo humano, de enanos, hadas, centauros, sátiros, demonios y diablos constituyó el preludio inestimable de la justificación de las aspiraciones del yo y de la soberanía del individuo; la libertad que se reconocía a un dios determinado frente a otros dioses acabó concediéndosela el individuo a sí mismo frente a las leyes, las costumbres y su prójimo. Por el contrario, el monoteísmo, esa consecuencia rígida de la doctrina de un hombre normal único –la creencia, en realidad, en un dios normal fuera del cual sólo existen divinidades falsas y engañosas-- ha sido tal vez el mayor peligro de la humanidad hasta hoy, pues en este punto se veía amenazada por esa fijación prematura que, por lo que podemos ver, ha afectado a otras especies animales desde hace mucho tiempo; en cuanto tales, todas creen, efectivamente, en un animal normal único y en un ideal de su especie y han asimilado definitivamente en su carne y en su sangre la moral de las costumbres. El politeísmo había prefigurado el libertinaje y la pluralidad del pensamiento humano, la fuerza de crearse unos ojos nuevos y personales, cada vez más nuevos y más personales; de manera que, de entre todos los animales, sólo el hombre escapa a la fijación de perspectivas y de horizontes eternos.

144. Guerras religiosas.

Las guerras religiosas han representado hasta hoy el mayor progreso de las masas, ya que constituyen la prueba de que éstas han empezado a considerar las ideas con respeto. Las guerras religiosas sólo nacen cuando las más sutiles querellas entre sectas dan como resultado una agudización de la razón general, hasta el punto de que el populacho se vuelve puntilloso y concede importancia a los pequeños detalles, llegando a acariciar la posibilidad de que "la salvación eterna del alma" dependa de pequeñas diferencias de ideas.

145. Peligro de los vegetarianos.

El consumo excesivo de arroz conduce al uso de opio y de estupefacientes, al igual que el consumo excesivo de papas lleva al alcoholismo; su efecto más sutil es inclinar a formas de pensar y de sentir que actúan como narcóticos. Según ello, los

promotores de tales formas de pensar y de sentir, como los maestros hindúes, recomiendan precisamente una dieta vegetariana estricta, que tratan de convertir en ley para las masas. De ese modo, intentan suscitar e incrementar la necesidad que ellos pueden satisfacer.

146. Esperanzas alemanas.

No olvidemos que los nombres de los pueblos son generalmente apodos ofensivos. Los tártaros, por ejemplo, a juzgar por su nombre, son "los perros", tal como fueron bautizados por los chinos. En cuanto a los alemanes, die Deutschen significaba originariamente "los paganos"; de este modo fue cómo los godos convertidos llamaron a la gran masa de sus hermanos de raza no bautizados, refiriéndose a su propia traducción de la versión griega de los setenta en la que los paganos son designados con el término que significa "los pueblos", en idioma griego (consúltese a Urfilas). Cabe pensar también que los alemanes convirtieron, después, su nombre calumnioso en un nombre honorífico, al llegar a ser el primer pueblo de Europa no cristiano. Schopenhauer les concedió el mérito de estar dispuestos para ello en sumo grado. Alcanzaría así su plenitud la obra de Lutero, que les enseñó a no ser romanos y a decir: "¡Aquí estoy! ¡Yo no puedo ser otra cosa!"

147. Pregunta y respuesta.

¿Qué es lo primero que toman de los europeos los pueblos salvajes? La respuesta no es otra que el alcohol y el cristianismo, estupefacientes propios de los pueblos europeos. ¿Y con qué perecen más rápidamente? Pues con los estupefacientes europeos.

148. Sobre el origen de la Reforma.

En los tiempos de su gran corrupción, donde menos corrompida estaba la Iglesia era en Alemania. Por eso fue allí donde nació la Reforma, síntoma de que se consideraba intolerable el simple inicio de la degradación. Efectivamente, ningún pueblo ha sido más cristiano, en comparación, que los alemanes de la época de Lutero; su cultura cristiana estaba a punto de alumbrar un esplendoroso origen de múltiples facetas; sólo había que esperar una noche, pero esa fue la noche, de la tormenta que lo devastaría todo.

149. Fracaso de las reformas.

Es un honor para la elevada civilización de los griegos, aun en una época relativamente primitiva, la sistemática frustración de los intentos de crear nuevas religiones helénicas. Honra a esa civilización el que, desde antes en el tiempo, hubiese en Grecia una multitud de individuos de muy diversas clases, cuyos diferentes grados de miserias no podían resolverse con una fórmula única de fe y de esperanza. Pitágoras y Platón - de almas y aptitudes tan apropiadas para fundar una religión que no podemos sino asombrarnos de su fracaso, pues no llegaron más allá de la creación

de sectas–quizás también Empédocles, y mucho tiempo antes los entusiastas devotos de Orfeo, todos ellos trataron de fundar nuevas religiones. Siempre que fracasan las reformas de todo un pueblo, no consolidándose más que las sectas, es lícito concluir que el pueblo se encuentra desde entonces en un estado de diferenciación múltiple y que empieza a emanciparse de los burdos instintos gregarios así como de la moral de las costumbres; este estado de fluctuación, muy significativo, se suele calificar de decadencia y corrupción de las costumbres; mientras que, por el contrario, anuncia que el huevo ha madurado y que pronto se romperá la cáscara. El hecho de que la reforma luterana tuviera éxito en los países nórdicos es un índice del retraso de éstos últimos respecto a los pueblos meridionales y, además, de que el norte seguía teniendo necesidades análogas y poco matizadas, ya que no se habría producido en modo alguno la cristianización de Europa, si la antigua civilización meridional no hubiese sido progresivamente embrutecida mediante una asimilación excesiva de sangre bárbara germánica, y no hubiese perdido así su dominio cultural. Para que un individuo o un pensamiento individual puedan actuar de forma general y absoluta, la masa sobre la que se ejerce esa acción tiene que ser homogénea y pareja; mientras, unas aspiraciones opuestas revelan necesidades opuestas que también tratan de satisfacerse y afirmarse. Por el contrario, cabe siempre afirmar que estamos ante una cultura realmente superior, cuando naturalezas poderosas y ansiosas de dominar sólo consiguen ejercer una acción sectaria y limitada, lo que vale también para los diferentes campos del arte y del saber. Allí donde alguien domine, no hay sino masas; donde hay masas, predomina la necesidad de librarse de la esclavitud. Donde hay esclavitud, no encontramos más que un pequeño número de individuos que tienen en su contra los instintos gregarios y la conciencia.

150. Para la crítica de los santos.

Para tener una virtud, ¿es preciso querer poseerla en su forma más cruel, como pretendían y necesitaban tenerla los santos del cristianismo? Como tales, sólo soportaban la vida con la idea de que la simple contemplación de su virtud llevaría a las demás a despreciarse a sí mismos. Pero yo considero brutal una virtud que actúa de este modo.

151. Sobre el origen de la religión.

La necesidad metafísica no está, como procuró Schopenhauer, en el origen de las religiones, sino que es un vástago tardío de éstas últimas. Bajo el imperio de los pensamientos religiosos, se está habituado a la representación de "otro mundo" (posterior, inferior o superior a éste), pero la desaparición del delirio religioso hace que se experimenten una privación y un vacío inquietantes; es entonces cuando nace de ese sentimiento de enfermedad "otro mundo" metafísico que ya no es religioso. Ahora bien, lo que en tiempos primitivos llevó a admitir, por lo general, la realidad de "otro mundo" no fue ni un impulso ni una necesidad, sino un error en la interpretación de ciertos fenómenos naturales y, por consiguiente, una confusión del intelecto.

152. El mayor cambio.

¡Qué cambio se ha producido en la iluminación y en los colores de todas las cosas! Ya no estamos en condición de entender plenamente cómo percibían los antiguos las realidades más inmediatas y constantes, como por ejemplo el día y el estado de vigilia; en tanto creían en los sueños, la vida de vigilia se encontraba situada bajo otras luces. Y lo mismo la vida entera con el reflejo de la muerte y su significación; nuestra "muerte" es una muerte totalmente diferente. Toda experiencia esparcía otro resplandor, dado que en ella brillaba un dios. Lo mismo sucedía con toda decisión y toda perspectiva del futuro lejano, pues contaban con oráculos y advertencias secretas, además de creer en las predicciones. La "verdad" era percibida de otro modo, pues antiguamente el loco podía ser considerado su vocero –lo que a nosotros nos hace estremecer o reír–. Cualquier injusticia afectaba al alma de diferente forma, puesto que temían la venganza divina, no sólo los castigos y el deshonor civiles. ¿Qué carácter tenía la alegría cuando se creía en el diablo y en el seductor? ¿Qué carácter tenía la pasión cuando se veía a los demonios acechando a la sombra? ¿Qué carácter tenía la filosofía, cuando se consideraba que la vida era la culpa más terrible, por suponer un sacrilegio frente al amor eterno, una desconfianza hacia todo lo bueno, elevado, puro y digno de misericordia? Nosotros hemos dado un nuevo tinte a las cosas, no dejamos de volver a pintarlas, pero ¿qué hemos sido capaces de hacer hasta ahora frente al espléndido colorido de aquellos viejos maestros? Estoy hablando de la humanidad antigua.

153. Horno poeta.

"Yo, que particularmente he compuesto hasta acabar esta tragedia entre las tragedias; yo, que he sido el único en unir al seno de la existencia el nudo de la moral y lo he apretado tanto que sólo Dios podría deshacerlo –¡como lo deseaba Horacio!–. Yo, por moralidad, acabo de degollar a todos los dioses en el cuarto acto ¿De qué se tratará, entonces, el quinto acto? ¿De dónde sacar un desenlace trágico? ¿Tendría, más bien, que pensar en un desenlace cómico?"

154. Sobre la vida con diversos peligros.

No se dan cuenta de lo que realmente significa vivir, corren como ebrios por la vida, a riesgo de caerse más de una vez por una escalera. Sin embargo, sus miembros siguen intactos gracias a su borrachera, sus músculos son demasiado blandos y la cabeza permanece demasiado obnubilada para sentir, como nosotros, la dureza de esos peldaños. Para nosotros, vivir es infinitamente más arriesgado, somos de cristal. ¡Pobres de nosotros si apenas chocamos! Una caída, ¡y todo se acabó!

155. Lo que nos falta.

Amamos a la gran naturaleza, la hemos descubierto porque nuestras cabezas están vacías de grandes hombres. A los griegos les pasaba lo contrario; su sentimiento de la naturaleza era completamente distinto al nuestro.

156. Lo más influyente que hay.

Que un hombre se oponga a toda su época, que la deje en la puerta y le exija cuentas, ¡es algo que debe ejercer una influencia! ¡Poco importa que lo quiera o no; lo decisivo es que sea capaz de ello!

157. Mentir.

¡Ten cuidado! Se ha puesto a reflexionar; a continuación va a decir una mentira. Este es un desarrollo cultural que han alcanzado pueblos enteros. Piénsese sólo en todo lo que los romanos expresaban con el verbo mentiri.

158. Cualidad incómoda.

Considerarlo todo en profundidad es una cualidad incómoda porque obliga a forzar constantemente la vista y a que se acabe encontrando más de lo que se deseaba.

159. Cada virtud tiene su momento.

A quien ahora se muestra inflexible, su honradez le produce remordimiento, pues la inflexibilidad es una virtud que corresponde a otra época que no es la de la honradez.

160. En el trato con las virtudes.

Se puede carecer de dignidad respecto a una virtud y a la vez adularla.

161. A los amantes de la época.

Los que han dejado los hábitos y los que han salido de la cárcel tratan constantemente de adquirir un nuevo rostro; lo que quieren es un aspecto sin pasado. Pero, ¿han encontrado ya a personas que saben que reflejan el futuro en su rostro y que son lo bastante corteses con ustedes, amantes del "presente", como para adquirir un semblante sin futuro?

162. Egoísmo.

El egoísmo es la ley de la perspectiva en el campo de la percepción, que hace que aparezca grande y pesado lo que está próximo, mientras que todo pierde su magnitud y su peso a medida que se va alejando.

163. Hacia una gran victoria.

El mejor resultado de una gran victoria es que libera al vencedor del miedo a una derrota. "¿Por qué no puedo ser vencido alguna vez?, se dice. Ahora puedo permitirme ese lujo".

164. Quienes buscan el descanso.

Reconozco a los espíritus que buscan el descanso por los numerosos objetos oscuros de los que se rodean. Quien quiere dormir deja a oscuras su habitación o se

mete en una cueva. ¡Esto va para los que ignoran lo que buscan con más empeño y les gustaría saberlo!

165. Sobre la suerte de los que renuncian.

Quien renuncia plenamente y durante mucho tiempo a algo, cuando por casualidad encuentra aquello a lo que ha renunciado, creerá que casi lo ha descubierto. Pero, ¡qué suerte tiene quien descubre! Debemos ser más astutos que las serpientes, que permanecen largo tiempo expuestas al mismo sol.

166. Siempre entre nosotros.

Todo lo vinculado a mí, tanto en la naturaleza como en la historia, me habla, me alaba, me impulsa hacia delante, me consuela. En cuanto al resto, o no lo oigo o lo olvido pronto. Siempre nos quedamos entre nosotros.

167. Misantropía y amor.

Se dice que se está harto de los hombres cuando ya no se puede digerirlos, porque se tiene el estómago lleno de ellos. La misantropía no es sino la consecuencia de un amor demasiado glotón por la humanidad, de una "antropofagia". Pero, ¿quién te incitó, príncipe Hamlet, a engullir hombres como si fueran ostras?

168. Un enfermo.

—¡Está grave!... ¿Qué padece?... El deseo de que lo alaben, y no tiene con qué satisfacerlo... ¡Es inconcebible! Todos lo celebran, lo alaban, lo llevan en andas y su nombre está en todas las bocas... Sin duda, pero tiene muy mal oído para las alabanzas. Si lo alaba un amigo, le parece que éste se está alabando a sí mismo; si es un enemigo, le suena como si éste sólo pretendiera que lo alabaran a su vez por ello; y si, por último, quien lo alaba no es ninguna de ambas cosas (y como es tan célebre apenas quedan de éstos), se ofende porque el individuo en cuestión no quiere tenerlo ni por amigo ni por enemigo. Suele decir: ¿qué me importa quien pretende pasarse por imparcial respecto a mí?

169. Enemigos declarados.

La valentía ante el enemigo es algo aparte, lo que no impide que se sea un miedoso y un indeciso notable. Así pensaba Napoleón de Murat, "el hombre más valiente que conoció"; de lo que se deduce que los enemigos declarados resultan indispensables para ciertos hombres, pues éstos últimos han de elevarse a la altura de su propia virtud, de su virilidad y de su alegría.

170. Contra la multitud.

Hasta ahora ha seguido a la multitud, de la que es su apologista, pero llegará un día en que será su adversario. Es que la sigue con la creencia de que su pereza se verá recompensada por ello y todavía no se ha dado cuenta de que la multitud no es lo

bastante perezosa para él, que empuja continuamente hacia delante, que no permite que nadie se quede rezagado, con lo que le gusta a él quedarse rezagado.

171. Gloria.

Cuando el agradecimiento de muchos hacia uno pierde todo pudor, surge la gloria.

172. El corruptor del gusto.

A: —¡Eres un corruptor del gusto! ¡Todo el mundo lo dice!

B: —¡Por supuesto! Corrompo el gusto de cada uno por su partido, ¡y ningún partido me lo perdona!

173. Ser profundo y parecerlo.

Quien sabe que es profundo se esfuerza por ser transparente; quien quiere parecer profundo a los ojos de la multitud se esfuerza en ser oscuro. Pues la multitud estima que es profundo todo aquello cuyo fondo no logra ver; ¡tiene tanto miedo a ahogarse!

174. Aparte.

El parlamentarismo, es decir, el permiso público para elegir entre cinco opiniones políticas fundamentales, favorece a quienes les gustaría parecer independientes, individualistas y luchar por sus opiniones. Pero, a fin de cuentas, es indiferente que se le imponga una sola opinión al rebaño o que se le permitan cinco opiniones; quien parte de las cinco opiniones fundamentales tendrá siempre en su contra a todo el rebaño.

175. Sobre la elocuencia.

¿Quién ha poseído hasta hoy la elocuencia más persuasiva? Ningún otro que el redoble del tambor; mientras los reyes dispongan de él, seguirán siendo los mejores oradores y agitadores de los pueblos.

176. Compadecer.

¡Pobres príncipes gobernantes! Todos sus derechos se convierten ahora insensiblemente en pretensiones que pronto se transforman en arrogancias. Basta que digan "nos" o "mi pueblo" para que de inmediato esa vieja maliciosa que es Europa se sonría. Verdaderamente, un maestro de ceremonias del mundo moderno guardaría poco protocolo con ellos, tal vez decretaría "que los soberanos se pongan detrás de los advenedizos".

177. Para el "sistema educativo".

Al hombre superior le falta en Alemania un gran instrumento educativo: el carácter risueño de los hombres superiores, quienes no se ríen en ese país.

178. Para la liberación de la moral.

Hay que liberar a los alemanes de la conjunta obsesión por su Mefistófeles y por su Fausto. Son dos prejuicios morales contra el valor del conocimiento.

179. Pensamientos.

Los pensamientos son las sombras de nuestros sentimientos, siempre son más oscuros, más vacíos, más simples que éstos.

180. El buen momento de los espíritus libres.

Los espíritus libres se toman también libertades con la ciencia –y provisionalmente se las conceden–, ¡mientras la Iglesia siga en pie!. En este aspecto están ahora en un buen momento.

181. Seguir e ir adelante.

A: —De esos dos, el primero no hará sino seguir a otros y el segundo irá siempre adelante, adonde los lleve el destino. Y sin embargo, ¡el primero aventaja al segundo en virtud y en ingenio!

B: —¿Qué es eso de sin embargo? Eso se dice a otros, ¡no a mí!, ¡no a nosotros! -Fit secundum regulara.

182. En la soledad.

Cuando se vive solo, no se habla demasiado alto, pues se teme esa crítica de la ninfa Eco que es la resonancia vacía. ¡Y todas las voces suenan de otro modo en la soledad!

183. La música del mejor futuro.

Para mí, el mejor músico sería aquél que no conociera más que la tristeza de la felicidad más honda y ninguna otra tristeza. Hasta ahora no ha existido nunca un músico así.

184. Justicia.

A mí me gusta dejar que me roben antes que estar rodeado de espantapájaros. En cualquier caso, esto es una cuestión de gusto, ¡y nada más!

185. Pobre.

Hoy es pobre no porque se lo hayan quitado todo, sino porque lo ha tirado todo. ¿Qué le importa? Está acostumbrado a encontrar. Pobres son los que no entienden su pobreza voluntaria.

186. Mala conciencia.

Todo lo que hace ahora es bueno y de acuerdo con las normas y sin embargo,

tiene mala conciencia. Pues su tarea es lo extraordinario.

187. Lo que hay de ofensivo en la presentación.

Este artista me ofende por la forma que tiene de presentar sus muy buenas ideas, con rudeza, insistencia y artificios de persuasión tan burdos que parece dirigirse al populacho. Siempre que dedicamos algún tiempo a su arte, nos parece estar en "mala compañía".

188. Trabajo.

¡Qué cerca están hoy, hasta del más ocioso de nosotros, el trabajo y el obrero! La cortesía monarca que supone afirmar "¡todos somos obreros!" hubiese sido en el reinado de Luis XIV una indecencia y un cinismo.

189. El pensador.

Es un pensador, pues sabe considerar las cosas más sencillas de lo que son.

190. Contra los aduladores.

A: —¡Sólo nos alaban nuestros semejantes!

B: —¡Por supuesto! Quien te alaba te está diciendo que eres semejante a él.

191. Contra cierta defensa.

La forma más indigna de hacer daño a una causa es defenderla intencionadamente con malos argumentos.

192. Los benevolentes.

¿Qué distingue de los demás a esas personas benevolentes cuyo propio rostro irradia benevolencia? Se sienten a gusto ante un desconocido y se prenden inmediatamente de él; por eso lo quieren bien, su primer juicio es: "me gusta". En estos individuos acontecen el deseo de apropiación (tienen pocos escrúpulos respecto al valor del otro), la apropiación rápida, el placer de la posesión y la acción en favor del objeto poseído.

193. La malicia de Kant.

Kant quería demostrar de una forma inobjetable para "todo el mundo" que "todo el mundo" tiene razón. En eso consistía la malicia secreta de su alma. Escribió contra los sabios en favor de los prejuicios populares, pero para los sabios y no para el pueblo.

194. "Con el corazón en la mano".

Es probable que ese hombre actúe siempre por razones inconfesadas, pues se asegura de tener siempre razones confesables para colocarlas delante de nuestras narices.

195. Risible.

Miren cómo huye lejos de la gente. Y la gente lo sigue porque corre delante de ella... ¡hasta ese punto es gregaria!

196. Límites de nuestro oído.

Sólo oímos aquellas preguntas a las que podemos encontrar respuesta.

197. ¡Cuidado con esto!

Nada nos gusta tanto comunicar a los demás como lo que lleva el sello del secreto, con todo lo que esto implica.

198. Despecho del orgulloso.

El orgulloso está lleno de despecho, incluso hacia quienes lo estimulan para que avance, y mira con malos ojos a sus propios caballos.

199. Liberalidad.

A menudo la liberalidad de los ricos no es más que una cierta timidez.

200. Reír.

Reír significa regocijarse de un prejuicio, pero con la conciencia tranquila.

201. Aprobación.

En la aprobación hay siempre algo de ruido, incluso hasta cuando nos aplaudimos a nosotros mismos.

202. Un derrochador.

No tiene aún esa pobreza del rico que ya ha contabilizado todo su tesoro; prodiga su ingenio con la misma irracionalidad que la derrochadora naturaleza.

203. Hic niger est.

Ordinariamente no tiene ideas, pero excepcionalmente le vienen malas ideas.

204. Los mendigos y la cortesía.

"No es una descortesía llamar a la puerta con una piedra cuando no existe quien llama". Así piensan los mendigos y los necesitados de cualquier especie, aunque nadie les dé la razón.

205. Necesidad.

Se considera que la necesidad es la causa de lo que se forma, cuando verdaderamente a menudo no es más que el efecto de lo que se ha formado.

206. Mientras llueve.

Mientras llueve pienso en esa pobre gente que ahora se estrecha entre sí con sus preocupaciones y sin haber aprendido a ocultarlas, pues cada uno de ellos está dispuesto de buena gana a apenar a su vecino y a conseguir también; mientras dure el mal tiempo, una lamentable sensación de bienestar. ¡Eso y sólo eso es la pobreza de los pobres!

207. Envidioso.

Ése es un envidioso, no hay que desearle hijos; los envidiaría por algo que él ya no puede ser: niño.

208. Gran hombre.

Del hecho de que alguien sea un "gran hombre" no debemos deducir que sea un hombre; tal vez no sea más que un muchacho, o un constante camaleón, o una mujercita embrujada.

209. Sobre cierta forma de preguntarnos nuestras razones.

Hay una forma de interrogarnos sobre nuestras razones, que no sólo nos hace olvidar nuestras mejores razones, sino que además despierta en nosotros una obsesiva repugnancia hacia toda otra razón; ¡ésta es una manera de interrogar muy embrutecedora, un procedimiento de individuos tiránicos!

210. Moderación en el celo.

No hay que tratar de superar el celo de nuestro padre, eso nos hace enfermar.

211. Enemigos secretos.

Poder tener un enemigo secreto constituye un lujo para el que ni la moral de los espíritus elevados es habitualmente lo bastante rica.

212. No fiarse de las apariencias.

Su espíritu tiene malas maneras, es brusco y siempre tartamudea de impaciencia, por lo que apenas dudamos de que tenga un alma grande y un aliento poderoso.

213. El camino de la felicidad.

Un sabio preguntó a un loco cuál es el camino de la felicidad. Éste le contestó de inmediato como si le hubieran preguntado el camino de la ciudad más cercana: "¡Admírate a ti mismo y pasa el día en la calle!". "¡Alto!, dijo el sabio, pides demasiado; basta con admirarse a uno mismo". Replicó el loco: "¿Y cómo ibas a estar admirando continuamente, sin estar despreciando continuamente?".

214. La fe que salva.

La virtud sólo da la felicidad y una cierta forma de salvación a quienes tienen fe en su virtud, no a esas almas más sutiles cuya virtud consiste en desconfiar profundamente de sí mismas y de todas las virtudes. Observemos que también aquí quien salva es la fe, y no la virtud.

215. Ideal y materia.

Tienes ante ti un noble ideal, ¿pero estás tú hecho de una piedra lo bastante noble como para que pueda esculpirse en ella esa imagen divina? Y, además, ¿todo tu trabajo no consiste más que en una bárbara escultura, en una profanación de tu ideal?

216. Peligro de la voz.

Con una voz potente, es casi imposible pensar cosas sutiles.

217. Causa y efecto.

Antes del efecto se cree en otras causas.

218. Mi antipatía.

No me gustan las personas que sólo por causar efecto han de explotar como bombas, pues junto a ellas se corre el riesgo de perder el oído, e incluso algo más.

219. Finalidad del castigo.

El argumento de quienes defienden el castigo, es que éste tiene como finalidad mejorar a quien lo aplica.

220. Sacrificio.

Las víctimas consideran al sacrificio y a la inmolación de manera diferente a quienes asisten a estos actos: sin embargo, nunca se los ha dejado hablar.

221. Consideración.

Los padres y los hijos tienen entre sí más consideración de las que se tienen las madres y las hijas.

222. El poeta y el mentiroso.

El poeta considera al mentiroso su hermano de sangre, a quien le quitó la leche que le estaba destinada; por eso el mentiroso no ha pasado de ser un miserable y ni siquiera ha llegado a tener la conciencia tranquila.

223. Sacristía de los sentidos.

"También tenemos ojos para oír", dijo un viejo confesor que se había quedado sordo; "en el país de los ciegos el que tiene las orejas más largas es el rey".

224. Crítica por parte de los animales.

Temo que los animales sólo consideren al hombre como un ser de su misma especie, que ha perdido el sentido común del animal de la manera más peligrosa –como el animal extravagante, el animal que ríe, el animal que llora, el animal consagrado a la desdicha–.

225. Los hombres naturales.

"¡El mal ha ejercido siempre un gran efecto! ¡Y la naturaleza es mala! ¡Seamos, pues, naturales!" Así concluyen en secreto los grandes buscadores de efecto de la humanidad, a quienes tan a menudo se tiene por grandes hombres.

226. Los espíritus desconfiados y el estilo.

Decimos las cosas más fuertes con sencillez, siempre que no estemos rodeados de personas que confíen en nuestra fuerza; semejante entorno tiene la virtud de fomentar la "sencillez de estilo". Los espíritus desconfiados se expresan con énfasis y tornan enfático a su auditorio.

227. Falsa deducción.

No puede dominarse; de lo que esa mujer deduce que le será fácil dominarlo, y le lanza sus redes; la infeliz se convierte en su esclava en poco tiempo.

228. Contra los mediadores.

Quien quiera mediar entre dos pensadores convencidos no es más que un mediocre, pues no tiene ojos para discernir lo singular y único. El hecho de no ver más que semejanzas y de igualarlo todo es característico de una vista débil.

229. Obstinación y fidelidad.

Defiende una causa cuyo punto débil conoce muy bien por pura obstinación, pero a eso lo llama "fidelidad".

230. Falta de discreción.

No hay nada convincente en él. Ello se debe a que nunca se ha callado si quiera la más mínima buena obra que haya hecho.

231. Los que quieren conocer "a fondo".

Los que tardan en entender piensan que la lentitud es indispensable para el conocimiento.

232. Soñar.

Apenas soñamos, a no ser que soñemos cosas interesantes. Hay que aprender a estar despierto igual, a no estar despierto si no es de un modo interesante.

233. El punto de vista más peligroso.

Lo que ahora hago o dejo de hacer es tan importante para todo lo que ha de venir como el mayor acontecimiento del pasado. Desde esta formidable perspectiva del efecto, todos los actos son igualmente grandes y pequeños.

234. Reflexiones consoladoras de un músico.

"Tu vida no resuena en los oídos de los hombres; para ellos llevas una vida muda y toda la delicadeza de la melodía, toda resolución sutil en el acompañamiento o en el preludio permanecen ocultas para ellos. Es verdad que no vas por la calle al son de una música militar, pero no es razón para que esa buena gente diga que el movimiento de tu vida carece de música. Quien tiene oídos, oye."

235. Talento y carácter.

Muchos hombres alcanzan su cima gracias a su carácter, aunque su talento no esté a la misma altura. A muchos otros les ocurre lo contrario.

236. Para mover a la masa.

Quien quiere mover a la masa, ¿no debería ser comediante de sí mismo?, ¿convertirse antes en una figura de precisión grotesca, y presentar toda su persona y toda su causa de esta forma burda y simplificada?

237. El cortés.

"¡Es tan cortés!" Efectivamente, siempre procura tener un terrón de azúcar para dárselo al verdugo, y es tan miedoso que todo el mundo le parece su verdugo, incluso tú y yo... En eso consiste su "cortesía".

238. Sin envidia.

Carece totalmente de envidia, pero eso no tiene ningún mérito; quiere conquistar un país que nadie ha poseído aún, ni tan siquiera visto.

239. Sin alegría.

Alcanza con una sola persona sin alegría para infectar toda una casa y para oscurecer el ambiente. ¡Y se necesita un milagro por lo menos para que no haya siempre una persona así! La felicidad no es una enfermedad tan contagiosa. ¿Por qué será?

240. Junto al mar.

No me haría una casa (¡y tengo la suerte de no poseerla!). Pero si no tuviera más remedio, me la haría, como algunos romanos, a la orilla del mar. Es probable que tenga afinidades secretas con ese hermoso monstruo.

241. La obra y el artista.

Ese artista es ambicioso. Para decirlo todo, su obra no es sino un cristal de aumento que ofrece a quien lo considera.

242. A cada uno lo suyo.

Por grande que sea mi deseo de conocimiento, no puedo sacar de las cosas nada que yo ya no tenga, todo lo que pertenece a otros se queda en ellas. ¿Cómo puede ser un hombre ladrón y salteador?

243. Origen de las ideas de "bueno" y de "malo".

Sólo es capaz de inventar algo mejor quien sabe darse cuenta de que algo no es bueno.

244. Pensamientos y palabras.

No podemos expresar totalmente con palabras ni siquiera nuestros propios pensamientos.

245. Alabanza en la elección.

El artista elite sus temas; ese es su modo de alabar.

246. Matemáticas.

Queremos introducir a toda costa la delicadeza y el rigor de las matemáticas en todas las ciencias, siempre que podamos; no porque creamos que así conoceremos mejor las cosas, sino para establecer vuestra relación humana con ellas. Las matemáticas no son sino el medio de conocer lo humano de manera universal.

247. Hábito.

Todo hábito hace más ingeniosa nuestra mano y menos ágil nuestro ingenio.

248. Libros.

¿Para qué nos sirve un libro que ni siquiera tiene la virtud de llevarnos más allá de todos los libros?

249. El lamento del que busca el conocimiento.

"¡Ay, maldita ambición! En esta alma no existe el modo alguno la renuncia al yo, sino que mora un yo que ansía todas las cosas, que quisiera tomar con sus propias manos y ver tanto a través de muchos individuos como de sus propios ojos; un yo que recuperase también todo el pasado, que no quisiera perder nada de lo que pudiese pertenecerle. ¡Ay, llama maldita de mi ambición! ¡Si ludiera renacer en cien seres!" Quien no conozca por experiencia este lamento, no conoce tampoco la pasión del que busca el conocimiento.

250. Culpabilidad.

Aunque los jueces de brujas más ácidos y las propias brujas estuviesen convencidos del carácter culpable de la brujería, la culpabilidad ro sería menos inexistente. Lo mismo sucede en toda culpabilidad.

251. Los que sufren sin que se sepa.

Las naturalezas grandiosas sufren de modo diferente al que lo imaginan quienes los veneran; sufren más duramente las depresiones infames y mezquinas de muchos malos instantes, simplemente porque dudan de su grandeza, y no por los sacrificios y el martirio que les exige su tarea. Cuando Prometeo se apiada de los hombres y se sacrifica por ellos, es feliz y grande ante sí mismo, pero cuando envidia a Júpiter los homenajes que le rinden los mortales, ¡entonces sí que sufre!

252. Es mejor seguir siendo deudor.

"¡Es mejor seguir en deuda que pagar con una moneda que no lleve nuestra imagen!". Así lo quiere nuestra soberanía.

253. Siempre en nuestra casa.

Llega el día en que alcanzamos nuestra meta y entonces advertimos con orgullo el largo viaje que hicimos para llegar hasta allí. La verdad es que no nos habíamos dado cuenta totalmente de que estábamos viajando. Íbamos, así, tan lejos que en cada nueva etapa pensábamos estar siempre en nuestra casa.

254. Contra la perplejidad.

Quien está siempre profundamente absorto, se encuentra por encima de toda perplejidad.

255. Imitadores.

A: —¿Qué dices? ¿No quieres que te imiten?

B: —No quiero servir de ejemplo para imitar. Quiero que cada uno se proponga algo, de la misma manera que hago yo.

A:—¿Entonces...?

256. La epidermidad.

Todo hombre de las profundidades encuentra la felicidad igualando a los peces voladores y jugando en las crestas más altas de las olas. Así, considera que lo mejor que tiene el contacto de las cosas es que éstas tengan una superficie, su epidermidad, valga la expresión.

257. Por experiencia.

Más de uno ignora lo rico que es hasta que un día se da cuenta de que incluso los más ricos se vuelven ladrones cuando entran en contacto con él.

258. El que niega el azar.

Nadie que haya triunfado cree en el azar.

259. En el paraíso.

"El bien y el mal son los prejuicios de Dios", dijo la serpiente.

260. Uno por uno.

Uno solo se equivoca siempre, pero con dos empieza la verdad. Uno solo no puede demostrar nada, pero alcanza con dos para que ya no se los pueda refutar.

261. Originalidad.

¿Qué es la originalidad? Es ver algo que aún no tiene nombre, que todavía no puede denominarse, aunque esté a los ojos de todos. Los hombres suelen ser de tal modo que para ver algo necesitan antes que ello tenga un nombre. Con gran frecuencia los originales han sido quienes han puesto nombres a las cosas.

262. Sub specie oeterni.

A:—Cada vez te alejas más rápido de los vivos. ¡Pronto te borrarán de sus listas!

B:—Es la única forma de compartir el privilegio de los muertos.

A:—¿Qué privilegio?

B:—El de no morir ahora.

263. Sin vanidad.

Cuando amamos, deseamos que nuestras faltas queden ocultas, pero no por vanidad, sino para no hacer sufrir al ser amado. En realidad, al amante le gustaría parecer divino, y ello tampoco por vanidad.

264. Lo que hacemos.

Lo que hacemos nunca es atendido, sino alabado o criticado.

265. Último escepticismo.

¿Qué son, en última instancia, las verdades del hombre, sino sus errores irrefutables?

266. Donde es necesaria la crueldad.

Quien tiene grandeza es cruel con sus virtudes y con sus condiciones

secundarias.

267. La virtud de una gran meta.

Una gran meta nos hace superiores incluso respecto a la justicia, no sólo a nuestros actos y a nuestros juicios.

268. ¿Qué nos hace heroicos?

Adelantamos al mismo tiempo a nuestro mayor dolor y a nuestra mayor esperanza.

269. ¿En qué crees?

En que hay que establecer de una forma nueva el peso de todo.

270. ¿Qué dice la conciencia?

"Debes llegar a ser el que eres."

271. ¿Dónde residen los mayores peligros?

En la compasión.

272. ¿Qué amas en los demás?

Mis esperanzas.

273. ¿A quién llamas malo?

Al que siempre quiere avergonzar.

274. ¿Qué consideras más humano?

Evitarle la vergüenza a alguien.

275. ¿Cuál es el signo de que se ha adquirido la libertad?

No avergonzarse ya de uno mismo.

LIBRO CUARTO

San Enero
Tú que con flamígera lanza
rompes el hielo de mi alma
y la empujas bramante al mar
de su esperanza suprema,
cada vez más claro y más sano,
libre, en su amante sujeción:
por eso celebra ella tus milagros,
¡hermosísimo Enero!

Génova, enero de 1882.

276. Para el Año Nuevo.

Vivo aún, pienso aún, así que debo vivir aún, pues he de pensar aún. Sum, ergo cogito; cogito, ergo sum. Hoy se les permite a todos _expresar sus deseos, sus más queridos deseos. Pues bien, diré yo también lo que hoy desearía de mí mismo, y qué pensamiento ha sido el primero que ha atravesado mi corazón este año, ¡qué pensamiento debe aportarme la razón, la garantía y la dulzura de toda vida futura! Quiero aprender a considerar cada vez más la necesidad en las cosas como lo bello en sí; así seré uno de los que embellecen la cosas. Amor fati (amor al destino) ¡Que sea éste mi amor en adelante! No le haré la guerra a la fealdad; no acusaré a nadie, no acusaré ni siquiera a los acusadores. ¡Que mi única negación sea apartar la mirada! Y, sobre todo, ¡quiero no ser ya otra cosa y en todo momento que pura afirmación!

277. Providencia personal.

Hay un punto culminante en la vida; cuando lo hemos alcanzado, más allá de toda nuestra libertad y de nuestro rechazo a conceder bondad y razón providenciales al bello caos de la existencia, corremos el riesgo de caer en la mayor de las servidumbres espirituales y nos vemos obligados a afrontar nuestra prueba más dura. Efectivamente, ahora se nos presenta, invadiéndonos por entero, la idea de una providencia personal, que cuenta con el mejor portavoz, la apariencia; dado que podemos palpar que todo, absolutamente todo lo que nos sucede, redunda constantemente en beneficio muestro. La vida de cada día, a todas horas, parece no

tender más que a confirmar con nuevas pruebas esta interpretación; sea lo que sea, con buen o mal tiempo, la pérdida de un amigo, una enfermedad, una calumnia, una carta que no llega, un pie que se nos dobla, un vistazo a una tienda, un argumento en contra, un libro abierto al azar, un sueño, un engaño; el acontecimiento se revela inmediatamente o poco tiempo después como algo que "no podía dejar de producirse", ¡que está lleno de profundo sentido y de provecho precisamente para nosotros! ¿Hay seducción más peligrosa que renegar de los despreocupados y desconocidos dioses de Epicuro, para creer, en cambio, en no sé qué divinidad mezquina y puntillosa que conocería personalmente hasta el cabello más pequeño de nuestra cabeza y a la que no repugnaría mostrarse servicial de un modo tan lamentable? Pues bien, lo que quiero decir, pese a todo y dejando en paz a los dioses y también a los genios serviciales, es que debemos conformarnos con suponer que nuestra habilidad práctica y teórica para interpretar y coordinar los acontecimientos ha alcanzado su punto culminante. Pero no resumamos demasiado de esta ejecución musical de nuestra sabiduría si a veces la maravillosa armonía que surge al tocar nuestro instrumento nos llega a dejar estupefactos, pues se trata de una armonía con resonancias demasiado perfectas como para que nos atrevamos a atribuírnosla. En realidad, aquí y allá alguien toca en nosotros; el amado azar; él guía nuestra mano llegada la ocasión, y ni la providencia más sabia podría componer una música más bella que la que arranca entonces con nuestra mano insensata.

278. El pensamiento de la muerte.

Me produce un placer melancólico vivir en medio de esta confusión de callejuelas, de necesidades, de voces; ¡cuánta alegría, cuánta impaciencia, cuántos anhelos, cuánta vida sedienta y ebria de sí misma se produce aquí a cada momento del día! Y sin embargo, ¡para todos estos seres alborotadores, vividores y ansiosos de vivir, se hará pronto el silencio! ¡Cómo vemos alzarse detrás de cada uno de ellos a esa oscura compañera suya de viaje que es su sombra! Ocurre siempre como en el último momento que precede a la partida de un barco lleno de emigrantes; tienen más cosas que decirse que nunca, el tiempo apremia, el océano espera impaciente detrás de todo ese alboroto con su profundo silencio, ¡tan lleno de ansia, tan seguro de su presa! Y todos piensan que la vida vivida hasta entonces no es nada o es poca cosa, que el futuro próximo lo será todo, ¡de ahí esa prisa, esos gritos, esa forma de ensordecerse y de engañarse! Cada uno quiere ser el primero en ese futuro, y, no obstante, la muerte y el silencio de la muerte constituyen la única certeza y lo que todos tienen en común en ese futuro. Resulta extraño que la única certeza, la única suerte común, apenas haya ejercido alguna influencia en los hombres, y que la experiencia de la confraternidad de la muerte sea su sentimiento más distante. ¡Me alegra ver que los hombres se niegan totalmente a pensar en la muerte! ¡Y contribuiría gustoso a hacerles pensar en la vida, que es cien veces más digna de pensarse!

279. Amistad de estrellas.

Éramos amigos y nos hemos vuelto extraños. Pero es bueno que sea así, y no trataremos de disimularlo ni de ocultarlo como si debiéramos avergonzamos por ello. Como dos navíos con rumbos y destinos propios, podernos sin duda cruzarnos y celebrar juntos una fiesta al igual que hacíamos antes. Así, esos buenos navíos descansaban el uno junto al otro en el mismo puerto, bajo el mismo sol, tan serenos como si hubiesen llegado a la meta, su mismo destino. Pero luego la llamada irresistible de nuestra misión nos impulsó de nuevo a alejarnos el uno del otro, cada uno por mares diferentes, hacia tierras y bajo soles distintos, quizás para no volvernos a ver nunca, quizás también para volver a vernos una vez más, pero sin reconocernos; ¡los mares y los soles distintos nos deben de haber cambiado! La ley que existe por encima de nosotros quiso que llegásemos a ser extraños el uno al otro; por eso mismo, debemos respetarnos más entre nosotros. Por eso mismo debe resultarnos más sagrada nuestra antigua amistad. Es probable que exista una inmensa curva invisible, una inmensa vía estelar donde nuestros rumbos y metas divergentes se hallen inscritos como ínfimos trayectos. ¡Elevémonos a este pensamiento! ¡Pero nuestra vida es demasiado breve, nuestra vista es demasiado débil para que podamos ser más que amigos en el seno de esta posibilidad sublime! Por eso queremos creer en nuestra amistad de estrellas, aunque debamos ser enemigos en la tierra.

280. Arquitectura para los que buscan el conocimiento.

Sería necesario entender un día –y probablemente ese día esté cerca– qué es lo que falta en nuestras ciudades; lugares silenciosos, espaciosos y amplios, dedicados a la meditación, provistos de altas y largas galerías para evitar la intemperie o el sol demasiado ardiente, donde no penetre rumor alguno de coches ni de gritos y donde, por una sutil urbanidad, se prohíba incluso que el sacerdote rece en voz alta; en definitiva, faltan edificios y jardines que expresen en conjunto el carácter sublime de la reflexión y de la vida meditada. Ya ha pasado el tiempo en el que la Iglesia poseía el monopolio de la meditación, en el que la vida contemplativa era siempre vida religiosa; todo lo que la Iglesia ha construido dentro de este género expresa este pensamiento. No sabría decir cómo podrían satisfacernos esos edificios aunque se los despojase de su destino eclesiástico, pues hablan un lenguaje demasiado patético y sobrecogedor en tanto casas de Dios y lugares suntuosos de un comercio con el más allá Nosotros, los sin Dios, no podemos tener en ellos nuestros propios pensamientos. Nuestro deseo sería vernos nosotros mismos traducidos en la piedra y en las plantas, paseamos por el interior de nosotros mismos, de un lado hacia el otro por esas galerías y esos jardines.

281. Saber encontrar el fin.

Se les reconoce a los maestros de primera categoría que, tanto en lo grande como en lo pequeño, saben encontrar el fin de una manera perfecta, ya se trate del final de una melodía o de un pensamiento, del quinto acto de una tragedia o de una acción política. Los de segunda categoría empiezan siempre a agitarse ante la cercanía

del fin e ignoran esa regularidad misteriosa y serena con la que, por ejemplo, la cadena de montañas de Portofino dibuja su caída en el mar, allí donde el golfo de Génova acaba el canto de su melodía.

282. La manera de andar.

Hay formas del espíritu que, incluso entre los grandes espíritus, revelan su origen plebeyo o casi plebeyo. Lo que sobre todo los descubre es su manera de andar y el paso de sus pensamientos; no saben andar. Así, Napoleón, para lamento suyo, no sabía andar de manera principesca y "legítima" en las circunstancias propicias, como en los grandes desfiles de una coronación y en otras ceremonias análogas. Incluso en esos casos sus andares no dejaban de ser los de un jefe de columna, al mismo tiempo altanero y apresurado, de lo que, por lo demás, era plenamente consciente. Nada es más gracioso que esos escritores que hacen resonar a su alrededor las vestimentas de la época y tratan de esconder los pies.

283. Hombres preliminares.

¡Saludo a todas las señales que anuncian la llegada de una época más viril y más belicosa, que ante todo sabrá honrar la valentía! Pues preparará el camino de una época superior y concentrará la fuerza que requerirá esa época futura, época que introducirá el heroísmo en el terreno del conocimiento y que guerreará en pro del pensamiento y sus consecuencias. Para ello se necesitan ahora muchos precursores valientes que no podrán surgir así no más, de la nada, y mucho menos de la civilización y de la educación fundible y viscosa de nuestras grandes ciudades. Estos hombres, silenciosos, solitarios y decididos, sabrán cifrar su contento en perseverar en una actividad invisible; son hombres que, en virtud de una inclinación interior, buscan en las cosas lo que hay que superar en ellas; hombres para quienes la alegría, la paciencia, la sencillez, el desprecio de las grandes vanidades les son tan propios como la generosidad en la victoria y la indulgencia hacia las pequeñas vanidades de todos los vencidos; hombres dotados de un juicio perspicaz respecto a todo vencedor y conscientes del grado de azar que hay en toda victoria, en toda gloria; hombres que tienen sus propias fiestas, sus propios días laborables, sus propios días de luto, acostumbrados a mandar con seguridad y dispuestos también a obedecer, cuando llegue el caso, siempre igualmente orgullosos, sirviendo igualmente a su causa. ¡Hombres más expuestos al peligro, más fecundos, más felices! Porque el secreto para cultivar la existencia más fecunda y más gozosa consiste en vivir peligrosamente. ¡Construyan sus ciudades a los pies del Vesubio! ¡Envíen sus barcos a mares sin explorar! ¡Vivan en pie de guerra con sus semejantes y con ustedes mismos! ¡Sean hombres que buscan el conocimiento, o saqueadores y conquistadores si no pueden ser dominadores y propietarios! ¡Pronto pasará el tiempo en que les alcanzaba con vivir ocultos en los bosques como ciervos espantados! Por fin el conocimiento va a extender la mano hacia lo que le es propio; éste deseará reinar y poseer, y ustedes reinarán y poseerán con él.

284. La fe en sí mismos.

Pocas personas tienen por lo general fe en sí mismos. De aquellos que la tienen, algunos la reciben de forma innata, como una ceguera útil o un oscurecimiento parcial de su espíritu, que no verían si pudiesen verse a sí mismos a fondo; otros han de adquirirla antes. Todo lo bueno, valioso y grande que hacen sirve antes que nada como argumento contra el escéptico que mora en ellos; la cuestión está en convencerlo o en persuadirlo, y para ello casi necesitan ser unos genios. Son los grandes insatisfechos de sí mismos.

285. ¡Excelsior!

"Ya no rezarás jamás, ya no adorarás jamás, ya no descansarás jamás en una confianza ilimitada. Ahora te prohíbes detenerte ante una sabiduría última, una bondad última, un poder último, y a dar rienda suelta a tus pensamientos. No tienes un amigo ni un guardián permanente para tus siete soledades. Vives sin gozar de la vista en una cordillera que tiene nieve en la cumbre e incandescencia en el corazón. Para ti no hay ya quien te vengue ni quien te mejore a último momento. Ya no tiene razón de ser lo que sucede, ni habrá amor en lo que te acontecerá. Ya no hay ningún lugar de descanso abierto para tu corazón, donde sólo haya que encontrar sin buscar. Rechazas toda paz definitiva, deseas el eterno retorno de la guerra y de la paz. Hombre de la renuncia, ¿quieres renunciar a todo eso? ¿Quién te dará fuerzas para ello? ¡Nadie ha tenido fuerzas hasta hoy!". Hay un lago que un día se negó a derramarse y que levantó un dique por donde antes se derramaba; desde entonces no deja de subir el nivel de ese lago. Tal vez, esta forma de renuncia nos dé la fuerza que permita soportar la renuncia misma; tal vez el hombre no dejará de elevarse siempre cada vez más desde el momento mismo en que deje de derramarse en un dios.

286. Divagación.

Aquí hay esperanzas, pero ¿cómo participarán ustedes de ellas si sus almas ignoran totalmente el esplendor, el ardor y las auroras? ¡Nada más puedo recordarles! ¿Qué esperan de mí, que dé vida a las piedras, que convierta a los animales en hombres? ¡Ah, si no son más que piedras y animales, busquen antes a su Orfeo!

287. Placer de la ceguera.

"Mis pensamientos, dijo el caminante a su sombra, deben indicarme dónde estoy, no revelarme adónde voy. Me gusta ignorar el futuro y no quiero sucumbir a la impaciencia ni saborear anticipadamente lo prometido."

288. Elevadas tonalidades del alma.

Me parece que la mayor parte de los hombres no cree en las elevadas tonalidades del alma, a menos que se trate de instantes, de cuartos de hora, a lo sumo –y a excepción de esos raros seres que conocen por experiencia una duración más prolongada del sentimiento elevado–. Pero que el hombre sea de una exaltación única,

la encarnación de un estado sublime del alma, no ha sido hasta ahora más que un sueño, una ensalzada posibilidad; la historia no nos ofrece ningún ejemplo fiable de ello. Y, sin embargo, ésta podría dar a luz a semejantes hombres una vez creada y establecida una multitud de condiciones previas, que ni el mejor golpe de suerte podría provocar aún. Tal vez esas almas futuras conocerán como un estado usual lo que hasta ahora no se ha producido más que durante instantes en nuestras almas, como una excepción sentida con estremecimiento; un movimiento incesante entre la altura y la profundidad y el sentimiento de lo alto y de lo profundo, como subir continuamente por una escalera y a la vez descansar en las nubes.

289. ¡Levemos anclas!

Cuando se considera cómo actúa en todo individuo una justificación filosófica integral de su forma de vivir y de pensar, del mismo modo que un sol que calienta, bendice y fecunda, que no brilla más que para él, que lo absuelve de alabanza y de censura, que le permite bastarse a sí mismo, que lo hace rico y generoso en felicidad y en benevolencia, que tiene la virtud de convertir constantemente el mal en bien, que consigue que florezcan y maduren todas las fuerzas, y que extirpa la cizaña grande y pequeña del pesar y del despecho, cuando se considera todo esto, digo, no podemos sino exclamar con nostalgia: ¡qué pena que no puedan crearse muchos nuevos soles así! ¡El malo, el desgraciado y el hombre excepcional deben tener también su filosofía, su derecho propio, su rayo de sol! ¡Lo que necesitan no es que se los compadezca! Debemos desechar este impulso del orgullo, pese a todo lo que la humanidad ha hecho hasta hoy para ejercitarse en ello durante tan largo tiempo. ¡No son confesores, ni exorcistas, ni repartidores de bendiciones lo que tendríamos que instituir para ellos! ¡Lo que falta es una nueva justicia, una nueva consigna, nuevos filósofos! ¡También la tierra moral es redonda! ¡También la tierra moral tiene antípodas! ¡También quienes allí se encuentran tienen derecho a existir! Hay todavía un mundo por descubrir ¡y más de uno! Ha llegado la hora, filósofos, ¡levemos anclas!

290. Una sola cosa es necesaria.

"Dar estilo" a nuestro carácter constituye un arte grande y raro. Lo ejerce quien comprende toda la fuerza y la debilidad que ofrece su naturaleza, y sabe luego integrarlo tan bien a un plan artístico, que cada elemento aparece como un fragmento de arte y de razón hasta el punto de que aun la debilidad tiene la virtud de fascinar a la mirada. Aquí se ha añadido una gran masa de segunda naturaleza, allí se ha suprimido un trozo de primera naturaleza; en ambos casos, a costa de un ejercicio paciente, de una labor diaria. Aquí se ha disimulado la fealdad que no se podía eliminar, allí ha sido ésta transfigurada hasta adquirir un sentido sublime. Muchas cosas vagas que se resistían a tomar forma han sido reservadas y utilizadas al máximo para las perspectivas lejanas; su función consiste en evocar espacios inconmensurables. Al final, cuando la obra está acabada, se pone de manifiesto que era la sujeción a un mismo estilo el que imperaba y elaboraba en lo pequeño y en lo grande. Importa menos de lo que se piensa que el gusto fuera bueno o malo, ¡basta con

que sea un mismo gusto! Serán las naturalezas fuertes, ávidas de dominar, quienes saborearán su goce más sutil con esta sujeción, subordinación y perfeccionamiento bajo su propia ley; la pasión de su violento querer se calma con la contemplación de toda naturaleza estilizada, de toda naturaleza vencida y sometida a servicio; incluso cuando han de construir palacios y hacer jardines, les repugna dar rienda suelta a la naturaleza. Por el contrario, las naturalezas débiles, que no han sido capaces de instruirse, odian subordinarse al estilo, pues sienten que si sufrieran esta amarga sujeción, se volverían vulgares, se convertirían en esclavos; por eso los horroriza servir. Tales espíritus, que pueden ser de primera categoría, declaran que ellos y quienes los rodean son naturalezas libres, salvajes, arbitrarias, caprichosas, desordenadas, sorprendentes, y así se interpretan. Hacen bien, ¡ya que sólo de este modo se hacen bien a sí mismos! Porque lo necesario es que el hombre llegue a estar contento de sí mismo, independientemente de que ello lo consiga con este o con aquel tipo de arte o de poesía, ¡pues sólo entonces ofrece el hombre un aspecto realmente soportable! El descontento de sí mismo impulsa continuamente a la venganza, nosotros seremos sus víctimas, aunque más no sea por tener que soportar su horrible aspecto. Es que la visión de la fealdad nos hace malos y sombríos.

291. Génova.

He estado contemplando durante un buen rato esta ciudad con sus villas y sus jardines de recreo, su amplio círculo de colinas y sus laderas habitadas; al final se me ocurre decir que veo los rostros de generaciones pasadas. Esta región está sembrada de imágenes de una humanidad audaz y soberana. Estos seres vivieron y quisieron sobrevivir, según lo que nos dicen sus casas construidas y adornadas para durar siglos y no sólo una hora pasajera; estaban llenos de bondad hacia la vida, por malos que pudieran ser a menudo consigo mismos. Veo continuamente al constructor, cómo observa todo lo que se ha construido a lo lejos o a su alrededor, en la ciudad, en el mar y en la silueta de los montes, cómo violenta a la naturaleza y realiza conquistas con esa mirada; quiere incluir todo esto en su plan y acabar convirtiéndolo en objeto de su propiedad, dado que cada cosa es parte integrante del todo. Toda la comarca está abundantemente labrada por este asombroso e insaciable deseo de autoafirmarse mediante la posesión y el botín. Estos hombres no conocían límite alguno en sus exploraciones lejanas, y con su sed de novedades instalaron un mundo nuevo junto al antiguo, del mismo modo que en su país natal cada individuo se alzaba también contra otro, y cada uno ideaba una forma de expresar su superioridad para poner entre él y su vecino su infinitud personal. Cada uno reconquistaba para sí su país, dominándolo con sus ideas arquitectónicas, con vistas a transfigurarlo en un lugar de delicias donde habitar. Cuando observamos en el norte la arquitectura de las ciudades, nos impresiona la ley, el placer común de obedecerla; adivinamos allí la inclinación a igualarse y a coordinarse que debió guiar a todos los constructores. Aquí, por el contrario, descubrimos en cada esquina a un hombre que conoce el mar, la aventura y el oriente; a un hombre al que le aburren e impacientan la ley y el vecino, y que considera con mirada celosa todo lo establecido y antiguo. Mediante una admirable

travesura de la imaginación, le gustaría reconstruir mentalmente todo esto, poner manos a la obra y conferirle su sentido personal –aunque no fuese más que durante un momento de una tarde soleada en la que su alma insaciable y melancólica pudiera colmarse, y donde no se ofreciese a su vista nada ajeno, sino sólo lo que le pertenece–.

292. A los predicadores de la moral.

No voy a moralizar, pero a los que lo hacen, les doy este consejo: si pretenden que las mejores condiciones y cosas pierdan totalmente su honor y su valor, ¡continúen como hasta ahora con ellas en la boca todo el día! Pónganlas en el escaparate de su moral y no hablen de la mañana a la noche más que de la felicidad de la virtud, de la tranquilidad del alma, de la justicia inmanente y de la equidad. De la manera en que lo hacen, todas estas cosas buenas acabarán teniendo la popularidad y la publicidad de la calle. Desde ese momento se habrá gastado todo su oro; más aún, todo el oro que contienen se convertirá en plomo. A decir verdad, ustedes se han convertido en maestros opuestos a la alquimia; ¡en la devaluación de lo más preciado que existe! Prueben por una vez otra estrategia, para no conseguir lo contrario de lo que pretenden; nieguen estas cosas excelentes, evítenles los aplausos del populacho y el carácter de moneda corriente, hagan que sean nuevamente motivo de pudor íntimo de ciertas almas solitarias; digan ¡la moral es algo prohibido! Quizás capten así a esa clase de hombres –me refiero a los héroes–que es la única que importa para su causa. Pero para eso es preciso que dicha causa tenga algo de terrible y no, como hasta ahora, ¡algo que inspira asco! ¿No podría decirse hoy respecto a la moral aquello del maestro Eckhart: "Pido a Dios que me libre de Dios"?

293. Nuestra atmósfera.

Estamos seguros de que para aquellos que se conforman con mirar por arriba a la ciencia, como hacen las mujeres y desgraciadamente también muchos artistas, el riguroso servicio que exige, esa inflexibilidad en lo pequeño y en lo grande, esa rapidez en la valoración, el juicio y la condena tienen algo de vertiginoso y de terrible. A estas personas les desconcierta notablemente que se exija lo más difícil, que se ejecute lo mejor sin esperar alabanzas ni distinciones, mientras que, por el contrario, como en la vida militar, lo que se deja oír con un tono imperioso no son sino severas críticas y reproches, pues en este terreno el éxito se considera la regla y el fracaso la excepción. Aquí la regla es silenciosa. Esta "severidad de la ciencia", al igual que las formas de cortesía de la alta sociedad, asustan al novato. No obstante, quien se ha acostumbrado a ella sólo desea vivir en esta atmósfera clara, transparente, tonificante, cargada de electricidad, en esta atmósfera viril. La atmósfera de cualquier otra parte le resulta impura e irrespirable, pues intuye que en ésta última lo mejor de su arte no servirá de provecho a nadie ni le reportará placer a él mismo, tanto como que será objeto de malos entendidos, que la mitad de su vida se le escapará entre los dedos, que necesitará recurrir continuamente a actitudes de precaución, disimulo y reserva, todo lo cual supondría un gasto grande e inútil de energía. Aquí, en cambio, en este elemento severo y limpio, conserva toda su energía; ¡aquí puede emprender su vuelo!

¿Para qué bajar a esas aguas turbias en las que se nada y chapotea con el riesgo de arrastrar las alas por el lodo? ¡No! Allí nos es difícil vivir; ¿qué le vamos a hacer si hemos nacido para el aire puro, para emular al rayo del sol, si preferimos cabalgar en una partícula de éter, igual que la luz, pero en sentido opuesto a ésta, es decir, avanzando hacia el sol? Como no podemos hacerlo, hagamos lo que está a nuestro alcance. ¡Llevemos la luz a la tierra, seamos "la luz de la tierra"! Para eso tenemos alas, por eso somos rápidos, severos, viriles, incluso terribles, semejantes al fuego. ¡Que nos teman quienes no saben calentarse ni alumbrarse con este fuego que somos!

294. Contra quienes calumnian a la naturaleza.

Muy desagradables me resultan aquellos para quienes toda inclinación natural se convierte inmediatamente en algo enfermo, deformante e incluso vergonzoso. Ellos son quienes nos han inducido a pensar que las tendencias y los impulsos humanos son perversos; ellos son los responsables de la gran injusticia que hemos cometido con nuestra naturaleza, ¡con toda naturaleza! Hay bastantes hombres que tienen derecho a dejarse llevar por sus impulsos con gracia y despreocupación, pero no lo hacen por miedo a ese supuesto carácter "perverso" de la naturaleza. De ahí que hallemos tan poca nobleza en los hombres, nobleza cuya característica será siempre no tenerse miedo a sí mismo, no- esperar nada vergonzoso de sí mismo y volar sin escrúpulos hacia donde nos lleve nuestro impulso, ¡pues somos pájaros que hemos nacido libres! Dondequiera que nos lleve nuestro vuelo, ¡siempre estaremos en un espacio libre y soleado!

295. Costumbres breves.

Me gustan las costumbres que observamos por lapsos breves, pues las considero un medio inapreciable para conocer un gran número de cosas y situaciones hasta el fondo de su dulzura y de su amargura. Mi naturaleza está totalmente hecha para esas costumbres breves, hasta en lo relativo a su salud corporal y abarcativamente en todo lo que alcanzo a ver, desde lo más bajo a lo más elevado. Siempre creo que tal cosa me contentará durante mucho tiempo –la costumbre breve tiene también la fe de la pasión, la fe en la eternidad y me imagino que me envidian por haberla encontrado y reconocido. Desde entonces, esa creencia tiene la virtud de nutrirme día y noche, y de esparcir una profunda frugalidad en tomo a ella y en mí mismo, de manera tal que no deseo nada, ni necesito comparar, despreciar ni odiar. Llega un día en que esa buena cosa toca a su fin, separándose de mí, no como algo que ha llegado a resultar aburrido, sino apaciblemente, saciada de mí como yo lo estoy de ella, y como si nos debiéramos un agradecimiento mutuo, ¡pues nos disponemos a damos la mano en el momento de despedirnos! Ya me espera en la puerta otra cosa nueva, junto con la creencia –¡loca o cuerda, pero siempre imperturbable!– de que esa cosa nueva será la cosa correcta, la definitivamente correcta. Así me sucede con las comidas, los pensamientos, los hombres, las ciudades, los poemas, la música, las doctrinas, los horarios y los estilos de vida. Por el contrario, odio las costumbres duraderas y me parece que se me acerca un tirano y que se envenena mi atmósfera cuando las circunstancias adquieren un curso

tal que necesariamente generarán costumbres duraderas; por ejemplo, a causa del desempeño de un cargo, de una vida acompañado siempre de las mismas personas, de un lugar de residencia estable, de un estado de salud permanente. Por cierto que, en lo más hondo de mi alma, estoy agradecido a mi lamentable salud, a todo lo que tengo de imperfecto, pues me ofrece cien puertas falsas para poder escapar de las costumbres duraderas. Lo que me resultaría sin duda más insoportable y lo que consideraría, en realidad, terrible sería una vida totalmente desprovista de costumbres, una vida que exigiera una constante improvisación; eso sería mi exilio, mi Siberia.

296. La reputación permanente.

Una reputación constante solía ser de gran utilidad. En la medida en que la sociedad siga dominada por instintos gregarios, resulta más conveniente para todo individuo que los demás consideren que no se alteran su carácter y su ocupación, aunque no suceda así en realidad. "Se puede confiar en él, es siempre el mismo", constituye la alabanza más importante que se puede hacer de una persona en toda situación peligrosa de la sociedad. Ésta ve con satisfacción que puede disponer de un instrumento seguro y preparado en todo momento, de la virtud de uno, del orgullo de otro, del carácter reflexivo y apasionado de un tercero, honrando en esta naturaleza instrumental su tendencia a ser fiel a sí mismo, sus opiniones, sus aspiraciones y hasta su falta de virtud invariables; tributándole los máximos honores. Esta estimación, que florece y ha florecido siempre y en todo lugar junto con la moral de las costumbres, educa "caracteres" y desacredita todo cambio, toda nueva orientación, toda reinterpretación, toda transformación de uno mismo. Sin embargo, por grandes que puedan ser las ventajas de esta forma de pensar, resulta el tipo de juicio más nocivo para el conocimiento, pues lo que se condena y desacredita con ello es precisamente la buena disposición que tiene el que busca el conocimiento, para rechazar sin miedo y en cualquier momento la opinión que sustentaba antes, y para expresar de forma general su desconfianza hacia todo lo que tienda a estabilizarlo. Se considera deshonroso el estado de ánimo del que busca el conocimiento por oponerse a la idea de una "reputación permanente", mientras que las opiniones petrificadas acaparan todos los honores. ¡Hoy hemos de vivir bajo el anatema de tales valores! Y ¡qué difícil es vivir sintiendo a nuestro alrededor y sobre nosotros el peso de unos juicios que se han defendido durante miles de años! Es probable que durante varios milenios el conocimiento haya cargado con el peso de la mala conciencia y que en la historia de los grandes espíritus existan mucho autodesprecio y muchas miserias íntimas.

297. Saber contradecir.

Todo el mundo sabe hoy que poder soportar la contradicción constituye una muestra ilustre de cultura. Algunos saben, incluso, que el hombre eminente desea y provoca la contradicción para obtener un signo de su propia injusticia, ignorada por él hasta ese momento. Ahora bien, lo esencialmente grande, nuevo y admirable de nuestra cultura, el paso supremo del espíritu liberado, es saber contradecir, conservar

la buena conciencia adquirida en medio de la hostilidad hacia todo lo habitual, tradicional y sagrado —lo cual es más que soportar y provocar la contradicción—. Pero, ¿quién sabe esto?

298. Lamento.

Agarré al vuelo esa idea y me valí a toda prisa de las primeras palabras que se me ocurrieron para retenerla y que no se me escapara. Pero la aridez de mis inapropiadas palabras mató la idea, que ahora está colgada de ellas y bamboleándose. Cuando la considero, apenas me explico cómo tuve la suerte de agarrar ese pájaro.

299. Lo que podemos aprender de los artistas.

¿De qué medios disponemos para que nos resulten bellas, atractivas y deseables las cosas que no lo son?, ¡aunque opino que nunca lo serán en sí mismas! En esto podríamos aprender mucho de los médicos cuando mezclan, por ejemplo, un remedio amargo con vino y azúcar; pero nos pueden enseñar aún más los artistas, quienes continuamente se dedican a estas invenciones y habilidades. Distanciarse de las cosas hasta que se desvanezcan muchos de sus detalles, y tener que forzar mucho la vista para seguir viéndola; ver las cosas desde la perspectiva de un determinado ángulo; disponerlas de tal forma que sólo puedan captarse con un golpe de vista y queden parcialmente disimuladas; mirarlas por un cristal de color o al resplandor del sol poniente; darles, en fin, una superficie, una epidermis que no sean totalmente transparentes; todo esto tendríamos que aprenderlo de los artistas, a reservas de ser más lúcidos que ellos en cuanto al resto. Pues en ellos esa fuerza sutil termina generalmente donde acaba el arte y empieza la vida; pero en cuanto a nosotros, ¡seamos poetas de nuestra vida, sobre todo en los detalles menudos y triviales!

300. Preludios de las ciencias.

¿Creen que habrían podido aparecer y desarrollarse las ciencias si no hubiesen ido precedidas por los magos, los alquimistas, los astrólogos y los brujos, cuyas promesas y espejismos debieron despertar antes hambre y sed de poderes ocultos y prohibidos, haciendo que se saborearan antes éstos con agrado? ¿No ven que fue preciso prometer infinitamente más de lo que podía cumplirse para que llegara a obtenerse algo en el terreno del conocimiento? De la misma manera que todas estas cosas las vemos nosotros ahora como preludios y ejercicios preparatorios para la ciencia, aunque nunca se realizaran ni se concibieran de este modo, así, a los ojos de una época todavía lejana, tal vez se vea que todas las religiones han sido un ejercicio y un preludio; puede que éstas no hayan sido otra cosa que el medio extraño de conseguir que unos hombres determinados disfrutaran de esa condición divina que supone la autosuficiencia y la autoredención que son propias de un dios. Incluso, podríamos preguntarnos si, fuera de esta escuela y de esta prehistoria religiosas, habría llegado el hombre a sentir hambre y sed de sí mismo y a encontrar en sí mismo saciedad y abundancia. ¿No sufrió Prometeo una especie de delirio, al imaginarse primero que había robado el fuego y que debía padecer por ello un castigo, para acabar

descubriendo que había sido su deseo de luz el creador de la luz, y que no sólo el hombre sino también el dios eran obra de sus manos, de la arcilla trabajada por sus manos? ¿No serán todas las imágenes religiosas sino obra de esos creadores de imágenes que son los buscadores del conocimiento, incluyendo el delirio, el robo, el Cáucaso, el buitre y todo lo que pertenece a la tragedia de Prometeo?

301. Delirio de los contemplativos.

Los hombres superiores se distinguen de los inferiores en que ven y oyen infinitamente más, y sólo ven y oyen reflexionando. Esto diferencia al hombre del animal, y a los animales superiores de los inferiores. A los ojos de quien se desarrolla elevándose cada vez más hacia las alturas de lo humano, el mundo se va enriqueciendo cada vez más; se le ofrecen en número mayor los incentivos del interés; aumenta constantemente la cantidad de sus excitaciones y sus formas diferentes de placer y de dolor; el hombre superior se vuelve al mismo tiempo más feliz y más infeliz. Continuamente lo acompaña, además, un delirio: cree estar efectivamente situado, como espectador y como oyente, ante el gran espectáculo sinfónico de la vida; llama contemplativa a su naturaleza, sin ver que él es también el poeta de la vida, quien prosigue la elaboración poética. Sin duda se distingue del actor de ese drama, del denominado hombre de acción, pero se diferencia más del simple observador invitado a la fiesta para que se siente en el palco frente al escenario. Al él, al poeta, le corresponde evidentemente la capacidad de contemplar, la mirada retrospectiva sobre su obra, pero sobre todo la capacidad de crear que le falta totalmente al hombre de acción, a pesar de las apariencias y de lo que comúnmente se cree. Nosotros, los que percibimos reflexionando, somos quienes en realidad producimos sin cesar algo que todavía no existe: el universo eternamente creciente de apreciaciones, colores, pesos, perspectivas, grados, afirmaciones y negaciones. Esta creación poética que inventamos es de modo incesante estudiada y repetida para que nuestros propios actores, los llamados hombres prácticos, la representen, encarnen y realicen, es decir, para que la traduzcan a la trivialidad cotidiana. Todo lo que tiene algún valor en el mundo actual, no lo tiene en sí, no lo tiene por naturaleza –la naturaleza carece siempre de valor–, sino que le fue dado un día como un don, ¡y nosotros fuimos los donantes! ¡Nosotros fuimos los creadores del mundo que interesa al hombre! Aunque no tengamos conciencia de ello. Cuando alguna vez lleguemos a tenerla, nos olvidaremos de inmediato. Nosotros desconocemos nuestra fuerza, los contemplativos nos subestimamos demasiado; no somos tan orgullosos ni tan felices como podríamos serlo.

302. Peligro del más feliz.

Todo el mundo desearía que su bien, su estado personal, tuviera sutiles sentidos y un gusto refinado; así como estar habituado a las cosas espirituales exquisitas y excelentes, al igual que a la dieta alimenticia más conveniente y natural; disfrutar de un alma fuerte, audaz, atrevida; ir por la vida con paso firme y ojos serenos; estar preparado tanto para los casos extremos como para una fiesta y ansiar mundos, mares, hombres y dioses desconocidos; oír cualquier música alegre como si señalara la

proximidad de individuos valientes, soldados o navegantes, que en el placer del breve instante de descanso que se conceden quedan subyugados por la melancolía purpúrea de la vida hasta derramar lágrimas. ¡Así era la felicidad de Homero, la situación de quien inventó los dioses de los griegos –¿qué digo?–, de quien se creó sus propios dioses! Pero no lo ocultemos; con esta felicidad de Hornero en el alma ¡se es también la criatura más proclive a sufrir que podamos encontrar bajo el sol! ¡Sólo a ese precio puede conseguirse la cubierta más preciada que hasta hoy hayan arrojado las olas de la existencia a la orilla! Quien la posee acabará siendo demasiado sensible al dolor. Le bastó a Homero un pequeño contratiempo, un leve disgusto, para que la vida llegara a asquearlo; ¡no supo descifrar un enigma tonto e insignificante que le plantearon unos muchachos pescadores! Efectivamente, ¡los enigmas insignificantes constituyen un peligro para los más felices!

303. Dos seres felices.

A decir verdad, ese hombre, a pesar de su juventud, sabe muy bien improvisar en la vida y sorprende hasta al observador más perspicaz; efectivamente, parece que no da un paso en falso, aun cuando juega las partidas más arriesgadas. Nos recuerda a esos maestros de la improvisación en el arte de la música, a quienes el oyente se cree en la obligación de atribuirles unas manos infalibles y divinas, aunque alguna vez se equivoquen, como todo mortal. Pero están tan ejercitados y son tan inventivos que en todo momento se encuentran dispuestos a integrar de inmediato en la estructura temática su humor o el capricho de sus dedos, infundiendo, así, al azar, un alma y un hermoso significado. Ahora tenemos delante a un hombre completamente distinto, pues termina fracasando en todo lo que acomete o proyecta. Las cosas en las que, en su día, más puso el corazón, lo han llevado más de una vez a dos pasos de la ruina, y si escapaba, sólo sacaba un "ojo morado". ¿Creen que es desdichado por eso? Hace mucho tiempo que decidió no conceder demasiada importancia a sus deseos o proyectos. Se dice a sí mismo: "Si esto no me sale, tal vez otra cosa me saldrá; y, en última instancia, no puedo afirmar si les debo más a mis fracasos que a cualquier éxito. ¿No estaré hecho para ser testarudo y llevar unos cuernos de toro? Lo que para mí constituye el valor y el beneficio de la vida se encuentra en otra parte; mi orgullo, al igual que mi miseria, reside en otra parte. Conozco mejor la vida por haber estado tan a menudo a punto de perderla; ¡por eso precisamente la vida me ha dado más que a ninguno de ustedes!"

304. Actuando, omitimos.

Me horrorizan profundamente esas morales que dicen: "¡No hagas eso! ¡Renuncia! ¡Véncete!". Por el contrario, obedeceré con gusto a las morales que me impulsan a actuar una y otra vez, aunque tenga que estar mañana, tarde y noche considerando sólo eso y no pensando más que en actuar bien, de un modo que únicamente yo sea capaz de hacerlo. Quien vive así siempre está abandonando aquellas cosas que no encajan con semejante modelo de vida; sin odio ni repugnancia ve que se separan de él hoy esto, mañana aquello, como las hojas amarillentas a las

que el menor soplo de aire desprende del árbol. Es probable que ni detenga su atención en esta separación, por tener la mirada puesta exclusivamente en el objetivo, así como no mirará más que lo que tiene delante, y no hacia los lados, ni hacia atrás, ni hacia abajo. Me complace afirmar: "Nuestro actuar debe determinar lo que omitimos; actuando, omitimos". Pero me niego a aspirar conscientemente a mi empobrecimiento, no me gustan esas virtudes negativas que en realidad consisten en renunciar y negarse a uno mismo.

305. Autodominio.

Los moralistas, que sobre todo incitan al hombre a dominarse, le provocan una enfermedad singular; una constante susceptibilidad contra toda inclinación y contra todo movimiento natural, y una especie de comezón. Cualquiera que sea el móvil que lo impulse, arrastre, atraiga o arrebate, ya sea que provenga del exterior o del interior, siempre le parecerá a este ser tan susceptible que pone en peligro su autodominio. Ya no debe abandonarse a ningún instinto ni volar libremente, sino mantenerse siempre a la defensiva, armado contra sí mismo, con la mirada penetrante y desconfiada, como el guardián eterno de la fortaleza en la que se ha convertido voluntariamente. Pese a todo, ¡puede tener indudablemente grandeza! Pero, ¡qué insoportable resulta para los demás, qué difícil para él mismo, qué empobrecida y falta de hermosas aventuras y de nuevas enseñanzas se encuentra su alma! Hay que saber desaparecer durante largo tiempo, si queremos aprender algo de las realidades ajenas.

306. Estoicos y epicúreos.

El epicúreo escoge la situación, las personas e incluso los acontecimientos que convienen a su constitución intelectual, extremadamente excitable, renunciando a todo lo demás –es decir, a casi la mayoría de las cosas–, ya que sería para él un alimento demasiado fuerte y pesado. Por el contrario, el estoico se ejercita tragando piedras y gusanos, trozos de vidrio y escorpiones, sin sentir asco alguno, para que su estómago termine siendo indiferente a todo lo que el azar de la existencia le ponga delante –esto nos recuerda a la secta árabe de los aissauas que encontramos en Argelia–. Asimismo, le agrada también contar con un público invitado a contemplar el espectáculo de su insensibilidad, cosa que el epicúreo rechaza gustosamente, ¡pues él tiene su `jardín"! El estoicismo puede ser muy recomendable para hombres sometidos a la improvisación del destino y para quienes viven en épocas violentas, dependiendo de hombres bruscos e inconstantes. Pero quien prevé en cierto modo que el destino le permitirá hilar un largo hilo hará bien en adoptar disposiciones epicúreas; ¡todos los que se han dedicado al trabajo espiritual lo han hecho hasta hoy! Para ellos, efectivamente, la mayor de las pérdidas sería verse privados de su fina sensibilidad y recibir a cambio la dura piel de los estoicos, erizada de púas.

307. En favor de la crítica.

Hoy te parece un error lo que antes amabas como algo verdadero o como verosímil; de esta manera, lo apartas lejos de tu lado y te imaginas que así ha vencido la razón. Pero es posible que antes, cuando eras otro –siempre eres otro–, ese error fuera para ti necesario como todas tus verdades "actuales", de la misma manera que una piel ocultaba y envolvía muchas cosas que no tenías derecho a ver aún. Ha sido tu nueva vida, no tu razón, quien ha matado a favor tuyo esa antigua opinión; ya no la necesitas, y ahora se ha derrumbado, para salir arrastrándose de sus ruinas a plena luz del día el gusano de la sinrazón. Cuando ejercitamos nuestro espíritu crítico, no hay nada en ello de arbitrario ni de impersonal –al menos con frecuencia constituye la prueba de que actúan en nosotros fuerzas activas que están preparadas para hacer que estalle una corteza–. Negamos, debemos negar, porque hay algo en nosotros que quiere vivir y afirmarse, algo que tal vez nos es desconocido, que no vemos aún. Esto dicho en favor de la crítica.

308. La historia de todos los días.

¿Qué conforma la historia de todos los días? Las costumbres que la componen: ¿son el producto de numerosos e insignificantes actos de cobardía y de pereza, o son el resultado de la valentía y de la ingeniosa razón? Por diferentes que sean esas dos eventualidades, es posible que los hombres tributen las mismas alabanzas y que, de un modo u otro, presten la misma utilidad. Pero a lo mejor las alabanzas, la utilidad y el respeto son suficientes para quien se contenta con tener la conciencia tranquila, aunque no pueden alcanzar a quien examina las entrañas y tiene una ciencia de la conciencia.

309. Sobre la séptima soledad.

Un día el caminante cerró violentamente una puerta tras de sí, se detuvo y se puso a llorar. Luego dijo: "¡Estoy harto de esta inclinación, de este impulso a lo verdadero, a lo real, a lo no aparente, a lo cierto! ¿Por qué me persigue precisamente a mí este acosador sombrío y apasionado? Me gustaría tomarme un descanso, ¡pero no me lo permite! ¡Y cuántas cosas me sugieren la seducción del descanso! Por todas partes veo jardines de Armida; ¡por eso sufre mi corazón nuevos desgarrones y nuevas amarguras! He de seguir avanzando, levantar estos pies cansados y heridos; a medida que avanzo, suelo tener para las cosas bellas que no han logrado retenerme más que una mirada furiosa... ¡porque no lograron retenerme!"

310. Voluntad y ola.

¡Con qué desesperación avanza esa ola, como si tratara de alcanzar algo! ¡Con qué inquietante precipitación se introduce en los más íntimos recovecos de las cavidades rocosas! Parece que quisiera adelantarse a alguien, que hay algo ahí escondido, ¡algo muy apreciado! Luego retrocede un poco, más lenta, blanca aún de emoción... ¿probará decepcionada? ¿Finge estarlo? Pero ya se acerca otra ola más

ávida, más salvaje que la anterior y cuya alma parece llena de misterios, ¡llena de ansia de tesoros ocultos! Así viven las olas... ¡y así vivimos los seres que tenemos voluntad! No digo más. ¿Qué es eso? ¿No confían en mí? ¿Están encolerizados conmigo, soberbios monstruos? ¿Temen que revele todo su secreto? ¡Pues bien! ¡Enfurézcanse, entonces! ¡Eleven todo lo que puedan esos terribles cuerpos verdosos, formen una muralla entre el sol y yo, como lo están haciendo ahora! Ya no queda, realmente, del mundo más que un verde crepúsculo y unos verdes relámpagos. Bailen todo lo que tengan ganas, bellas tumultuosas, rujan de placer y de maldad. Sumérjanse de nuevo, arrojen sus esmeraldas en el fondo del abismo y tiren hacia arriba sus blancos e infinitos bordados de espuma. Yo aplaudo todo eso; ¿cómo las voy a traicionar, con todo lo que les debo? Porque, sépanlo bien, las conozco, a ustedes y su secreto, ¡conozco de qué raza son! ¡Ustedes y yo somos de una misma y única raza! ¡Ustedes y yo tenemos un mismo y único secreto!

311. Luz refractada.

No siempre se dan pruebas de valentía y cuando llega el cansancio, más de uno de nosotros se lamenta diciendo: "¡Qué difícil es no hacer daño a los hombres! ¿Por qué ha de ser así? ¿De qué sirve vivir ocultos si no queremos callar lo que produce escándalo? ¿No sería más prudente vivir en el tumulto y considerar en la persona de cada uno los pecados que deben cometerse, que es preciso cometer entre todos?, ¿ser insensato con los insensatos, vanidoso con los vanidosos, entusiasta con los entusiastas? ¿No sería esto lo equitativo, teniendo en cuenta nuestra impetuosa divergencia respecto al conjunto? Cuando me entero que otro me calumnia, ¿no es mi primera reacción exigir reparación? ¡Está bien! —me parece decirles—, no tengo nada en común con ustedes, y hay tanta dosis de verdad de mi parte, ¡que pueden divertirse a costa de mí todas las veces que quieran! ¡Ahí tienen mis defectos y mis errores, mi delirio, mi falta de gusto, mi confusión, mis lágrimas, mi vanidad, mi estar escondido como un búho, mis contradicciones! ¡Ahí tienen de qué reírse! ¡Pues ríanse y pónganse contentos! ¡No me rebelaré contra la ley ni contra la naturaleza de las cosas que convierten las faltas y los desprecios en objeto de diversión! Sin duda que supo haber épocas más bellas' en las que cada vez que se concebía una idea un tanto nueva, podía considerarse indispensable salir a la calle y gritarle a la gente: `¡El reino de Dios está cerca de ustedes!' Pero en lo que a mí respecta, si no existiera, no notaría mi falta. ¡Ninguno de nosotros es indispensable!" Pero, como he dicho, no razonamos así cuando somos valientes; no pensamos en eso.

312. Mi perro.

"Perro" es el nombre que le he puesto a mi dolor. Es tan fiel, tan inoportuno y sinvergüenza, tan divertido e inteligente como cualquier perro. Puedo retarlo y descargar en él mi mal humor como hacen otros con sus perros, sus empleados o sus mujeres.

313. Nada de cuadros de mártires.

Haré como Rafael y no pintaré cuadros de mártires. Existen bastantes cosas sublimes como para que se tenga que buscar la sublimidad allí donde vive hermanada con la crueldad. Por otra parte, no se sentiría satisfecho mi amor propio si me convirtiera en un verdugo sublime.

314. Nuevos animales domésticos.

Quiero tener a mi lado a mi león y a mi águila, para disponer en todo momento de advertencias y presagios sobre el estado poderoso o débil de mi fuerza. ¿Tengo que bajar hoy hacia ellos mi mirada con temor? ¿Llegará un día en que serán ellos quienes eleven sus ojos hacia mí con miedo?

315. Sobre la última hora.

Las tempestades son peligrosas para mí; ¿tendré mi tempestad, a la que sucumbiré, como sucumbió Oliver Cromwell a la suya? ¿O me apagaré como una antorcha que no espera a que el viento la apague, sino que se consume cansada y harta de sí misma? ¿O acabaré soplándome a mí mismo, para no consumirme?...

316. Hombres proféticos.

No se les ocurre pensar que los hombres proféticos experimentan grandes dolores. Ustedes creen simplemente que han recibido un hermoso "don" que sin duda les gustaría poseer. Me explicaré con un ejemplo. ¡Cuánto deben sufrir los animales cuando la atmósfera y las nubes están cargadas de electricidad! Vemos que ciertas especies, por ejemplo los monos (como puede observarse en Europa no sólo en los zoológicos, sino también en Gibraltar), tienen una facultad profética respecto al tiempo. Sin duda alguna que en ellos... ¡los profetas son sus dolores! Cuando una fuerte electricidad positiva, por influencia de una nube que se acerca, se convierte de pronto en electricidad negativa y se prepara un cambio atmosférico, mucho tiempo antes de que dicha nube sea visible, estos animales se comportan como si se les aproximara un enemigo y se disponen a defenderse o a huir. Lo más frecuente es que se metan bajo tierra, pues no entienden el mal tiempo como tal, sino como un enemigo cuyas manos sienten ya encima.

317. Mirada retrospectiva.

Rara vez tomamos conciencia del pathos propio de cada período de la vida, mientras estamos inmersos en él. Por el contrario, pensamos que ese será en lo sucesivo nuestro único estado posible, el único razonable, el único que es plenamente ethos y no pathos –para hablar y distinguir como lo harían los griegos–. Unas notas musicales me han traído hoy el recuerdo de un invierno y de una casa, de aquella existencia mía totalmente solitaria junto a los sentimientos de mi vida de entonces, cuando yo creía que iba a vivir indefinidamente así. Pero ahora comprendo que aquello no era más que pathos, pasión, algo parecido a esta música dolorosamente impetuosa y

consoladora. Hay que evitar que este tipo de pasiones nos dure años o eternidades, porque acabaríamos convirtiéndonos en demasiado "supraterrenos" para este planeta.

318. Sabiduría en el dolor.

En el dolor hay tanta sabiduría como en el placer; ambos pertenecen a las fuerzas primordiales que conservan la especie. De no ser así, esta fuerza habría desaparecido hace mucho tiempo; el hecho de que haga daño no constituye un argumento contra él, sino que es su naturaleza. En el dolor oigo la voz de mando del capitán de barco: "¡Desplieguen las velas!" Ese audaz navegante que es el "hombre" tiene que ejercitarse en saber disponer las velas de mil modos, ya que de lo contrario estará perdido y el océano se lo tragará súbitamente. Debemos aprender a vivir también con una energía disminuida; en cuanto el dolor da la señal de alarma, llega el momento de disminuir la energía; un peligro grave, una tormenta cercana, y haremos bien en "inflarnos" lo menos posible. Es cierto que existen hombres que, ante un dolor inminente, obedecen al mandato contrario y que nunca se muestran tan orgullosos, guerreros y felices como cuando se levanta una tempestad; el dolor es el que les brinda sus momentos supremos. Son los hombres heroicos, los grandes mensajeros del dolor de la humanidad, esos hombres raros que necesitan la misma defensa que el dolor en general. Verdaderamente, ¡no se la podemos negar! Constituyen fuerzas primordiales que conservan y desarrollan la especie, aunque no sea más que por el hecho de que renuncian a la comodidad y de que no disimulan el asco que les inspira esta clase de felicidad.

319. Como intérpretes de nuestras vivencias.

A todos los fundadores de religiones y a sus semejantes les ha faltado cierta honradez, pues nunca han considerado que fuese un caso de conciencia examinar sus vivencias. "¿Qué he experimentado realmente? ¿Qué se ha producido en este momento en mí y en torno a mí? ¿Estaba mi razón lo bastante lúcida? ¿Podía resistir mi voluntad a todos los engaños de los sentidos?, ¿se ha mostrado valiente ante las alucinaciones?" Ninguno de ellos se ha interrogado así, y tampoco piensan hoy en ello nuestras bellas almas religiosas; más bien tienen sed de cosas contrarias a la razón y no quieren esforzarse demasiado en dejar de satisfacer esa sed. Por eso viven "milagros", "conversiones" y oyen hablar a los angelitos. Pero nosotros, que estamos sedientos de razón, ¡queremos examinar nuestras vivencias con el mismo rigor que un experimento científico, hora a hora, día a día! Queremos experimentar en nosotros mismos, ser los sujetos de nuestros propios experimentos.

320. En el momento de volverse a ver.

A: —No logro comprenderte. ¿Estás buscando algo? ¿En qué lugar de este mundo que ahora se considera real estará tu rincón, dónde estará tu estrella? ¿Dónde podrás ponerte al sol para disfrutar, tú también, de un bienestar superabundante, y se justifique tu existencia? ¡Que cada uno se preocupe de sí mismo parece que quieres decirme— y deje de una vez por todas de pensar en el interés general, de preocuparse

por la suerte del prójimo y de la sociedad!

B: —Ambiciono mucho más; no soy de los que buscan. Lo que quiero es crearme un sol para mí.

321. Nueva prudencia.

¡Dejemos, por favor, de estar continuamente pensando en castigar, censurar y corregir! Es difícil que lleguemos a cambiar a un individuo aislado. Si lo conseguimos, quizá logremos insensiblemente una cosa distinta: ¡también nosotros habremos sido cambiados por él! ¡Procuremos, más bien, que nuestra influencia en todo lo que suceda contrarreste la suya y la supere! No mantenemos una lucha directa, que es a lo que se reduce todo castigo, toda censura, todo deseo de mejorar a otro. ¡Elevémonos, por el contrario, a mayor altura! ¡Realcemos la imagen de nuestro ejemplo con colores cada vez más luminosos! ¡Oscurezcamos al otro con nuestra luz: ¡No, no queramos oscurecemos nosotros a causa de él, como les sucede a todos los que castigan y a todos los descontentos! ¡Es preferible que nos apartemos, que miremos a otro lado!

322. Metáfora.

Los pensadores, para quienes todos los astros se mueven de forma cíclica, no son los más profundos; aquel que mira dentro de sí, como en el interior de un inmenso universo, y lleva vías lácteas en él sabe también qué irregulares son todas las vías lácteas, que los transportan al fondo del caos y del laberinto de la existencia.

323. Destino afortunado.

Cuando el destino nos ha permitido combatir durante algún tiempo en las filas de nuestros adversarios, nos concede una gran distinción. Con eso, estamos predestinados a una gran victoria.

324. En la mitad de la vida.

¡No! ¡La vida no me ha decepcionado! Por el contrario, año tras año la he ido encontrando más verdadera, más deseable y más misteriosa. Desde el día en que me vino ese pensamiento tan liberador de que a aquellos hombres que buscarnos el conocimiento nos está permitido ver la vida como un experimento, ¡y no como un deber, ni como una fatalidad, ni como un engaño! Y en cuanto al conocimiento, a otros les parecerá que es una cosa distinta, una especie de lecho de descanso, o el camino que conduce a ese lecho de descanso, o una diversión, o un pasatiempo. Pero para mí es un mundo de peligros y de victorias donde los sentimientos heroicos pueden dedicarse también a bailar y a saltar. "La vida es un medio para el conocimiento". Con este principio en el corazón no sólo se puede vivir valientemente, ¡sino también vivir alegremente y reír alegremente! Y ¿quién puede saber lo que es reír y vivir bien si antes no sabe lo que es batallar y vencer?

325. Lo que constituye una muestra de grandeza.

No se puede alcanzar la grandeza, si no se siente la fuerza y la voluntad de causar grandes dolores. Saber sufrir es lo menos importante; a menudo, débiles mujeres y hasta esclavos son maestros consumados en esto. Pero no ceder a la angustia y a la incertidumbre interiores por el hecho de causar un gran sufrimiento y oír el grito de ese sufrimiento constituye algo grande, constituye una muestra de grandeza.

326. Los médicos del alma y el dolor.

Todos los predicadores de moral, al igual que todos los teólogos, incurren en el mismo despropósito: tratan de convencer a los hombres de que están muy enfermos y de que les es indispensable una cura definitiva, enérgica y radical. Y como todos los hombres, sin excepción, han prestado demasiada atención durante siglos a estos maestros, han acabado por creer la superstición de que están muy enfermos, hasta el punto de que ahora se hallan sumamente dispuestos a gemir y a no encontrar nada bueno en la vida. Unos y otros ponen una cara afligida como si la vida fuera demasiado insoportable. A decir verdad, están irreductiblemente seguros de su vida, furiosamente enamorados de ella, plagados de indecibles sutilezas y astucias para destruir el elemento desagradable y quitarse la espina del dolor y la desgracia. Me parece que se creen en la obligación de hablar siempre del dolor de forma exagerada, como si fuera una delicadeza hacer hincapié en esto. Procuran silenciar intencionadamente que hay numerosos remedios contra el dolor, como los estupefacientes, el pensar con una prisa febril, el adoptar una postura de serenidad, o el recurrir incluso a recuerdos, intenciones o esperanzas, buenos o malos y a toda forma de orgullo y de compasión que tengan la virtud de producir un efecto casi anestésico, habida cuenta de que el dolor en su más alto grado genera estados de impotencia. Sabemos perfectamente endulzar nuestras amarguras, principalmente las amarguras del alma; disponemos de recursos como el orgullo y la grandiosidad, al igual que de los delirios más nobles de la sumisión y la resignación. Una pérdida apenas se vive como tal durante una hora, y en cualquier caso descubrimos a la vez un don como caído del cielo, una fuerza nueva; con lo que la pérdida en cuestión no sería sino una ocasión más de adquirir fuerza. ¡Cuántas fantasías han elaborado los predicadores de moral con motivo de la "miseria" del malvado y cuántas mentiras han dicho respecto a las desgracias del hombre apasionado! Efectivamente, mentir es aquí la palabra correcta, pues sin duda saben perfectamente que tales hombres son muy felices, pero lo silencian sistemáticamente, ya que ello representa una refutación de su teoría según la cual la felicidad sólo se da destruyendo las pasiones y acallando la voluntad. En lo relativo al remedio que recetan todos estos médicos del alma y a la cura radical y enérgica que prescriben, cabe preguntarse: ¿tan dolorosa y molesta es nuestra vida como para que sea preferible cambiarla por la forma petrificante de vida del estoico? No nos sentimos tan mal como para tener que enfermarnos igual que los estoicos.

327. Tomar en serio.

Para la mayoría de los hombres el intelecto es una máquina complicada, siniestra y ruidosa, que cuesta mucho trabajo poner en marcha. Al trabajar y pensar sensatamente con ayuda de esta máquina lo denominan "tomar la cosa en serio". ¡Qué penosos esfuerzos les debe costar pensar con sensatez! Por lo que se ve, este simpático animal que es el hombre pierde su buen humor y se vuelve serio siempre que se pone a pensar con sensatez. Frente a toda "gaya ciencia", este animal serio tiene el prejuicio de que cuando prevalecen la risa y la alegría se piensa sin rumbo y de manera desordenada. ¡Pues bien! ¡Mostremos que esto es un prejuicio!

328. Saber hacer daño a la estupidez.

La creencia, predicada con tenacidad y convicción, en el carácter reprobable del egoísmo, ha perjudicado desde luego al egoísmo en general (¡a favor de los instintos gregarios!, como repetiré cien veces), principalmente por haberlo privado de toda buena conciencia, y ha incitado a ver en él la causa esencial de todas las desgracias. "Tu egoísmo es calamitoso para tu vida", se sentenció durante miles de años. Como he dicho, esto ha perjudicado al egoísmo y lo ha despojado de ingenio, alegría, sensibilidad y belleza, ¡embruteciéndolo, estropeándolo y envenenándolo! La filosofía antigua, por el contrario, supo denunciar una fuente capital de desgracias completamente distinta; desde Sócrates los intelectuales no dejaron de predicar: "La falta de reflexión, la forma dócil de vivir conforme a lo establecido, la subordinación a la opinión del vecino, en definitiva, la estupidez es la razón de que ustedes sean tan poco felices; nosotros, como pensadores, somos los más felices". No tratemos de saber si esta prédica contra la estupidez disponía de mejores razones que la prédica contra el egoísmo; lo cierto es que despojó a la estupidez de su buena conciencia. Aquellos filósofos supieron hacerle daño a la estupidez.

329. Ocio e inactividad.

Hay una barbarie propia de los "pieles rojas" en la sed de oro de los americanos. Sus esfuerzos por trabajar sin descanso —vicio característico del nuevo mundo— constituyen una barbarie que ha empezado a contagiar a la vieja Europa y a extender por ella una falta de ingenio realmente singular. Ahora avergüenza descansar; al que se entrega a un largo reposo casi le remuerde la conciencia. Sólo se piensa con el reloj en la mano y se come con la mirada puesta en la información bursátil. Se vive como si en cualquier momento "fuera a perderse" algo. El principio de que "es preferible hacer cualquier cosa a no hacer nada" representa una cuerda que estrangula toda cultura y todo gusto superiores. Y del mismo modo que con este afán de trabajar de la gente se esfuman visiblemente las formas, desaparecen también la sensibilidad en sí hacia las formas, así como el oído y la vista para la melodía de los movimientos. Prueba de ello es esa vulgar precisión que hoy se exige siempre en todas las situaciones en que el hombre quiere ser leal con los demás, en la relaciones con los amigos, las mujeres, los parientes, los niños, los maestros, los alumnos, los jefes y los príncipes. Ya no se

dispone de tiempo ni de fuerzas para las formas ceremoniosas, ni para la cortesía con rodeos, ni para las conversaciones ingeniosas, ni para el ocio en general. Pues una vida dedicada a la caza de ganancias obliga continuamente a la inteligencia a consumirse hasta el agotamiento, mientras que se está siempre preocupado de disimular, de actuar con astucia o de aventajar a los demás; hoy, la virtud esencial consiste en hacer algo en menos tiempo que otro. Con ello quedan raros momentos en que se permite ser leal, y en ellos la gente está tan cansada que no sólo desea "dejarse llevar", sino también tumbarse perezosamente. De acuerdo con esta tendencia se redactan hoy las cartas, cartas cuyo estilo y espíritu serán siempre "el signo de la época" propiamente revelador. Si se sigue encontrando placer en la vida social y en las artes, es en el sentido de los esclavos embrutecidos por sus pesadas faenas. ¡Qué pena da ver lo fáciles de conformar que son en sus "alegrías" los hombres cultos e incultos de hoy, lo recelosos que se muestran cada vez más hacia cualquier forma de goce! El trabajo monopoliza crecientemente la tranquilidad de conciencia. A la inclinación por la felicidad se la llama ya "necesidad de descanso" y empieza a verse como motivo de vergüenza. "Hay que pensar en la salud", se justifica quien es sorprendido en flagrante delito de salir al campo. Sí, puede llegar un día en que no se entregue uno a la vida contemplativa (es decir, a salir a pasear con los pensamientos y con los amigos) sin tener mala conciencia y sentir desprecio de uno mismo. ¡Pues bien!, antiguamente era todo lo contrario; era el trabajo el que soportaba el peso de la mala conciencia. Cuando una persona de origen noble se veía obligada a trabajar lo ocultaba. El esclavo trabajaba obsesionado por la idea de que hacía algo despreciable. El prejuicio antiguo proclamaba: "Lo único noble y honroso es el ocio y la guerra".

330. Aprobación.

El pensador no necesita aprobaciones ni aplausos, siempre que esté seguro de aplaudirse a sí mismo, pues de esto último no podría prescindir. ¿Hay hombres que puedan pasar sin ningún tipo de aprobación en absoluto? Lo dudo. Tácito, nada sospechoso de calumniar a los sabios, dijo de éstos: guando etiam sapientibus gloriae cupido novissima exuitur, es decir, nunca.

331. Más vale sordo que ensordecido.

Antiguamente trataba uno de hacerse un buen nombre. Hoy esto ya no es suficiente porque el mercado sé ha vuelto demasiado grande, por lo que es necesario hacerse oír a gritos. El resultado es que hasta las mejores gargantas se desgañitan, y que se ofrecen los mejores artículos con voces enronquecidas. Así, el genio ya no se reconoce sin gritos de mercado, sin ronquera. Sin duda corren malos tiempos para el pensador; ha de aprender a aprovechar el silencio que se produce entre dos ruidos y a hacerse el sordo hasta acabar siéndolo realmente. Hasta que lo aprende, corre el riesgo seguro de morirse de impaciencia y de dolores de cabeza.

332. El mal cuarto de hora.

Todo filósofo ha tenido indudablemente su mal cuarto de hora en el que ha llegado a pensar: "seré insignificante cuando ni si quiera se crean mis peores argumentos". Y entonces pasaba por su lado un pajarito malicioso que le gorjeaba: "¡No importas lo más mínimo! ¡No importas lo más mínimo!".

333. ¿Qué significa conocer?

"¡No reírse, no lamentarse ni insultar, sino entender!", dijo Spinoza con esa sencillez sublime que lo caracteriza. Pero, ¿qué es en el fondo ese entender sino la forma misma en que se nos hacen perceptibles a la vez las otras tres cosas, un resultado de esos impulsos distintos y contradictorios que son los deseos de burlarse, de deplorar y de denigrar? Antes de que fuera posible un acto de conocimiento, fue preciso que cada uno de esos impulsos manifestara previamente su opinión parcial sobre el objeto o el acontecimiento en cuestión; después se produjo el conflicto entre esas opiniones parciales y de ahí surgió un estado intermedio, un apaciguamiento, una concesión mutua entre los tres impulsos, una especie de equidad y de pacto entre ellos. En virtud de la equidad y del pacto, pueden sobrevivir estos tres impulsos y conservar mutuamente su razón de ser. Como sólo tenemos conciencia de los últimos actos de conciliación, de los últimos ajustes de cuentas de este largo proceso, consideramos que entender constituye algo conciliador, justo, bueno, algo esencialmente contrario a los impulsos, aunque no se trata más que de cierto comportamiento mutuo de determinados impulsos. Durante largos períodos de tiempo concibió al pensamiento consciente como el pensamiento en un sentido absoluto; sólo ahora estamos empezando a vislumbrar que la mayor parte de nuestra actividad intelectual se desarrolla de un modo inconsciente e insensible para nosotros mismos. Yo creo, no obstante, que estos impulsos que luchan entre ellos pueden percibirse mutuamente y causarse daño los unos a los otros. A esto puede deberse ese agotamiento extremo y repentino que afecta a todos los pensadores (el agotamiento del campo de batalla). Sí, es posible que en el seno de nuestra interioridad en lucha se oculte un heroísmo, pero lo cierto es que no hay nada de divino, nada que descanse eternamente en sí mismo, como imaginaba Spinoza. El pensamiento consciente, principalmente el del filósofo, es el más débil, y por ello también el más dulce y apacible. Ese es el motivo por el que se equivoca el filósofo con tanta facilidad respecto a la naturaleza del conocimiento.

334. Hay que aprender a amar.

Observemos lo que sucede en el campo de la música: primero hay que aprender a oír un terna, una melodía, saber distinguirla con el oído, aislarla y delimitarla con su vida propia; luego se requiere esfuerzo y buena voluntad para soportarla, a pesar de que sea extraña, y tener paciencia con su aspecto y con su forma de expresarse, además de ternura con lo que tiene de singular. Por último nos acostumbraremos a ella, la esperaremos y la extrañaríamos si nos faltara. De ahora en más no dejará de ejercer en nosotros su coacción y su encanto hasta convertirnos en sus amantes dóciles

y rendidos, que no conciben que haya nada en el mundo sino ella, ni desean otra cosa que no sea ella. Esto no nos ocurre sólo con la música; es precisamente la forma en que hemos aprendido a amar todo lo que ahora amamos. Siempre acabamos siendo recompensados por nuestra buena voluntad, nuestra paciencia, nuestra equidad, nuestra ternura hacia lo extraño, cuando lo extraño se va quitando el velo poco a poco ante nosotros y acaba ofreciéndosenos como una belleza nueva e inefable. Es la forma que tiene de agradecernos nuestra hospitalidad. Quien se ama a sí mismo habrá llegado a ello por este camino, no hay otro. El amor debe también aprenderse.

335. ¡Viva la física!

¿Cuántos hombres hay que sepan simplemente observar? Y entre ellos, ¿cuántos son capaces de observarse a sí mismos? Todos los que sondean el alma saben, muy a su pesar, que "cada uno es para sí mismo lo más lejano". El adagio "conócete a ti mismo", en boca de un dios y dirigida a los hombres es casi una maldad. Nada prueba mejor lo difícil que resulta conocerse a uno mismo que la forma en la que casi todos suelen hablar de la naturaleza de un acto moral; una forma rápida, atenta, convencida, locuaz, acompañada de esa mirada, de esa sonrisa, de ese celo afable. Parece que quieren decir: "Pero, amigo mío, ¡si éste es precisamente mi tema! Te has dirigido justamente a quien puede contestarte con todo derecho; ¡casualmente no existe nada que sea más de mi competencia! La naturaleza de su acto es moral cuando el hombre considera que `una cosa es justa', y concluye: `luego, ha de hacerse', y hace lo que ha reconocido como justo y definido como necesario". Pero, amigo mío, no me estás hablando de un acto, sino de tres: tu juicio "esto es justo" ya es un acto, y podría considerarse tanto inmoral como moral. ¿Por qué consideras que esto, y precisamente esto, es justo? "Porque me lo dice la conciencia, que no habla nunca de una forma inmoral, ¡ya que determina previamente lo que debe ser moral!" Y ¿por qué escuchar lo que dice tu conciencia? ¿Qué derecho tienes a considerar que ese juicio es verdadero e inefable? ¿No puede haber conciencia de esa creencia? ¿No sabes nada de una conciencia intelectual, de una conciencia que está detrás de tu conciencia? Tu juicio "esto es justo" tiene su prehistoria en tus impulsos, en tus inclinaciones, en tus repulsiones, en tus experiencias y en tus faltas de experiencia. Así que debes preguntarte: "¿cómo ha podido producirse ese juicio?", y a continuación: "¿qué es lo que, en última instancia, me impulsa a escucharlo?" Puedes obedecer su orden como un buen soldado que oye la voz de su oficial. O como una mujer que ama a quien la manda. O como un cobarde adulador que tiene miedo a quien le da órdenes. O como un imbécil que obedece porque no tiene nada para oponer. En definitiva, puedes escuchar a tu conciencia de cien modos diferentes. Pero el hecho de que consideres que determinado juicio es la voz de la conciencia y consideres por ello que una cosa es justa puede deberse a que nunca has reflexionado sobre ti mismo y a que has aceptado ciegamente todo lo que ha sido prescrito como justo desde tu infancia. También a que hasta hoy eso que llamas tu deber te ha garantizado el pan de cada día y los honores. Te parece que ese deber, que a tus ojos pasa por "justo" constituye la "razón" de ser de tu existencia (¡te resulta irrefutable que tengas derecho a la existencia!). La solidez de

tu juicio moral podría ser también una prueba de miseria personal, una prueba de falta de personalidad; tu "fuerza moral" podría deberse a tu testarudez, o a tu incapacidad de concebir nuevos ideales. En pocas palabras, si hubieses pensado con más sutileza, observado mejor y aprendido más, no llamarías nunca deber ni conciencia a ese "deber" y a esa "conciencia" que consideras tuyos; si comprendieras cómo han podido nacer los juicios morales, perderías la devoción por esos términos patéticos –al igual que has perdido la afición por otros términos patéticos parecidos como "pecado", "salvación del alma", "redención"–. Y no me hables, amigo mío, del imperativo categórico, porque esa palabra me hace cosquillas en los oídos y me causa risa, a pesar de esa cara tan seria que pones. Considero que fue el castigo reservado al viejo Kant, quien, por haber espiado y atrapado subrepticiamente a "la cosa en sí" –que es algo sumamente risible también–, fue a su vez espiado y sorprendido por el "imperativo" categórico. Estoy seguro de que en lo más íntimo de su corazón, volvió a caer en esos errores que son "Dios", "el alma", la "libertad" y la "inmortalidad", como un zorro que equivocadamente se vuelve a meter en la jaula ¡a pesar de que su fuerza y su inteligencia habían roto ya esa jaula! ¿De modo que admiras el imperativo categórico que hay dentro de ti, la "solidez" de ese juicio tuyo que llamas moral, ese convencimiento "absoluto" de que en esa cuestión todos los demás deben juzgar lo mismo que tú? ¡Admira más bien aquí tu egoísmo, el carácter ciego, mezquino y nada exigente de tu egoísmo! Dado que considerar que el juicio propio y personal es una ley universal constituye una forma de egoísmo, un egoísmo ciego, mezquino y nada exigente, pues revela que aún no te has descubierto a ti mismo, que todavía no te has creado un ideal propio, aquel que no podría ser nunca el ideal de otro, ¡y no digamos ya el ideal de todos los demás!... Quien todavía juzga que "en tal caso todos deberían obrar así", no ha dado ni un paso todavía en el conocimiento de sí mismo; de otro modo, sabría que no hay actos idénticos, ni puede haberlos nunca, y que todo acto se realiza de un modo completamente único e irrepetible, de la misma manera que sucede con todo acto futuro. Todas las prescripciones relativas a la acción sólo afectan a su aspecto exterior y bruto (incluso las prescripciones más interiores y sutiles de todas las morales que ha habido hasta ahora) y mediante ellas puede obtenerse, ciertamente, una apariencia de identidad, que no deja se ser apariencia. Todo acto que se examine y reconsidere es y sigue siendo algo impenetrable; nuestros actos no pueden nunca demostrar nuestras opiniones de lo que es "bueno", "noble", "grande", porque cada uno de ellos es incomprensible. Si bien nuestras opiniones, nuestras valoraciones y nuestras tablas de valores son algunas de las palancas más poderosas de la maquinaria de nuestros actos, la ley de su funcionamiento en cada caso particular es indemostrable. ¡Limitémonos, pues, a depurar nuestras opiniones y valoraciones, a crear tablas de valores nuevas y personales, pero no sigamos devanándonos los sesos con "el valor moral de nuestros actos"! Sí, amigos míos, hoy por hoy, ¡nos asquea toda esa palabrería moral de unos respecto a otros! ¡Emitir juicios en nombre de la moral debe ser ya algo contrario a nuestro gusto! ¡Dejemos esa palabrería a quienes no tienen otra cosa que hacer que prolongar el pasado a través del tiempo, a quienes nunca representan el presente! —que son la mayoría—. Pero

nosotros queremos llegar a ser lo que somos, ¡los nuevos, los únicos, los incomparables, los que legislamos para nosotros mismos, los que nos creamos a nosotros mismos! Y para ello debemos convertirnos en los mejores discípulos, los mejores descubridores de todo lo que hay en un mundo conforme a la ley y a la necesidad. Hemos de ser físicos para poder ser en ese sentido creadores, mientras que hasta ahora todos los juicios de valor y todos los ideales o se han basado en la ignorancia de la física o han estado en contradicción con ella. Por eso; ¡viva la física! ¡Y viva aún más lo que nos impulsa hacia ella, es decir, nuestra honradez!

336. Avaricia de la naturaleza.

¿Por qué la naturaleza ha sido tan mezquina con el hombre que no ha dejado brillar a uno más, a otro menos, según la abundancia de luz interior de cada uno? ¿Por qué los grandes hombres no tienen una evidencia tan bella como la del sol tanto en el momento de su aurora como en el de su ocaso? ¡Qué certera sería la vida entre los hombres!

337. El "sentimiento de humanidad" del futuro.

Si analizo este siglo con la mirada puesta en una época lejana, no encuentro nada más extraño en la naturaleza del hombre contemporáneo que esa virtud y esa enfermedad tan singulares conocidas como "sentido histórico". Se trata de la sedimentación de algo totalmente nuevo y extraño en la historia. Si se le otorga a este germen unos siglos más, es factible que acabe produciendo una planta maravillosa, de perfume admirable, que haga más grata la estancia en la tierra de lo que nunca lo fuera hasta entonces. Sin saber apenas lo que hacemos, los hombres de hoy hemos empezado a formar, eslabón tras eslabón, la cadena de un sentimiento futuro muy poderoso. Casi parece que no se trata de un sentimiento nuevo, sino del retroceso de todos los sentimientos antiguos. El sentido histórico es todavía algo tan pobre y tan frío, que muchos sienten como si fueran sorprendidos por una helada, volviéndose más pobres y más fríos. Otros creen experimentar el síntoma de una vejez que se acerca poco a poco arrastrándose, pareciéndoles nuestro planeta un enfermo lleno de melancolía que, para olvidar su presente, se pone a escribir la historia de su juventud. En realidad, no estamos sino ante un matiz de ese nuevo sentimiento; quien sabe considerar la historia de los hombres globalmente como si fuera su propia historia, percibe en una especie de inmensa generalización la amargura del enfermo que piensa en la salud, del anciano que recuerda los sueños de su juventud, del amante que ha perdido a su amada, del mártir que ve desplomarse su ideal, del héroe en la tarde de la batalla indecisa que le ha costado heridas y la pérdida del amigo. Soportar esa suma enorme de amarguras de toda especie, tolerarlas siendo a la vez el héroe que, al despuntar el segundo día de batalla, saluda a la aurora y a su muerte pues tiene ante sí y tras de sí un horizonte de milenios, como heredero de toda la nobleza del espíritu del pasado, aunque cargado de deudas, como el más noble de los nobles antiguos, aunque primogénito de una nueva aristocracia que nunca pudo ver ni soñar época alguna; asumir en su alma lo más antiguo y lo más nuevo; las pérdidas, las

esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad; tener, en fin, todo esto en una sola alma, resumirlo en un solo sentimiento, debería representar una felicidad totalmente desconocida hasta hoy. Una felicidad de un Dios lleno de poder y de amor, pletórico de lágrimas y de risas, una felicidad que, como el sol del atardecer, brinde continuamente su inagotable riqueza y la derrame en el mar, el cual, semejante al sol, nunca se sienta tan rico como cuando el más pobre pescador rema con remos de oro. Entonces, ese divino sentimiento se llamaría... ¡sentimiento de humanidad!

338. La voluntad de sufrir y los compasivos.

¿Les conviene ser ante todo compasivos? ¿Conviene a los que sufren que lo sean? Dejemos por ahora sin responder la primera pregunta. Nuestro sufrimiento más profundo y personal resulta incomprensible e inaccesible para casi todos los demás; en esto permanecemos ocultos al prójimo, aunque comamos en el mismo plato. En cambio, siempre que nos observan como seres desconsolados, explican nuestro sufrimiento del modo más general; pertenece a la naturaleza del sentimiento de compasión despojar el sufrimiento ajeno de lo que le es esencialmente personal; más que nuestros enemigos, son nuestros "benefactores" quienes nos restan valor y voluntad. En la mayoría de los beneficios que se ofrecen a los desdichados, hay algo de indigente por la ligereza intelectual con la que el compasivo se pone a representar el papel de destino, ¡ignorando todo el entramado y las consecuencias íntimas de eso que tú y yo llamamos desgracia! La economía general de mi alma y el contrapeso que para ésta supone la "desgracia", la irrupción de nuevas fuentes y nuevas necesidades, la cicatrización de antiguas heridas, la superación de diferentes acontecimientos del pasado, todo esto que puede ir unido a la desgracia, no preocupa en modo alguno a la buena alma compasiva; ésta quiere ayudar; en ningún momento se le ocurre pensar que necesitemos personalmente la desgracia, que tanto a ti como a mí nos resulten tan necesarios los temores, las privaciones, los empobrecimientos, las noches oscuras del alma, las aventuras, los riesgos, los fracasos, etc., del mismo modo que sus contrarios y que, por decirlo en términos místicos, el camino que lleva a nuestro cielo personal pasa siempre por la voluptuosidad de nuestro infierno. No, el alma compasiva no sabe nada de esto; la "religión de la piedad" (o el "corazón") ordena ayudar, y se cree que se socorre mejor cuanto más pronto se hace. Si los adeptos de semejante religión practican realmente la disposición de ánimo que manifiestan hacia sus semejantes, si no dejan que su sufrimiento descanse ni tan sólo una hora, sino que constantemente se están adelantando a todo posible dolor, si consideran en general que toda pena y toda molestia son algo malo, odioso, digno de suprimirse, como una carga de la vida, entonces tienen en el corazón otra religión, además de la piedad, que tal vez sea la madre de ésta: ¡la religión de la comodidad! ¡Qué poco saben de la felicidad humana las almas cómodas y bondadosas! Pues la felicidad y la desgracia son hermanas gemelas que o bien crecen juntas o, como les sucede a ustedes, ¡permanecen pequeñas! Pero volvamos ahora a la primera pregunta. ¿Es posible no desviamos nunca de nuestro camino? Constantemente nos distrae algún grito; raro será que nuestros ojos no descubran entonces alguna situación que nos ordene dejar nuestros asuntos para

acudir a ella. Sé que hay mil formas honestas y laudables de extraviarme de mi camino, altamente "morales", es cierto. Los actuales moralistas de la compasión incluso pretenden que sólo es moral abandonar nuestro camino y acudir al de nuestro prójimo. También sé, con no menos certeza, que basta con que preste atención a cualquier miseria real para estar perdido. Y si un amigo que sufre me dijera: "Voy a morir pronto; prométeme que morirás conmigo" se lo prometería, de la misma manera que al ver un pueblito de montañeses que lucha por su libertad, correría a prestarle ayuda y a ofrecerle mi vida —por poner dos malos ejemplos de buenas razones—. Sí, todos esos seres que despiertan compasión y piden ayuda ejercen incluso una íntima seducción; "nuestro camino" es, en realidad, una causa demasiado dura y exigente, y demasiado alejada del amor y del reconocimiento ajenos; nos evadimos de él y de nuestra conciencia más personal con cierto alivio, para refugiarnos en la conciencia de los demás y en el templo agradable de la "religión de la piedad". Actualmente, al mismo tiempo que estalla una guerra, irrumpe una voluptuosidad, mantenida evidentemente en secreto, entre los hombres más nobles del pueblo; se lanzan encantados al nuevo peligro de muerte, porque creen encontrar al fin en el sacrificio por la patria una disculpa largamente esperada. Me refiero a la disculpa para eludir su propio objetivo, pues la guerra es para ellos un rodeo que lleva al suicidio, pero un rodeo con la conciencia tranquila. Aunque no diga algunas cosas, insistiré en lo que indica mi propia moral: "vive escondido, con el objeto de que puedas vivir para ti! ¡Vive ignorando lo que en tu época parece más importante! ¡Alza entre ti y el presente un muro de al menos tres siglos de espesor! ¡Que los gritos de hoy, que el estruendo de las guerras y de las revoluciones no sean para ti más que un murmullo! También tú tratarás de ayudar, pero sólo a tus amigos cuyo problema entiendes plenamente, porque han compartido contigo dolores y esperanzas. Y no los ayudes más que como te ayudes a ti mismo; ¡los haré más valientes, más sufridos, más sencillos, más alegres! Les enseñaré lo que ahora comprenden tan pocos, lo que menos entienden esos predicadores de la solidaridad de la compasión; ¡la solidaridad en la alegría!".

339. La vida es una mujer.

Para captar toda la belleza de una obra no alcanzan ni la ciencia ni la buena disposición. Es preciso el azar más raro y afortunado para que retire el velo de nubes de cumbre y ésta aparezca bañada por el sol. No sólo hemos de estar en el lugar adecuado para verla, sino que nuestra alma debe quitarse también el velo de su cumbre y disponer de una expresión y de un símbolo externos donde poder apoyarse y llegar a ser dueña de sí misma. Pero es tan difícil que todo esto coincida que me inclino a pensar que las más altas cumbres de lo bueno, ya sea de una obra, de una acción, del hombre, de la naturaleza, han permanecido ocultas y cubiertas para la mayoría de las personas y hasta para las mejores. Además, lo que se nos revela, ¡no lo hace sino una sola vez! Los griegos oraban diciendo: "Que vuelva lo bello dos o tres veces". Hacían bien al invocar a los dioses, pues aquella realidad no divina no nos muestra la belleza, o lo hace una vez. Quiero decir que el mundo es rico en cosas bellas, pero pobre, muy pobre en bellos instantes y en bellas revelaciones de dichas cosas. Sin embargo, es

posible que el encanto más poderoso de la vida consista en estar cubierta por un velo tejido en oro, un velo de bellas posibilidades que le da un aspecto prometedor, esquivo, púdico, irónico, compasivo, seductor. Sí, ¡la vida es una mujer!

340. Sócrates moribundo.

Admiro el valor y la sabiduría de Sócrates en todo lo que hizo, dijo... y dejó de decir. Aquel demonio y cazador de ratas de Atenas, irónico y amoroso, que hizo temblar y sollozar a los jóvenes más orgullosos, no fue sólo el charlatán más sabio que ha habido jamás, sino que también hubo grandeza en su silencio. Me hubiese gustado que se hubiera callado en los últimos momentos de su vida, así entonces habría dado pruebas de pertenecer a un orden espiritual más elevado. ¿Fue la muerte, el veneno, la piedad o la malicia lo que le desató la lengua en ese instante para decir: "Critón, le debo un gallo a Esculapio»? Estas "últimas palabras", ridículas y terribles, significan para quien tiene oídos: "Critón, ¡la vida es una enfermedad!". ¿Es posible? Un hombre como él, que había vivido alegremente y como un soldado a los ojos de todos... ¡era pesimista! ¡No había hecho entonces otra cosa que poner buena cara a la vida y ocultar durante toda su existencia su juicio definitivo, su sentimiento más íntimo! ¡A Sócrates, a Sócrates le dolía vivir! ¡Y se vengó de la vida con esas palabras oscuras, horribles, piadosas y blasfemas! ¿Era preciso que Sócrates recurriera a la venganza? ¿Le faltaba a su abundante virtud una pizca de generosidad? ¡Ah, amigos! ¡Hemos de superar incluso a los griegos!

341. La carga más pesada.

¿Qué dirías si un día o una noche se introdujera furtivamente un demonio en tu más honda soledad y te dijera: "Esta vida, tal como la vives ahora y como la has vivido, deberás vivirla una e innumerables veces más; y no habrá nada nuevo en ella, sino que habrán de volver a ti cada dolor y cada placer, cada pensamiento y cada gemido, todo lo que hay en la vida de inefablemente pequeño y de grande, todo en el mismo orden e idéntica sucesión, aun esa araña, y ese claro de luna entre los árboles, y ese instante y yo mismo. Al eterno reloj de arena de la existencia se lo da vuelta una y otra vez y a ti con él, ¡grano de polvo del polvo!"? ¿No te tirarías al suelo rechinando los dientes y maldiciendo al demonio que así te hablara? ¿O vivirías un formidable instante en el que serías capaz de responder: "Tú eres un dios; nunca había oído cosas más divinas"? Si te dominara este pensamiento, te transformaría, convirtiéndote en otro diferente al que eres, hasta quizás torturándote. ¡La pregunta hecha en relación con todo y con cada cosa: "¿quieres que se repita esto una e innumerables veces más?" pesaría sobre tu obrar como la carga más pesada! ¿De cuánta benevolencia hacia ti y hacia la vida habrías de dar muestra para no desear nada más que confirmar y sancionar esto de una forma definitiva y eterna?

342. Comienza la tragedia.

Tenía Zaratustra treinta años cuando dejó su patria y el lago Urmi y se marchó a la montaña. Gozó allí de su espíritu y de su soledad, y durante diez años no se cansó de hacerlo. Finalmente, su corazón se transformó, y un día se levantó al amanecer, enfrentó al sol y le dijo: "¡Oh gran astro! ¿Crees que serías feliz si no tuvieras a alguien a quien iluminar? Hace diez años que subes a mi cueva; si no fuera por mí, por mi águila y por mi serpiente, ya te habrías cansado de tu luz y de tu camino. Pero nosotros te esperábamos todas las mañanas, te aliviábamos de lo que a ti te sobraba y te bendecíamos por ello. Quiero que sepas que estoy harto de sabiduría, como la abeja que ha almacenado demasiada miel, y que necesito manos que me pidan. Quisiera dar y repartir hasta que los sabios que haya entre los hombres vuelvan a alegrarse de su locura y los pobres de su riqueza. Para eso he de descender a las profundidades, como haces tú al oscurecer, cuando te hundes por detrás del mar, para llevar tu luz incluso a lo que está más abajo del mundo, ¡astro desbordante de riqueza! Al igual que tú, he de hundirme en mi ocaso, como dirían los hombres a quienes quiero descender. ¡Bendíceme, pues, ojo impasible, capaz de contemplar sin envidia incluso una felicidad excesiva! ¡Bendice esta copa ansiosa de desbordarse y de derramar su dorada agua para que lleve por doquier el reflejo de tus delicias! ¡Mira esta copa que anhela volver a vaciarse; mira a Zaratustra, que quiere volver a ser hombre!". Así empezó el ocaso de Zaratustra.

LIBRO QUINTO

LOS QUE NO TENEMOS MIEDO.

¿Tiemblas, esqueleto?

Más temblarías si supieras adónde te llevo.

Turenne

343. Lo que conlleva nuestra alegría.

El mayor acontecimiento reciente –que "Dios ha muerto", que la creencia en el Dios cristiano ha caído en descrédito–empieza desde ahora a extender su sombra sobre Europa. Al menos, a unos pocos, dotados de una suspicacia bastante penetrante, de una mirada bastante sutil para este espectáculo, les parece efectivamente que acaba de ponerse un sol, que una antigua y arraigada confianza ha sido puesta en duda. Nuestro viejo mundo debe parecerles cada día más crepuscular, más dudoso, más extraño, "más viejo". Pero, en general, se puede decir que el acontecimiento en sí es demasiado considerable, demasiado lejano, demasiado apartado de la capacidad conceptual de la inmensa mayoría como para que se pueda pretender que ya ha llegado la noticia y, mucho menos aún, que se tome conciencia de lo que ha ocurrido realmente y de todo lo que en adelante se ha de derrumbar, una vez convertida en ruinas esta creencia por el hecho de haber estado fundada y construida sobre ella y, por así decirlo, enredado a ella.

Un ejemplo lo proporciona nuestra moral europea en su totalidad. ¿Quién puede adivinar con suficiente certeza esta larga y fecunda sucesión de rupturas, de destrucciones, de hundimientos, de devastaciones, que hay que prever de ahora en más, para convertirse en el maestro y el anunciador de esta enorme lógica de terrores, el profeta de un oscurecimiento, de un eclipse de sol como no se ha producido nunca en este mundo?... ¿Por qué incluso nosotros, que adivinamos enigmas, nosotros, adivinadores natos, que en cierto modo vivimos en los montes esperando, situados entre el presente y el futuro, y tensos por la contradicción entre el presente y el futuro, nosotros, primicias, nosotros, primogénitos prematuros del próximo siglo, que ya deberíamos ser capaces de discernir las sombras que están a punto de envolver a Europa, miramos este oscurecimiento creciente sin sentirnos realmente afectados y, sobre todo, sin preocupamos ni temer por nosotros mismos? ¿Sufriremos demasiado fuerte quizás el efecto de las consecuencias inmediatas del acontecimiento? Estas consecuencias inmediatas no son para nosotros –en contra tal vez de lo que cabía esperar– de ninguna manera tristes, opacas ni sombrías; son más bien como una especie de luz, una felicidad, un alivio, un regocijo, una confortación, una aurora de un

tipo nuevo difícil de describir... Efectivamente, los filósofos, los "espíritus libres", con la noticia de que el "viejo dios ha muerto" nos sentimos como alcanzados por los rayos de una nueva mañana; con esta noticia, nuestro corazón rebosa de agradecimiento, admiración, presentimiento, espera. Ahí está el horizonte despejado de nuevo, aunque no sea aún lo suficientemente claro; ahí están nuestros barcos dispuestos a zarpar, rumbo a todos los peligros; ahí está toda nueva audacia que le está permitida a quien busca el conocimiento; y ahí está el mar, nuestro mar, abierto de nuevo, como nunca.

344. En qué sentido seguimos siendo también piadosos.

Se dice, con razón, que en la

ciencia las convicciones no tienen carta de ciudadanía. Sólo cuando deciden descender modestamente al nivel de una hipótesis, a adoptar el punto de vista provisional de un ensayo experimental, de una ficción normativa, puede concedérseles acceso e incluso un cierto valor dentro del campo del conocimiento –con la limitación, no obstante, de quedar bajo la vigilancia policial de la desconfianza–. Pero si consideramos esto con mayor detenimiento, ¿no significa que la convicción no es admisible en la ciencia sino cuando deja de ser convicción? ¿No se inicia la disciplina del espíritu científico con el hecho de prohibirse de ahora en más toda convicción?... Es posible. Queda por saber si, para que pueda instaurarse esta disciplina, no hace falta ya una convicción tan imperativa y absoluta que sacrifique a ella todas las demás convicciones. Se ve que también la ciencia se funda en una creencia y que no existe ciencia "sin supuestos". La pregunta de si es necesaria la verdad no sólo tiene que haber sido respondida antes afirmativamente, sino que la respuesta debe ser afirmada de forma que exprese el principio, la creencia, la convicción de que "nada es tan necesario como la verdad y que en relación con ella, lo demás sólo tiene una importancia secundaria". ¿Qué es esta voluntad absoluta de verdad? ¿Es la voluntad de no dejarse engañar? En este sentido podría interpretarse, efectivamente, la voluntad de verdad, con la condición de que la subordinemos a la generalización "no quiero engañar", e incluso al caso particular "no quiero engañarme". Pero ¿por qué no engañar? Vemos cómo las razones del primer caso pertenecen a un campo completamente diferente de las del segundo; no queremos dejarnos engañar porque suponemos que es perjudicial, peligroso y nefasto ser engañado. En este sentido, la ciencia constituiría una perspicacia mantenida, una precaución, una utilidad a la que se le podría objetar; ¡cómo!, ¿el hecho de no querer dejarse engañar sería realmente menos perjudicial, menos peligroso y menos nefasto? ¿Qué saben previamente del carácter de la existencia para poder establecer si las mayores ventajas radican en la desconfianza absoluta o en la confianza absoluta? Pero en el caso de que ambas fueran indispensables, ¿de dónde tomaría la ciencia su creencia absoluta, esa convicción en la que se apoya, según la cual la verdad es más importante que cualquier otra cosa, es decir, más que cualquier otra convicción? No habría podido originarse esa convicción si la verdad y la no verdad demostraran ser útiles continuamente y al mismo tiempo, como sucede en realidad. Por consiguiente, la creencia en la ciencia, que indudablemente existe, no podría haberse originado en

semejante cálculo de utilidad, sino que, por el contrario, nació a pesar del hecho de que la inutilidad y el peligro de la "voluntad de verdad", de la "voluntad a toda costa" se están demostrando constantemente. ¡Bien sabemos lo que significa "a toda costa", con la cantidad de creencias que inmolamos una tras otra en este altar! Por ende, "voluntad de verdad" no significa "no quiero dejarme engañar", sino —no hay otra alterativa— "no quiero engañar, ni quiero engañarme a mí mismo"; así, estamos en el terreno de la moral. Preguntémonos, entonces, seriamente, "¿Por qué no querer engañar?", cuando parece (¡y tanto que parece!) que la vida no está hecha más que para la apariencia, es decir, para el error, la impostura, el disimulo, el deslumbramiento y la ceguera voluntaria, cuando la vida se ha mostrado siempre de parte de los astutos menos escrupulosos. Semejante propósito podría ser explicado suavemente como una quijotada, como una pequeña locura entusiasta, aunque podría tratarse también de algo peor que un principio destructivo hostil a la vida... La "voluntad de verdad" podría ocultar una voluntad de muerte. De este modo, la pregunta "¿para qué la ciencia?", conduce a la cuestión moral "¿para qué sirve, en última instancia, la moral?", si la vida, la naturaleza y la historia son amorales. Sin duda alguna, el espíritu verídico, audaz y último que presupone la fe en la ciencia afirma al mismo tiempo otro mundo diferente al de la vida, la naturaleza y la historia; si afirma ese "otro mundo", ¿no debe negar su contrario, este mundo, nuestro mundo?... Ya se habrá comprendido adónde quiero llegar; a que nuestra creencia en la ciencia sigue apoyándose también en una creencia metafísica, y a que quienes buscamos hoy el conocimiento, los sin dios y los antimetafísicos, encendemos nuestro fuego en la hoguera que ha levantado una creencia milenaria, que era también la de Platón, la creencia de que Dios es la verdad, que la verdad es divina... Pero, ¿qué decir si esta idea se va desacreditando cada vez más, si todo deja de presentar un carácter divino y se revela como error, ceguera, falsedad, y si Dios mismo se muestra como nuestra mentira más largamente mantenida?

345. La moral como problema.

Por todas partes se percibe la falta de personalidad. Una personalidad debilitada, raquítica, apagada, que se niega a sí misma y reniega de sí misma, no sirve para ninguna tarea humana, y menos para la filosofía. El "desinterés" no tiene valor alguno ni en el cielo ni en la tierra. Todos los grandes problemas exigen un gran amor y sólo son capaces de él los espíritus poderosos, enteros, seguros y firmes en sus cimientos. Constituye una diferencia considerable que un pensador se dedique a sus problemas hasta el punto de ver en ellos su destino, su angustia y también su felicidad, o que, por el contrario, los aborde de una forma "impersonal", es decir, que sólo sepa abordarlos y captarlos con las antenas de un pensamiento frío y simplemente curioso. En este último caso, podemos estar seguros de que no conseguirá nada, pues los grandes problemas, aunque se dejen captar, no se dejan retener por las ranas y los impotentes; en esto consiste el buen gusto de los problemas —gusto que, por lo demás, comparten con las mujerzuelas valientes—. ¿A qué se debe, entonces, que no haya encontrado aún a nadie, ni siquiera en los libros, que haya adoptado una posición

personal de esta forma respecto a la moral, que haya visto la moral como problema y dicho problema como su angustia, su tormento, su deleite, su pasión personal? Es plenamente evidente que hasta ahora la moral no ha sido un problema, sino más bien el terreno en el que tras las desconfianzas, los disensos y las contradicciones acaban todos entendiéndose mutuamente, el lugar sagrado de la paz donde los pensadores, extenuados por su propia naturaleza, descansaban, respiraban, recobraban vida. No veo a nadie que se haya atrevido a criticar los juicios de valor; busco inútilmente en este campo intentos emprendidos por la curiosidad científica, por la imaginación veleidosa y mimada de los psicólogos y de los historiadores, que anticipa fácilmente un problema y lo capta al vuelo, sin saber muy bien lo que acaba de agarrar. Apenas he encontrado unos inicios rudimentarios de una historia de los orígenes de estos sentimientos y de estas valoraciones (lo que difiere de una crítica de éstos y por supuesto de una historia de los sistemas éticos). Sólo en un caso hice todo lo que fue apropiado para estimular la inclinación y el talento hacia este tipo de historia, aunque hoy creo que fue en vano. Estos historiadores de la moral (principalmente los ingleses) son mentirosos, pues suelen sufrir ingenuamente la exigencia de una moral determinada, convirtiéndose, sin advertirlo, en sus defensores y en su escolta. Admiten, de este modo, ese prejuicio difundido en la Europa cristiana, tan ingenuamente repetido, según el cual la acción moral se caracteriza por el desinterés, la renuncia a uno mismo, el sacrificio personal, el sentimiento de solidaridad, la compasión, la piedad. El fallo habitual de sus hipótesis consiste en afirmar no sé qué pacto de los pueblos, al menos de los pueblos domesticados, respecto a ciertos preceptos de moral, y en concluir determinando la obligación absoluta de éstos para cada uno de nosotros; o, por el contrario, tras haber aceptado la verdad de que las valoraciones difieren necesariamente según los pueblos, concluir en la ausencia de obligación de toda moral; ambas conclusiones son pueriles. Los más sutiles de estos historiadores cometen el defecto consistente en que cuando descubren y critican las opiniones, tal vez insensatas, de un pueblo respecto a su propia moral o las de los hombres respecto a toda moral humana, o bien lo relativo al origen de ésta última, sus sanciones religiosas, la superstición del libre albedrío y otras cosas por el estilo, se imaginan que con eso han criticado a la moral misma. Pero el valor de un precepto como "debes" es muy diferente e independiente de semejantes opiniones acerca del mismo precepto y de la cizaña de error que haya podido invadirlo, del mismo modo que la eficacia de una medicina es totalmente independiente de las opiniones que el enfermo tenga de ella, de que posea conocimientos científicos o prejuicios de anciana. Una moral puede haber nacido muy bien de un error; esta constatación ni siquiera ha abordado el problema de su valor. Nadie hasta ahora ha examinado, entonces, el valor de la más famosa de las medicinas, llamada moral. Esto exigiría ante todo decidirse a poner en cuestión este valor. ¡Pues bien! ¡En esto precisamente consiste nuestra empresa!

346. Nuestro interrogante.

Pero, ¿es eso lo que no entienden? Realmente costará trabajo entendernos. Buscamos palabras y quizás buscamos también oídos. ¿Quiénes somos, entonces? Si quisiéramos simplemente denominarnos con términos antiguos como ateos, incrédulos o incluso inmorales, estaríamos lejos de creer que nos hemos definido, pues somos esas tres cosas a la vez en una etapa demasiado tardía; así se comprende, comprenden ustedes, señores curiosos, lo que sentimos en el alma siendo eso. ¡No es la amargura ni la pasión del hombre desenfrenado que hace de su falta de fe una creencia, un fin y un martirio! Hemos sido afilados, nos hemos vuelto fríos y duros a fuerza de reconocer que nada de lo que sucede aquí abajo ocurre de forma divina y que, según los criterios humanos, ni siquiera pasa de un modo razonable, misericordioso y equitativo. Sabemos que el mundo en el cual vivimos no es divino, inmoral, "inhumano"; lo hemos interpretado durante demasiado tiempo de manera falsa y mentirosa, pero según nuestros deseos y nuestra voluntad de veneración, es decir, según una necesidad. ¡Pues el hombre es un animal que venera! Pero también es desconfiado. Lo más cierto de todo lo que captó nuestra desconfianza es que el mundo no vale lo que hemos creído que valía. Tanta desconfianza, tanta filosofía. Evitamos sin duda decir que el mundo tiene menos valor, hasta nos parece risible hoy que el hombre pretenda inventar valores que deban superar el valor del mundo real. Nos hemos desengañado de esto como de una aberración exuberante de la vanidad y de la sinrazón humanas, que durante mucho tiempo no ha sido reconocida en cuanto tal. Ha tenido su última expresión en el pesimismo moderno, y otra más antigua y más fuerte en la doctrina de Buda; pero también la contiene el cristianismo, bajo una forma más dudosa, es cierto, más equívoca, pero no por ello menos fascinante. En cuanto a esta actitud, "el hombre contra el mundo", el hombre como principio "negador del mundo", el hombre como medida de valor de las cosas, como juez del universo que llega a poner la vida misma en el platillo de su balanza y la calcula demasiado liviana; pues bien, hemos tomado conciencia del prodigioso mal gusto que supone toda esta actitud y nos repugna. Por eso nos reímos en cuanto vemos al "hombre y al mundo", puestos uno al lado del otro, separados por la sublime pretensión de la partícula "y". Pero, ¿qué sucede? Al reírnos, ¿no habremos dado un paso de más en el desprecio del hombre y, por consiguiente, también en el pesimismo, en el desprecio de la existencia que nos es cognoscible? ¿No habríamos caído por ello mismo en la sospecha de una contradicción, de la contradicción entre este mundo donde hasta ahora teníamos la sensación de estar en casa con nuestras veneraciones –veneraciones en virtud de las cuales tal vez soportábamos la vida–, y un mundo que no es otro que nosotros mismos? Habríamos caído, así, en la sospecha inexorable, extrema, definitiva respecto a nosotros mismos; sospecha que ejerce de forma cada vez más cruel su dominio sobre los europeos y que podría fácilmente poner a las generaciones futuras ante esta espantosa alternativa: "¡O suprimen sus veneraciones, o se suprimen ustedes mismos!" El último término sería el nihilismo; ¿pero no sería nihilismo también el primero? Este es nuestro interrogante.

347. Los creyentes y su necesidad de creer.

El grado de fuerza de un individuo (o de debilidad, por decirlo más claramente) se manifiesta en la necesidad que tiene de creer para prosperar, de contar con un elemento "estable" lo más sólido posible para apoyarse en él. Me parece que en Europa el cristianismo sigue siendo hoy necesario para la mayoría, porque en él se encuentran todavía creencias. Así es el hombre; si necesita un artículo de fe, aunque se lo desmientan de mil maneras, no dejará de considerarlo "verdadero", de acuerdo con aquella célebre "prueba de fuerza" de la que habla la Biblia. Algunos siguen necesitando la metafísica; pero está también ese impetuoso deseo de certeza que hoy estalla en las masas, bajo 'la forma científico positivista, ese deseo de querer poseer algo absolutamente estable (mientras que con el calor de ese deseo preocupa muy poco contar con argumentos propios para fundar la certeza). Todo esto manifiesta igualmente la necesidad de apoyo, de sostén, de ese instinto de debilidad que, en definitiva, no da origen a las religiones, a las metafísicas, a las convicciones de todas clases, pero las conserva. Por otra parte, todos estos sistemas positivistas están envueltos en humaredas de un negro pesimismo, que tienen algo de cansancio, de fatalismo, de desilusión, de miedo a una nueva desilusión, o manifiestan visiblemente también resentimiento, malhumor, anarquismo exasperado, junto a todos los otros síntomas o disfraces del sentimiento de debilidad. Incluso es siempre una muestra de la necesidad de una creencia, de un apoyo, de un asidero, de un sostén, la violencia con la que nuestros más inteligentes contemporáneos se pierden en miserables sectas como el patrioterismo (por designar lo que hoy en Francia llaman chauvinisme, en Alemania deutsch) o en las doctrinas de grupos estéticos, como el naturalisme parisién (que no pone en evidencia más que el aspecto de la naturaleza que inspira asco y estupor; -a este aspecto se lo llama hoy la verdad verdadera; o en el nihilismo según el modelo de San Petersburgo, es decir, en la creencia en la virtud de la falta, llevada hasta el martirio–). La creencia es siempre anhelada con más urgencia cuando falta la voluntad, pues la voluntad como pasión de mando representa el signo distintivo de la soberanía y de la fuerza. Es así cuando menos se sabe mandar y más se experimenta con urgencia el deseo de una realidad, de un ser o de una autoridad que ordene con energía, ya sea un dios, un príncipe, un estado social, un médico, un confesor, un dogma o una conciencia de partido. De este modo, es lícito concluir que las dos religiones universales, el budismo y el cristianismo, podrían deber su nacimiento y su rápida propagación a un extraordinario agotamiento de la voluntad. Y así ha sido en realidad, si estimamos que las dos religiones mostraron el deseo de un "debes" exaltado desesperadamente hasta el absurdo por la enfermedad de la voluntad. Al predicar el fanatismo en los tiempos del debilitamiento de la voluntad, ofrecieron a innumerables almas un sostén, una nueva posibilidad de querer, un placer en el ejercicio de la voluntad. Pues el fanatismo es la única "fuerza de voluntad" a la que pueden tener acceso también los débiles y los inseguros; en la medida en que hipnotiza de algún modo la totalidad del sistema intelectual que descansa en la percepción del mundo sensible, provoca la hipertrofia de un punto de vista conceptual y afectivo

particular que predomina en adelante; el cristianismo lo llamará su fe. En cuanto un hombre llega al convencimiento extremo de que ha de recibir una orden, se convierte en creyente. Por el contrario, se podría concebir una autodeterminación alegre y fuerte, una libertad en el querer, ante la cual un espíritu desecharía toda creencia y todo deseo de certeza, por haberse ejercitado manteniendo el equilibrio sobre el ligero alambre de la posibilidad, incluso bailando al borde del abismo. Un espíritu así sería el espíritu libre por excelencia.

348. Sobre el origen de los sabios.

El sabio crece en Europa en el terreno de cualquier Estado y de cualquier clase social, como una planta que no precisa un suelo específico; por eso pertenece esencial e involuntariamente a quienes tienen ideas democráticas. Pero este origen lo traiciona. Si se está un tanto ejercitado en identificar y descubrir la idiosincrasia del sabio al leer un libro o una disertación científica, –pues todo sabio tiene su propia idiosincrasia– se descubrirá en ella casi siempre la "prehistoria" del sabio, su familia y más particularmente el género de profesión y de oficio que ésta practica. Cuando expresa el sentimiento que dice "esto está ya demostrado, para mí es una cuestión resuelta", usualmente es el antepasado quien habla en la sangre y el instinto del sabio, y el que aprueba desde su punto de vista el "trabajo cumplido". En el sabio, la creencia en la prueba no es más que el síntoma de lo que una raza laboriosa consideró siempre "un buen trabajo". Pondré un ejemplo: los hijos de escribanos o de burócratas de cualquier clase, cuya tarea principal consista en clasificar un material variado, en ordenarlo en estantes y en esquematizarlo de una manera general, si llegan a sabios, muestran una especial inclinación a considerar que un problema está casi siempre resuelto cuando lo han esquematizado. Hay filósofos que no son, en última instancia, más que cerebros esquemáticos –el aspecto formal del oficio paterno se ha convertido en ellos en el contenido mismo–. El talento para clasificar y elaborar tablas de categorías revela algo; no somos impunemente hijos de nuestros padres. El hijo de un abogado seguirá siendo abogado, aunque se convierta en un hombre de ciencia, eso sí, intentará que le den la razón en sus sentencias y, en segundo lugar, quizás tener razón. Los hijos de pastores y de maestros protestantes se reconocen por la ingenua seguridad con la que, cuando son sabios, consideran que su causa está demostrada previamente, aunque no han hecho otra cosa que exponerla con osadía y con ardor; es que están acostumbrados a que les crean –lo que evidentemente formaba parte del "oficio" de sus padres–. En cambio, a lo que menos acostumbrado está un judío es a que le crean, dados su actividad de carácter comercial y el pasado de su pueblo. No hay más que considerar desde esta perspectiva a los sabios judíos; todos ellos se aplican extraordinariamente a la lógica, es decir, a lograr el consentimiento con la fuerza de argumentos convincente; saben que así vencerán, incluso cuando la repugnancia racial y social hace que no se los crea gustosamente. Nada es, indudablemente, más democrático que la lógica, la cual no hace acepción de personas y considera iguales las narices aguileñas y las rectas. (Dicho sea de paso, Europa, y en primer lugar los alemanes, raza lamentablemente insensata, que aún hoy necesita que le "laven el

cerebro", debe bastante a los judíos en lo que se refiere a la lógica y a una mayor limpieza en los hábitos intelectuales. Allí donde los judíos han ejercido influencia, han enseñado a distinguir con más sutileza, a concluir con más rigor, a escribir con más claridad y precisión. Su tarea fue siempre llevar a un pueblo "a la razón").

349. Más sobre el origen de los sabios.

Querer autoconservarse es la expresión de una situación angustiosa, de una limitación del impulso vital que aspira, por naturaleza, a extender su poder y, a causa de ello, pone en peligro la autoconservación hasta sacrificarla. Rasgo sintomático de esto es el hecho de que algunos filósofos consideren, como el tísico Spinoza, que el instinto de conservación es un principio decisivo; se trata precisamente de hombres en una situación muy extrema. El hecho de que nuestras modernas ciencias de la naturaleza estén tan influidas por el dogma spinozista (y más recientemente,y de la forma más vulgar en la línea del darwinismo con su doctrina incomprensiblemente unilateral de la "lucha por la existencia") se debe probablemente al origen social de la mayoría de estos sabios. Desde este punto de vista, pertenecen al "pueblo", sus ascendientes eran pobres, personas insignificantes muy familiarizadas con las dificultades que exige la subsistencia. Todo el darwinismo anglosajón exhala un aire similar al de las ciudades británicas superpobladas, un hedor de pobres, hecho de miseria y estrechez. Pero como sabio en el terreno de las ciencias de la naturaleza, debería saber salir de su reducto humano; en la naturaleza no reina la estrechez, sino la abundancia, el despilfarro hasta el absurdo. La lucha por la existencia no es sino una excepción, una limitación provisional de la voluntad de vivir; la lucha grande y pequeña por la existencia gravita en todos los sentidos en torno a la preponderancia, el crecimiento, la expansión, de acuerdo con la voluntad de poder que es justamente voluntad de vida.

350. En honor de los hombres religiosos.

La lucha contra la Iglesia es sin duda, entre otros aspectos, –pues significa mil cosas diversas– la lucha de las naturalezas más vulgares, más livianas, más confiadas, más superficiales contra el dominio de los hombres más graves, más profundos, más contemplativos, es decir, más malvados y más desconfiados, que estuvieron largo tiempo examinando con profunda suspicacia tanto el valor de la existencia como su propio valor; el instinto vulgar del pueblo, su alegría sensual, su "buen corazón" se rebelaron contra ellos. Toda la Iglesia romana se apoya en la suspicacia meridional hacia la naturaleza humana, que en el norte se prestó siempre al malentendido. Esta suspicacia constituía para el sur de Europa la herencia del Oriente profundo, de la antigua y misteriosa Asia y de su espíritu contemplativo. Ya el protestantismo constituyó una sublevación popular en favor de la gente buena, ingenua, confiada, superficial (en el norte se da siempre más benevolencia y simpleza que en el sur); pero fue la Revolución Francesa quien entregó por fin solemnemente y sin reservas el cetro al "buen hombre" (al cordero, al asno, a la oca, en suma, a todo lo que es de una simpleza irremediable, a todo el que vocifera y está maduro para el manicomio de las

"ideas modernas").

351. En honor de las naturalezas sacerdotales.

Creo que los filósofos se han sentido siempre muy alejados de lo que el pueblo entiende por sabiduría (¿y quién no es "pueblo" hoy?), esa amabilidad compasiva de sacerdote rural que descansa en los campos con una tranquilidad de alma prudente y bovina, y mira pasar la vida con seriedad de rumiante. Puede que ello se haya debido a que los filósofos no se sentían lo bastante "pueblo", lo bastante "sacerdotes rurales". También serán los últimos en admitir que el pueblo pueda comprender alguna vez eso que les es más extraño, esa gran pasión del que busca el conocimiento, que vive continuamente en la nube tormentosa de los problemas supremos y de las responsabilidades más pesadas, que debe vivir ahí (ya que no lo satisface una mirada externa, indiferente, segura, objetiva...). El pueblo venera a otra clase de hombres con los mayores honores, a quienes tienen una naturaleza sacerdotal, dulces, castos y serios, sencillos de espíritu, con todo lo que les es semejante. A ellos se dirige la alabanza del pueblo en su forma de venerar la sabiduría, pues con ellos iba a tener el pueblo el mayor motivo de reconocimiento en tanto estos hombres le pertenecen y han salido de él, como hombres consagrados, apartados y sacrificados a su salvación –ya que ellos se creen sacrificados a Dios–. Esos son hombres en cuya alma puede el pueblo vaciar impunemente su corazón, descargarse de sus secretos, de sus preocupaciones y de cosas peores (pues el hombre que "se comunica", se descarga de sí mismo; y el que "se confiesa", olvida). Se trata de una imperiosa necesidad, pues el alma necesita también cloacas para sus desperdicios y aguas limpias que la purifiquen, así como rápidas oleadas de amor y corazones fuertes, humildes y puros que estén dispuestos a inmolarse a este servicio de higiene privada –dado que efectivamente se trata de una auténtica inmolación, en la que el sacerdote es y sigue siendo la víctima–. El pueblo considera sabios a estos hombres inmolados y secretos, a estos hombres graves de la "fe", es decir, como los que han adquirido el saber, como hombres "seguros" frente a su propia inseguridad; ¿quién puede, entonces quitar al pueblo esta confianza y este respeto? Entre los filósofos, en cambio, incluso a un sacerdote se lo considera "pueblo", y de ningún modo un hombre de "saber", ante todo porque los propios filósofos no creen que pueda haber hombres de "saber" y porque este género de creencia y de superstición les huele a pueblo. Fue la modestia quien inventó entre los griegos la palabra "filósofo", dejando a los comediantes del espíritu la presunción y la soberbia de llamarse sabios, la misma modestia de naturalezas de un orgullo tan impetuoso y una independencia tan soberana como Pitágoras y Platón.

352. ¿En qué sentido es casi imprescindible la moral?

El hombre desnudo ofrece por lo general un aspecto vergonzoso –me refiero a los europeos (¡no a las europeas!)–. Si por la travesura de un mago, un grupo muy alegre de comensales se viera de pronto destapado y desnudo, no sólo se desvanecería su buen humor, sino que hasta perdería el apetito –por lo que parece, los europeos no podemos prescindir de ese enmascaramiento que se llama ropa–. Pero, ¿no habría razones

válidas también para disfrazarnos de "hombres morales", para cubrirnos de fórmulas morales y de nociones de decencia, en resumen, para esta forma benevolente de ocultar nuestros actos bajo las nociones de deber, de virtud, de espíritu cívico, de honorabilidad, de renuncia a uno mismo? No intento con esto que se trate de enmascarar la maldad y la bajeza humanas, la bestia feroz que hay en nosotros; mi tesis es todo lo contrario: que como animales amaestrados ofrecemos un aspecto vergonzoso y necesitamos un disfraz moral, que en Europa el "hombre interior" está lejos de ser lo bastante malvado para tener la osadía de "dejarse ver" (y para ser bello así). Convertido en un animal enclenque y enfermo, el europeo se disfraza con la moral; como es casi un aborto débil y torpe, resulta muy razonable que se "domestique"... Y este disfraz no es la ferocidad del animal de presa quien lo crea, sino el animal gregario con su profunda mediocridad, su angustia y su aburrimiento de sí mismo. Ataviado con la moral, el europeo –reconozcámoslo– tiene más garantías de distinción, de importancia, de respetabilidad. Se convierte casi en un "objeto de devoción".

353. Sobre el origen de las religiones.

La invención esencial de los fundadores de religiones consiste principalmente en establecer un determinado modo de vida, una cierta práctica moral diaria, que actúa como una disciplina de la voluntad, evitando a la vez el aburrimiento; en segundo lugar, brinda a esa vida una interpretación en virtud de la cual aparece iluminada por un valor supremo, de manera que este género de vida se convierte en un bien por el cual se lucha y al que se le ofrece la propia vida, en caso necesario. De estas dos invenciones, la segunda es, a decir verdad, más esencial; en la primera, la forma de vivir existía generalmente antes, pero entre otros géneros de vida, y sin tener conciencia de su valor implícito. La importancia y la originalidad del fundador de una religión se muestra generalmente en el hecho de que distingue esta manera de vivir, la elige, es el primero en adivinar de qué modo puede practicarse e interpretarse. Jesús (o Pablo), por ejemplo, se encontró en presencia de la vida de la gente insignificante de Roma; era ésta una vida modesta, virtuosa y llena de inquietudes; así, interpretó esa vida, otorgándole el valor y el sentido más elevados; con ello le concedió fuerza y valor para despreciar cualquier otro modo de vida, el fanatismo callado de los hermanos moravos, la confianza secreta y subterránea en uno mismo que no deja de aumentar hasta estar dispuesta a "vencer al mundo" (es decir, a Roma y a las clases superiores del Imperio). Buda encontró también a esa clase de gente, dispersa en todos los estratos de la jerarquía social de su pueblo, gente que es buena y benevolente por pereza (sobre todo inofensiva), que practica la abstinencia y vive casi sin necesidades por pereza también. Comprendió cómo esa clase de seres, en virtud de la fuerza de la inercia, debe entregarse insensiblemente a una creencia que prometa evitar la vuelta de las tribulaciones terrestres (es decir, el trabajo y la actividad en general). Su virtud consistió en "comprender" eso. El fundador de una religión se caracteriza por tener un conocimiento psicológico infalible de una determinada categoría media de almas que esperan tomar conciencia de lo que hay de común entre ellas. Él es quien las reúne

mediante dicha conciencia; en este aspecto, la fundación de una religión da siempre lugar a una inmensa fiesta en la que las almas se reconocen mutuamente.

354. Sobre el "genio de la especie".

El problema de la conciencia (más exactamente, del hecho de llegar a ser consciente) se nos presenta realmente cuando empezamos a darnos cuenta en qué medida podríamos escapar de ella; en este comienzo de la comprensión acaban de situarnos la fisiología y la zoología, las cuales han tardado dos siglos en dar alcance a la sospecha premonitoria de Leibniz. Podríamos, efectivamente, pensar, sentir, querer, recordar, e incluso "actuar", en todos los sentidos de la expresión, sin necesidad de que todo ello "entre en nuestra conciencia" (como se dice metafóricamente). Sería posible la vida entera sin que se viera reflejada, y así sucede realmente, pues, para nosotros, la mayor parte de la vida transcurre sin ese reflejo –incluyendo nuestra vida pensante, sensible y volitiva– por muy ofensivo que pueda sonar esto a los oídos de un filósofo antiguo. ¿Para qué se necesita, entonces, la conciencia, si es superflua en todo lo esencial? Pues bien, a quien quiera prestar atención a la respuesta que voy a dar aquí y al supuesto tal vez ambiguo que implica, le diré que la sutileza y la fuerza de la conciencia están siempre en función, a mi juicio, de la capacidad de comunicación de un hombre (o de un animal), y que esta facultad está en función de la necesidad de comunicarse. No quiero decir con esto que el hombre particular, que es precisamente un maestro en el arte de comunicar y explicar sus necesidades, deba verse al mismo tiempo reducido así no más a la asistencia de sus semejantes. Pero creo que respecto a razas enteras y a generaciones sucesivas, cuando la necesidad y la penuria han forzado a los hombres a comunicarse y a entenderse mutuamente con rapidez y sutileza, termina por darse un excedente de esa fuerza y de ese arte de la comunicación, algo así como un tesoro progresivamente acumulado que aguarda que el heredero haga de él un uso derrochador. Los llamados artistas son esos herederos, lo mismo que los oradores, los predicadores, los escritores; todos ellos son los últimos eslabones de una larga cadena, "nacidos tardíamente" en el mejor sentido de la palabra, derrochadores (por naturaleza). Si se considera correcta esta observación, se me permitirá continuar en el sentido de mi supuesto; la conciencia, en general, sólo ha podido desarrollarse bajo la presión de la necesidad de comunicación; desde un principio la conciencia sólo era necesaria y útil en las relaciones interpersonales, sobre todo entre el que mandaba y el que obedecía, llegando a desarrollarse en función del grado de dicha utilidad. La conciencia no es, en definitiva, más que una red de vínculos entre los hombres, y sólo en cuanto tal debió desarrollarse (si hubiera vivido aislado como un animal salvaje, el hombre habría podido pasar muy bien sin ella). El hecho de que nuestros actos, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y hasta nuestros movimientos se nos hagan conscientes no es sino el resultado del imperio espantosamente largo que un "debe" ha ejercido en el hombre; él, el animal más amenazado, necesitaba ayuda, protección, necesitaba a sus semejantes, era preciso que supiera ser inteligible para expresar su angustia –y para todo esto necesitaba antes que nada la "conciencia", incluso para "saber" lo que le hacía falta, para "saber" lo que experimentaba, para

"saber" lo que pensaba–. Es que, por decirlo una vez más, el hombre, como toda criatura viviente, piensa constantemente, aunque lo ignora; el pensamiento que llega a ser consciente no es sino una ínfima parte, y podríamos decir que la más superficial y más mediocre –pues sólo este pensamiento consciente se da a conocer con palabras, es decir, con signos de comunicación, por lo que se revela el origen de la conciencia misma–. En pocas palabras, el desarrollo del lenguaje y el desarrollo de la conciencia (no de la razón) se dan la mano. A esto se agrega que no es sólo el lenguaje quien tiende un puente entre un hombre y otro, sino también la mirada, la presión, el gesto. La toma de conciencia de nuestras impresiones sensibles, la capacidad de fijarlas y de situarlas, por así decirlo, fuera de nosotros han aumentado en proporción a la necesidad creciente de transmitirlas a otro mediante signos. El hombre, inventor de signos, es a la vez el hombre que adquiere una conciencia cada vez más aguda de sí mismo. Sólo en cuanto animal social aprendió el hombre a ser consciente de sí mismo, y sigue aprendiéndolo aún de forma creciente. Mi opinión, como puede verse, es que la conciencia no pertenece al fondo de la existencia individual del hombre, sino más bien a todo lo que hace de él una naturaleza comunitaria y gregaria; que la conciencia se ha desarrollado, de esta manera, sutilmente en relación con la utilidad comunitaria y gregaria, y que cada uno de nosotros, sí o sí, a pesar de la mejor voluntad de comprenderse individualmente todo lo posible, de "conocerse a sí mismo", no haremos sino llevar a nuestra conciencia lo no individual, lo que es "medio". Nuestro pensamiento se ve más valorado por el carácter de la conciencia –por el "genio de la especie", que reina en ella– y vuelve a traducirse según la perspectiva del rebaño. Nuestros actos son, en el fondo, íntegra e incomparablemente personales, únicos, individuales en un sentido ilimitado, eso está fuera de duda; pero ni bien los traducimos a la conciencia, dejan de parecerlo... Tal es, a mi juicio, el fenomenalismo, el perspectivismo propiamente dicho. La naturaleza de la conciencia animal implica que el mundo del que podemos llegar a ser conscientes no es más que un mundo superficial, un mundo de signos, un mundo generalizado, vulgarizado; todo lo que llega a ser consciente se vuelve al mismo tiempo chato, endeble, reducido hasta la estupidez del estereotipo gregario; toda toma de conciencia remite a una operación de generalización, de banalización, de falsificación, a una operación profundamente corruptora. Para acabar, la conciencia, por su nacimiento mismo, constituye un peligro, y quien viva entre los europeos más conscientes sabrá que es también una enfermedad. No es, como puede adivinarse, la oposición entre el sujeto y el objeto lo que aquí me preocupa; dejo esta distinción a los teóricos del conocimiento que se han dejado atrapar en los nudos corredizos de la gramática (esa metafísica para el pueblo). Menos aún es la oposición entre la "cosa en sí" y el fenómeno, pues estamos lejos de conocer lo suficiente para poder hacer esta distinción. El hecho es que no disponemos de ningún órgano propio para el conocimiento, para la "verdad"; no "sabemos" (o creemos o imaginamos) sino lo que puede ser útil al interés del rebaño humano, de la especie, y lo que aquí llamamos "utilidad" no es a fin de cuentas más que creencia, imaginación, tal vez hasta esa estupidez tan sumamente funesta por la que un día moriremos.

355. Sobre el origen de nuestra noción de "conocimiento".

La siguiente explicación me ha sido sugerida en la calle, donde oí a un poblador decir: "Me ha conocido", tras lo cual me pregunté: ¿qué entiende el pueblo por conocimiento? ¿Qué quiere cuando quiere el "conocimiento"? Yo digo que hacer que algo extraño se convierta en algo conocido. ¿Qué más entendemos por "conocimiento" los filósofos? Lo conocido es aquello a lo que estamos lo suficientemente habituados como para no asombramos, nuestra vida cotidiana, una regla cualquiera a la que estamos sometidos, todo lo que nos es familiar. ¿Cómo? ¿No será nuestra necesidad de conocimiento precisamente esa necesidad de lo ya conocido, la voluntad de encontrar entre todo lo que hay de extraño, de extraordinario, de dudoso, algo que no sea motivo de inquietud para nosotros? ¿No será el instinto del miedo el que nos incita a conocer? ¿No será el júbilo de quien adquiere un conocimiento el mismo júbilo del sentimiento de seguridad recobrado? Tal filósofo consideró que "conocía" el mundo cuando lo hubo reducido a la "Idea". ¿Pero no era porque la "Idea" le resultaba conocida y familiar, porque había dejado de tenerle miedo a la "Idea"? ¡Váyase en hora mala la suficiencia de quienes pretenden conocer! ¡Examínense desde esta perspectiva los principios y las soluciones a los enigmas del mundo que proponen! ¡Qué contentos se muestran en seguida cuando encuentran en las cosas, debajo de las cosas, detrás de las cosas algo que, por desgracia, conocemos muy bien, como la tabla de multiplicar, por ejemplo, o nuestra lógica, o incluso nuestra voluntad y nuestro deseo! Son unánimes al afirmar que "lo conocido es reconocido". Pero los más circunspectos de ellos pretenden que lo conocido sea, al menos, más fácil de reconocer que lo extraño. Ellos consideran más metódico, por ejemplo, partir del "mundo interior", de los "hechos de la conciencia", ¡porque ese es el mundo que mejor conocemos! ¡Error de los errores! Lo conocido es lo habitual, y lo habitual es lo más difícil de "reconocer", es decir, de considerar como un problema, y por consiguiente, como algo extraño, lejano, situado "fuera de nosotros"... La gran seguridad de la que dan prueba las ciencias naturales en relación con la psicología y la crítica de los elementos de la conciencia –ciencias que se podrían llamar antinaturales– se debe precisamente al hecho de que toman por objeto la realidad extraña, mientras que es casi contradictorio y absurdo querer tomar por objeto lo que no es extraño.

356. ¿En qué medida serán cada vez más "artísticas" las condiciones de vida en Europa?

La preocupación de proveer a su subsistencia sigue imponiendo hoy –en nuestra época transitoria donde se imponen tan pocas cosas– a casi todos los varones europeos un papel determinado, denominado profesión. A algunos les queda aún la libertad totalmente aparente de elegir ellos mismos ese papel, mientras que a la mayoría se le da elegido. El resultado es bastante singular. Casi todos los europeos, cuando llegan a una edad avanzada, se identifican con su papel, son víctimas de su "buena representación", han olvidado hasta qué punto el azar, el humor y la arbitrariedad dispusieron de ellos cuando decidieron su "vocación", y cuántos otros papeles hubieran

podido representar quizás, ¡pero ya es demasiado tarde! En un sentido más profundo, el papel se ha convertido realmente en un carácter, el arte se ha convertido en naturaleza. Hubo épocas en las que se creía con una confianza ciega hasta la piedad, estar personalmente predestinado para determinado oficio en particular, para tal forma de ganarse la vida, a pesar de ignorar pura y simplemente la parte que correspondía al azar, al papel, a lo fortuito. Gracias a esta creencia, toda clase de estados, de corporaciones y de privilegios profesionales hereditarios lograron levantar esas monstruosas torres sociales que caracterizan a la Edad Media, alabadas por la capacidad de duración (¡y la duración es aquí en la tierra un valor de primer orden!) Pero, a la inversa, hay épocas propiamente democráticas en las que se olvida cada vez más esta creencia, mientras pasa con atrevimiento a primer plano un punto de vista contrario al anterior; la creencia ateniense que comienza a afirmarse en la época de Pendes, la creencia americana de hoy que tiende cada vez más a convertirse en europea y según la cual el individuo está convencido de ser capaz de cualquier cosa, de estar a la altura de cualquier papel, mientras cada uno ensaya, improvisa, vuelve a ensayar a placer, desapareciendo todo lo natural y convirtiéndose en arte... Los griegos, que fueron los primeros en sustentar esta creencia en el papel –creencia de artista, si se quiere– sufrieron, como sabemos, progresivamente una extraña metamorfosis que no merece ser imitada en todos sus aspectos; se convirtieron realmente en actores; en cuanto tales, encantaron y subyugaron al universo y, en último lugar, a "la dominadora del universo" (pues fue el bufón griego quien venció a Roma y no la cultura helénica, como dicen los incautos...). Pero lo que temo, lo que hoy se vislumbra a manos llenas, siempre que se quiera captarlo, es que los hombres modernos seguimos el mismo camino, pues cada vez que un hombre empieza a descubrir hasta qué punto representa un papel, hasta qué grado puede ser actor, se convierte en actor... De esta forma, asistimos al surgimiento de una nueva fauna de individuos, que no podría crecer en épocas más firmes, más limitadas –o que son relegados "abajo", al margen de la sociedad, sospechosos de deshonor– y asistimos, digo, a épocas más interesantes y más locas de la historia donde los "actores", actores de todas las categorías, son los auténticos amos. A causa de esto, cada vez se ve más gravemente desfavorecida otra especie de hombres, hasta acabar haciéndose imposible, comenzando por los grandes "arquitectos", los grandes "constructores"; actualmente la fuerza constructora disminuye a pasos agigantados; el atrevimiento de hacer proyectos a largo plazo se ha desmoralizado, mientras empiezan a faltar los genios organizadores; ¿quién se atreve a emprender obras para cuya culminación necesitaría contar con miles de años? Se ve, efectivamente, apagarse aquella creencia fundamental en virtud de la cual un hombre puede contar, prometer, anticipar el futuro mediante sus proyectos, aportar sacrificios a estos últimos, de manera tal que no tenga valor ni sentido sino como una piedra de un vasto edificio. Por esto es preciso ante todo ser sólido, ser "piedra"... ¡Sobre todo no ser... actor! En resumen (¡ay!, ¡ya no se dirá mucho tiempo más!), lo que en lo sucesivo no se construirá, lo que no podrá construirse ya es una sociedad en el viejo sentido de la palabra. Para construir un edificio así hace falta todo, empezando por los materiales. Todos hemos dejado de ser

materiales de construcción de una sociedad; esto es una verdad que está a la orden del día. Me importa poco que actualmente la clase de hombres más miope, quizás también la más sincera, en cualquier caso la más ruidosa de hoy en día, los señores socialistas, puedan creer, esperar, soñar y, sobre todo, gritar y escribir más o menos lo contrario de lo que yo digo. Ya puede leerse en todas las mesas y en todas las paredes su palabra de futuro: "sociedad libre". ¿Una sociedad libre? ¡Muy bien! Pero, ¿con qué construirán una sociedad así? Con vigas de hierro. ¡La famosa viga de hierro! Y no simplemente de madera.

357. A propósito del viejo problema: "¿qué es alemán?".

Cuando se pasa revista a los logros propiamente dichos del pensamiento filosófico, cuyo mérito corresponde a mentes alemanas, ¿sería legítimo en algún sentido atribuirlos al conjunto de la raza? ¿Podríamos decir que son, al mismo tiempo, obra del "alma alemana", o al menos un síntoma suyo, en el sentido en que acostumbramos a considerar la ideo manía de Platón, su delirio casi religioso por las formas como un acontecimiento y una manifestación del "alma helénica"? ¿O será cierto lo contrario? ¿Serían estos logros del pensamiento tan individuales y excepcionales para el espíritu de la raza como lo fue, por ejemplo, el paganismo de Goethe con su buena conciencia, o como lo es entre los alemanes el maquiavelismo de Bismarck, con su buena conciencia y su pretendida "política realista"? ¿Irían en contra incluso nuestros filósofos de las necesidades del "alma alemana"? ¿Eran realmente, en definitiva, alemanes los filósofos alemanes? Recordaré tres casos. En primer lugar, la lucidez incomparable de Leibniz, quien tenía razón al afirmar no sólo contra Descartes, sino contra todo lo que se había filosofado hasta él, que la conciencia no es más que un accidente de la representación, no su atributo necesario y esencial y que, en consecuencia, lo que llamamos conciencia, lejos de ser nuestro mundo espiritual y psíquico, no constituye más que un estado de éste (tal vez un estado de enfermedad). ¿Denota algo alemán este pensamiento, cuya profundidad dista hoy de estar agotada? ¿Hay razones para dudar de que un latino haya podido fácilmente desembocar en esta inversión de la apariencia? Porque esto es efectivamente una inversión. Recordemos, en segundo lugar, el prodigioso signo de interrogación que colocó Kant junto a la noción de "causalidad" –no que hubiese discutido la legitimidad de esta noción como hizo Hume–. Así, empezó más bien a delimitar prudentemente el terreno en cuyo interior sigue teniendo sentido esta noción (aún estamos lejos de haber acabado esta delimitación). Consideremos, en tercer lugar, la sorprendente sacudida que provocó Hegel en todos los hábitos y recreos de la lógica, cuando se atrevió a enseñar que las nociones específicas se desarrollan la una de la otra, tesis por la cual los espíritus europeos se vieron preparados para afrontar el último de los grandes descubrimientos científicos, el darwinismo –pues sin Hegel no hubiera existido Darwin–. ¿Hay algo de alemán en esta innovación hegeliana que introdujo por vez primera la "evolución" en las ciencias? Sí, sin duda alguna. En los tres casos citados sentimos que se ha "revelado, adivinado" algo de nuestra propia naturaleza y, a la vez, estamos sorprendidos y agradecidos; cada una de estas tres tesis constituye un fragmento

considerable del conocimiento, de la experiencia y de la autocomprensión del alma alemana. Con Leibniz sentimos que "nuestro mundo interior es mucho más rico, más extenso, más oculto"; como alemanes dudamos con Kant del valor definitivo de los conocimientos científicos y de todo lo que se deja conocer mediante la causalidad; lo cognoscible nos parece en cuanto tal de menos valor. Los alemanes somos hegelianos, aunque Hegel no hubiera existido nunca, en la medida en que (en contra de todos los latinos) atribuimos instintivamente al desarrollo y a la evolución un significado más profundo, un valor más rico que a lo que "es" –por eso apenas creemos en la legitimidad de la noción de "ser"–. Somos hegelianos en la medida en que no nos inclinamos a considerar que nuestra lógica humana es la lógica en sí, la única clase de lógica (más bien quisiéramos estar convencidos de que ésta no es mas que un caso especial, el más raro y estúpido tal vez). Una cuarta cuestión sería saber si Schopenhauer con su pesimismo, es decir, con el problema del valor de la existencia, debía necesariamente ser un alemán. Yo no lo creo. El acontecimiento después del cual cabía esperar con certeza este problema, aunque un astrónomo del alma habría podido calcular anticipadamente el día y la hora, el ocaso de la creencia en el Dios cristiano, la victoria del ateísmo científico, constituye un acontecimiento europeo global, cuyo mérito y honor deben compartir todas las razas. En cambio, sería a los alemanes, a esos alemanes contemporáneos de Schopenhauer, a quienes habría que atribuir con justicia el hecho de haber retrasado de una forma larga y peligrosa esta victoria del ateísmo. Hegel, especialmente, fue por excelencia quien la retrasó, por el grandioso intento que emprendió de convencernos de la divinidad de la existencia, en última instancia, por medio de nuestro sexto sentido, el "sentido histórico". Schopenhauer fue, como filósofo, el primer ateo declarado e inflexible que se cuenta entre los alemanes; éste era el verdadero motivo de su hostilidad con Hegel. El carácter no divino de la existencia era para él algo inmediato, tangible, indiscutible; perdía su sangre fría de filósofo y se indignaba cada vez que veía dudar y especular a alguien respecto a este tema. En esto radica su honradez; el ateísmo incondicional y sincero es, efectivamente, la condición previa de su forma de plantear los problemas, como una victoria final de la conciencia europea duramente alcanzada, como el acto más rico, en consecuencia, de una disciplina doblemente milenaria del espíritu de verdad que acaba prohibiéndose la mentira de la creencia en Dios. Se comprende, en definitiva, que lo que venció al Dios cristiano fue la propia moral cristiana, la noción de veracidad tomada en un sentido cada vez más riguroso, la sutileza de la conciencia cristiana desarrollada por los confesores, traducida y sublimada en conciencia científica, hasta la limpieza intelectual a cualquier precio. Considerar a la naturaleza como si fuese una prueba de la bondad y de la protección de Dios; interpretar la historia a mayor gloria de la razón divina, como testimonio perpetuo de la finalidad moral del orden universal; interpretar sus propias experiencias vividas como lo habían hecho personas piadosas desde largo tiempo atrás, como si todo no fuera más que el don, el signo, el aviso de la Providencia, como si todo debiese concurrir en la salvación del alma por el amor, todo esto, digo, constituyen cosas ya acabadas, contrarias a la conciencia, algo que todas las conciencias más sutiles consideran hoy indecencia, mala fe, impostura, afeminación,

debilidad, cobardía. En virtud de este rigor, si ha de ser en virtud de Ligo, somos efectivamente buenos europeos, herederos del autodominio más duradero y valiente del que haya dado prueba Europa. Ahora bien, tan pronto como rechazamos lejos de nosotros la interpretación cristiana y consideramos su "significado" como moneda falsa, nos asalta la pregunta de Schopenhauer de la manera más terrible: ¿ tiene la existencia algún sentido? Cuestión que necesitará varios siglos para ser percibida en toda su profundidad. La respuesta que le dio el propio Schopenhauer –pido perdón por lo que voy a decir– era algo precipitada, juvenil, una forma de transacción, un quedarse atascado en las perspectivas morales, en las del ascetismo cristiano precisamente, en las que no se creía desde el mismo momento en que desapareció la fe en Dios... Pero planteó la cuestión (como buen europeo, ya lo he dicho, y no como alemán). ¿O han dado pruebas los alemanes de que este problema les perteneciera íntimamente, de su afinidad con él, de la necesidad que tenían de que se planteara, al menos por la manera que han tenido de asimilar la cuestión schopenhaueriana? El hecho de que después de Schopenhauer se haya meditado y comentado también en Alemania –en una fecha por lo demás bastante tardía– el problema que él planteó alcanza para decidir en favor de esta pertenencia; se podría incluso invocar en contra de esto la torpeza singular del pesimismo posterior a Schopenhauer; era evidente que en esta ocasión los alemanes no se encontraban en su elemento. Con esto no hago alusión a Eduard von Hartmann; por el contrario, hoy estoy lejos de haber abandonado mi antigua sospecha respecto a él, porque lo considero demasiado hábil para nosotros. Quiero decir que como astuto y chistoso tal vez no hiciera otra cosa desde el principio que burlarse del pesimismo alemán, y hasta podría incluso, a fin de cuentas, "delegar" en testamento a los alemanes la manera como lo hizo en plena época de las fundaciones. Pero yo pregunto: ¿será preciso citar en honor de los alemanes a la vieja perinola ronroneante de Bahnsen, que se pasó la vida dando vueltas con deleite en tomo a su miserable dialéctica realista y a su "mala suerte personal"? ¿Es eso alemán por casualidad? (Recomiendo de paso sus escritos, como remedio antipesimista, que yo mismo he practicado, principalmente por su elegancia psicológica y su eficacia, creo yo, contra la indisposición más obstinada del alma y del cuerpo.) ¿O podríamos contar entre los verdaderos alemanes a esa clase de diletantes y solteronas como Mainländer, el dulce apóstol de la virginidad? Para acabar, tendríamos que enfrentarnos con un judío (todos los judíos se ponen empalagosos cuando moralizan). Ni Bahnsen, ni Mainländer, ni sobre todo Eduard von Hartmann aportan un dato cierto a la cuestión de saber si el pesimismo de Schopenhauer, su mirada horrorizada por un mundo despojado de todo carácter divino, que se ha vuelto estúpido, ciego, loco, sospechoso, ese leal horror de Schopenhauer... constituyen no sólo un caso de excepción entre los alemanes, sino incluso un acontecimiento alemán; mientras que todo lo que se produce en primer plano, nuestra valiente política, nuestro alegre patriotismo que considera todas las cosas según un principio tan poco filosófico como "Alemania, Alemania por encima de todo", por consiguiente sub specie speciei, es decir, sub specie de la species alemana, prueba indudablemente lo contrario. ¡No, los alemanes de hoy no son de ningún modo pesimistas! Y por decirlo una vez más, Schopenhauer era pesimista,

como buen europeo, no como alemán.

358. La sublevación de los campesinos en el terreno del espíritu.

Los europeos nos encontramos frente a un inmenso conjunto de ruinas, en el que se alzan aún varias obras elevadas, en el que subsisten muchas cosas carcomidas y de aspecto inquietante, mientras que la mayor parte se ha hundido y cubre el suelo plagado de malezas, grandes y pequeñas, produciendo en su totalidad un efecto muy pintoresco. ¿Dónde hubo nunca ruinas más bellas? Esta ciudad en ruinas es la Iglesia. Observamos la sociedad religiosa del cristianismo sacudida hasta sus últimos cimientos. La fe en Dios ha sido derribada, demolida, mientras que la creencia en el ideal ascético cristiano libra precisamente su último combate. Un edificio tan paciente y sólidamente construido como el cristianismo –¡fue el último edificio romano!– no podía evidentemente ser destruido de un solo golpe; ha sido necesaria toda clase de temblores de tierra, toda clase de espíritus para perforar, cavar, roer, ablandar y desintegrar. Pero lo más extraño es que quienes se han esforzado en mantener el cristianismo, en conservarlo, se han convertido en sus mejores destructores: los alemanes. Parece que los alemanes no entienden la esencia de una iglesia. ¿Será que no son lo suficientemente espirituales y desconfiados? El edificio de la Iglesia descansa en todo caso sobre una libertad y una generosidad espirituales propiamente meridionales y, a la vez, sobre una desconfianza también austral hacia la naturaleza, el hombre y el espíritu; descansa en un conocimiento del hombre, una experiencia de los hombres, absolutamente distintos de los que se tienen en el norte. La reforma luterana fue en toda su extensión la revolución indignada de la simplicidad contra lo "matizado", por hablar con prudencia; un malentendido tosco, ingenuo, donde hay mucho que perdonar. No se entendía1a-expresión de una Iglesia victoriosa y no se veía en ella más que corrupción; se juzgó mal el escepticismo aristocrático, ese lujo de escepticismo y de tolerancia, que se permite todo poder victorioso, seguro de sí mismo... Hoy vemos con toda claridad cómo Lutero, en todas las cuestiones cardinales del poder, actuó de forma nefasta, superficial, sin discernimiento, aturdido, como hombre de pueblo a quien le faltaba la herencia de una casta dominante, todo instinto de poder, hasta el extremo de que su obra, su voluntad de reconstruir el edificio romano, fue, involuntaria e inconscientemente en su origen, una empresa destructora. Se puso a desligar y a desgarrar con verdadera ira lo que la vieja araña había tejido con más laboriosidad y paciencia. Entregó a todo el mundo los libros sagrados, que llegaron a manos de los filósofos, es decir, de los destructores de toda creencia basada en libros. Al rechazar la fe en la inspiración de los concilios destruyó la idea de "Iglesia", la cual conserva su fuerza suponiendo previamente que el espíritu inspirador que la fundó continúa viviendo en ella, construyendo y prosiguiendo la edificación de su morada. Devolvió al sacerdote la relación sexual con la mujer; pero las tres cuartas partes del respeto que el pueblo, sobre todo la mujer del pueblo, es capaz de tener, se basa en la creencia de que un hombre que es excepcional en ese aspecto no lo será menos en otros puntos. Aquí precisamente la creencia popular en algo sobrehumano en el hombre, en el milagro, en Dios redentor en el hombre, había encontrado al defensor

más sutil y fascinante. Lutero, después de haber devuelto la mujer al sacerdote, debía retirarle la facultad de escuchar confesiones, lo que psicológicamente era justo; con este hecho quedó, en definitiva, suprimido el sacerdote cristiano, cuya utilidad más profunda había sido siempre ser un oído santo, un pozo de silencio, una tumba para los secretos. Bajo fórmulas como "cada uno es sacerdote de sí mismo" y su astucia de campesino se escondía el odio profundo de Lutero al “hombre superior" como lo había concebido la Iglesia. De este modo, destruyó un ideal que no había podido alcanzar, mientras parecía que estaba combatiendo y aborreciendo la degeneración de dicho ideal. En realidad, este monje imposible rechazó lejos de sí el dominio de los hombres religiosos, con lo que hacia el interior del orden eclesiástico no hizo otra cosa que suscitar lo que con tanta intolerancia combatía en el orden civil: una "sublevación de campesinos". En cuanto a todo lo bueno y lo malo que haya surgido a partir de su Reforma, que puede más o menos valorarse hoy, ¿quién será lo bastante ingenuo para pretender simplemente alabar o censurar a Lutero por semejantes consecuencias? Él es inocente de todo, no sabía lo que hacía. El aplanamiento del espíritu europeo, principalmente en el norte, su exceso de bondad, si se prefiere decirlo con un término moral, dio un prodigioso paso hacia delante gracias a la Reforma luterana, eso está fuera de duda. También se desarrollaron, en virtud de ella, la movilidad y la inquietud del espíritu, su sed de independencia, su creencia en el derecho a ser libre, su "naturaleza". Si, como último aspecto, queremos concederle el mérito de haber preparado y favorecido lo que hoy honramos como "ciencia moderna", hay evidentemente que añadir que la Reforma contribuyó a la degeneración del sabio moderno, a su falta de respeto, de pudor y de profundidad, a toda esa confianza y bondad en las cosas del conocimiento, en última instancia, a ese espíritu plebeyo que caracteriza a los dos últimos siglos y del que no nos ha redimido aún en modo alguno el pesimismo reciente. También las "ideas modernas" demuestran aún esa sublevación de campesinos en el norte contra el espíritu más frío, más equívoco, más desconfiado del sur, cuyo monumento más grandioso es la Iglesia cristiana. No olvidemos, en definitiva, lo que representa una Iglesia, principalmente por oposición a cualquier "Estado"; una Iglesia es ante todo una estructura de dominio que asegura al hombre más espiritual el rango supremo y que cree en el poder de la espiritualidad, a fin de prohibirse todo recurso a medios de violencia más toscos; sólo por eso, la Iglesia es, en todos los sentidos, una institución más noble que el Estado.

359. La venganza sobre el ingenio y otros motivos secretos de la moral.

¿Dónde creen que encuentra la moral sus defensores más temibles y audaces? Analicemos a un hombre descastado que no tiene el suficiente ingenio como para deleitarse con él, ni demasiada poca cultura como para ignorarlo; un hombre aburrido, asqueado, lleno de autodesprecio; un hombre que lamentablemente tiene algo de dinero, por lo cual se ve privado del último consuelo, de la "bendición del trabajo", del olvido de sí mismo en el "trabajo cotidiano"; ese hombre que se avergüenza de su existencia –que además tal vez esconda varios vicios pequeños– y que, por otra parte, se va corrompiendo sin poderlo remediar progresivamente, volviéndose de manera

continua más susceptible por el contacto con libros que no tiene derecho a leer, o con una sociedad demasiado inteligente como para que él la pueda digerir; ese hombre totalmente envenenado –pues el ingenio, la cultura, la fortuna, la soledad, todo se vuelve veneno para tales seres descastados–, ese hombre, digo, acaba cayendo en un estado habitual de venganza, de voluntad de venganza..., ¿de qué creen que tiene necesidad, absoluta necesidad, para procurarse una apariencia de superioridad respecto a hombres más inteligentes, para darse el placer de la venganza cumplida, al menos en la imaginación? Será siempre, sin temor a equivocarme, de la moral; siempre las grandes palabras moralizantes, siempre pronunciando con estridencia términos como justicia, prudencia, santidad, virtud, siempre la actitud estoica (¡qué bien oculta el estoicismo lo que no se tiene!); siempre la capa del silencio discreto, de la afabilidad, de la mansedumbre, y no sé qué otras capas de cosas ideales, bajo las cuales se pasean los autodespreciadores incurables y los vanidosos incurables. Que no se malinterprete lo que digo. De esta clase de enemigos natos del ingenio procede a veces ese raro tipo de hombres que el pueblo honra con el nombre de santos o de sabios; de este tipo de hombres surgen monstruos de la moral que causan alboroto, que hacen la historia –San Agustín es uno de ellos–. El miedo al ingenio, la venganza contra el ingenio –¡oh, cuántas veces estos vicios llenos de fuerza impulsora se han convertido en raíces de virtudes y hasta en la virtud misma!– Y ahora entre nosotros, preguntémonos si incluso esa pretensión de los filósofos por la sabiduría, que a veces se ha expresado en un lugar u otro de la tierra, como la pretensión más loca y presuntuosa, ¿no ha sido siempre hasta hoy, tanto en la India como en Grecia, ante todo un escondite? A veces a lo mejor, desde el punto de vista pedagógico que santifica tantas mentiras, esa pretensión por la sabiduría era preconizada como una especie de tierna solicitud hacia seres que están creciendo y desarrollándose, hacia discípulos a los que a menudo hay que tratar de defender de sí mismos mediante la creencia en la persona (mediante un error)... Pero en los casos más frecuentes será el refugio donde se retira el filósofo, cansado, helado por la edad, endurecido, en la medida que esto traduce el sentimiento del fin próximo, la inteligencia de ese instinto que tienen los animales ante la muerte –se apartan, se quedan en silencio, se refugian en cuevas, se vuelven sabios–. ¿Cómo? ¿Será la sabiduría un refugio del filósofo para ocultarse... del ingenio?

360. Dos clases de causas que se confunden.

Creo que uno de mis adelantos y progresos más esenciales es que he aprendido a distinguir la causa de la acción de la causa de determinada forma de acción, de la acción con tal fin. La primera clase de causa es una cantidad de causas acumuladas que esperan ser empleadas de cualquier forma, con cualquier fin; la segunda clase, en cambio, comparada con esta fuerza disponible, es algo totalmente insignificante, una pequeña eventualidad por la que dicha cantidad "se descarga" de una determinada manera; el fósforo en relación con el barril de pólvora. Entre estas pequeñas casualidades, estos fósforos, incluiré todos los pretendidos "fines", así como las "vocaciones" mucho más pretendidas aún; son relativamente fortuitas, arbitrarias, casi indiferentes con relación a la inmensa carga de fuerza que, como he dicho, surge para

ser usada de cualquier manera. Comúnmente se considera esto desde otro ángulo; se está acostumbrado a ignorar la fuerza impulsora más que en la meta misma (fines, profesiones, etc.) según un error muy antiguo, pero la meta no es más que la fuerza directiva, por lo que se ha confundido al piloto con el barco. Incluso no siempre el piloto es la fuerza directiva... ¿No son la "meta" y el "fin" a menudo una embellecedora excusa, una ceguera suplementaria de la vanidad, que no quiere saber que el navío no hace más que seguir la corriente en la que se ha metido por casualidad, que "quiere" ir en ese sentido porque se ve arrastrado hacia él, que tiene sin duda una dirección, pero de ningún modo alguno un piloto? Nos falta aún una crítica de la idea de "fin".

361. A propósito del problema del actor.

El problema del actor es uno de los que más han preocupado desde hace mucho tiempo. Yo dudaba (y a veces continúo haciéndolo) de si éste es el único punto de partida que permite llegar a la peligrosa idea de "artista" –idea que ha sido tratada hasta ahora con una benevolencia imperdonable–. La falsedad con buena conciencia, el placer de simular estallando como una fuerza, haciendo retroceder a lo que llamamos "carácter", sumergiéndolo a veces hasta acabar con él; el deseo interior de tomar una máscara y entrar en un papel, en una apariencia; un excedente de facultades de adaptación de toda clase que ya no puede satisfacerse sirviendo estrictamente a la utilidad inmediata... ¿no es todo esto únicamente lo que constituye al actor en sí? Este instinto se desarrollará con más facilidad en aquellas familias pobres del pueblo que, por presiones y complicaciones diversas, deben asegurarse el sustento en rigurosa servidumbre, administrar su alimentación según sus bolsillos, adaptarse con flexibilidad a circunstancias siempre cambiantes, mostrar actitudes nuevas, llegar de a poco a ser capaces de "llevar la capa al capricho del viento", hasta convertirse incluso en capa como maestros de ese arte asimilado y encarnado del eterno juego del escondite que en los animales se llama mimetismo, etc.,... hasta que al fin toda esta capacidad acumulada durante generaciones se hace tiránica, irrazonable, indomable y aprende instintivamente a mandar a los otros instintos, engendrando al actor, al "artista" (comenzando por el bufón, el charlatán, el payaso, el clon, la clásica figura del criado, de Gil Blas –pues en estos tipos se encuentra la prehistoria del artista y bastante a menudo incluso la del "genio"–). En condiciones sociales más elevadas se desarrolla igualmente bajo presiones semejantes una clase de individuo análoga, con la excepción de que en este caso el instinto histriónico es frenado frecuentemente por otro instinto, el "diplomático" –aunque me inclino a creer que, si le estuviera permitido, un buen diplomático haría un buen papel como actor–. En lo que respecta a los judíos, el pueblo del arte de la adaptación por excelencia, estamos predispuestos en este orden de ideas a ver en ellos por encima de todo una empresa, por así decirlo, de alcance histórico universal para la formación de actores, un semillero propiamente dicho de actores. Esta cuestión tiene plena actualidad; ¿qué buen actor no es hoy judío? El judío, del mismo modo, como escritor de nacimiento, como dominador efectivo de la prensa europea, ejerce este poder que le es propio en virtud de su capacidad de actor, pues el escritor es esencialmente actor –representa el papel de "competente", de

"especialista"–. Por último, las mujeres. Pensemos en toda la historia de la mujer, que supuestamente deben ser actrices por sobre todas las cosas. Oigamos a los médicos que han hipnotizado a mujeres para acabar constatando que amarlas es ¡dejarse hipnotizar por ellas! ¿Qué resulta siempre de esto? Que hasta cuando se entregan están "representando". ¡Es tan artista la mujer!

362. Nuestra creencia en una virilización de Europa.

Debemos a Napoleón (y de ningún modo a la Revolución Francesa que buscaba la "fraternidad" de los pueblos y el florecimiento de efusiones afectivas universales) que debamos esperar de ahora en más una sucesión de siglos bélicos sin precedente en la historia; en pocas palabras, le debemos haber entrado en la era clásica de la guerra, de la guerra científica y popular al mismo tiempo, de la mayor envergadura (en cuanto a medios, talentos, disciplina). Este período será estudiado por los siglos futuros con envidia y respeto, como un ejemplar perfecto; el movimiento nacional del que procederá esta gloria bélica no es sino un contragolpe de la acción misma de Napoleón, por lo que sin él no habría podido producirse. Algún día se reconocerá a Napoleón el mérito de haber restituido al hombre en Europa, la superioridad sobre el hombre de negocios y el filisteo; quizás incluso sobre "la mujer", a quien el cristianismo, el espíritu entusiasta del siglo XVIII y las "ideas modernas" no han dejado de halagar. Napoleón, que considera a la civilización con sus ideas modernas como una enemiga personal, se consagró mediante esta hostilidad como uno de los mayores continuadores del Renacimiento; él fue quien reveló un fragmento entero de naturaleza antigua, el fragmento decisivo quizás, el fragmento de granito. Y quién sabe si este fragmento de naturaleza antigua no llegará a superar igualmente al movimiento nacional, para heredar y continuar en sentido afirmativo el esfuerzo de Napoleón, quien, como sabemos, quería una Europa unida que fuese dueña del mundo.

363. Cómo cada sexo tiene sus prejuicios acerca del amor.

A pesar de todas las concesiones que estoy dispuesto a hacer al prejuicio monogámico, no aceptaré nunca que se hable de una igualdad de derechos en el amor entre el hombre y la mujer, porque no existe. Esto implica que el hombre y la mujer entienden cada uno a su vez cosas diferentes por el término "amor" –y una de las condiciones del amor entre los dos sexos es que uno no presuponga en el otro el mismo sentimiento, la misma idea de "amor"–. Está bastante claro lo que la mujer entiende por amor: perfecta entrega (no sólo abandono) del cuerpo y del alma sin limitaciones ni reservas; la idea de una entrega condicionada y casual es para la mujer motivo de vergüenza y de terror. Dada esta carencia de condiciones, su amor' es una creencia, la única que tiene la mujer. Cuando el hombre ama a una mujer, exige de ella precisamente ese amor, por lo que él está totalmente alejado de este principio previo del amor femenino. Suponiendo que existieran también hombres a quienes no les resultara extraño el deseo de abandono total, éstos no serían hombres. Un hombre que ama a una mujer se convierte en esclavo; pero una mujer que ama como mujer se convierte en una mujer más perfecta... La pasión de la mujer en su renuncia absoluta

a los derechos propios presupone precisamente que no existe en el amante un pathos, una voluntad de renuncia idénticos, pues si ambos renunciasen igualmente a sí mismos por amor, resultaría... ¿qué sé yo?, tal vez un espacio vacío. La mujer quiere ser tomada y aceptada como propiedad, quiere fundirse en la idea de "propiedad", de "ser poseída"; por consiguiente, desea que un hombre la agasaje, que no se deje estar ni se abandone, puesto que, por el contrario, debe enriquecer su "yo" mediante un aumento de fuerza, de felicidad y de creencia –esto constituye lo que la mujer le da cuando se entrega a él–. La mujer se abandona, el hombre se enriquece; creo que ningún contrato social ni la mejor voluntad de justicia permitirán nunca superar este antagonismo natural, por deseable que pueda ser no estar constantemente contemplando todo lo que ese antagonismo tiene de duro, de terrible, de enigmático y de inmoral. Pues el amor, entendido en su totalidad, su grandeza, su plenitud, es naturaleza y en cuanto tal algo eternamente "inmoral". La fidelidad, según esto, está incluida en el amor de la mujer, brota de la noción misma de este amor; en el hombre puede fácilmente crecer después de su amor, por gratitud, por una idiosincrasia de su gusto o por una llamada afinidad electiva, pero no pertenece a la esencia de su amor –tan poco forma parte de ella que sería lícito hablar de una contradicción natural entre el amor y la fidelidad en el hombre–. Este amor varonil no es sino una voluntad de tener y no una renuncia ni un abandono, pues la voluntad de tener acaba por lo general cuando se tiene la posesión... Realmente, en el hombre, que raras veces y muy tarde reconoce ante sí mismo este atener", lo que hace que subsista su amor es la sed más sutil y recelosa de poseer, de manera que es posible incluso que aumente todavía después del abandono de la mujer, ya que no acepta fácilmente que una mujer no tenga nada que "entregarle".

364. Habla el ermitaño.

El arte del trato con la gente se basa esencialmente en la habilidad (lo que supone un largo ejercicio) de aceptar, de tomar una comida cuya preparación culinaria no inspira confianza. Si uno se sienta a la mesa con un hambre de perros, todo resultará fácil ("la peor compañía te hace sentir", como dice Mefistófeles); ¡pero no tenemos ese hambre terrible cuando queremos! ¡Ay! ¡Son tan difíciles de digerir nuestros semejantes! Primer principio: como cuando se trata de una desgracia, acudir con toda valentía, servirse con resolución, admirarse de uno mismo, masticar la repugnancia, tragarse el asco. Segundo principio: "mejorar" al prójimo, en caso necesario mediante algún elogio que lo haga destilar felicidad por su causa, o bien sacar por la punta una de sus cualidades buenas o "interesantes" hasta que salga toda su virtud para envolver su semblante en los pliegues de aquélla. Tercer principio: autohipnotización. Fijar la vista en el objeto de trato como en un botón de cristal hasta que cese toda sensación de placer o de dolor; dormirse imperceptiblemente, ponerse rígido, y adquirir compostura. Este es un remedio casero practicado en la vida conyugal y en la amistad, debidamente comprobado, considerado indispensable, pero que no ha encontrado todavía su definición científica. Su nombre vulgar es... paciencia.

365. Habla el ermitaño otra vez.

También nosotros mantenemos relaciones con "personas", también nosotros nos ponemos modestamente el traje con el cual (y como el cual) se nos conoce, estima y busca. Vestidos así, nos presentamos en sociedad, es decir, entre personas disfrazadas que no quieren que se les diga que lo están. También nosotros actuamos con máscaras discretas y nos deshacemos de toda curiosidad que trate de ir más allá de los límites de nuestro "disfraz". Pero hay otras artimañas para "tratar" con la gente entre la gente; por ejemplo, vestirse de fantasma –lo cual es muy recomendable si queremos desembarazarnos pronto de ellos y asustarlos–. Probemos; extienden la mano sobre nosotros y no nos pueden agarrar. Eso asusta. O bien pasamos a través de una puerta cerrada, o cuando están las luces apagadas o incluso cuando estamos muertos. Este último recurso es por excelencia el del hombre póstumo. ("¿Qué creen, eh? –decía un día uno de éstos con impaciencia–. No íbamos a estar de buen humor soportando este aislamiento, este frío, este silencio sepulcral, toda esta soledad subterránea, escondida, muda, ignorada, que en nuestro caso se llama vida y que también podría llamarse muerte, si no supiéramos lo que nos sucede, puesto que sólo después de la muerte llegamos a nuestra vida y nos convertimos en seres vivos. ¡Oh, muy vivos! ¡Nosotros, los hombres póstumos!")

366. A la vista de un libro erudito.

No soy de los que sólo tienen ideas entre los libros, en contacto con libros; de hecho, estoy acostumbrado a pensar al aire libre, caminando, saltando, escalando, bailando, sobre todo en montes solitarios o muy cerca del mar, allí donde hasta los caminos se demuestran ensimismados. Mis primeras preguntas para juzgar el valor de un libro, de un hombre, de una música son: "¿Sabe caminar?, mejor aún, ¿sabe bailar?" Rara vez leo, sin que esto signifique que lea peor.

¡Ah! ¡Qué pronto adivino cómo le han llegado al autor sus ideas, allí sentado, delante del tintero, con el vientre oprimido y la cabeza inclinada sobre el papel! ¡Pero qué pronto también acabo con su libro! La obra se resiente de los intestinos comprimidos del autor, no hay posibilidad de engaño, como tampoco de la atmósfera cargada, de la poca altura del techo y de la pequeñez de la habitación. Esto era lo que sentía cuando terminaba de cerrar un libro honrado y erudito, quedando agradecido, muy agradecido, pero también un tanto aliviado... El libro de un erudito desprende siempre algo que oprime, algo oprimido. Por alguna parte se trasluce el "especialista", su celo, su seriedad, su cólera, su estimación exagerada del rincón donde está sentado bordando y, por último, su joroba –todo especialista tiene joroba–. El libro de un erudito refleja también un alma arqueada; todo oficio nos vuelve arqueados. Basta volver a ver a nuestros amigos de juventud, una vez que se han hecho de su ciencia. ¡Ah!, ¡qué cierto es siempre también lo contrario! ¡Son ellos quienes han sido invadidos y poseídos por la ciencia para siempre! Pegados a su rincón, descompuestos hasta resultar irreconocibles, esclavizados, desequilibrados, flacos y angulosos, salvo en un lugar donde son extraordinariamente redondos –cuando los encontramos así, nos

acongojamos y guardamos silencio–. Cualquier oficio, aunque tenga un suelo de oro, tiene también un techo de plomo que no cesa de oprimir al alma hasta arquearla y convertirla en algo extraño. Nada se puede cambiar. Sobre todo no se crea que se puede evitar esta deformación mediante algún procedimiento pedagógico. Toda clase de maestría se paga muy cara en este mundo, donde tal vez todo se paga muy caro. Se llega a dominar un oficio al precio de ser víctima de él. Pero a ustedes les gustaría que fuese de otro modo –"a un precio más bajo", sobre todo con más comodidad, ¿no es así, señores contemporáneos míos? –Pues, ¡manos a la obra! Pero conseguirán algo distinto; en lugar del artesano y del maestro, tendrán al escritor, al flexible escritor que "sabe de todo un poco", a quien le falta sin duda la joroba –a excepción de la que se forma al doblar el espinazo ante ustedes, como dependiente de la tienda del ingenio y "mantenedor" de la cultura–, al escritor que no es nada a fin de cuentas pero "representa" a casi todo, que hace el papel de "competente", "ocupando su lugar", y que incluso se llena de modestia para hacer que le paguen, lo honren y lo agasajen, en lugar del competente. ¡No, mis queridos eruditos! ¡Los bendigo hasta por su joroba! ¡Y también por el desprecio que muestran a ese parásito de la cultura que es el escritor! ¡Porque ustedes son incapaces de traficar con el talento! ¡Por todas sus opiniones que no pueden pagarse con dinero! ¡Por no representarse más que a ustedes mismos! Los bendigo porque su único deseo es ser maestros en su oficio por respeto a toda maestría y a toda capacidad, y rechazan todo lo que no es más que apariencia, inauténtico, fachada, virtuosismo vano, demagogia, farsa en las letras y en las artes; ¡todo lo que no podría dar pruebas de una probidad absoluta en su disciplina y en su aprendizaje! (Ni siquiera el genio compensa semejante carencia, por más que sepa disimular al respecto; esto se ve rápidamente si se ha podido observar de cerca el trabajo de nuestros pintores y músicos mejor dotados, pues todos, casi sin excepción, están llenos de astucia para las fantasías, las maneras, los subterfugios y hasta los principios, y saben adquirir artificialmente, llegado el caso, la apariencia de esa probidad, de esa formación y de esa cultura sólidas, sin engañarse a sí mismos, sin tener que estar continuamente reduciendo al silencio a su mala conciencia. Porque, ya saben, todos los grandes artistas modernos sufren de mala conciencia...)

367. Primera distinción que se ha de hacer en materia de obras de arte.

Todo lo que se concibe, todo lo que se imagina poéticamente, lo que se pinta o se compone en música, o incluso se construye y se forma pertenece al arte del monólogo o pertenece al arte ante testigos. En esta última categoría hay que incluir también ese aparente arte del monólogo que implica la creencia en Dios, toda la lírica de la oración, pues para un espíritu piadoso nunca se está solo –este último descubrimiento lo hemos hecho nosotros, los ateos–. No conozco en toda la óptica del artista una diferencia más profunda que aquella en la que ve progresar su obra desde el punto de vista del testigo (es decir, se ve "a sí mismo"), o en la que, por el contrario, "se ha olvidado del mundo". Eso que resulta esencial en todo arte del monólogo, arte que reside en el olvido, arte que es música del olvido.

368. Habla el cínico.

Mis objeciones a la música de Wagner son objeciones fisiológicas, no necesito disfrazarlas con fórmulas estéticas. Mi "hecho" es que cuando esa música actúa en mí, mi respiración se vuelve más difícil, mis pies se enojan y se rebelan contra ella, pues necesitan compás, danza, cadencia; esperan de la música el encanto que supone caminar, saltar y bailar agradablemente. Asimismo, protestan también mi estómago, mi corazón, mi circulación sanguínea, mis entrañas. Me pongo ronco al oírla. De modo que me pregunto qué espera todo mi cuerpo de la música en general. Creo que alivio. Como si todas las funciones animales debieran acelerarse mediante ritmos ligeros, audaces, desenfrenados, seguros de sí mismos, como si esta vida de bronce y de plomo debiera dorarse mediante agradables y tiernas armonías. Mi melancolía quiere descansar en los recovecos y los abismos de la perfección, por eso necesito la música. ¡Qué me importa el drama! ¡Qué me importan las convulsiones de sus moralizantes éxtasis que satisfacen al "pueblo"! ¡De qué me vale toda la charlatanería gesticulante del actor! Por lo que se ve, soy una naturaleza esencialmente antiteatral. Wagner, en cambio, era esencialmente un hombre teatral, un actor, el fanático más entusiasta del mimo que haya existido jamás, incluso entre los músicos... Y dicho sea de paso, si en teoría Wagner afirmaba que "el drama es el fin y la música no es nunca más que el medio", su práctica del principio al final revelaba por el contrario que para él la actitud era el fin, y que tanto el drama como la música no eran más que el medio. La música era para él el medio de ajustar, reforzar, interiorizar el gesto dramático y la fisonomía externa del actor; ¡el drama de Wagner no era sino un pretexto para numerosas actitudes dramáticas! Tenía, entre otros, el instinto de mando de un gran actor, en todo y para todo, hasta como músico, según he dicho. Es lo que un día hacía que entendiera, no sin esfuerzo, un wagneriano leal. Y tenía razón cuando añadí: "¡Sea usted un poco más sincero consigo mismo, que no estamos en el teatro! En el teatro sólo se es sincero como multitud; como individuo se miente, uno se miente a sí mismo. Cuando se va al teatro, se deja su yo en casa, se renuncia al derecho de hablar, de elegir y de tener un gusto propio; se renuncia al derecho a mostrar esa valentía que se tiene entre cuatro paredes frente a Dios y los hombres. Nadie lleva al teatro lo más sutil de su sentido artístico, ni siquiera el artista que trabaja para el teatro; allí no es más que pueblo, público, rebaño, mujer, fariseo, elector, demócrata, ciudadano, prójimo, hasta la conciencia más personal se rinde allí a la magia niveladora de “la mayoría”, allí actúa la estupidez como ansia y contagio; sólo impera el vecino y uno se vuelve vecino..." Olvidaba añadir lo que mi wagneriano ilustrado replicó a mis objeciones fisiológicas: "¿No será que no está usted lo bastante sano para nuestra música?".

369. Una coexistencia que se da en nosotros.

¿No tendríamos los artistas que reconocer interiormente que hay en nosotros una discordancia inquietante, que nuestro gusto y nuestra fuerza creadora tienen cada uno una extraña manera de ser y de conservarse, y que cada uno tiene un crecimiento propio? Me refiero a los grados y a las épocas totalmente diferentes en cuanto a la edad, la juventud, la madurez, la fragilidad, la putrefacción. Así, por ejemplo, un músico sería capaz de crear obras que estuviesen en contra de lo que sus oídos y su corazón de experto oyente aprecian, saborean, prefieren, aunque ni siquiera sintiese la necesidad de tener conciencia de esta contradicción. Como muestra una experiencia que ya resulta dolorosa de tanto repetirse, fácilmente nuestro gusto sobrepasa el gusto de nuestra fuerza creadora, sin que por ello ésta última se paralice, ni le impida producir. Pero también puede ocurrir lo contrario, y a esto precisamente quiero llamar la atención de los artistas. Un creador constante, una especie de hombre "maternal" en el amplio sentido de la palabra, que no tuviese ya otra preocupación que los embarazos y los partos de su talento, que ni siquiera tuviese tiempo de reflexionar sobre sí mismo y sobre su obra, ni de medirse con ella, que ni siquiera deseara ejercitar su gusto y que simplemente se olvidara de él, abandonándolo o dejando que se extinguiera; ese autor, digo, acabaría tal vez produciendo obras cuyo alcance no sería capaz de juzgar desde largo tiempo atrás. De esta forma, no diría ni pensaría más que tonterías al respecto. Creo que esta es la relación que casi normalmente mantienen los artistas fecundos con sus obras. Nadie conoce peor a un niño que sus padres e, incluso, por poner un ejemplo colosal, todo el mundo poético y artístico de Grecia no "supo" nunca lo que hacía...

370. ¿Qué es el romanticismo?

Algunos de mis amigos recordarán al menos que al principio me lancé sobre nuestro mundo moderno con algunos errores graves y algunas valoraciones exageradas. En cualquier caso, como alguien que espera. Concebía –¡quién sabe después de qué experiencias personales!– que el pesimismo filosófico del siglo XIX era un síntoma de una fuerza superior del pensamiento, de una valentía más audaz, de una plenitud de vida más triunfante que las correspondientes al siglo XVIII, al siglo de Hume, de Kant, de Condillac y de los sensualistas. Hasta llegué a pensar que el conocimiento trágico constituía el lujo propiamente dicho de nuestra cultura, la clase de despilfarro más preciada, más noble, más arriesgada de esta cultura, pero también un lujo legítimo, dada su superabundancia. Del mismo modo interpretaba la música alemana; creía percibir en ella el temblor de tierra en el que acaba descargándose una fuerza originaria condensada desde siglos atrás, indiferente al hecho de que, al mismo tiempo, vacilara todo lo que entendemos normalmente por cultura. Como puede verse, desconocía yo entonces lo que caracteriza especialmente tanto al pesimismo filosófico como a la música alemana: su romanticismo. ¿Qué es el romanticismo? Todo arte, toda filosofía pueden ser considerados como medios al mismo tiempo saludables y auxiliares al servicio de la vida en crecimiento, en lucha; presuponen siempre sufrimientos, seres que sufren. Pero hay dos clases de seres que sufren: los que sufren por su abundancia

de vida, que desean un arte dionisiaco y que tienen asimismo una visión y una comprensión trágicas de la vida; y aquellos que sufren por su empobrecimiento de vida, que buscan en el arte y en el conocimiento el descanso, el silencio, el mar en calma, la entrega personal o, por el contrario, la borrachera, la crispación, el estupor, el delirio. A la doble necesidad de esta segunda clase responde el romanticismo en todas las artes y en todos los conocimientos. A esta clase de seres pertenecían (y pertenecen) tanto Schopenhauer como Richard Wagner, por citar a los dos románticos más célebres y expresivos que otrora fueron objeto de un malentendido por mi parte que no los desfavorecía, como se me concederá con toda equidad. El ser más rico en abundancia vital, el dios y el hombre dionisiacos pueden permitirse no sólo ver lo terrible y problemático, sino también cometer incluso una acción terrible y entregarse a todo lujo de destrucciones, descomposiciones y negaciones; para ellos, el mal, el absurdo y la fealdad horrible están, por así decirlo, permitidos, en virtud de un excedente de fuerzas generadoras y fecundas, capaces de convertir cualquier desierto en un país fértil. Por el contrario, el ser más doliente y más pobre de vida tendrá mayor necesidad de mansedumbre, de tranquilidad, de bondad en pensamientos y en acciones... hasta de un dios, especialmente de un dios para enfermos, de un "Salvador". Necesitará también la lógica y la inteligibilidad conceptual de la existencia –pues la lógica tranquiliza, da confianza–. En definitiva, necesita que su horizonte optimista sea algo estrecho e inclusivo, para que le dé calor y le disipe el miedo. Así fui entendiendo poco a poco a Epicuro, el opuesto a un pesimista dionisiaco, y al "cristiano" que, en realidad, no es más que una variedad del epicúreo y, como él, esencialmente romántico. Mi vista se ejercitaba en discernir cada vez mejor para saber hacer uso de esa forma tan sumamente difícil e insidiosa de inducción que se encuentra en el origen de la mayoría de los errores, aquella que va de la obra al creador, del acto al actor, del ideal a quien tiene necesidad de él, de cualquier forma de pensamiento y de apreciación a la necesidad que la determina imperiosamente. Frente a todos los valores estéticos me sirvo ahora de esta distinción principal; en cada caso pregunto: "¿es el hambre o es la abundancia quien se ha convertido aquí en creador?". A primera vista parecería ser más aconsejable hacer una distinción de otro tipo –mucho más evidente- que consistiría en determinar si lo que se encuentra en el origen del acto creador es el deseo de estabilizarse, de eternizarse, de ser; o es, por el contrario, el deseo de destrucción, de cambio, de novedad, de futuro, de desarrollo. Pero ambas clases de deseos, consideradas con más profundidad, se muestran susceptibles de una doble interpretación precisamente según el modo de distinción que acabo de indicar y que, a mi juicio, merece con justo título la preferencia. El deseo de destrucción, de cambio, de desarrollo puede ser la manifestación de una fuerza abundante e impregnada de futuro (el término que yo uso para designarla es, como se sabe, "dionisiaca"), pero puede ser también el odio del fracasado, del menesteroso, del desfavorecido por la fortuna, que destruye, que debe destruir, porque lo subleva y lo irrita el estado de cosas existente, e incluso toda existencia, toda forma de ser –para entender esta pasión no hay más que mirar de cerca a nuestros anarquistas–. La voluntad de eternización exige también una doble interpretación. Por un lado, puede provenir de un sentimiento

de gratitud y de amor; un arte que tenga este origen será siempre un arte apoteósico y ditirámbico quizás en Rubens, serenamente irónico en Hafiz, claro y afable en Goethe, envolviéndolo todo en un resplandor homérico. Pero puede ser también la voluntad tiránica de un ser afectado por un gran dolor, de uno que lucha, torturado, que aspira a conferir el carácter obligatorio de una ley universal a la idiosincrasia misma de su dolor, a lo que éste tiene de más personal, de más particular, de más cercano, y que se toma venganza en cierto modo de todas las cosas imprimiendo en ellas su imagen, marcando en ellas al rojo vivo su imagen, la imagen de su tortura. Esto es lo que constituye el pesimismo romántico en su forma más expresiva, como filosofía schopenhaueriana de la voluntad, o como música wagneriana; el pesimismo romántico representa el último acontecimiento grande en el destino de nuestra cultura. (La posibilidad de que exista otro pesimismo, un pesimismo clásico, es una captación y una visión que me pertenece como inseparable de mí mismo, como mi proprium y mi ipsissinlum. Salvo que la definición de "clásico" suene mal en mis oídos, por ser un término demasiado usado y rotundo, que ha llegado a resultar irreconocible. Al pesimismo del futuro –¡pues está en camino!, ¡lo veo venir!– lo llamo pesimismo dionisiaco.)

371. Nosotros, los incomprensibles.

¿Nos hemos quejado alguna vez de que no nos comprenden, de que nos ignoran, de que nos confunden con otros, de que nos calumnian, de que no nos escuchan o de que apenas lo hagan? Eso es precisamente lo que nos ha tocado afrontar, y lo que nos seguirá tocando por mucho tiempo. Digamos, modestamente, hasta 1901; y eso es también nuestra distinción; no nos valoraríamos bastante a nosotros mismos, si deseáramos que fuese de otro modo. Nos dejarnos confundir. Estamos creciendo y en nuestro cambio perpetuo nos desprendemos de las cortezas viejas, estrenamos piel nueva cada primavera, no dejamos de ser cada vez más jóvenes, más futuros, más elevados y más fuertes, echamos raíces cada vez con más fuerza en lo profundo –en el Mal–, mientras a la vez abrazamos el cielo siempre con más amor y amplitud y absorbemos su luz, cada vez más sedientos, con todas nuestras ramas y todas nuestras hojas. Crecemos como los árboles –como todo lo que vive, ¡qué difícil es comprender esto!–. Crecemos no sólo por un lado, sino por todas partes, no en una dirección, sino tanto hacia arriba y hacia fuera como hacia dentro y hacia abajo. Nuestra fuerza actúa a la vez en el tronco, en las ramas y en las raíces, no nos corresponde hacer algo por separado ni ser algo separado... Esto, como he dicho, es lo que nos ha tocado afrontar; crecemos hacia lo alto, ¡y eso debería ser nefasto para nosotros, pues habitamos cada vez más cerca del rayo! Tanto mejor, no por eso lo vamos a honrar menos, y permanece lo que no queremos compartir ni comunicar: la fatalidad de la altura, nuestra fatalidad.

372. ¿Por qué no somos idealistas?

Antiguamente, los filósofos temían a los sentidos; ¿no habremos olvidado demasiado ese temor? Hoy todos los filósofos, tanto los actuales como los futuros, somos sensualistas, y no en cuanto a la teoría, sino en la práctica. Aquellos, por el contrario, estimaban que los sentidos corrían el riesgo de atraerlos fuera de su mundo, del frío reino de las "ideas", y de llevarlos a una isla peligrosa y más meridional donde temían que se les derritieran sus virtudes de filósofos igual que la nieve se derrite al sol. El requisito para filosofar antes era ponerse cera en los oídos, un verdadero filósofo no tenía entonces oídos para la vida; como la vida es música, negaba la música de la vida –considerar que toda música es música de sirenas constituye una superstición muy antigua del filósofo-. Pero hoy tenderíamos a pensar precisamente lo contrario (lo que podría ser no menos falso); es decir, que la educación de las ideas es peor que la de los sentidos, con toda su apariencia fría y anémica y a pesar de esa apariencia. Estas ideas han vivido siempre de la "sangre" del filósofo, han vaciado siempre sus sentidos y, si se nos quiere creer, también su "corazón". Los filósofos antiguos no tenían corazón, filosofar consistía siempre una en especie de vampirismo. ¿No notan en tales fisonomías, como la del propio Spinoza, algo profundamente enigmático e inquietante? ¿No comprenden el espectáculo que se representa aquí, ese palidecer progresivamente, la insensibilización interpretada de un modo cada vez más idealista? ¿No adivinan que detrás se encuentra una sanguijuela, oculta desde mucho tiempo, que empieza atacando a los sentidos para acabar dejando sólo los huesos y el crujido que hacen éstos, es decir, categorías, fórmulas, palabras? (que se me perdone, pero todo lo que ha quedado de Spinoza, de su amor intelectual a Dios, no es nada más que crujido de huesos. ¿Qué amor y qué Dios van a existir sin la menor gota de sangre?). En definitiva, todo idealismo filosófico ha sido hasta ahora una especie de enfermedad, cuando no era, como en el caso de Platón, la precaución de una salud exuberante y peligrosa, el miedo al poder excesivo de los sentidos, la sabiduría de un socrático prudente. ¿Acaso los modernos estamos lo bastante sanos como para necesitar el idealismo de Platón? Y no tememos a los sentidos, por lo cual...

373. La "ciencia" como prejuicio.

De las leyes de la jerarquía surge que los científicos, por no pertenecer más que a la clase media intelectual, no deben ser admitidos para ver los grandes problemas e interrogantes propiamente dichos; ni su valentía ni su mirada serían suficientes. Su necesidad, que es lo que los motiva a investigar, su manera de anticipar y de desear interiormente que las cosas estén constituidas de determinada manera, su miedo y su esperanza se tranquilizan y se conforman muy rápido. Lo que, por ejemplo, entusiasma de algún modo a ese pedante inglés llamado Herbert Spencer y lo impulsa a poner un límite a su esperanza y un horizonte a lo deseable, esa reconciliación final entre "el egoísmo y el altruismo" que lo hace conjeturar, es precisamente algo que a nosotros nos asquea; una humanidad con esas perspectivas spencermanas, como fines últimos, nos parecería digna de desprecio, digna de ser aniquilada. Pero el solo hecho

de que lo que él considera la esperanza suprema, otros lo vean y no puedan verlo legítimamente más que como una posibilidad repugnante, constituye un interrogante que Spencer no habría sido capaz de anticipar... Lo mismo sucede con esa creencia que tanto satisface hoy a los científicos materialistas, la creencia en un mundo que se supone que tiene su equivalente y su medida en el pensamiento humano, en los conceptos valorativos humanos, la creencia en un "mundo verdadero" que se podría captar de forma definitiva mediante nuestra estrecha y reducida razón humana. ¿Qué podemos decir a esto? ¿Aceptaríamos en serio que se degradara la existencia a un ejercicio servil de cálculo, a una vida sedentaria de matemático? No intentemos quitarle a la existencia su carácter ambiguo, pues lo exige el buen gusto, señores, sobre todo el gusto por el respeto, algo que supera el horizonte que ustedes vislumbran. Eso de que sólo sea legítima una interpretación del mundo, en la que ustedes subsisten genuinamente, donde sólo se puede explorar y continuar trabajando de acuerdo con el sentido que impongan (¿quieren decir, en realidad, de una manera mecánica?), y que sólo admite contar, calcular, pesar, ver y tomar no es más que necedad e ingenuidad, por no decir alienación y cretinismo. ¿No sería, en cambio, muy verosímil que lo que la existencia tiene de más superficial y de más externo –de más aparente, su epidermis, lo que la hace palpable– fuese la primera cosa que se pudiera captar de ella?, ¿tal vez la única? Una interpretación "científica" del mundo, de acuerdo con la visión del mundo que les pertenece, sería, una de las más estúpidas; es decir, una de las más pobres de significados de todas las interpretaciones imaginables; esto es lo que hay que decir al oído y llevar a la conciencia de esos señores mecanicistas que hoy acuden a mezclarse gustosamente con los filósofos y creen que la mecánica es la doctrina de las leyes primeras y últimas sobre las que debe edificarse toda existencia, como sobre unas piedras fundamentales. ¡Pero si un mundo esencialmente mecánico sería un mundo esencialmente absurdo! Supongamos que sólo se estimara el valor de una obra musical en función de la cantidad de elementos susceptibles de contarse, calcularse y convertirse en fórmulas, ¡qué absurda sería semejante estimación "científica" de esa obra musical! ¿Qué habríamos retenido, comprendido y reconocido de ella? ¡Nada, absolutamente nada de lo que constituye esencialmente la "música"!

374. Nuestro nuevo "Infinito".

Existen preguntas que ni el más activo de los intelectos, aun por medio de -laboriosos análisis o concienzudos esfuerzos, pueden llegar a contestarse. Saber hasta dónde llega el carácter perspectivista de la existencia, o incluso si tiene además algún otro carácter; si una existencia sin interpretación, sin ningún "sentido" no se convierte en un "sin sentido"; si, por otra parte, toda existencia no es esencialmente una existencia interpretativa, son ese tipo de interrogantes. Es por eso que el intelecto humano no puede hacer otra cosa que verse bajo sus formas perspectivistas y nada más que en ellas. No podemos mirar más allá de nuestro ángulo... Es una curiosidad desesperante tratar de saber si pueden existir otros tipos de intelectos y de perspectivas. Por ejemplo, si hay de verdad seres capaces de captar el tiempo hacia atrás o alternativamente hacia atrás y hacia delante (lo que daría lugar a otra

orientación de la vida y a otra noción de causa y efecto). Pero creo que al menos hoy estamos lejos de la ridícula soberbia que supone determinar desde nuestro ángulo que sólo son válidas las perspectivas obtenidas desde dicho ángulo. Por el contrario, el mundo se nos ha vuelto "infinito" una vez más; es decir, en la medida en que no podemos ignorar la posibilidad de que implique infinitas interpretaciones. Una vez más nos conmueve un gran temblor, pero, ¿quién tendría ganas de divinizar, recogiendo inmediatamente esa antigua costumbre, ese monstruo que es el mundo desconocido? ¿A quién se le ocurriría adorar a ese desconocido como el "dios desconocido"? ¡Ay! Existen tantas posibilidades no divinas de interpretación inscritas en ese desconocido, tantas interpretaciones endiabladas, tontas y locas, incluyendo nuestra propia interpretación humana, demasiado humana, que ya conocemos...

375. ¿Por qué parecemos epicúreos?

Los modernos somos cautos frente a las convicciones definitivas; nuestra desconfianza descree de los encantamientos y las trampas en las que cae la conciencia ante una creencia fuerte, una afirmación o una negación absolutas... ¿Cómo se explica esto? Quizá por el hecho de que, en buena parte, se puede notar así la precaución del "gato suspicaz", del idealista desengañado, pero la mejor explicación sería ver aquí la curiosidad jubilosa de quien, pegado antiguamente a su rincón hasta desesperarse, se deleita ahora con lo contrario y se entusiasma ante "la apertura total". De manera que se desarrolla una inclinación casi epicúrea al conocimiento, de la cual no se escapa fácilmente el carácter conflictivo de las cosas; paralelamente se desarrolla una repugnancia hacia las palabras grandilocuentes, un gusto que rechaza todas las antítesis pesadas y toscas, y que tiene conciencia no sin orgullo de que practícale recato. Efectivamente, esto es lo que constituye nuestro orgullo, sujetar las riendas ligeramente cuando nuestro afán nos impulsa con fuerza hacia la certeza, ese autodominio que muestra el jinete en sus más diabólicas galopadas; no dejamos de montar animales rabiosos y fogosos y, si vacilamos, no es indudablemente a causa del peligro.

376. Las lentitudes de la vida.

Todos los artistas, todos los creadores de "obras", que son hombres de carácter maternal, al final de cada período de su vida, que coincide con la finalización de una obra, se imaginan que ya han llegado a la meta y se sienten dispuestos a aceptar pacientemente la muerte por creer que están maduros para ella. Esto no es una expresión de cansancio, sino más bien de una especie de luz y de dulzura otoñales que en cada ocasión la obra en sí y su madurez suscitan en el autor. Entonces el ritmo de la vida se vuelve más lento hasta el punto de espesarse y deslizarse como si fuera miel, incluso con largas pausas, con la creencia en la larga pausa.

377. Nosotros, los apátridas.

Entre los europeos de hoy no faltan esos hombres que tienen derecho a llamarse apátridas en un sentido que los distingue y los llena de orgullo; ¡que a ellos en especial les sean encomendadas expresamente mi sabiduría secreta y mi gaya ciencia! Porque su suerte es dura, su esperanza incierta, cuesta muchísimo idear algo que los consuele. Nosotros, hijos del futuro, ¿cómo íbamos a sentirnos en nuestro hogar en un presente como éste? Nos desagrada todo ideal en virtud del cual uno de nosotros pudiera no sentirse demasiado fuera de su tierra, incluso en este período transitorio, frágil y quebradizo; pero en cuanto a las "realidades" de dicho período no creemos que sean duraderas. La capa de hielo que hoy se mantiene aún se ha hecho ya muy delgada; sopla el viento del deshielo y nosotros, los apátridas, somos algo que rompe el hielo y otras "realidades" demasiado endebles... Nosotros no "conservamos" nada, tampoco queremos volver a cualquier época del pasado, no somos "liberales" en modo alguno, no trabajamos por el "progreso" ni necesitamos taparnos los oídos para no oír a las sirenas de la plaza pública que hablan del futuro en sus cantos. No nos seducen cuando cantan aquello de la "igualdad de derechos", "sociedad libre", "ni amos ni esclavos". Sencillamente no queremos que se consolide en este mundo el reino de la justicia y de la concordia (porque sería en todos los sentidos el reino de la mediocridad más profunda y algo similar a la sociedad china); nos regocijamos con todos los que, como nosotros, aman el peligro, la guerra, la aventura, que no se dejan acomodar, captar, reconciliar ni avasallar; nos incluimos entre los conquistadores, reflexionamos sobre la necesidad de una nueva jerarquía y también de una nueva esclavitud –pues siempre que se fortalece y se eleva el tipo "hombre" se requiere asimismo una nueva forma de esclavitud–.

Por todo esto, debemos sentirnos disconformes en medio de una época que reivindica el honor de ser la más humana, más dulce y más equitativa que haya existido nunca bajo la faz del sol. ¡Lo peor es que esas bellas palabras despierten en nosotros desgraciadas segundas intenciones!, ¡que no veamos en ellas más que la expresión –y también la careta– del profundo debilitamiento, del cansancio, de la vejez, de la decrepitud! ¿Qué nos importan los chirimbolos con los que un enfermo adorna su debilidad? Problema de él si la exhibe como una virtud suya, pues es indudable que la debilidad vuelve tan dulce, tan equitativa, tan inofensiva, tan "humana". ¡Demasiado bien conocemos a esos hombrecitos y mujercitas histéricos que hoy necesitan ponerse el velo y las vestimentas ridículas de esa "religión del amor" que pretenden hacernos adoptar! Nosotros no somos humanitarios; nunca nos atreveríamos a hablar de nuestro "amor a la humanidad", ninguno de nosotros es lo bastante cómico para eso, ni lo suficiente saintsimoniano, ni lo suficiente francés. Verdaderamente hay que estar afectado por esa excitabilidad erótica desmesurada y por esa impaciencia característicamente francesa para acercarse con ardor y buena fe a la humanidad... ¡a la humanidad! ¿Hubo nunca una vieja más odiosa entre todas las viejas? (a no ser que estemos hablando de "la verdad", que es una cuestión reservada a los filósofos). No, no amamos a la humanidad; pero, por otro lado, estamos muy lejos de

ser lo bastante alemanes, en el sentido corriente en que se utiliza hoy esta palabra, para convertirnos en voceros del nacionalismo y del odio racial, para regocijarnos con esa infección nacionalista por la que hoy los pueblos de Europa se atrincheran unos contra otros y se acuartelan. Somos demasiado desenvueltos para eso, demasiado maliciosos, demasiado mimados, pero también demasiado prevenidos, hemos "viajado" demasiado. Preferimos mucho más vivir en los montes, apartados, "inactuales", en los siglos pasados o futuros, aunque sólo por el hecho de ahorrarnos la cólera silenciosa a la que nos condenaría el ser testigos de una política que esteriliza al espíritu alemán al hacerlo vanidoso, y que es además una política pequeña. ¿No ha de colocar su creación entre dos odios mortales para evitar que se descomponga al instante? ¿No es preciso que se encamine a eternizar la división de Europa en pequeños Estados?... Nosotros, los apátridas, somos demasiado variados y demasiado mezclados en cuanto a la raza y al origen, para ser "hombres modernos" y, por consiguiente, nos sentimos poco inclinados a tomar parte en ese exceso y. en ese engaño que es la autoidolatría racial que hoy se exhibe en Alemania como distintivo de las virtudes alemanas, ya que tratándose de un pueblo con "sentido histórico" resulta doblemente falsa e inconveniente. En definitiva, somos –y éste será nuestro título más honroso–buenos europeos, los herederos de Europa, herederos ricos y satisfechos, pero herederos también infinitamente deudores de varios milenios de espíritu europeo; así que como tales, procedemos del cristianismo y somos a la vez anticristianos, precisamente porque procedemos de él y porque nuestros antepasados fueron cristianos radicalmente honrados, que sacrificaron voluntariamente por su fe sus bienes, su sangre, su posición social y su patria. Nosotros... hacemos igual. ¿A favor de qué? ¿De nuestra incredulidad? ¿De toda clase de incredulidad? ¡No, ustedes lo saben muy bien, amigos míos! El sí que esconden es mucho más fuerte que cualquier clase de no y de tal vez, que sufren en solidaridad con su poca; y si tuvieran que expatriarse, emigrantes, lo que los impulsaría a hacerlo, ¡sería también... una creencia!

378. "Y volver a ser transparentes".

Nosotros, generosos y ricos de espíritu que estamos como pozos al borde del camino sin impedir a nadie beber de nuestra agua, no sabemos, ¡ay!, defendernos cuando quisiéramos, no podemos impedir de ningún modo que nos enturbien y nos oscurezcan. Que la época en que vivimos arroje en nosotros lo que tiene de "más actual", que sus sucios pájaros nos lancen sus inmundicias, los muchachos sus baratijas y los caminantes agotados que descansan a nuestro lado sus miserias pequeñas y grandes. Pero haremos lo que hemos hecho siempre: absorber en nuestras profundidades lo que nos arrojan –pues somos profundos, no lo olvidemos– y volver a ser transparentes...

379. Intermedio del loco.

Quien ha escrito este libro no es un misántropo; odiar a los hombres es algo que actualmente se paga caro. Para odiar como se odiaba antiguamente a los hombres, a la manera de Timón, sin límites, de todo corazón, con todo el amor del odio, habría que

poder renunciar al desprecio, y una enormidad de un goce sutil, de paciencia, incluso de bondad le debemos precisamente a nuestro desprecio... De este modo somos además los "elegidos de Dios"; el desprecio sutil constituye nuestro gusto y nuestro privilegio, nuestro arte, nuestra virtud quizá, para nosotros, los más modernos de los modernos... El odio, en cambio, iguala, pone frente a frente, en el odio hay honor, en el odio hay miedo, una gran parte de miedo. Pero nosotros, que no tenemos miedo, nosotros, los más espirituales de este siglo, conocemos las ventajas que reporta poder vivir sin miedo frente a esta época, como los más espirituales. Es muy difícil que nos decapiten, nos encarcelen o nos destierren; ni siquiera prohibirán ni quemarán nuestros libros. Esta época ama al espíritu, nos ama, nos necesita, aunque debamos darle a entender que somos unos artistas en materia de desprecio; que todo trato con los hombres nos produce un ligero escalofrío; que a pesar de toda nuestra dulzura, paciencia, sociabilidad, cortesía, no podríamos hacer que nuestra nariz renunciase al prejuicio que tiene contra la proximidad de un ser humano; que cuanto menos humana se muestra la naturaleza, más la amamos, que amamos el arte cuando consiste en la huida del artista ante el hombre, o en la burla que hace el artista del hombre, o en la burla que hace el artista de sí mismo...

380. Habla el "caminante".

Para apreciar desde lejos nuestra moral europea, para compararla con otras morales pasadas o futuras, hay que hacer como el caminante que trata de captar la altura de las torres de una ciudad. Para ello sale fuera de la ciudad. Los "pensamientos sobre los prejuicios morales", en caso de que no sean a su vez prejuicios de prejuicios, suponen una posición fuera de la moral, un más allá del bien y del mal, al que hay que subir, trepar, volar; y, en el caso en cuestión, un más allá de nuestra noción del bien y del mal, una libertad respecto a toda "Europa", considerada ésta en última instancia como la totalidad de juicios de valor imperativos que han entrado en nuestra sangre. Querer situarse fuera y por encima de tales juicios es tal vez un poco insano, la exigencia de un "debes" singular e irracional, pues quienes buscamos el conocimiento tenemos también nuestra idiosincrasia de la "voluntad no libre". La cuestión está en saber si puede llegar a esa altura. Esto puede depender de numerosas condiciones; lo esencial es saber en qué medida somos livianos o pesados, es decir, es el problema de nuestro "peso específico". Hay que ser muy liviano para dejarse impulsar por la voluntad de conocer hasta semejante lejanía y, por así decirlo, más allá de la época en la que se vive, para adquirir una mirada que abarque milenios, y tener además unos ojos como el cielo claro. Nos desprendemos de todo lo que nos oprime, nos entorpece, nos abruma y nos obstaculiza a nosotros, los europeos de hoy. El hombre de un más allá, así, quiere discernir las valoraciones supremas de su época, debe antes "superar" el espíritu de dicha época dentro de él mismo –es la prueba de su fuerza– y por consiguiente no sólo ha de superar a su época, sino también la repugnancia que ha sentido hasta entonces hacia esa época, su oposición contra ella, su dificultad de vivir en ella, su inactualidad, su romanticismo...

381. La cuestión de la inteligibilidad.

Cuando se escribe, no se pretende sólo ser entendido, sino también no serlo. Que una persona cualquiera considere incomprensible un libro no constituye una objeción suficiente contra ese libro; tal vez era eso lo que pretendía el autor, es decir, no quería ser comprendido por cualquiera. Cuando un espíritu y un gusto muy elevados quieren comunicarse eligen a su auditorio y, al mismo tiempo, trazan una barrera frente a los "demás". De aquí proceden las leyes más refinadas del estilo; separan, crean distancia, prohíben la "entrada", la comprensión, como decía antes, mientras que abren los oídos de quienes son próximos a nosotros. Y hablando entre nosotros, en lo que a mí respecta, no quisiera que ni mi ignorancia ni la vehemencia de mi temperamento les impidan comprenderme, amigos míos. He dicho ni la vehemencia de mi espíritu porque ésta me impulsa a abordar rápidamente una cosa, en cuanto puedo hacerlo. Creo que los problemas de cierta profundidad son como un baño de agua fría: hay que entrar y salir rápidamente de allí. Pensar que por esto no se puede alcanzar la profundidad, ni descender lo bastante, es una superstición característica de quienes le tienen miedo al agua y los horroriza el agua fría; hablan sin tener experiencia. ¡El frío intenso nos hace rápidos! Y dicho sea de paso; ¿no se comprende realmente una cosa ni se la reconoce por el simple hecho de haberla tocado sólo al tacto, o de haberla mirado de reojo? ¿Hay que pegarse a ella necesariamente, sentarse sobre ella y, por así decirlo, incubarla hasta llegar a comprenderla, "incubando noche y día", como decía Newton de sí mismo? Por lo menos hay verdades particularmente ariscas y delicadas de las que sólo nos podemos apoderar de repente y por sorpresa –o dejarlas–. Finalmente, mi brevedad tiene además otro valor; tratándose de las cuestiones que me preocupan, he de decir muchas cosas con brevedad para que me entiendan más brevemente aún. Efectivamente, como inmoral hay que guardarse de corromper la inocencia, me refiero a los asnos y a las solteronas de ambos sexos, que no han vivido de la vida más que su inocencia; aún más, ¡mis escritos deben entusiasmarlos, exaltarlos, animarlos a ser virtuosos! No hay en la tierra un espectáculo más divertido que el de los viejos asnos entusiastas y el de las solteronas excitadas por los dulces sentimientos de la virtud. "Esto lo he visto yo" –así habló Zaratustra–. Dicho esto sobre mi intención de ser breve, me preocupa más mi ignorancia que de ningún modo se me oculta. Hay momentos en que esto me avergüenza, aunque también hay otros en que me avergüenzo de esa vergüenza. Tal vez estemos hoy los filósofos mal dispuestos para el saber; la ciencia se desarrolla, los más sabios de nosotros están a punto de descubrir que saben demasiado poco. Aunque sería peor que ocurriera lo contrario, o sea, que supiéramos demasiado. Nuestra tarea es y sigue siendo ante todo no confundirnos con lo que no somos. Somos diferentes de los científicos, si bien es inevitable que en alguna ocasión podamos ser científicos. Tenemos otras necesidades, otro crecimiento, otra digestión; a veces precisamos más, otras precisamos menos. No hay una fórmula que determine la cantidad de alimento que un espíritu requiere; pero si le gusta ser independiente, ir y venir a toda prisa, viajar, entregarse quizá a aventuras para las que sólo son aptos los espíritus más alertas, preferirá vivir libre con una comida frugal, a vivir dependiente y

con la panza llena. Un bailarín no aspira a que su alimento le proporcione grasas, sino vigor y la máxima agilidad, y yo no sabría decir qué más podría desear el espíritu de un filósofo que llegar a ser un buen bailarín. La danza es, efectivamente, su ideal, también su arte y, por último, su única religiosidad, su "culto divino"...

382. La gran salud.

Nosotros, que somos nuevos, anónimos, difíciles de entender, primicias de un futuro incierto aún, necesitamos para un fin nuevo un medio igualmente nuevo; es decir, una nueva salud, más vigorosa, más maligna, más tenaz, más temeraria, más gozosa de lo que fue salud alguna hasta hoy. Aquel cuya alma aspira a vivir en toda su extensión los valores y las aspiraciones que han prevalecido hasta hoy, a hacer un periplo por todas las orillas de este "Mediterráneo" ideal; aquel que quiere saber mediante las aventuras de su experiencia más personal lo que siente en su alma un conquistador y un explorador del ideal, o lo que siente un artista, un santo, un legislador, un sabio, un científico, un hombre religioso, un adivino, un anacoreta divino al estilo antiguo, necesita ante todo y sobre todo una cosa: gran salud, esa clase de salud que no sólo se posee, sino que se adquiere y que se ha de adquirir constantemente, porque se entrega de nuevo, porque hay que entregarla... Y ahora, por haber estado largo tiempo en camino, nosotros, argonautas del ideal, más animosos de lo que sería razonable, a pesar de haber naufragado y sufrido estragos más de una vez, disfrutando de una salud mejor de lo que nos estaría permitido, de una salud terrible, a toda prueba, se nos ocurre que como recompensa tenemos ante la vista una tierra inexplorada, cuyos límites nadie marcó aún, un más allá de todas las tierras, de todos los recodos del ideal conocidos hasta hoy; un mundo tan abundantemente lleno de cosas hermosas, extrañas, problemáticas, espantosas y divinas, que nuestra curiosidad y nuestro deseo de posesión se desquician hasta el punto de que ya nada nos satisface. Después de estas perspectivas, con este hambre voraz en la conciencia y el saber, ¿cómo va a contentarnos el hombre actual? Es un hecho bastante grave pero inevitable que nos cueste tanto trabajo prestar una atención seria a sus fines y a sus esperanzas más dignas, que no podamos quizá ni prestarles atención. Ante nosotros camina otro ideal, un ideal particularmente seductor, lleno de riesgos, al que no quisiéramos animar a nadie, porque no encontramos a nadie a quien pudiéramos conferirle ese derecho; el ideal de un espíritu que de manera ingenua, es decir, involuntariamente y en virtud de una cierta abundancia y de un poder exuberante, se burla de todo lo que hasta hoy se consideraba sagrado, bueno, intangible, divino; para quien las cosas supremas en las que el pueblo basa con justo título sus criterios de valor no significarían más que peligro, decadencia, rebajamiento, o por lo menos descanso, ceguera y a veces olvido de uno mismo; el ideal de un bienestar y de una benevolencia que siendo sobrehumano parecerá muy a menudo inhumano, por ejemplo, cuando se lo compare con todo lo que se ha tenido por serio hasta ahora en la tierra, con toda clase de solemnidad en los gestos, las palabras, el tono, la mirada, la moral, pues resultará la parodia más personificada y más involuntaria de todo esto. Ideal a partir del cual, pese a todo, se anunciaría quizá lo real y grandemente serio, se trazaría por fin el

signo de interrogación esencial, mientras cambia el destino del alma, avanza la aguja del reloj, comienza la tragedia...

383. Epílogo.

Pero justo aquí, cuando, para concluir, estaba trazando lenta, muy lentamente este lúgubre signo de interrogación y me disponía a recordarles nuevamente a mis lectores las virtudes de una lectura atenta –¡qué virtudes más olvidadas y desconocidas!–, me encuentro con que a mi alrededor estallan las más maliciosas, alegres y vivarachas carcajadas; son los espíritus mismos de mi libro que me asedian, me tiran de las orejas y me exigen orden: "¡No soportamos más! –me gritan–, ¡fuera esa música fúnebre como un cuervo! ¿No estamos en medio de una esplendorosa mañana y sobre un césped verde y tierno que invita a bailar sobre él? ¿Hubo alguna vez un momento más favorable para estar alegres? ¿Quién nos cantará una canción tan soleada, liviana y delicada que no espante a las cigarras, sino que las invite a cantar y a bailar con nosotros? Preferimos una sencilla y rústica gaita en vez de esos sonidos misteriosos, esos gritos de búho, esas voces sepulcrales, esos silbidos de marmota que nos han regalado en este desierto, señor ermitaño, que musicalizan el futuro. ¡Fuera esos tonos! ¡Entonemos melodías más agradables, más animadas, más joviales!" Pues ¡así sea, impacientes amigos míos, si eso los satisface! ¿Quién no cedería gustoso ante ustedes? Mi gaita está dispuesta, mi garganta también; perdónenme si se encuentra algo ronca, es que estamos en plena montaña. Pero al menos lo que escucharán será algo nuevo; ¿y que importa si no lo entienden al cantante o lo entienden mal? Esta es "la maldición del cantante". En cambio, oirán más claramente su música y su melodía, y su barullo los hará bailar mejor. ¿Quieren eso?...